



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA
DIVISIÓN DE ESTUDIOS PROFESIONALES
ÁREA DE PSICOLOGÍA GENERAL EXPERIMENTAL

**INFLUENCIA DEL LENGUAJE EN EL PENSAMIENTO:
ANÁLISIS CRÍTICO DE LA HIPÓTESIS SAPIR-WHORF**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA**

PRESENTA:

LAURA ROCIO VELASCO ANGELES



Directora: Dra. Zuraya Monroy Nasr

Revisor: Mtro. Jorge Orlando Molina Avilés

México, D.F

2013



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres y hermano,

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación se llevó a cabo gracias al apoyo del Programa UNAM-DGAPA_PAPIIT, Proyecto «IN 401809».

En la gestación, el desarrollo y la finalización del presente trabajo la presencia de diversas personas debiera ser reconocida. La memoria, sin embargo, siempre se queda corta y las palabras no alcanzan, ni bastan, ni son suficientes. A todos aquéllos que contribuyeron a que las palabras no se agotaran, refrescara y renovara mi mirada, les agradezco infinitamente. Mención especial merece mi directora de tesis: la Dra. Zuraya Monroy Nasr, quien compartió siempre sus conocimientos y sabiduría, propició las condiciones de generación de conocimiento y me ofreció siempre su apoyo y paciencia. Al Mtro. Jorge Molina, el Dr. Germán Álvarez de León, el Dr. Ignacio Ramos Beltrán y el Mtro. Juan Carlos Huidobro Márquez les agradezco el haberme permitido ver más allá de lo obvio; sus comentarios puntuales facilitaron que extendiera los límites y fronteras de mi conocimiento. De forma particular deseo agradecer también a quienes a la par me han ayudado a crecer en el ámbito profesional y personal, al Dr. Guilherme Borges y al Mtro. Ricarzo Orozco Zavala, les debo el que su pasión por el conocimiento y su férrea disciplina me hayan inspirado en más de una forma y más de una vez.

ÍNDICE

RESUMEN	1
INTRODUCCIÓN	2
CAPÍTULO I. EL LENGUAJE, PREÁMBULO AL CASO DE EDWARD SAPIR Y BENJAMIN LEE WHORF	10
1. Lenguaje en el siglo XX, su importancia	10
1.1 Influencia del pensamiento moderno dentro de la lingüística	13
2. La lingüística del primer tercio del siglo XX	21
2.1 Visión europea	21
2.1.1 Los neogramáticos	22
2.1.2 El estructuralismo	25
2.2 Visión americana	28
2.2.1 La línea antropológica boasiana	31
2.2.2 El mecanicismo bloomfieldiano	35
CAPÍTULO II. EDWARD SAPIR	37
1. Breve recorrido histórico-biográfico	37
2. Sus influencias. Reconstrucción de sus bases ideológicas	46
2.1 La corriente romántica alemana: "Die Deutsche Bewegung"	47
2.2 La propuesta de Wilhelm von Humboldt	49
2.3 Incorporación del pensamiento de Franz Boas	52
3. Articulación del pensamiento de Sapir	56
3.1 La relación entre el lenguaje y el pensamiento. Distinciones a considerar	59
3.1.1 El pensamiento y el lenguaje son las dos caras de la misma moneda, uno y otro son totalmente equivalentes.	59
3.1.2 El pensamiento es habla silenciada	60
3.1.3 El lenguaje se limita sólo al simbolismo auditivo. Se puede pensar sin lenguaje, sin simbolismo alguno.	60
3.1.4 El lenguaje no puede considerarse como un hecho universal; si es particular en su expresión, también lo es en su formación.	62
3.1.5 En la forma del lenguaje se juzga la riqueza del pensamiento, cuanto más refinado, más complejo.	62
3.2 Habla y palabras, sus características	63
3.3 Los conceptos, su formación	66
3.4 Estructura lingüística	68
3.5 Implicaciones del lenguaje. El lenguaje como producto histórico, sus transformaciones	70
3.6 Variaciones fonéticas	71
3.7 Movilidad en la lengua, la cultura y la raza	73
3.8 Lenguaje y literatura	77
CAPÍTULO III. BENJAMIN LEE WHORF	79
1. Breve recorrido histórico-biográfico	79
2. Articulación del pensamiento de Whorf	82
2.1 El mundo whorfiano del lenguaje	82

2.2 Patrones gramaticales como interpretaciones de la experiencia	82
2.3 Contrastación de modelos lingüísticos. Diferencias sustanciales entre el SAE y el Hopi	90
2.3.1 Cardinalidad: sustantivación y pluralización	92
2.3.2 Temporalidad en el SAE y en el Hopi	98
2.3.3 Duración, intensidad y tendencia en el SAE y el hopi	104
2.3.4 Pensamiento habitual en el SAE y el Hopi	106
2.3.5 Características comportamentales habituales de la cultura Hopi	107
2.3.6 Algunas Impresiones de los hábitos lingüísticos de la cultura occidental	108
2.3.7 Implicaciones históricas	111
CAPÍTULO IV. HIPÓTESIS SAPIR-WHORF	115
1. Articulación de la hipótesis	115
2. Determinismo y relativismo lingüístico	118
2.1 Constructos teóricos	120
2.2 Determinismo lingüístico, contraargumentos	122
2.2.1 El universo de los universales	122
2.2.2 Tiempo y espacio	124
2.2.3 El pensamiento es traducible, no depende del léxico o de la gramática	126
2.2.4 La experiencia de la propia lengua materna	130
CONCLUSIONES	134
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	148

RESUMEN

Desde tiempos muy remotos, la humanidad ha creído que el lenguaje, la suma dialéctica del habla (el uso) y la lengua (el sistema), ejerce más que una función comunicativa: media la relación entre el hombre y el mundo. Durante el siglo pasado, en el así llamado “siglo del lenguaje”, esta sentencia cobró un interés especial. La gramática y las estructuras semánticas adquirieron un papel activo e importante para la constitución del pensamiento. La gramática por su capacidad de estructurar el mundo hablado, las estructuras semánticas por su capacidad de ejercer algún efecto en la forma de pensar y de actuar de los hablantes de las diversas lenguas.

A Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf suele atribuírseles el haber sido los primeros en plantear esta relación entre el lenguaje y el mundo, o el lenguaje y el pensamiento, y haber concretado esta propuesta en la “hipótesis Sapir-Whorf”. Nada más alejado de la verdad. Antes que ellos, Humboldt y otros ya habían propuesto que el lenguaje encapsulaba una cosmovisión particular y que a través de ella la gente construía su percepción de la realidad. En otras palabras, la forma en la que los hablantes piensan está determinada o es influenciada por el lenguaje, la estructura global de la lengua es quien ejerce un influjo diferencial sobre el pensamiento, sobre el modo en que se concibe la realidad y sobre la manera en cómo uno se comporta frente a ella. Versión de la que derivaron dos propuestas que difieren por la fuerza y alcance de sus proposiciones: el determinismo y el relativismo lingüístico.

En el presente trabajo se analizan las condiciones y los supuestos en los que se asienta esta hipótesis, su desarrollo histórico, las ideas principales de las líneas de pensamiento de Sapir y Whorf y la forma en cómo se articuló su pensamiento. Se demuestra que en ninguna forma su propuesta es equivalente a la del determinismo lingüístico, al que suele asociárcele.

Pensamiento y lenguaje son dos entidades bien diferenciadas que no comparten ni las mismas vías fisiológicas, ni las mismas funciones. Al interactuar logran una mayor interrelación, pueden integrarse para facilitar ciertos aspectos cognitivos o adentrarse al estudio de ciertos aspectos culturales. Sin embargo, en ninguna forma la categorización de la realidad en diferentes códigos verbales altera la realidad misma aun si puede destacar un aspecto u otro de la misma, e incluso llegar a propiciar modificaciones en su concepción. Repensar en la psicología la forma en la que se han hecho estas aseveraciones, el marco teórico desde el cual se han afirmado y las conclusiones a las que se he llegado es en extremo importante.

Palabras clave: *“hipótesis Sapir-Whorf”, “hipótesis de Whorf”, “hipótesis de la relatividad lingüística”, “hipótesis relativista”, “determinismo lingüístico”, “relativismo lingüístico”.*

INTRODUCCIÓN

Desde tiempos muy remotos, la humanidad ha creído que el lenguaje, la suma dialéctica del habla (el uso) y la lengua (el sistema), ejerce más que una función comunicativa: media la relación entre el hombre y el mundo. Durante el siglo pasado, en el así llamado “siglo del lenguaje”, esta sentencia cobró un interés especial. A decir de Alegre (2002), los autores del “giro lingüístico” (como Nietzsche, Wittgenstein, Austin, Searle) convirtieron al lenguaje en elemento fundamental de constitución del pensamiento, es decir, en algo más que un mero vehículo transparente o elemento accesorio útil para reflejar las representaciones del pensamiento: el lenguaje sirvió de medio entre el sujeto y la realidad. Cosa no menor, el lenguaje al asumir funciones propias, únicas y exclusivas (no subordinadas a la cognición), logró imponerles límites al pensamiento y a la realidad y, hasta cierto punto, determinarlos. De ahí que, se considerara más adecuado profundizar en el estudio del lenguaje que en el del incierto mundo de los contenidos psicológicos.

Diversas disciplinas como la filosofía, la lingüística, la psicología y la antropología estudiaron los nexos posibles entre estos tres elementos (el hombre, el lenguaje y el mundo) desde tres relaciones posibles: la relación entre el lenguaje y el conocimiento, entre el lenguaje y el pensamiento, y entre el lenguaje, la raza y la cultura. Para ello debieron especializar su estudio y crear áreas dedicadas exclusivamente al estudio de los misterios del lenguaje. Surgió la filosofía del lenguaje, la etnolingüística, la psicolingüística y la antropología cultural. En cada una de estas áreas, sus diferentes especialistas estudiaron desde muy diferentes aristas lo relacionado a: 1) los elementos que conformaban los diferentes sistemas lingüísticos: sus signos y símbolos; 2) la forma en que éstos interactuaban entre sí: a nivel fonético-fonológico, morfosintáctico, léxico, semántico y pragmático; y 3) los efectos que producían en los hablantes: ya sea en el significado, la formación de conceptos y las acciones/reacciones que provocan en sus interlocutores.

Estas nuevas necesidades de conocimiento propiciaron, sobre todo, que se abriera un espacio para adentrarse a todo lo relacionado al lenguaje y al pensamiento, y al lenguaje, la raza y la cultura. Antropólogos, filósofos y psicólogos volcaron su atención a estos elementos desatando una oleada importantísima de estudios cuyo fin fue el desentrañar la estructura del lenguaje y sus elementos.

La gramática y las estructuras semánticas adquirieron un papel activo e importante para la constitución del pensamiento. La gramática por su capacidad de estructurar el mundo hablado, las estructuras semánticas por su capacidad de ejercer algún efecto en la forma de pensar y de actuar de los

hablantes de las diversas lenguas (Gumperz y Levinson, 1991). En Norteamérica, donde recién se descubrían las lenguas amerindias y se necesitaba comprenderlas, la incidencia de estos estudios creció rápidamente.

A dos lingüistas-antropólogos: Edward Sapir (1884-1939) y Benjamin Lee Whorf (1897-1941) suele atribuírseles el haber sido los primeros en plantear esta relación entre el lenguaje y el mundo, o el lenguaje y el pensamiento. Nada más alejado de la verdad. A lo largo de diferentes momentos de la historia de la filosofía, con matices y objetivos diferentes, el interés por el lenguaje y sus implicaciones ha sido retomado una y otra vez. En la cultura occidental los primeros registros en torno al papel del lenguaje y sus consecuencias para el conocimiento aparecen en los textos de los presocráticos. Sin embargo, muy seguramente el hombre, guiado por su naturaleza social y su necesidad de supervivencia, debió haberse preguntado por el lenguaje desde los albores mismos de la humanidad. Hoy en día muchas de las discusiones filosóficas y lingüísticas continúan retomando lo planteado en la Antigüedad por Platón en el *Crátilo* (Laborda, 2010) para elaborar sus propias discusiones.

La Antigüedad no fue, sin embargo, la etapa decisiva de crecimiento lingüístico. Durante la Edad Media el lenguaje experimentó un desarrollo importante y exponencial. Pocas cosas novedosas se han planteado desde entonces, lo asentado por Ockham y tantos otros ha sido insuperable. En este sentido, Humboldt representa una excepción. Su trabajo ha sido fundamental para la lingüística, en particular, en lo que respecta a la hipótesis Sapir-Whorf. Si bien la obra de Ernst Cassirer, Johann Leo Weisgerber y Just Trier, junto con la de Charles Bally, Marcel Graner, Claude Lévi-Strauss, Jean Piaget, Alf Sommerfelt y Ludwig Wittgenstein fue importantísima en el desarrollo lingüístico (Corazzon, 2010), para la hipótesis Sapir-Whorf fue fundamental el trabajo de Humboldt. Algunos autores señalan que el trabajo de esta dupla podría interpretarse como una extensión del trabajo de Humboldt (McElvenny, 2009; Rossi-Landi, 1974). Sin embargo, es poco probable que haya sucedido así. Si bien Sapir no era ajeno al pensamiento alemán, no se hallan indicios claros que indiquen alguna conexión directa. Por tanto, resulta interesante conocer los puntos de encuentro y desencuentro de estos autores.

Si bien Humboldt no fue el primero en asentar una correspondencia entre el lenguaje y el mundo, sí fue el primero en establecer una conexión directa entre el lenguaje y la visión del mundo de sus hablantes (cosmovisión). Humboldt observó que la cosmovisión de las personas era similar entre aquéllos que hablaban una misma lengua o lenguas con una misma estructura lingüística. En otras palabras, que los hablantes de determinada lengua, lenguas indoeuropeas en este caso, compartían algo más que un mismo idioma o estructura lingüística, compartían una misma forma de aproximarse al mundo

que habitaban. Si éstos eran comparados con otro grupo lingüístico, con aquéllos que no hablaban lenguas indoeuropeas (modelo universal por excelencia), aquellos en los que primaba la tradición oral por excelencia, se encontraban grandes diferencias que iban más allá de lo lingüístico o cultural. Es decir, los hablantes de diferentes lenguas no sólo nombraban de formas diferentes las cosas (sustantivos), las acciones (verbos) o empleaban diferentes estructuras lingüísticas para comunicar sus ideas; las cosas mismas de las que hablaban eran concebidas de forma diferente.

Los estudios que Humboldt comenzó a realizar desde mucho antes de 1820, fecha en la que sus obras fueron publicadas, evidencian los procesos por los que pudo llegar a estas conclusiones. Uno de los más conocidos fue el que Humboldt mismo consideró como más incompleto, pues pese a sus más de 400 páginas lo consideraba sólo como introducción a su estudio principal, la muerte misma obligó su publicación. Lo intituló: *Sobre las diversidades de la estructura del lenguaje humano*, IV, 1827-1829. También puede encontrarse en su título original: *Sobre la lengua Kawi de la Isla de Java, junto con una introducción sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia en la evolución espiritual del género humano*, VII, 1830-1835 (tres volúmenes). (*Über die Kawi-Sprache auf der Insel Java, nebst einer Einleitung über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts*)

De sus múltiples estudios Humboldt derivó la firme creencia de que el lenguaje encapsulaba una cosmovisión particular y que a través de ella la gente construía su percepción de la realidad (Maceiras, 2002; McElvenny, 2009). De acuerdo a Coseriu (1977), Humboldt le asignó gran importancia al lenguaje, creyó que era un vínculo entre el hombre y su realidad: “el lenguaje se coloca entre el universo y el hombre” (p.190) porque “el hombre [...] siente la necesidad de crearse en la lengua un intermediario capaz de darle sus ideas (sic), proyectándolas por así decir fuera de sí mismo, más claras y más distintas” (p.182). No sólo eso, Humboldt fue el primero en reconocer y confirmar la esencia cognoscitiva del lenguaje, y de su carácter de objetivación del conocimiento. “[Humboldt] reconoce verdaderamente que la palabra llega a ser el intermediario entre el hombre y el universo, que es ella quien lo crea ante sus ojos y, al mismo tiempo, lo hace capaz de concebir y sentir su propia obra” (p.180). Premisa a la que otros lingüistas y teóricos del lenguaje como Croce, Cassirer, Uhlenbeck, Jespersen y Sapir se adherirían años después. Estos autores tuvieron como firme propósito adentrarse en lo cognitivo a través de lo lingüístico, y viceversa.

Esta propuesta iniciada por Humboldt la desarrollarían posteriormente Weisberger (1920) y Trier (1929) en los Estados Unidos, sin referencia explícita alguna a Humboldt y de forma independientemente a los estudios europeos

(Rossi-Landi, 1974), cuyo avance en lo lingüístico había sido considerable. Esta tesis humboldtiana es la que se dice Edward Sapir (1884-1939) y Benjamin Lee Whorf (1897-1941) redescubrieron. A lo largo del tiempo se conoció bajo distintos nombres: “hipótesis de Sapir-Whorf”, “hipótesis de Whorf”, “hipótesis de la relatividad lingüística”, “hipótesis relativista” y en su forma más reciente se le estudia también dentro de la tónica del “*determinismo y relativismo lingüístico*”.

Con cada una de estas diferentes denominaciones, a través del tiempo y de diferentes autores, se enfatizaron diferentes aspectos. Sin embargo, siempre se conservaron algunos principios básicos, los siguientes: la lengua siempre fue la representación simbólica de la realidad sensible, y el lenguaje fue clave para la comprensión de las realidades culturales. Sólo a través de la apreciación de las particularidades de la lengua de un individuo podía tenerse acceso a sus pensamientos, y a las concepciones naturales y sociales de su mundo (Anderson, 2001, p.11).

De esta premisa se desprendieron las más variadas elucubraciones, la central: “la estructura del lenguaje de un individuo no sólo refleja sino que incluso contribuye a determinar la forma en la que [un individuo] él o ella construye su mundo” (Anderson, 2001, p.11). En otras palabras, la estructura global de la lengua es quien ejerce un influjo diferencial sobre el pensamiento, sobre el modo en que se concibe la realidad y sobre la manera en cómo uno se comporta frente a ella. Por tanto, la forma en la que los hablantes piensan está determinada o influenciada por el lenguaje. Versión de la que derivaron dos propuestas que difieren por la fuerza y alcance de sus proposiciones: el determinismo y el relativismo lingüístico.

- 1) *El determinismo lingüístico* establece que las diferencias cognitivas y estructurales de las personas están determinadas por el idioma que hablan. Es decir, la lengua -sus categorías- determina el pensamiento, la cosmovisión de los hablantes y la interpretación que de la realidad hacen. En ese sentido, empatar la visión de mundo de un hablante y otro es casi imposible, una traducción impensable porque ningún lenguaje puede comprender por entero a otro.
- 2) *El relativismo lingüístico* establece que las diferencias entre las lenguas causan diferencias en el pensamiento de sus hablantes. Es decir, el lenguaje influencia el pensamiento, pero no de forma categórica. A diferencia de la anterior, los alcances de esta versión son mucho muy moderados, la lengua sólo sugiere y no determina.

No queda del todo claro, sin embargo, cómo es que llegaron a consensuarse estas interpretaciones. Las afirmaciones que Whorf y Sapir

dejaron por escrito jamás fueron tan extremas. Curioso e irónico es que aún hoy en día de sus ideas continúen desprendiéndose elucubraciones feroces y disparatadas. Si a través del tiempo no se ha logrado estructurar de forma adecuada la hipótesis es porque pocas veces se ha revisado en forma detallada desde sus fundamentos. Sus detractores la han juzgado a partir de sólo un par de citas de sus textos, en el mejor de los casos, y desde un horizonte teórico mucho muy diferente al que ellos ocuparon. Por supuesto que las críticas más feroces no se han hecho esperar¹.

Pese a ello, sus más acérrimos opositores estarían de acuerdo al afirmar que el pensamiento de estos autores marcó un hito en la historia de la lingüística.² Los minuciosos y detallados estudios lingüísticos que hicieron prepararon el terreno para la entrada del estructuralismo e indirectamente le abrieron paso al relativismo cultural (Anderson, 2001; Maceiras, 2002). En realidad, Sapir y Whorf no hicieron más que aprovechar un momento coyuntural del siglo XX para retomar, en lo que a lo lingüístico respecta, la relación entre lenguaje-pensamiento/lenguaje-mundo y replantear algunos aspectos. Por ende, para alcanzar a comprender cómo es que esta hipótesis llegó a formularse en esos términos, se hace necesario leerla a la luz de su desarrollo histórico. La referencia a Wilhelm von Humboldt y otros teóricos del lenguaje es obligada. Sin la revisión de su pensamiento, las ideas que plantea esta hipótesis resultan escandalosas y carentes de sustento.

En el presente trabajo, se revisa esta hipótesis desde sus fundamentos teóricos originales, desde los textos en que Sapir y Whorf asentaron su pensamiento. Se evitó en lo posible emplear fuentes secundarias cuyo pensamiento no reflejara de forma fiel las ideas de estos autores. Además de los textos originales publicados por Sapir y Whorf, se incluyen otros para complementar el contexto histórico-ideológico en el que su obra se desarrolló.

El empleo de fuentes primarias asegura minimizar los sesgos al interpretar y disminuye la probabilidad de cometer el mismo error que muchos de sus detractores cometen: excluir de su análisis a los textos originales y elaborar argumentaciones en torno a aspectos que no son relevantes en el núcleo teórico de estos autores o que no pueden atribuírseles del todo porque no empatan con su pensamiento o se identifican siquiera en él. Dichas críticas pierden fuerza argumentativa al no corroborar sus fuentes. De confirmarlas, se

¹ Gran cantidad de trabajos los cita en igual número con beneplácito y aprecio o con gran desdén y rechazo (algunos los refieren incluso como fraude, mito o conocimiento no científico). Muy pocos realizan una ponderación justa de sus ideas en el sentido fiel al de la propuesta original. Mención especial merece la revisión elaborada por Fernández Casas (2004), cuyo trabajo es de los más completos.

² Aunque la historia oficial olvida mencionar a un integrante del núcleo relativista original: Dorothy Demetracopoulou Lee (1905-1975), alumna de Alfred L. Kroeber y estudiosa de la antropología lingüística cultural de Norteamérica del primer tercio del siglo XX (Fernández, 2003, p.125).

darían cuenta que los supuestos que atacan en realidad nunca fueron formulados ni asentados por escrito, ni por Sapir ni por Whorf. En la literatura académica es muy común encontrar esta situación. Esto provoca que el horizonte teórico empleado para juzgar esta hipótesis difiera mucho del que sus autores emplearon para formularla.

En pocas ocasiones se ha revisado el trabajo de estos autores a cabalidad. Pocos son los autores que lo han hecho así en forma directa y detallada (Fernández, 2003; Fernández 2004; Kay & Kempton, 1983; Lucy, 1997; McElvenny, 2009; Regúnaga, 2009). Inclusive, los artículos, capítulos de libros o apartados dedicados exclusivamente a esta temática (Pinker, 1995) recuperan y reproducen en su texto sólo las citas que aparecen en las primeras páginas de unos cuantos de sus textos. Práctica que es común ver incluso en los artículos que no son de índole académica y que hacen alusión a este tema. Si a ello se suma que la mayoría de sus trabajos se encuentran publicados en inglés, y son pocas las traducciones que se encuentran a otros idiomas como el español o francés, el asunto se complica.

De sus obras más importantes, sin embargo, sí se encuentran las traducciones correspondientes. El problema es que su calidad deja mucho que desear, la de Sapir en particular. De su obra *El lenguaje* (trad. de Margit y Antonio Alatorre), revisé la 2da edición, la contrasté con su homóloga en inglés y en no pocas ocasiones encontré que conceptos como inteligencia, alma, mente y espíritu fueron intercambiados indistintamente en numerosas ocasiones. Esto distorsiona de forma importante el mensaje original del autor, desvirtúa los conceptos a los que el texto refiere y obstaculiza la lectura del material. Sin mencionar que alienta interpretaciones poco precisas en sus lectores. Emplee, por ello, la versión en inglés. En el caso de Whorf, procedí también de la misma manera. Ya que, aunque fueron contadas las veces que se identificó esta misma problemática, son contadas las traducciones que se encuentran de sólo algunos de sus trabajos. Y en lo posible, busqué evitar sesgos debidos a una mala traducción.

No obstante, el lector deberá advertir que leerlos en su forma original no evitó que, en su momento, quienes se acercaron a su trabajo los malinterpretaran. A menudo, generaron versiones erróneas que fueron perpetuadas tanto por sus contemporáneos como por aquéllos que a la distancia recuperaron los ecos de su pensamiento (Gardner, 1987; Pinker, 1995). Si el lector retoma las visiones de estos autores deberá hacerlo con sus debidas reservas, ya que siempre o casi siempre las ideas que ellos plantean resultan mucho más radicales que las originales. Desafortunadamente, estas últimas versiones son las que han gozado de mayor popularidad en disciplinas como la antropología y la lingüística. Si estas disciplinas a lo largo de todo este tiempo no han logrado generar consensos y acuerdos justos sobre su pensamiento, mucho menos lo ha logrado la psicología.

De hecho, han sido tan pocas las aproximaciones psicológicas desde las cuales se les ha estudiado que paradójicamente es el área en la que menor influencia ha tenido el trabajo de Sapir y Whorf. Cuando de manera independiente plantearon sus propuestas creyeron fervientemente que las mayores implicaciones de su trabajo se reflejarían en esta área. Esperaban que su trabajo sirviera de trampolín para profundizar en el estudio de las implicaciones cognitivas que el lenguaje dejaría en el pensamiento y en la interpretación que de la realidad se hacía. Ese es otro de los propósitos de este trabajo, rescatar las implicaciones que estos autores plantearon para esta área del conocimiento, recuperar lo psicológico que Sapir y Whorf incluyeron desde un inicio en su propuesta y se olvidó con el tiempo. Un siglo ya ha pasado, aquél primer horizonte de visión puede enriquecerse.

El presente trabajo busca establecer el desarrollo histórico de las ideas de estos autores. Comienzo dando un panorama general de cómo ha sido estudiado formalmente el lenguaje a través de los siglos. De forma muy sucinta recapitulo los principales hallazgos del lenguaje desde la Antigüedad pasando por la Edad Media hasta llegar a la Modernidad enfatizando la relación de estudio entre el lenguaje y el pensamiento. En este primer capítulo delimito las condiciones que propiciaron la generación de la hipótesis Sapir-Whorf, primero como tema de estudio en el continente europeo y las condiciones en las que se retoma en el continente americano, donde la formalización de las disciplinas sociales como tal apenas comenzaba. El establecimiento de la lingüística, la antropología y la psicología como ciencia determinó de manera fundamental la aproximación epistémica a los estudios lingüísticos, y a esta temática en particular.

En el segundo capítulo desmenuzo las ideas principales de la línea de pensamiento de Edward Sapir. Hago un recorrido de su vida hilando la forma en que fue adentrándose en el campo de la lingüística. Este tipo de aproximación permite entender mejor cómo fue que empató sus intereses con su campo de estudio; se entrevé quiénes ejercieron una mayor influencia en él y la forma en la que impactan en su trabajo. Después de haber establecido las condiciones en las que desarrolla su pensamiento prosigo con sus ideas. De forma detallada establezco sus ideas al respecto del lenguaje, el pensamiento y su relación.

En el tercer capítulo procedo de la misma forma con Benjamin Lee Whorf. Hago un breve recorrido biográfico para hilar su pensamiento y ver de qué forma se conjuga con sus estudios previos. Demuestro que sí tuvo una fuerte formación el área de la lingüística, lo cual a menudo se pone en tela de juicio por sus críticos. En forma detallada expongo sus ideas con respecto al lenguaje, al pensamiento y a los estudios lingüísticos que tuvo oportunidad de realizar con los hopis. De esos estudios derivó algunas nociones con respecto a la interrelación estrecha de la dupla: pensamiento-lenguaje. Para algunos,

esta fue considerada prueba fehaciente de su creencia en el determinismo del lenguaje, para otros fue una posibilidad de adentrarse al estudio de lo cognitivo y cultural a través del lenguaje.

En el cuarto y último capítulo describo la forma en que el pensamiento de Sapir fue asociado con el de Whorf, aunque no de forma intencional por estos dos autores. La convivencia entre ellos fue muy cercana, pero la muerte prematura de ambos no permitió asociar sus ideas de manera formal. Sus discípulos fueron quienes por continuidad establecieron una asociación entre sus ideas. En este apartado comparo su pensamiento con el determinismo lingüístico al que mayormente se le asocia y rechazo las asociaciones de la hipótesis Sapir-Whorf con éste. Desde la evidencia empírica no se hallan pruebas que comprueben el determinismo del lenguaje por sobre el pensamiento. Ni la categorización de la realidad, ni los universales para la escala cromática, el tiempo o el espacio, o la dificultad que se halla con las traducciones pueden establecer de alguna manera que sin lenguaje no hay pensamiento.

De esa forma queda demostrado que esta versión extrema de la hipótesis Sapir-Whorf no es viable y llego, en cambio, a mostrar cómo ciertos aspectos tanto del pensamiento de Sapir como de Whorf pueden ser considerados hoy en día aún vigentes. Si bien Whorf sí llegó a mostrarse favorable a una relación muy estrecha entre estas dos entidades reconocía su independencia. Pensamiento y lenguaje son dos entidades bien diferenciadas que no comparten ni las mismas vías fisiológicas, ni las mismas funciones. Al interactuar logran una mayor interrelación, pueden integrarse para facilitar ciertos aspectos cognitivos o adentrarse al estudio de ciertos aspectos culturales. Sin embargo, ello no implica en ninguna forma que la categorización de la realidad en diferentes códigos verbales altere a la realidad misma en alguna forma. Ciertamente puede destacar un aspecto u otro de las cosas de las que se hablan, propiciar modificaciones en su concepción en los diferentes hablantes de diferentes comunidades lingüísticas, pero no limitar de manera determinante la concepción o la realidad misma. Repensar en la psicología la forma en la que se han hecho estas aseveraciones, el marco teórico desde el cual se han afirmado y las conclusiones a las que se he llegado es en extremo importante.

CAPÍTULO I. EL LENGUAJE, PREÁMBULO AL CASO DE EDWARD SAPIR Y BENJAMIN LEE WHORF

The question 'What is language?' is comparable with –and, some would say, hardly less profound than –'What is life?', the presuppositions of which circumscribe and unify the biological sciences. Of course, 'What is life?' is not the kind of question that the biologist has constantly before his mind in his everyday work. It has more of a philosophical ring to it [...]. Although the question 'What is life' can be said, in this sense, to provide biology with its very reason for existence, it is not so much the question itself as the particular interpretation that the biologist puts upon it and the unraveling of its more detailed implications within some currently accepted theoretical framework that nourish the biologist's day-to-day speculations and research. So it is for the linguist in relation to the question "What is language" (Lyons, 1981, p.1)

1. Lenguaje en el siglo XX, su importancia

Durante el siglo XX, el "siglo del lenguaje", ocurrieron grandes cambios ideológicos y metodológicos. Se consolidaron e implementaron los cambios de las revoluciones lingüísticas anteriores (siglos XVIII y XIX) y se edificaron sistemas de conocimiento especializado. Se preconizó la aplicación del método estructural a las ciencias humanas y nacieron las disciplinas sociales: la sociología, la antropología, la psicología, la lingüística. Las humanidades, en general, se vieron invadidas por la idea de que patrones comunes a todos los hombres se revelaban en la estructura de las diferentes culturas de los seres humanos, en sus conductas, esquemas lingüísticos y mitos. La idea de función y del funcionamiento del todo como sistema permeó el ambiente intelectual de la época.

El impacto en las nacientes disciplinas sociales fue enorme. En la antropología estas nuevas implementaciones permitieron concebir la cultura como un sistema de comunicación simbólica y emplear nuevos métodos para su estudio. Otras disciplinas como la psicología y la lingüística que también ansiaban poder consolidarse como ciencias formales, al implementar estas nuevas reformas ideológicas y metodológicas, pudieron adquirir autonomía disciplinar, y ganar el reconocimiento y prestigio de sus contrapartes, las ciencias naturales. Puesto que éstas regían la forma de hacer ciencia, las ciencias sociales intentaron emularlas: redefinieron su objeto de estudio e incrementaron su rigor metodológico. Las pugnas ideológicas encarnizadas entre sus miembros no se hicieron esperar, la convivencia de los diferentes paradigmas lo propició y lo fomentó (Ciaspuscio & Kornfeld, 2011).

La elección de una metodología particular privilegió a un determinado marco teórico por sobre otro y comprometió la forma de hacer investigación. Toda observación, extracción, manipulación, interpretación de datos y derivación de conclusiones posible quedó circunscrita a un determinado rango

de posibilidades. Sin embargo, cruces entre diferentes áreas e ideologías permitieron que conclusiones válidas, y a veces contrapuestas, pudieran derivarse para un mismo hecho o fenómeno desde horizontes teóricos diferentes. En tanto que existiera coherencia argumental y empírica entre el aparato teórico y el método empleado, los resultados o conclusiones no se veían comprometidos, aun si eran contrarios para un mismo fenómeno o fenómenos afines. De hecho, sólo si se llegaba a las mismas conclusiones sobre un mismo fenómeno desde observaciones independientes, desde diferentes aparatos teóricos metodológicos, podía afirmarse con un mayor grado de certeza probabilística algo sobre dicho fenómeno. Así, encontrar afinidades entre los fenómenos y sus sistemas de estudio fue posible, sobre todo entre los nuevos aparatos teóricos y sus antecesores. No fue casual, ninguna rama del conocimiento ha mantenido siempre una visión homogénea o seguido un avance continuo, lineal u acumulativo. Diferentes visiones se han retomado indirectamente o directamente una y otra vez a lo largo del tiempo.

Los conflictos ideológicos y las rupturas epistemológicas son las que permiten el avance y el desarrollo de las diferentes disciplinas y de sus especialistas. Cuando éstos ocurren, sus especialistas se ven obligados a buscar nuevas, mejores y más satisfactorias explicaciones a los fenómenos, a construir y/o a renovar las anteriores. Pueden bien elegir alguna de estas posibilidades o hacer una combinación de las tres. Los elementos nodales de una teoría sobreviven al refinarse, fusionarse e incorporarse en un nuevo marco teórico que extiende el rango de alcance de explicación de los fenómenos

La mayoría de las investigaciones realizadas en pleno siglo XX y a lo largo de la historia de la humanidad han buscado construir y renovar sus hipótesis, para en el mejor de los casos, llegar a formular teorías. La meta siempre ha sido lograr encontrar una mejor explicación, mucho más satisfactoria y más extensiva, para un determinado fenómeno. Por supuesto que eso obliga que una misma temática reciba tratamientos diferentes, a nivel teórico y metodológico.

El lenguaje, en tanto objeto de estudio, ha debido pasar a través de estas etapas. Una misma forma de observar los hechos lingüísticos ha resurgido en diferentes momentos con matices diferentes. El cariz adoptado en cada situación ha estado en estrecha dependencia de los factores internos –en este caso, propios de la lingüística- y/o factores externos –sociales, políticos, económicos, culturales, ideológicos, personales.

Los factores internos y externos de cada continente han incidido de forma determinante en los objetivos y métodos de investigación lingüística. En EEUU y Canadá, la mayoría de las investigaciones lingüísticas han sido en torno al

desarrollo ontológico del lenguaje, y han empleado una aproximación biologicista-mentalista para investigar el origen, curso y evolución del lenguaje, es decir, apelado a la fisiología y al desarrollo psicológico-mental-social del hombre para explicar el desarrollo del mismo. Las investigaciones lingüísticas europeas en cambio, se han interesado en el desarrollo filogenético del lenguaje y empleado una aproximación historicista para rastrear el origen del lenguaje, es decir, mediante la comparación sistemática de las diferentes familias lingüísticas han hallado patrones comunes de filiación lingüística (Fernández, 2004).

Aunque al principio tanto en Europa como en los EEUU y Canadá, la mayoría de los especialistas; filólogos y antropólogos en su mayoría, preferían aproximarse al estudio del lenguaje mediante el enfoque histórico, la necesidad de especialización en el conocimiento los llevo a cambiar sus preferencias. En particular en América, aquéllos que deseaban avocarse al estudio del lenguaje y creían innecesario hacer un recorrido filogenético optaron por un enfoque funcionalista. Ellos, los ahora psicólogos, estudiaron al lenguaje desde lo orgánico y desarrollaron investigaciones de corte experimental para tal fin. La psicología experimental comenzaba a florecer (Anderson, 2001). Los demás estudiosos del lenguaje continuaron interesándose por programas de investigación lingüística centrados en el estudio de la estructura y el uso del lenguaje al interior de ciertos grupos étnicos o culturales. Nacieron así disciplinas independientes con diferentes vertientes.

La psicología, sin embargo, no fue la única en recibir grandes cambios. Dentro de la lingüística, la lingüística histórica comenzó a especializarse.³ Con el surgimiento de la lingüística historiográfica, aproximación histórica de la lingüística, fue posible dar cuenta de la evolución continua del lenguaje, del habla y del conocimiento lingüístico en general. La lingüística historiográfica empleó para aproximarse a su objeto de estudio una metodología específica y un enfoque tipológico (*typologizing approach*), también conocido como de tipo 'arquitectónico-axiomático' o de perfil 'teórico-correlativo'. Cuatro fueron los programas de investigación posible: 1) el correspondentista (analizó la correlación del lenguaje con el pensamiento y la realidad), 2) el descriptivo (que mediante la descripción pudo dar cuenta de las entidades formales y funcionales de las que el lenguaje se componía), 3) el sociocultural (que

³ Resulta interesante señalar que en el presente siglo continúan estando vigentes estas diferentes aproximaciones al fenómeno del lenguaje, cada una en su campo demuestra ser efectiva. Si una y otra se suman puede incluso obtenerse hallazgos importantes. Por ejemplo, recientemente un estudio que pretendía dar con el origen del lenguaje empleó una aproximación de tipo biologicista para hallarlo, el estudio aportó pruebas genéticas y lingüísticas de que la mayor diversidad lingüística del grupo más numeroso de hablantes se encontró en África (Atkinson, 2011). Hipótesis que ya había sido estimada probable mediante análisis lingüísticos comparativos, es decir, con estudios de corte no biologicista. Los investigadores lograron además señalar que el lenguaje fue la primera evidencia arqueológica de cultura simbólica de la que se tenía registro, data de hace unos 80 000-160 000 años.

concibió al lenguaje en relación a los estratos sociales y configuraciones socioculturales), y/o 4) el de proyección (que concibió al lenguaje en términos lógicos extensionales y lógicos intensionales). A través de ellos, pudo rastrearse la historia de las lenguas desde la antigüedad hasta el siglo XIX, y trazarse la evolución de los modelos lingüísticos, de los referenciales a los intensionales (Swiggers, 2010).

Eso permitió evidenciar las relaciones entre el habla, la lengua y el lenguaje, y la relación entre éstas y sus factores de desarrollo y de difusión. Generar y sistematizar conocimiento fue posible. Propósito que desde un principio la lingüística buscó cumplir cuando aún no se distinguía de la Filosofía. El grado de avance en el mismo varió de un período a otro, los períodos de máximo desarrollo ocurrieron durante la Edad Media, el Modernismo, a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX. Justo en este último período nacieron las ideas principales de las que se derivó la hipótesis Sapir-Whorf. Por ello, resulta mucho muy útil conocer las fuentes de las que esta hipótesis embebió. Sobre todo porque alrededor de esta temática se han tejido diversas polémicas.

En todas y cada una de las interpretaciones que los diferentes especialistas han hecho de ella, se advierte un sesgo ideológico diferente. Por lo general, la mayoría la juzga a la ligera con tono burlesco y no con juicio crítico que hace que sus críticos lleguen a conclusiones poco justas y desfavorables. Las más afortunadas permiten hacer una mejor interpretación de la hipótesis juzgándola lo más apegado posible a su intención original. Para poder juzgar mejor esta hipótesis y no a la ligera, esbozaré aquí sus raíces teóricas. Me remitiré a la Europa del siglo XIX para esbozar sus orígenes y no sólo al origen más inmediato en el que se le suele ubicar: el boom del determinismo y relativismo lingüístico que esta hipótesis generó.

Una aproximación histórica permitirá ver que las propuestas que suelen atribuírseles a estos autores -Sapir y Whorf- no se corresponden del todo con las que ellos originalmente formularon. Su propuesta original fue mucho más rica y mesurada de lo que se cree. De hecho, muchas de las posturas contemporáneas de la lingüística conservan un paralelismo sorprendente con lo propuesto por Sapir (Fernández, 2004). Aún hoy en día, la naturaleza del lenguaje pervive como forma de conocimiento, como un aspecto de la estructura de la mente que permite el entendimiento de fenómenos lingüísticos y culturales (Anderson, 2001). La pieza clave desde la que se logra entender esta importancia se halla en el Modernismo.

1.1 Influencia del pensamiento moderno dentro de la lingüística

El Modernismo no sólo fue fundamental para el desarrollo de la lingüística, también lo fue para la formulación de la hipótesis Sapir-Whorf. Las reformas que se realizaron en este período a los grandes acuerdos lingüísticos del Medioevo facilitaron la transición hacia al estructuralismo. En buena medida, estas reformas reavivaron la investigación en torno a la relación entre el conocimiento y el mundo, el pensamiento y el lenguaje. El interés por determinados aspectos de la gramática y la naturaleza del lenguaje regresó con fuerza. Desde el Medioevo no se había logrado hacer avances en estos temas.

Durante el Medioevo las ideas aristotélicas sobre la naturaleza del lenguaje fueron fundamentales. El espíritu universalista de la época, las gramáticas especulativas del período de la filosofía escolástica (1100-1350) y la observación de Roger Bacon sobre la existencia de una sola gramática en todas las lenguas (sus particularidades eran vistas como meras variaciones accidentales) (Ciaspuscio & Kornfeld, 2011) hicieron de la gramática aristotélica el punto de partida para llegar al conocimiento. Desde las categorías lingüísticas fue posible aprehender el mundo y las cosas.

En la medida en la que la substancia fue el fundamento para que sus categorías (ej. cantidad, cualidad, etc.) existiesen como verdaderas entidades, se consideró que ellas debían ser también géneros supremos, necesarios e inherentes, impensables e inseparables de la substancia. La substancia, y por ende sus categorías, se convirtieron en ente de modo primero y fundamental, accidental fue sólo su manera concreta de darse.

La gramática adquirió la responsabilidad de establecer los mecanismos lingüísticos para expresar y denominar los modos de darse del ente, es decir, de proveer a los enunciados de sentido para evitar que fueran meras elucubraciones irreales. Los modos de significación (nombre, verbo, participio, pronombre, adverbio, preposición, conjunción, género, caso y número) y las diversas categorías se convirtieron en la armazón o estructura básica de la gramática, la frase en su unidad significativa básica (Maceiras, 2002). El lenguaje tendió un puente para poder cruzar e incidir en el estudio de lo conceptual, y viceversa. La digresión aristotélica sobre los modos de significación del ente pudo entonces convertirse en la discusión sobre los modos de significación de la estructura de toda gramática. La gramática fue la base sobre la que se cimentó la estructura del pensamiento y se asentaron las bases de la cognición.

En ese entonces también se agudizaron las discusiones semánticas sobre la naturaleza de la significación: signo/sentido. Surgió toda una serie de oposiciones básicas para la lingüística moderna: la contraposición de términos como significado y referencia, connotación y denotación, intensión y extensión.

Se hizo también la distinción entre el lenguaje objeto y el metalenguaje, la conexión lenguaje/entendimiento asociada al significado dentro del contexto de la retórica, la gramática, la lógica y la dialéctica, y se otorgó significación a las ideas universales y a las del simbolismo natural o textual (Ciaspuscio & Kornfeld, 2011; Maceiras, 2002). Aún más importante, el lenguaje y sus funciones se incardinaron no desde la lógica formal, como en la tradición aristotélica de la Antigüedad, sino desde la lógica de la propia estructura del sujeto. Es decir, desde la lógica que rige la plenitud de la actividad intelectual del sujeto, el origen singular de su sentido intelectual, moral, social y ontológico (Maceiras, 2002).

Así, el acento e interés se trasladó de los conceptos al lenguaje, de las ideas a los signos. Noción universalista que iba muy *ad hoc* a las ideas que flotaban en el ambiente. El concepto universal, sin embargo, no era como en el siglo anterior: una 'imagen' basada en la correspondencia con el trasfondo 'metasingular' de los seres. El concepto-imagen suponía una especie de asimilación intelectual de la cosa por parte del entendimiento que carecía de justificación. El signo mediaba entre el concepto y la cosa, pero no tenía carácter óntico. Más bien, existía en tanto denotaba o significaba la realidad.

El signo al estar en el entendimiento debía salir de él para dirigirse a los singulares y significar varias o muchas cosas. "Hombre" fungía como universal lingüístico predicable a todos los seres humanos, no porque ellos compartieran un sustrato común y real que así lo justificara, sino porque 'hombre' era una señal capaz de designar. La palabra quedaba así instaurada como signo universal y la frase como unidad significativa. El signo fue capaz de designar y ejercer su función designativa a través de la frase o proposición, no por medio de signos aislados (Maceiras, 2002).

De estos supuestos, se desprendieron las más importantes consecuencias:

- 1) *la abstracción se asimiló con el hablar mismo*, puesto que hablar supone estar ejerciendo en contemporaneidad la operación de abstraer y de configurar conceptos. En otras palabras, dado que el concepto es signo natural de la cosa y se origina en la capacidad estructural del entendimiento, reacciona de modo significativo-lingüístico ante las realidades singulares exteriores a él, su función significativa es directamente cumplimentada por la cosa singular (Maceiras, 2002). El entendimiento logra expresar así, lingüísticamente en un nombre universal o general, la semejanza percibida entre seres individuales o singulares existentes entre los cuales no existe nada real que justifique su nombre universal o general. El hablar mismo es el que teniendo experiencia sólo de singulares expresa sus semejanzas a través de signos con significaciones universales.

2) *La ciencia apareció como lenguaje de signos universales con capacidad para dar cuenta coherente de las realidades, las cosas y fenómenos que constata la experiencia, y no como conjunto de proposiciones/imagen del mundo, mucho menos como analítica del singular* (Maceiras, 2002). El lenguaje se convirtió entonces en el sistema de signos o compendio de los modos de hablar significativamente de las cosas a través de enunciados o frases. El sistema lingüístico, en conjunto y en sus partes, pudo remitir a la realidad significada y establecer vínculos entre el conocimiento y el lenguaje. Conocer y hablar se reclamaron mutuamente. El lenguaje no fue más una realidad abstracta, sino que fue producto mismo del ejercicio mismo de abstracción. A través del lenguaje fue posible vincularse con las cosas, con el mundo y con el mundo de las ideas.

Hacia el Renacimiento, la gramática siguió cobrando un papel fundamental. Cuando los estados nacionales lograron consolidarse y la alfabetización expandirse hacia las clases altas, ya no únicamente limitarse al ámbito religioso, las lenguas vernáculas europeas se afianzaron como objeto legítimo de estudio (hacia finales de la Edad Media) (Ciaspuscio & Kornfeld, 2011). Los primeros intereses lingüísticos específicos comenzaron a surgir, aparecieron las primeras *Gramáticas* de las lenguas vulgares y, sin mucho éxito, las gramáticas modélicas latinas que buscaron hacer coincidir a las lenguas vulgares y romances con el latín. Resurgieron los textos clásicos y junto con ellos el consiguiente uso de los criterios exegéticos y hermenéuticos. La *Bibilia* fue traducida y difundida por Lutero (Maceiras, 2002).

A lo largo de los siglos XVI y XVII, las grandes líneas de reflexión giraron en torno a los problemas del conocimiento, de la conexión entre razón y experiencia. Se formaron dos líneas de pensamiento contrapuestas, las de los racionalistas y los empiristas. Los primeros situaron el origen de toda verdad y sentido en la razón. La razón como ámbito y método que posibilita cualquier sentido intelectual y todo conocimiento posible, sin mayor atención al ámbito de la experiencia, de los signos, del lenguaje. Los empiristas, en cambio, desplazaron el origen y método de todo conocimiento hacia fuera de la razón, situándolo en la experiencia y en los signos.

Empiristas como Francis Bacon, Thomas Hobbes, John Locke, David Hume y Condillac impulsaron de forma indirecta el desarrollo de tesis propiamente lingüísticas. Éstas permitieron que paulatinamente el lenguaje conquistara su autonomía y al profundizar en su estudio nacieran sus respectivas áreas de especialización, la sociolingüística, entre ellas.

Para Bacon, por ejemplo, las palabras fueron más que el medio adecuado de expresión del sentido intelectual, las palabras fueron elementos importantes

de su constitución. La gramática constituyó un instrumento práctico para el conocimiento unificado y permitió la expresión coherente del sentido intelectual. Cada lengua pudo así incorporar y traducir a las demás. El lenguaje se convirtió en medio de expresión del espíritu humano, en sí mismo heterogéneo según las naciones (Maceiras, 2002).

Thomas Hobbes hizo razonamientos similares. Al igual que Ockham, concibió a los conceptos como nombres que podían significar varias o muchas cosas. De acuerdo a su postura, la acumulación de experiencias forjaba palabras, y éstas nombres. El nombre era signo con varias funciones. El uso de los signos verbales a través de las proposiciones se vinculaba al entendimiento. Al razonar, se calculaba la posibilidad de inclusión de un signo en otro (Maceiras, 2002).

John Locke supuso también que las ideas procedían en su totalidad de la experiencia. Las palabras presuponían a las ideas y éstas a las experiencias que fueron su origen. Los lenguajes al estar esencialmente constituidos por palabras y nombres universales podían contribuir a la configuración de ideas generales y ser su consecuencia. Es decir, la función significativa del lenguaje estructuraba su función eidética. Si un lenguaje era coherente, lógico y realista generaba claridad mental; si era confuso, resultaba un filtro perturbador que se interponía entre nuestro entendimiento y la verdad (Maceiras, 2002).

Hume abogó porque en el lenguaje, donde se tiene experiencia real de los conceptos, se solidificara el modo singular de la experiencia. En el ejercicio y uso de cada palabra, suponía, se evocaba fónicamente la cosa nombrada. Condillac, por su parte, recurrió a un acentuado sensismo ilustrado para situar en los signos y sensaciones el origen no sólo del conocimiento y de todo sentido intelectual, sino la génesis misma de las facultades cognoscitivas. Se acercó mucho al ideal leibniziano de *lingua universalis* (Maceiras, 2002).

En resumen: Bacon, Hobbes, Locke, Hume y Condillac, empiristas todos, centraron en la experiencia recopilada por los signos la fuente de todo conocimiento. Locke, en particular, le asignó al lenguaje además de la función comunicativa y volitiva del hablante, la de exteriorización del entendimiento, es decir, la de vinculación de los fenómenos del habla humana con la experiencia sociocultural. Cosa no menor, a través de ella era posible hacer referencia a las cosas mismas de las que se hablaba, a las ideas propias y las ajenas (Maceiras, 2002). En términos generales, los empiristas lograron confirmar la importancia del lenguaje en el pensamiento. Se convencieron plenamente de la imposibilidad de pensar sin palabras. El arte de razonar quedó reducido al uso de una lengua bien construida. Más que una analogía entre conocimiento y lenguaje, surgió una relación de identidad.

De ahí que, se creyera que la “imperfección” de las lenguas naturales originara problemas de comunicación, ya que éstas no lograban comunicar de forma transparente las ideas. Se hizo necesario hacer una distinción entre las gramáticas empíricas (descripción de lenguas particulares) y la gramática general o filosófica más abstracta (Ciaspuscio & Kornfeld, 2011). Se propusieron sistemas que tenían como fin último expresar inequívocamente el conocimiento, el pensamiento y las ideas. Entre ellos, destacó la propuesta de John Wilkins en el siglo XVII (la primera de su tipo) y también la gramática de Port Royal⁴. Esta última pretendió enunciar principios generales que fueran aplicables a todas las lenguas, es decir, ofrecer un modelo general a partir del cual fuera posible derivar casos particulares, lenguas particulares, expresiones particulares. La gramática general, se pensaba, desplazaría como modelo de toda gramática al latín y trascendería por sobre la gramática de las lenguas vulgares (Maceiras, 2002).⁵

Desde entonces, la idea del lenguaje como representación (de la realidad sensible y del pensamiento mismo) se instaló profundamente entre quienes adjudicaron al lenguaje el poder de vincular conocimiento y experiencia. Ellos, los empiristas, situaron en la experiencia y en los signos el origen del conocimiento y del sentido intelectual. Las lenguas para comunicar debieron acatar principios universales, articularse lógicamente, estructurarse conforme a reglas claras y universales. Esta lógica y claridad del lenguaje permitiría articular un conocimiento lógico, claro y ordenado del mundo. En buena medida el conocimiento quedó ligado a las posibilidades de experiencia mediadas por el signo, por el lenguaje.

Para los racionalistas, en cambio, el enlace entre el mundo y el conocimiento fue la razón: ámbito y método que posibilitó cualquier sentido intelectual y todo conocimiento. Ni el lenguaje ni su lógica fueron necesarios para la adquisición del mismo. Descartes y otros racionalistas situaron en el yo y en la propia razón el fundamento de todo sentido inteligible, al lenguaje le asignaron un papel secundario. Éste fue importante sólo en la medida que pudo permitir la expresión del conocimiento. El lenguaje y los signos, lingüísticos o no, tuvieron un carácter absolutamente derivado, no absolutamente instrumental, orgánico. Admitieron, sin embargo que a través de las operaciones lingüísticas era como se conocía la esencia de la razón (Maceiras, 2002).

De entre los racionalistas, sólo Leibniz ligó el lenguaje a las posibilidades de conocimiento y a la constitución del sentido inteligible, los demás no le

⁴Término acuñado para los gramáticos Claude Lancelot y Antoine Arnauld, quienes escribieron en 1660 la *Gramática general y razonada*, mejor conocida como *Gramática de Port-Royal*.

⁵ Esta misma idea, Chomsky la incorporaría en su pensamiento muchos años después bajo la noción de “estructura profunda”. Él aseguraba que toda diversidad lingüística sería posible derivarla de una misma estructura común, una gramática común.

asignaron ningún papel de importancia. Leibniz concibió una mediación dialógica entre el pensamiento y el lenguaje: asoció el pensar, el reflexionar y el recordar a éste último. La esfera intelectual en su plenitud la dejó a merced de la palabra (Maceiras, 2002). Kant, por el contrario, desligó por completo la esfera del conocimiento de la del lenguaje. Dado que la estructura del entendimiento operaba en conexión directa con la experiencia, derivaba las categorías del entendimiento y su estructura de las formas lógicas del juzgar. No halló ningún nexo posible entre el lenguaje, la gramática o el conocimiento, a estos tres elementos los concibió como independientes unos de otros. No obstante, sí creyó que el simbolismo del lenguaje podía ofrecer nuevas vías al pensamiento, abrir la razón a otros ámbitos de realidad más amplios que los delimitados por la experiencia empírica (Maceiras, 2002).

Así, empiristas y racionalistas, muy a pesar de sus diferencias, colocaron a la subjetividad como trasfondo indisociable de la actividad del entendimiento. Si bien el sujeto era quien recibía la experiencia, eran los mecanismos de su actividad esencialmente psicológica los que integraban la experiencia y le daban forma, es decir, lo convertían en un agente activo y no meramente pasivo. Este cruce entre razón y experiencia, con el correr del tiempo llegó a afianzarse en el concepto de *genio colectivo* o *nacional*.

El genio era lo que vinculaba a lo individual y lo comunitario, lo racional y lo experiencial, requería de aptitudes racionales –diferenciadas para esta o aquella actividad- y de condiciones empíricas en las que tales aptitudes se fomentaran y desarrollaran. Huarte de San Juan decía que el genio: “es una predisposición natural, originalidad para este o aquel modo de razonar o actuar, adecuación natural para una actividad específica, todo ello en estrecha dependencia de condiciones orgánicas y psicológicas, a su vez derivadas, en gran medida, de circunstancias costumbristas populares sumamente ocurrentes relacionadas con la alimentación, la gestación, la crianza, etc.” (Huarte de San Juan, 1977 citado en Maceiras, 2002, p.68). Locke en el *Ensayo sobre el entendimiento humano* lo describió así: “las distintas modas, costumbres y maneras de una nación provoca que se formen diversas combinaciones de ideas que son familiares y necesarias en esa nación, pero que otro pueblo nunca ha tenido ocasión de utilizar o tal vez nunca haya advertido siquiera” (Locke, 1980, p.457, citado en Maceiras, 2002, p.54). En términos generales, diríase que el “genio” permitió vincular a lo individual con lo comunitario. El “genio” del individuo fue indisociable del “genialismo” colectivo o aptitud del pueblo, si había genio y genialidad individuales significaba que había genio y genialidad colectivos (Maceiras, 2002).

Eventualmente, este concepto derivó en otro, el tan afamado “espíritu del pueblo” (*Volkgeist*) que la corriente romántica del movimiento alemán (*Deutsche Bewegung*) difundió ampliamente. Hamann, Herder y Humboldt fueron sus principales promotores, no sus creadores. Quienes verdaderamente

plantearon algún nexo entre el genio del pueblo y la lengua fueron los integrantes del “platonismo de Cambridge” (Aarslef, 1988). Mientras que en Inglaterra y Francia esta idea ya era popular, en Alemania aún no se conocía. Hamann y Herder fueron los responsables de su introducción y posterior difusión a toda Europa.

Hamann se familiarizó con esta noción de “espíritu del pueblo” estando en Inglaterra y se la transmitió a Herder junto con la distinción humboldtiana de *energeia* y *ergon*. Herder incorporó estas nociones a su pensamiento y lo diseminó por toda Alemania y por toda Europa. El alcance y la repercusión que estas ideas generaron en el idealismo y el romanticismo alemán merecerían un capítulo aparte, y sólo en cuanto a lo lingüístico se refiere. Muy probablemente sea por ello que a los pensadores alemanes, en especial a Humboldt, se les asocia con estas ideas. Si bien Humboldt fue el responsable de introducir nuevos elementos de estudio en el campo lingüístico, no fue él quien introdujo esta noción de ‘espíritu del pueblo’.

A Humboldt más bien debería asociársele con el paralelismo hallado entre la lengua y el mundo de sus hablantes. Como bien se señaló antes, no fue el primero en hallar esta asociación, pero sí el primero en aportar evidencia antropológica para sustentarla. El pensamiento de Humboldt suele resumirse en la siguiente sentencia: la lengua contiene una estructura distintiva propia que refleja y condiciona los modos del pensamiento del pueblo que la usa (Maceiras, 2002). Idea en la que suele cimentarse la hipótesis Sapir-Whorf. El otro eje fundamental en que esta hipótesis se sostiene es en la noción de estructura que introdujo el estructuralismo y favoreció el establecimiento de la lingüística como ciencia social.

En particular dentro de la lingüística la noción de lo estructural propició grandes cambios, el primero y fundamental: estableció a la lingüística como ciencia. El poder delimitar y establecer una clara relación entre todos los elementos del habla, permitió abstraer de la actividad comunicativa a todo objeto de conocimiento, centrar la atención en él, desarrollar análisis rigurosos y sistematizar el conocimiento. Aún más permitió develar el funcionamiento y el entramado de relaciones de los elementos del sistema y dibujar la estructura que los contenía. Y puesto que tanto en Europa como en América había una necesidad apremiante de poder consolidar a las nacientes disciplinas de estudio como ciencia, esta oportunidad de poder aislar y delimitar claramente al objeto de estudio de la lingüística, le permitió a esta disciplina establecerse formalmente como ciencia.

Así fue como la temporada de finales del siglo XIX y principios del XX se anheló incesantemente la autonomía disciplinar y se buscó ejercer en todas las nacientes disciplinas ‘científicas’ un rigor excepcional. En la lingüística este rigor se reflejó en un primer momento en la emulación de los modelos de las

ciencias naturales y el abandono de la visión historicista, a la larga derivó en la introducción de trabajo experimental realizado por los psicólogos y sugerido por los neogramáticos. Aparecieron también visiones contrapuestas como la sociología de Meillet/Saussure.

Particularmente en América, estas condiciones permitieron que la hipótesis Sapir-Whorf pudiera gestarse. Las ideas recién exportadas del continente Europeo respecto al estructuralismo y la visión del mundo de los hablantes se conjuntaron y permitieron que surgiera esta nueva corriente de pensamiento. Sin embargo, en América estas ideas no se incorporaron con el mismo matiz y acento con el que se generaron en Europa. Por ello, para entender mejor cómo se gesta y desarrolla esta hipótesis, se hace necesario referirse a sus orígenes para entender su devenir. Brevemente describiré sus orígenes más inmediatos en el primer tercio del S.XX, después describiré su transición hacia el continente americano.

2. La lingüística del primer tercio del siglo XX

2.1 Visión europea

A lo largo del siglo XIX, muchas de las investigaciones lingüísticas quisieron encontrar el origen del lenguaje, desarrollaron para ello un método que los ayudara a rastrearlo. Al observar que el grado de relación entre una lengua y otra se hallaba determinado por el número de rasgos similares entre sí, decidieron comparar sistemáticamente a diferentes lenguas entre sí para rastrear el origen y la filiación lingüística de cada una de ellas. Esperaban con el tiempo poder encontrar un ancestro único y común a todas ellas que pudiera indicar con precisión el momento y las condiciones en las que surgió el lenguaje.

Aunque mediante la comparación sistemática realizada en ese entonces no fue posible hallar el origen del lenguaje, sí se logró hacer un primer gran avance fundamental: examinar en su totalidad a la forma de las lenguas, recuperar las similitudes fonéticas que compartían, correlacionar una o más de sus características y establecer relaciones genéticas entre ellas, es decir, rastrear su filiación lingüística (Anderson, 2001). El primero en emplear esta técnica para hacer un gran hallazgo fue Sir William Jones (1746-1794), quien logró encontrar similitudes entre las lenguas indoeuropeas y el sánscrito, es decir, identificar que todas ellas derivaban de este ancestro común (Fernández, 2004). Acontecimiento no menor que llevó a considerar a las lenguas indoeuropeas como las más desarrolladas y perfectas. Muchos estudiosos pretextando que Humboldt había declarado al sánscrito como la lengua más perfecta, consideraron pertinente asignarle a las lenguas indoeuropeas y a sus

hablantes una superioridad por sobre otras lenguas y otros hablantes. El *ranking* evolucionario de las lenguas comenzó a establecerse, las lenguas que no se apegaban a este modelo estuvieron en considerable desventaja.

En realidad, Humboldt sólo había advertido que el sánscrito tenía la capacidad de poder elicitarse en el oyente la misma respuesta, la misma imagen (*Bild*) que la palabra o frase original denotaba cuando era construida, por eso era más perfecta que otras en las que se dificultaba rastrear cuál había sido la imagen original. El sánscrito al ser una lengua aglutinante exige que todos y cada uno de los elementos que alteran la raíz de la palabra sean marcados y registrados en las inflexiones, desinencias y cualquiera otra transformación que pudiese sufrir la palabra. Por eso, es más fácil rastrear, descifrar y comunicar los conceptos o ideas originales que se hayan decidido comunicar con el arreglo particular de ciertas palabras o frases. Por supuesto que esta explicación no fue la que se popularizó y la idea que se extendió rápidamente fue la de la superioridad indiscutida del sánscrito por sobre cualquier otra lengua y sus hablantes. Lejos de ayudar en la clarificación e igualdad de las lenguas, esto propició luchas entre los diferentes especialistas por posicionar a una lengua o sistema lingüístico por sobre otro.

Nacería así la tradición de los comparatistas clásicos, cuéntese a Friedrich Schlegel (1772-1829), Franz Boop (1791-1867) y August Schleicher (1821-1868) entre sus máximos representantes. Si bien ninguno de ellos logró posicionar a una lengua por sobre otra u hallar el origen del lenguaje, con sus métodos de estudio se abrieron nuevas posibilidades de investigación para el mismo. Sus sucedáneos, los neogramáticos, buscaron hallar los orígenes del lenguaje ya no en su historia lingüística sino en su transcurrir ontogenético, es decir, en la historia del sujeto y transformaron los métodos de estudio del lenguaje.

2.1.1 Los neogramáticos

Karl Brugmann (1849-1919), Barthold Delbrück (1842-1922), August Leskin (1840-1916) y Hermann Osthoff (1847-1909), máximos representantes de esta corriente, fueron los primeros en colocar en primer plano a los rasgos de constitución interna de las lenguas y situar en segundo plano a los aspectos externos del lenguaje (la sociedad, la cultura, el contexto comunicativo, etc.) (Fernández, 2004). La organización interna de los elementos, pensaban, bastaría para explicar el funcionamiento del lenguaje, el detallar sus mecanismos fisiológicos permitiría describir y con suerte explicar su desarrollo ontogenético, y quizás hasta filogenético. Los neogramáticos esperaban así, a partir de estos estudios, aventurar alguna hipótesis sobre la génesis del

lenguaje, descubrir qué fue primero el habla o el movimiento, etc. Aunque fracasaron en su misión, le dieron un giro rotundo a los estudios lingüísticos.

La posibilidad de desligar a la lengua y a los sistemas lingüísticos de cualquier sistema social o cultural implicó no sólo un cambio metodológico sino del todo conceptual. La lengua concebida ahora como un sistema autónomo e independiente pudo prescindir para su explicación de factores externos, sociales o culturales, debió recurrir sólo a la fisiología para explicar su funcionamiento. A segundo plano pasó el significado, todo lo relacionado a lo semántico se creyó innecesario. Si era posible entender los fenómenos del lenguaje desde reglas y leyes que dieran cuenta de todas las transformaciones lingüísticas, se hacía del todo innecesario recurrir a lo social o cultural que el lenguaje podía implicar.

Los neogramáticos comenzaron así a formular leyes “sin excepciones”, y a promover leyes fonéticas del funcionamiento organizado y regular de los sistemas lingüísticos (Anderson, 2001; Fernández, 2004; Gardner, 1987). Estas regularidades permitieron develar la regularidad de los patrones y procesos mecánicos de los sonidos, fijar leyes para su evolución y establecer leyes sin excepciones de cambio para las palabras. La regulación del comportamiento lingüístico con base en lo funcional fue posible, la exclusión de las variaciones inmotivadas, inexplicables y fortuitas de los estudios lingüísticos fue inminente.

Sin embargo, no fue posible regular todas las transformaciones lingüísticas, varias se les escapaban, entre ellas: las creaciones analógicas y las modificaciones lexicales o gramaticales de determinadas palabras. Éstas se explicaban sólo si se rastreaban los cambios lingüísticos desde su desarrollo histórico, pues ni el azar ni los préstamos lingüísticos eran capaces de explicarlos. Se hizo necesario, entonces, rastrear las variaciones de las formas y los significados de las palabras, y la correspondencia formal y semántica de las mismas dentro el mismo sistema lingüístico o entre dos diferentes. De nuevo, debieron avivarse viejas tradiciones y recurrir a la tendencia historicista del lenguaje; aunque la popularidad de esta tradición ya era escasa, no había desaparecido del todo en Europa, sus dominios ahora se extendían al continente americano.

En este continente, su popularidad, extensión y dominio se avivó –aunque con un matiz diferente del europeo. Su importancia, de hecho, pervive aún hoy en día.⁶ Las dos escuelas más importantes de este movimiento las dirigieron

⁶ Hoy en día podría pensarse que los métodos de tipo funcionalista serían mucho más exitosos que los de tipo histórico, o que esta tendencia sería ya obsoleta. No ocurre así, ambos métodos son necesarios e importantes, dependiendo de los objetivos de la investigación un método satisface mejor las necesidades de conocimiento que otro. Un ejemplo reciente lo demuestra. Investigadores del área de psicolingüística del Instituto Max Planck, bajo la tesis de que el lenguaje sigue reglas innatas para su procesamiento en el cerebro, analizaron 301

Bopp y Grimm, y Osthoff y Brugmann. La escuela de estos últimos fue visiblemente cercana al pensamiento de Humboldt. Sus postulados pueden resumirse en tres: 1) el sonido articulado es independiente de la imagen o del significado a que está asociado, 2) los cambios fonéticos obedecen a una desviación (*Verschiebung*) gradual de una norma articulatoria y requieren del menor esfuerzo articulatorio (*Bequemlichkeit*) y, 3) los cambios son visibles en un período de tiempo histórico pertinente (usualmente el período entre dos generaciones).

Como puede observarse, la permanencia del cambio en las palabras fue el rasgo distintivo para juzgar la importancia del mismo, si perduraba era histórico, sino psicológico. Por regla general, si los cambios eran inmediatos, los explicaban mejor los procesos psicológicos subyacentes. Los cambios a largo plazo ocurrían a causa de las normas articulatorias, que causaban un cambio fonético histórico (*Lautwandel*) e incidían en todo el sistema lingüístico, no únicamente introducían una sustitución fonética (*Lautwechsel*) (Alonso-Cortés, 2006). Como ejemplo de los procesos psicológicos subyacentes encontramos a los siguientes: la *metátesis* (ej. decir *humadera* por *humareda*), la *asimilación* (ej. evolución de la palabra latin *inponere* 'poner, colocar' a *imponere* 'imponer'), la *disimilación* (ej. la palabra *anima* pierde la *i* por síncope, debiera quedar "anma", pero la *n* se disimila y queda *alma*), la *analogía* (creación de habla conforme a modelos existentes, asocia en la mente de los hablantes los cambios sufridos por determinadas formas a otras a nivel lexical o semántico), la *etimología popular* (por un trueque semántico o adaptación fonética se establecen significados de las palabras basándose en voces parecidas u homófonas: creer que *idiosincrasia*, por su fonética, se relaciona con la palabra *idea* y no con el prefijo griego *idio-*, 'propio'), la *contaminación* (ocurre cuando domina o se prefiere el uso de un vocablo de una lengua extranjera en vez de la propia, ej. decir *status* en vez de 'prestigio' o 'situación') y el *error lingüístico* (producir una forma lingüística que se aparta de la correcta).

Puesto que en la regularidad inmediata de los patrones lingüísticos, los neogramáticos encontraron la explicación a muchos de los fenómenos lingüísticos bajo estudio, recurrir a factores sociales para explicar los cambios fonéticos y demás menesteres se hizo innecesario (Fernández, 2004). La lengua al ser concebida como un sistema autónomo e independiente pudo explicarse desde su organización interna, desde el funcionamiento de sus elementos constitutivos. Para dar cuenta de la regularidad de los acontecimientos, bastaba con medir los hechos y datos, registrar los cambios

lenguas de las cuatro principales familias lingüísticas (Austronesia, Indoeuropea, Bantu y Uto Azteca) buscando hallar relación alguna entre sus diferentes elementos, ya sea en el orden de la relación objeto-verbo, preposición-sustantivo, genitivo-sustantivo, cláusula relativa-sustantivo, si la posición en la oración influye en otras partes del enunciado, etc. No descubrieron alguna, el orden de las palabras jamás siguió el mismo orden, la estructura del enunciado se observó estuvo determinada por el contexto histórico en el que el lenguaje se desarrollaba (Dunn, 2011). Esto demuestra que la aproximación histórica es aún necesaria.

fonéticos y enunciarlos en leyes 'sin excepciones'. Los neogramáticos debieron preocuparse entonces sólo por empatar su modelo con las exigencias necesarias para que su disciplina alcanzara el estatuto de ciencia. Se les hizo fácil recurrir a modelos naturalistas para alcanzar tal fin. La fisiología les permitió adentrarse en la dinámica de los cambios orgánicos sonoros (su fonética), y la psicología explicar las modificaciones y resistencias analógicas de las palabras que no se explicaban mejor por la analogía (en ese entonces, la mayoría de los cambios fonéticos los explicaba la analogía). Esta especialización del conocimiento propició el nacimiento formal de la fonética y la dialectología. Los avances en estas áreas fueron enormes, lograron superar el conocimiento generado en la Antigüedad, primer gran fase de desarrollo.

En esta segunda gran etapa, el desarrollo de la fonética descriptiva logró informar acerca de la verdadera pronunciación de las palabras, y el de la dialectología trazar la historia de los cambios lingüísticos. Posicionar a las lenguas bajo estudio dentro de una escala clasificatoria fue posible, las lenguas indoeuropeas fueron el modelo a seguir por excelencia. La elaboración seria de estudios, atlas, encuestas no se hizo esperar. Una mayor importancia se le otorgó al estudio del préstamo de palabras y a los préstamos lingüísticos en general (rasgo universal de la historia de las lenguas). La analogía se posicionó como el factor por excelencia a considerar para estudiar el desarrollo lingüístico.

De forma irónica, esta nueva preocupación por estados concretos de la lengua permitió que los códigos lingüísticos se incardinaran en su conjunto social y cultural, lo que tanto se había procurado evitar. La realidad variable del lenguaje prevaleció sobre el rastreo de las regularidades. Las puertas hacia la dialectología que estaba por desarrollarse y a la corriente estructuralista quedaron abiertas.

2.1.2 El estructuralismo

Ferdinand Saussure instauró el estructuralismo, escuela de pensamiento que pretendía estudiar a los fenómenos lingüísticos sistemáticos –*langue*– abstrayéndolos tanto de la actividad comunicativa concreta como de su heterogeneidad –*parole* (Maceiras, 2002). Esta nueva corriente reformó los cánones lingüísticos hasta entonces empleados e incluyó nuevamente lo social en el lenguaje. Reconoció el carácter social de las lenguas, pero no recurrió a factores externos para explicar los hechos de configuración interna, ni consideró a la heterogeneidad lingüística como provocada por el funcionamiento de lo verbal en el seno de la sociedad. Es decir, en su propuesta, Saussure consideró el aspecto social únicamente como criterio demarcador entre la *langue* y *parole* (Fernández, 2004), novedosa distinción entre la lengua y el habla. Su propuesta fue contraria a la de los neogramáticos, mas no como suele decirse por el planteamiento estructural del

lenguaje. En realidad, las ideas de Saussure guardaban mucha afinidad con las de tendencia positivista del primer tercio del siglo XX que buscaban otorgarle al lenguaje entidad y autonomía dentro del campo de las ciencias.

Al igual que los neogramáticos, los estructuralistas pretendieron asentar a la lingüística en bases científicas duras, ganarle un lugar respetable dentro del conjunto de las ciencias, consolidar su autonomía disciplinar y extender el dominio y la visión del lenguaje. De acuerdo a Fernández (2004), los estructuralistas intentaron subsanar los puntos débiles de los neogramáticos, sus antecesores, y representar una mejor opción metodológica. Los neogramáticos en su tiempo pretendieron hacer lo mismo con la propuesta de los lingüistas histórico-comparativos (sus antecesores), y ellos, a su vez, superar el romanticismo decimonónico que los antecedió. Si bien ninguna corriente de pensamiento superó por completo a su antecesora, cada una en cierta medida logró mejorar y refinar sus modelos lingüísticos y aportar conocimientos valiosos que abrieron nuevos caminos de investigación.

Al final de ese siglo, los modelos funcionalistas y cada vez más especializados fueron los que prevalecieron. Estos enfatizaron la sistematicidad y colocaron en primer plano a la actividad comunicativa, dejando de lado factores que ya no se consideraron dignos de estudio: la sociedad y la cultura. Sin embargo, no fueron del todo olvidados. Otros autores los retomaron para construir su propio cuerpo de conocimiento e incorporar una visión holista o del 'todo integrado'. Misma que no resultó difícil de asimilar, el ambiente intelectual de la época estaba impregnado por esta noción del funcionamiento sistémico. El 'todo integrado' no se restringió nunca sólo a lo lingüístico, sus alcances se dejaron sentir en lo artístico, literario, político, económico y psicológico –en la teoría de la Gestalt.

En materia lingüística, sin embargo, destacaron las propuestas de: Hugo Schuchardt y Giulio Bartoli, quienes resaltaron la diversidad lingüística en función de coordenadas geográficas, y las de los alemanes: Heymann Steinthal (1823-1899), Hans Georg von der Gabalantz (1840-1893), Wilhelm Wundt (1832-1920) y Wilhelm von Humboldt (1767-1835), quienes destacaron la dimensión psicológica del lenguaje (Fernández, 2004). De entre ellos, la propuesta más sobresaliente fue la de Humboldt. Él incluyó en su propuesta factores artísticos, estéticos y espirituales, su propuesta fue además de novedosa, la más humanista e incluyente de las otras que le antecieron y sucedieron.

La visión humboldtiana del lenguaje analizó los fenómenos lingüísticos desde un enfoque filosófico-descriptivo, según el cual, cada código idiomático fungía como signo identificador de la comunidad –por contener éste los rasgos característicos de la misma- y como filtro para la aprehensión y comprensión de la realidad (Anderson, 2001). Otros autores franceses como Anton Marty

(1849-1923), Michel Bréal (1832-1915), y el mismo alemán Philipp Wegener (1848-1916) abrazaron una visión pragmática del lenguaje, adoptaron una visión semántica de la comunicación. Su objetivo fue el conocer cómo se daba la comprensión entre el hablante y el oyente en una situación de diálogo, no las condiciones que lo propiciaban. Esta perspectiva, en especial la noción de contexto de situación, la asimilarían muy fácilmente lingüistas de diferentes partes de Europa. Particularmente, los lingüistas ingleses: Alan Henderson Gardiner (1879-1963), Bronislaw Malinowski (1884-1942) y John Rupert Firth (1890-1960), quienes se aproximaron al lenguaje desde la pragmática (Fernández, 2004).

En realidad, sería difícil precisar la dominancia de una tendencia por sobre otra. En buena parte de la temporada de finales del siglo XIX y principios del XX, convivieron visiones muy heterogéneas que ansiaban poder consolidar el estatus científico de la lingüística. Dado que el anhelo de autonomía disciplinar era grande, todas y cada una de las visiones buscaron enfatizar por sobre todo el rigor disciplinar y metodológico. Los modelos más populares y mejor aceptados fueron aquéllos que se centraron en la estructura lingüística, los que resaltaron la sistematicidad del lenguaje y abstraieron todo objeto de conocimiento de la actividad comunicativa.

Concretamente en Europa, las dos corrientes de pensamiento contrapuestas que pretendieron en diferentes momentos lograr la autonomía lingüística fueron por un lado la visión de la lingüística histórico-comparativa, por otro la corriente de orientación mentalista y cultural –más bien romántica– de Johann Gottfried Herder (1744-1803), Humboldt, Steinthal y Wundt. Hacia el s.XX, los neogramáticos y los estructuralistas desde trincheras diferentes relevaron a sus antecesores en el intento de conferirle a la lingüística el estatuto de ciencia.

Los estructuralistas, a diferencia de los neogramáticos, insertaron a la lengua en coordenadas sociales a las que les otorgaron mayor importancia. La constitución estructural de los sistemas lingüísticos no fue independiente de su actividad concreta. La intencionalidad comunicativa, los factores sociales y pragmáticos de la lengua se tornaron sumamente relevantes. Surgieron dos escuelas importantes de corte internalista centradas alrededor de la dimensión constitutiva de las lenguas: la Escuela de Praga y la Escuela de Londres. Junto con ellas también surgieron aproximaciones que reclamaron mayor atención hacia cuestiones relacionadas con el uso lingüístico y la dimensión psicosocial del lenguaje. Este tipo de corrientes de pensamiento siendo originadas en Europa dejaron una huella mucho más profunda en los Estados Unidos y Canadá que en el viejo continente. Sin embargo, aquí en el continente americano fueron desarrolladas con una tonalidad diferente a la original.

Gozó de gran popularidad debido a las condiciones políticas y sociales que contribuyeron a su rápida expansión y difusión. Los Estados Unidos de Norteamérica se perfiló como el lugar perfecto para hacer prosperar nuevas corrientes de pensamiento. Los estragos de la Primera Guerra Mundial se dejaron sentir fuertemente en el campo académico, y la Segunda Guerra ya estaba ya por suceder. Algunos de sus principales promotores de esta corriente de pensamiento fueron europeos que debieron autoexiliarse de su país en busca de asilo político.

2.2 Visión americana

En E.E.U.U. los ecos de las corrientes europeas llegaron a estabilizarse en una nueva corriente conocida como antropología lingüístico-cultural, asociada a la visión mentalista, idealista y romántica que le atribuyen a Humboldt. Las necesidades de conocimiento lingüístico que esta teoría logró satisfacer, la de descifrar el mundo social y cultural de los hablantes de las lenguas amerindias a través de su propia lengua, le ganó adeptos muy rápidamente.

Heredera de la visión socio-política del siglo XIX, esta corriente de pensamiento se valió de los cruces entre lo lingüístico, lo socio-cultural y lo cognitivo-perceptual para su desarrollo. El lenguaje, sin embargo, ocupó un papel central: fue el pilar fundamental para la constitución de la sociedad, de la cultura y de la nación. A través del sistema lingüístico bajo estudio, se facilitó adentrarse al estudio de la sociedad, la realidad cultural y las creencias de los hablantes. La visión no-autónoma, no-purista de los códigos idiomáticos permitió que éstos fungieran como identificadores y símbolos de la comunidad.

Thomas Jefferson (1743-1826), Noah Webster (1758-1843), Albert Gallatin (1761-1849), John Pickering (1777-1846) Francis Lieber (1800- 1872), William Dwight Whitney (1827-1894) y Daniel Garrison Brinton (1837-1899) fueron los primeros en Norteamérica en apostar por esta visión política de las lenguas (Fernández, 2004). Esta misma, con algunas modificaciones, fue continuada por Franz Boas (1858-1942), Edward Sapir y otros autores cercanos a la antropología lingüística o a la etnografía de la comunicación (Anderson, 2001; Fernández 2003; Fernández, 2004). Los hechos que históricamente catalizaron el desarrollo de esta visión política fueron:

1. El conflicto entre el uso del inglés americano y el británico, el cual sentó las bases para que los norteamericanos lucharan por lograr la autonomía y no se subordinaran al inglés británico que conservaba mayor tradición y prestigio.
2. La necesidad de reivindicación de los sistemas lingüísticos amerindios que habían sido objeto de abandono y escasa consideración. Solía creerse que los hablantes de estas lenguas poseían un índice de desarrollo cultural y cognitivo bajo. Pervivía la creencia de que las

lenguas reflejaban el grado de aculturación de sus hablantes. Cuando éstas no se ajustaban a los cánones impuestos por las lenguas indoeuropeas -que tenían al sánscrito como el sistema de mayor perfección-, la lengua y sus hablantes eran menospreciados. Los estudiosos de las lenguas amerindias intentaban restituirle valor a estos sistemas ampliamente desdeñados.

Al contemplar los fenómenos lingüísticos como incardinados en coordenadas socioculturales, la lingüística llegó inevitablemente a fusionarse con la antropología y adoptar una visión del lenguaje muy parecida a la europea, una holista. Sin embargo, a diferencia del caso europeo, la incorporación de esta postura no fue debida en mayor parte a una afinidad teórica sino a una necesidad práctica-pragmática. Las investigaciones lingüísticas de ese entonces, realizadas por antropólogos del *Bureau of American Ethnology* (BAE), incorporaron además de investigación documental (recolección de textos) trabajo de campo (recolección de restos arqueológicos e información cultural) (Fernández, 2004). Y sin advertirlo, un cambio metodológico promovió una reformulación en lo teórico.

Los máximos representantes de este período fueron los antropólogos: William D. Whitney, John Powell y Franz Boas. Los tres, en formas diferentes, promovieron la fusión de la antropología con la naciente lingüística e incardinaron el estudio los fenómenos lingüísticos desde coordenadas socioculturales, los colocaron al interior de un programa integrador y pluridisciplinar. De ellos, Whitney fue el primero en pronunciarse a favor del asentamiento de la concepción social de las lenguas, de reconocer al lenguaje como producto de una sociedad y de introducir algunas de las ideas europeas al nuevo continente, no sin sus debidas reservas.

Whitney, buscó vincular dos visiones contrapuestas: la mecanicista de August Schleicher y de Friedrich Max Müller (1823-1900) la ligó con la mentalista de Humboldt y Steinthal de forma particular, las vinculó desde lo social. Dado que no concordaba con la visión naturalista de la lengua, que consideraba a la lengua un organismo natural explicable mediante leyes, ni tampoco apoyaba la actitud contemplativa, ni el misticismo de la orientación filosófica germana propuso hallar un equilibrio entre ambas tendencias y estudiar al lenguaje y a las lenguas desde lo social.

Basado en el supuesto que el lenguaje surgió por la necesidad social de comunicación del hombre, decidió explotar su arista social. Para él, los rasgos de constitución interna del lenguaje y el funcionamiento de los códigos lingüísticos en la sociedad, en la cultura y en los actos comunicativos concretos fueron esenciales para estudiar la estructura lingüística, la noción de sistema fue central en su obra. De la filosofía germana retomó el interés por encontrar

los lazos que ligaban a la lengua con el pensamiento. Consideró que el lenguaje era el envoltorio donde el pensamiento se manifestaba, el tamiz a través del cual se filtraba la realidad. Indagó, por ello, en la diversidad lingüística para hallar otra forma de contemplar el mundo de los hombres. Este experto en sánscrito buscó la diversidad conceptual en la diversidad formal de las lenguas.

La aportación teórica de Whitney resultó valiosa porque entretejió en su posición estructural, el examen de los rasgos de constitución interna de las lenguas, lo social y la función de la lengua en la comunidad fueron esenciales. Como buen heredero del empirismo anglosajón recogió datos reales derivados de la actividad comunicativa concreta para el estudio de las lenguas. Si bien continuó conservando el cambio como eje rector para el estudio del lenguaje – desde la tradición historiográfica de la lingüística histórica indoeuropea-, el énfasis lo colocó no en los cambios históricos del lenguaje sino en los cambios surgidos en comunidad, en la sociedad.

Por su parte, Powell y Boas dedicaron buena parte de su trabajo profesional a la profesionalización de la disciplina reinante en América a comienzos del siglo XX, la antropología. Su lugar en la lingüística no fue, sin embargo, secundario. Su lugar dentro de esta disciplina lo conquistaron al formalizar sus métodos lingüístico-antropológicos de estudio, reformular el campo lingüístico teórico e independizar lo antropológico de lo lingüístico. Su principal aportación: la formalización de su disciplina e incorporación formal del estudio de los modos de vida de las tribus amerindias desde lo lingüístico, es decir, del conocer, descifrar e interpretar el mundo de los hablantes desde el lenguaje.

La formalización de la antropología la consiguieron cuando introdujeron nuevos aspectos metodológicos en el campo de acción de las disciplinas sociales. Los antropólogos de ese entonces permaneciendo fieles a la consigna metodológica de Powell, recogieron textos lingüísticos adoptando el punto de vista de los informantes (evitando así superponer la horma del inglés en el nuevo sistema lingüístico). Powell y Boas junto con sus colaboradores Daniel G. Brinton y Frederic Ward Putnam vincularon en una sola corriente de pensamiento la tendencia germana histórico-comparativa del lenguaje con la idealista de Herder y Humboldt, de su mezcla e integración nació el mentalismo.

Muy rápidamente éste ganó adeptos en Norteamérica, tanto por el auge que en las décadas de 1820 y 1830 se dio a la influencia de la lingüística comparativa germana, como por los logros de autores como Franz Boop (1791-1867) o Jakob Grimm (1785-1863). La fama de estos últimos fue tal que muchos investigadores se marcharon a Europa en el transcurso de 1820 a 1920 para formarse. La integración de esta disciplina en el cuerpo del

conocimiento acarreó importantes consecuencias, una de las más inmediatas: se fraguó el debate en torno a si la lingüística era una ciencia dura o moral. La primera circunscribió a la lingüística al terreno de las ciencias naturales; la segunda, propició la discriminación y descalificación de la lengua y sus hablantes. En este tiempo, muchos comenzaron a juzgar la capacidad intelectual de un individuo y de un pueblo o nación conforme a la complejidad de su lengua. Cuánto más compleja resultaba, mayor capacidad intelectual le atribuían a sus hablantes, y viceversa. La oleada de discriminación hacia las lenguas amerindias no se hizo esperar.

Así, mientras que en Europa se enraizó con la publicación del *Cours de Linguistique Générale* (1916) el estructuralismo y se anunció la consolidación de la lingüística por un lado, y de la antropología por otro, como disciplinas autónomas; en Norteamérica este rigor por alcanzar la autonomía disciplinar fortaleció en materia lingüística, la instauración del mecanicismo. El interés de los ahora lingüistas se trasladaría hacia los rasgos de constitución interna de las lenguas y ya no filiación lingüística genética. En segundo plano quedaría todo aquello relacionado al uso de la lengua y la psicología de los hablantes, impulsores originales de la investigación lingüística. La corriente propuesta por Boas y Bloomfield comenzaría a tomar una fuerza espectacular.

2.2.1 La línea antropológica boasiana

Si bien E.E.U.U. presentó un curso de desarrollo particular, como se mencionó anteriormente, imperó en este territorio y en mayor medida, únicamente el mecanicismo de Bloomfield. La corriente mentalista de Boas lo hizo también en algún período de tiempo, sin embargo, no en extensión o importancia comparable al de Bloomfield. Cuando la lingüística norteamericana heredó las tendencias imperantes de Europa, no las asimiló tal cual como las recibió del viejo continente, las integró en un marco ideológico particular cuyo énfasis recayó en los cruces entre lo lingüístico, lo socio-cultural y lo cognitivo perceptual.

Dos fueron las corrientes de pensamiento que convivieron a lo largo del siglo XIX:

1. el programa de Franz Boas, continuador de la visión socio-política del XIX, afín a la escuela humboldtiana europea, y
2. el programa mecanicista y formalista de Leonard Bloomfield, bajo el cual se llevó hasta el extremo los rasgos de constitución interna de las lenguas.

Estas dos, aún siendo opositoras, compartieron una misma visión en torno a la forma de cómo abordar el lenguaje, lo hicieron desde lo estructural. El programa de Bloomfield lo hizo desde la estructura interna de la lengua, el de Boas desde la estructuración social del mismo. Por tanto, la propuesta de

Bloomfield (1887-1849) fue rígida y formal y se enfocó en los procesos fisiológicos del lenguaje, en sus aspectos mecánicos, físicos y formales. La de Boas (1858-1942), en cambio, quizás por su sesgo antropológico, cultural y mentalista y porque buscaba encontrar en la lengua esquemas conceptuales subyacentes, estudió a la lengua con la lengua y desde sus hablantes, no se avocó a estudiarla desde su producción o adquisición. Boas realizó análisis lingüísticos con el fin de adentrarse al estudio de otros fenómenos no lingüísticos como la visión de mundo de los hablantes o de sus intenciones comunicativas en su interacción lingüística. Mas no creyó ingenuamente que sólo a través del lenguaje se trasluciera toda esta visión del mundo de los hablantes. Más bien, como consideraba que la realidad era tejida por la lengua, la cultura y psicología social de los hablantes, se adentró en su estudio para indirectamente llegar a conocer esos otros aspectos (Fernández, 2003).

Las condiciones de ese entonces resultaron ser sumamente propicias para sus intereses. Ante el descubrimiento, la revalorización y la necesidad creciente de estudiar sistemas lingüísticos y culturales heterogéneos que no solían parecerse al canon tradicional de los lenguajes indoeuropeos o de los patrones culturales de occidente; la mirada de Boas ofreció una buena herramienta de análisis. El reto que los lingüistas enfrentaban ahora era el de construir y narrar la historia de un lenguaje cuya historia les era desconocida.

Los registros lingüísticos con que contaban eran pocos o nulos. La lengua de los grupos lingüísticos que les interesaba estudiar solía transmitirse de forma oral y ser de una estructura mucho muy diferente a la de los sistemas lingüísticos hasta entonces examinados, los indoeuropeos. Los estudiosos del lenguaje debieron recurrir a otra estrategia de análisis. Comenzaron a describir a las lenguas de manera sincrónica y a buscar similitudes estructurales, no genéticas como lo hacía la gramática indoeuropea comparada. La diversidad de las estructuras lingüísticas salió a relucir y se valoró su heterogeneidad. El contacto con lenguas de estructuras diversas permitió establecer relaciones entre las particularidades lingüísticas y las particularidades culturales.

El siguiente cuadro muestra estas diferencias (ver Cuadro 1) (Bigot, 2010), al lector le permitirá entender por qué en América la importación de las ideas europeas adquirieron un matiz particular. Aquí, la impronta mentalista de la corriente antropológica comenzó a florecer, y junto a ella a incrementarse el contacto y la interacción constante con lenguas de estructuras diversas.

Este acercamiento lingüístico suscitó reformas metodológicas y teóricas importantes. Boas jugó un papel fundamental, abogó por el análisis de las lenguas/culturas particulares y las colocó en la mira de los estudiosos. Para ello, primero se opuso a la visión evolucionista de John Powell. Después, implementó un nuevo método de recolección de datos: el método directo,

mucho más acorde a las necesidades de la época y a sus afinidades teóricas. Éste a diferencia del tradicional extraía los datos directamente del informante. Cambio que fue trascendental puesto que caracterizó a la tradición lingüística norteamericana de la primera mitad del siglo XX.

Lingüística americana	Lingüística europea
Lenguas indoamericanas de diversas estructuras	Lenguas indoeuropeas
Lenguas orales	Lenguas escritas
Estudios descriptivos sincrónicos, de lenguas de historia desconocida	Estudios comparativos e históricos
Relaciones lengua-cultura, importancia de la diversidad lingüística, valoración de la heterogeneidad	Corte entre lo lingüístico y lo extralingüístico, problemas generales

Cuadro 1. Cuadro comparativo de las corrientes lingüísticas contrapuestas.

Fuente: Bigot, M (2010). La perspectiva lingüístico-antropológica de Edward Sapir. En Apuntes de lingüística antropológica, (p.86). Recuperado el 6 de Enero de 2010 del sitio Web de Centro Interdisciplinario de Ciencias Etnolingüísticas y Antropológicas.
<http://rephip.unr.edu.ar/bitstream/handle/2133/1367/4..SAPIR.pdf?sequence=5>

Sin embargo, Boas no dejaría de hacer grandes cambios y aportaciones lingüísticas. Hacia 1920, al encargarse de la dirección del *Handbook of American Indian Languages*, proyecto inscrito en el BAE, realizó numerosas gramáticas amerindias y fundó el *International Journal of American Linguistics*, publicación periódica dedicada exclusivamente a la publicación de trabajos sobre lenguas amerindias. En 1925, en aras de unificar visiones: la socio-política de Boas y la mecanicista de Bloomfield, creó la *Linguistic Society of America (LSA)*. Evidentemente, entre sus principales miembros y promotores se contó a sus colaboradores más cercanos: Franz Boas, Edward Sapir, Leonard Bloomfield y George Melville Bolling (1855-1935) (Fernández, 2004).

A los cuatro, los unía el deseo de lograr la autonomía lingüística, pero los separaban sus diferentes posturas. Boas y Sapir se inclinaban hacia el mismo lado de la balanza, Bloomfield y Bolling hacia el opuesto. Sin embargo, supieron lidiar con sus diferencias. La búsqueda de la autonomía lingüística, el *leit motiv* de los estudiosos del lenguaje, propició ocasión de buscar la unidad en la diversidad. Al menos, en un primer momento. Hasta ese entonces, la única manera de acceder al estudio de lo lingüístico era matriculándose en el área de germanística o de filología. Conseguir la tan anhelada autonomía disciplinar se volvió el reto de todos los estudiosos del lenguaje. Ésta finalmente se adquirió tras pasar por tres momentos diferentes: el de la heteronomía, el de la autonomía y el de la autonomía disciplinar.

A decir de Fernández (2004), la heteronomía fue el preámbulo hacia el reconocimiento oficial de la lingüística como disciplina independiente, se caracterizó por colocar al lenguaje en el centro de atención de lo que ahora son la lingüística, la antropología y la psicología. Antes todas estas disciplinas

compartían una proximidad física e ideológica. Todas ellas ocupaban el mismo espacio dentro de la misma coordinación en las Universidades y se reunían bajo la concepción que imperaba en el ambiente: la holista-pragmática, que fusionaba la visión sociopolítica del siglo XIX con la tendencia antropológica cultural. Tras obtener su autonomía disciplinar, cada una de estas disciplinas logró independizarse y fortalecerse. Boas fue uno de los que colaboró en esta gran empresa.

De hecho, gracias a los esfuerzos de Boas y de sus alumnos se logró la independencia de la lingüística. La visión estructuralista permeaba las ciencias sociales en general y la lingüística en particular. La aproximación estructuralista de tipo incluyente hizo posible la igualdad de condiciones entre las lenguas y sus hablantes. El estudio de la diversidad lingüística realizada mediante análisis estructurales de la lengua, y desde la cultura y la sociedad de los hablantes, logró hacer resaltar la dimensión dinámica y variable de la lengua. Ya que empleó para su estudio, los términos propios de la lengua bajo estudio y no los de las categorías de otros códigos idiomáticos o de otros patrones culturales. La “arquitectura” de la lengua pudo así relacionarse con el modo en que los hablantes contemplaban la realidad.

Justo por eso, en esta etapa se buscó llegar a comprender el “*formal pattern*” de las lenguas. La naturaleza socio-cultural de la lengua fundamentó la firme creencia de que la estructura peculiar de cada código idiomático modelaba además el prisma con el que el hablante observaba la realidad. Y dado que las lenguas constituían un todo organizado en el que las partes se integraban y condicionaban mutuamente, hallar lo que las unía era su principal objetivo. Precisamente, los diferentes modos en que los hombres contemplaban el mundo animaron a desentrañar la configuración de cada sistema lingüístico, y a prestar especial atención a los conceptos expresados y al modo en que estos se manifestaban en la estructura superficial de la lengua.

Esta postura de corte holístico conocida como “relativismo lingüístico” fue la que, a pesar de la existencia de otras, Boas y Sapir atesoraron y transmitieron a: Benjamin Lee Whorf (1897-1941), Dorothy Lee (1905-1975), Stanley Newman (1905-1984), Morris Swadesh (1909-1967), Mary Haas (1910-1996) y a los lingüistas europeos llegados a América como refugiados de guerra que se unieron al Círculo Lingüístico de Nueva York: Roman Jakobson (1896-1982) y André Martinet (1908-1999). Y aunque la propuesta de estos últimos; la del estructuralismo funcional empató más con la visión antropológica emergente en Norteamérica y su horizonte funcional-conceptual los acercaba mucho más a corrientes como la de la Escuela de Praga, la Escuela de Londres y al estructuralismo de la época bloomfieldiana que empezaba a tomar fuerza, ellos se adhirieron fuertemente a la postura boasiana de la lengua –aunque no sin presentar rivalidades– (Fernández, 2004).

Con el tiempo decayó también la popularidad de los tratados de lingüística influyentes: *The life and growth of language* (Whitney, 1875), *Introduction to the study of language* (Bloomfield, 1914) y *Language* (Sapir, 1921). Su influencia disminuyó hasta llegar a ser *quasi* obsoleta, al menos para algunos. Sin embargo, allanó el camino para la siguiente fase ocurrida en la década de 1930: la de la autonomía.

Esta segunda etapa, ocurrida justo tras el declive del mentalismo, la lingüística se posicionaría en el entramado de las ciencias sociales y la alejaría de las posturas que empezaban a tomar fuerza como el mecanicismo. Éste que había nacido en 1876, cuando la concepción socio-política adquirió popularidad y alcanzado en 1930 su punto máximo, encontró su fin en 1933 con la publicación de *Language* de Leonard Bloomfield. Él que había practicado el mentalismo de Wundt y redirigido su postura hacia lo contrario: optó por los criterios antimentalistas y el fisicalismo, y se contrapuso de forma total a la tendencia social que estaba en boga. Albert Paul Weiss lo secundó y se sumó a esta postura con el behaviorismo. Ambos llegarían a desplazar al mentalismo inicial de Wilhelm Wundt. Él ahora se valdría de la psicología experimental para realizar investigaciones de corte empírico y psicológico dentro del terreno de la antropología -usando la introspección, por ejemplo.

2.2.2 El mecanicismo bloomfieldiano

El mecanicismo marcaría el comienzo de una visión inmanentista y funcionalista de las lenguas. Una que concibió a los fenómenos lingüísticos como a un tipo particular de comportamiento explicable en términos de estímulo y respuesta, mucho más acorde a los criterios positivistas que exigían un modo de trabajo tan cercano como fuera posible al de las ciencias naturales. Este período que comienza por ahí de los 40's y se extiende hasta mediados de los 50's, se conoce como *bloomfieldiano* o *post-bloomfieldiano*. Su nombre se debe a que las tesis de este autor fueron llevadas al extremo por sus discípulos, los neobloomfieldianos: Zellig Harris (1909-1992), George Melville Bolling (1871-1963), Bernard Bloch (1907-1965) y Charles Fries (1887-1967). Su rápida expansión se debió a la necesidad de enseñanza de una segunda lengua durante la Segunda Guerra Mundial.

Durante este período la convivencia de estas dos posturas antagónicas hizo posible que a través de cada una de ellas el estructuralismo se colara en lo social. La propuesta de Boas se vinculó directamente con la estructura social del lenguaje. La de Bloomfield con lo estructural del sujeto, pero sin llegar a ser una propuesta ontológica. Esta última satisfizo los criterios metodológicos y estándares científicistas de la época que exigían la realización de un análisis

estricto y preciso de un objeto concreto, la exclusión del significado fue inminente. De incluirse, no podría haberse mantenido la tan deseada objetividad.

La postura de Bloomfield destacó entonces por centrarse en la organización constitutiva del lenguaje, buscar reglas para explicar la distribución de los elementos del sistema y, bajo la consigna de analizar únicamente lo perceptible mediante los sentidos, traducir todo a términos de estímulo-respuesta. Razón por la cual muchos dirán que en sentido estricto, él fue el único estructuralista pues logró analizar la distribución de los componentes del sistema. El estructuralismo de la tradición antropológica fue en cambio conceptual funcional porque fusionó la tradición idealista-romántica de Humboldt con la tradición europea más próxima a la de Saussure que aún continuaba resonando en E.E.U.U. A diferencia de su opositora, la corriente antropológico-cultural de Boas privilegió el establecimiento de parámetros y herramientas específicas para el estudio de cada lengua. Evitó, por ello, sobreponerle categorías correspondientes a otros sistemas lingüísticos. Esperaba así, conseguir así la ansiada búsqueda de autonomía de la lingüística y enriquecer con ella los conocimientos de otros de campos del saber afines a estos temas. Esto los llevaría al tercer estadio, el de autonomía-interdisciplinar.

El fenómeno que aquí interesa estudiar, se enmarca justo dentro de esta discusión académica dentro del primer período, el correspondiente al auge de la antropología lingüístico-cultural. Resulta importante señalarlo porque sin este preámbulo no se entendería muy bien porque Sapir y Whorf eligieron la postura de Boas, su maestro. O peor, podría confundirse el término “estructuralismo norteamericano” que refiere la posición de Bloomfield con la propuesta de Boas. Al hacer esto, se incurriría en un error conceptual importante que mezclaría los fundamentos teóricos y pragmáticos de una y otra corriente que se guiaban por principios opuestos.

CAPÍTULO II. EDWARD SAPIR

El poeta piensa en un amplio compás la realidad, lo psíquico y lo social, y gracias a ellos consigue fecundos y maravillosos efectos

Manuel Maples Arce

1. Breve recorrido histórico-biográfico

Edward Sapir (1884-1939) es una de las referencias obligadas cuando de relativismo y lingüística estructural se habla. Sapir famoso lingüista y antropólogo estadounidense nació en Lauenburg, en la Provincia de Pomerania, Prusia (ahora Leborg, Polonia) el 26 de enero. Emigró a los 5 años hacia los Estados Unidos, lugar donde se realizaría académicamente hasta su muerte ocurrida a los 55 años de edad en New Haven, Connecticut (Anderson, 1985).

Durante toda su vida, Sapir cultivó su interés por los saberes lingüístico-culturales. Desde que estaba en la Peter Stuyvesant Highschool estudió alemán, francés, español, latín y griego. Quizás, en buena medida la educación judío-ortodoxa que recibió en el seno de su familia lo motivó a desarrollar estos intereses. A los 14 años, ganó la beca del prestigioso *Horace Mann High School*, que decidió reservar para la realización de sus estudios universitarios.

En 1901 ingresó a la Universidad de Columbia, donde eligió formarse como filólogo germano y adentrarse en el área de la lingüística indoeuropea. Se graduó en 1904 y al año siguiente obtuvo su *Master in Arts* en germanística y literatura con una investigación sobre la obra de Herder. En ella incluyó muchos datos sobre la compleja gramática de las lenguas amerindias, característica por demás excepcional, si se considera que muchas de ellas no tenían aún un sistema de escritura formal (primaba la tradición oral) (Fernández, 2004).

A los 25 años obtuvo el Doctorado en Antropología con una investigación de tipo sincrónico sobre la lengua Takelma que era hablada en Oregón. Inusual para la época donde los análisis realizados eran de tipo histórico, la formación que tuvo con Boas salió a relucir. Su tesis doctoral la publicó al término de ese año (1909) en *Modern Philology* junto con otros 9 artículos, *reviews* y monografías sobre diferentes lenguas amerindias (Kwakiutl, Chinnok, Yana, Yuchi, Wishram y Takelma). Otras tantas (ver *Cuadro 2*) las conocería en el correr de los años, Sapir aún no lo sabía pero estaba muy próximo a realizar viajes frecuentes (19010-1915) a lo largo de la costa Este de los Estados Unidos, lo que le brindaría la oportunidad de acercarse a otras lenguas (Fernández, 2004). La reputación de su *expertise* en el campo creció tanto que a menudo llegó a atribuírsele el dominio de lenguas que sólo había estudiado durante un par de días con un solo hablante en su oficina.

Sapir tuvo muy clara su vocación desde un inicio y tuvo la fortuna de encontrarse con gente que le ayudó a desarrollarse en el campo. Uno de ellos y el más esencial en su carrera fue el reconocido antropólogo Franz Boas, a quién conoció estando en Columbia en su tercer año. Su pensamiento: la antropología lingüístico-cultural lo impactó tan hondamente que asentaría su línea de investigación sobre estas bases ideológicas. Con él profundizaría además sus conocimientos sobre metodología aplicada a estudios lingüísticos e incursionaría en el estudio de lenguas amerindias, y adquiriría una sólida formación en: antropología, etnografía general, etnografía aplicada a los territorios de América y Siberia. Boas le abriría además las puertas a la docencia (Sapir lo asistía en sus cursos de Antropología) y al trabajo formal (gracias a él obtuvo su primer contrato como profesor en 1907) (Fernández, 2004). Pero ahí no terminaría su influencia.

Lengua	Año
Wasco-Wishram (lenguas penutíes)	1905
Taquelma (lengua penutí)	1906
Dialecto de la lengua yana (familia hocana) y lengua kato (familia na-dené, grupo atabascano-eyaco)	1907
Catawba (familia siu)	1908
Utah o uté (familia uto-azteca)	1909
Payuté meridional (familia uto-azteca)	1910
Nutca (familia vacachana o wakashan), sarcee (familia na-dené, grupo atabascano-eyaco), kutchin (grupo atabascano-eyaco), ingalik (familia na-dené, grupo atabascano-eyaco), lenguas haida (familia na-dené), tlingit (familia na-dené)	1910-1925
Navajo (familia na-dené, grupo apache), hupa (familia na-dené, grupo atabascano-eyaco)	1925-1931

Cuadro 2. Esta tabla muestra algunas de las lenguas –con su correspondiente ubicación genealógica- en las que Sapir realizó trabajo de campo, junto con el año –o período, en algunos casos- en que desarrollo tal actividad.

Fuente: Fernández, M.X (2004). *Edward Sapir en la lingüística actual. Líneas de continuidad en la historia de la lingüística*. Serie: Verba, Anuario galego de filoloxía, Anexo 54.

Santiago de Compostela, España: Universidade de Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico.

Sapir hizo suya la consigna de Boas de total rechazo al evolucionismo, difusionismo y racismo (Maceiras, 2002) que permeaba tanto en el ambiente, y bajo esta consigna se dedicó a estudiar las inexploradas lenguas amerindias. Sólo hasta que se consolidó como investigador, tras varios años de formación, Sapir se atrevió a criticar ciertos aspectos del pensamiento de Boas. Sin embargo, siempre le profesó un profundo respeto y admiración, sus discrepancias ideológicas no incidieron nunca en el terreno de lo personal. Muy hacia el final, Sapir acusaría a Boas de ser demasiado conservador en su pensamiento y éste a su vez acusaría a Sapir de ser demasiado imaginativo.

La vida de Sapir fue sumamente activa, pasó tanto períodos fructíferos como poco fructíferos. Durante su vida académica dictó clases en las universidades de California (1907-1908), Pennsylvania (1908-1910), Chicago (1925-1931) y Yale (1931-1939), y a la par, desempeñó cargos clave e importantes (Anderson, 1985). Impulsó también el que la lingüística adquiriera independencia propia. Estando en las Universidades de Berkeley y Pennsylvania realizó trabajo de campo sobre la lengua Taquelma, Chinook, Yana, Pauté del sur y Ute. Tanto se avocaría al estudio de la lengua Yana, hablada al norte de California, que regresaría ocho años después para investigar el desenlace de la misma con Ishi, el último hablante monolingüe de aquella lengua.

Luego de tres años nómadas se trasladó a Canadá para asumir el cargo de director de la sección de Antropología del Museo Nacional Canadiense en Ottawa (1910-1915), actualmente Museo de la Civilización. Ahí, realizó trabajo de campo para investigar el Nutka, Sarcee y la lengua Athabaska. Publicó también su único libro *Language. An introduction to the Study of Speech* (1921), y varios otros trabajos entre los que destacan: *Sound patterns in language* (1925), *Time perspective in aboriginal American culture. A study in method* (1926), *The grammarian and his language* (1924). A la par incursionó en la música, la poesía y fungió como crítico de arte (Fernández, 2004). Profesionalmente estaba por alcanzar el punto máximo de su carrera, pero en el ámbito de lo personal el éxito no lo acompañaba.

Sapir se sentía aislado del mundo, extrañaba la vida en la universidad, el ejercer la docencia. En lo familiar no le iba mejor. La felicidad del nacimiento de sus tres hijos se nubló por la enfermedad mental que su esposa padecía y por su muerte. Los 14 años de matrimonio (1910-1924) y felicidad junto a ella llegaron a su fin abruptamente. Sapir quedó devastado, sus colegas decían ya no reconocerle (Fernández, 2004). En lo económico no le iba mejor, lo afectaron los efectos de la depresión económica de la Primera Guerra Mundial y un recorte presupuestal. A pesar de ello no frenó su producción académica. Por el contrario, buscó fortalecer su conocimiento y probar nuevos aires. Le ofrecieron una plaza como profesor de lingüística y antropología en el departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Chicago que aceptó gustosamente. No vaciló en su decisión y dejó tras de sí 15 años de experiencia en Canadá. Esos siguientes seis años en Chicago (1925-1931) lo volverían a llenar de vida, alegría y satisfacción. Aprovechó ese nuevo ímpetu para impulsar a la lingüística como disciplina autónoma, participar activamente como profesor de lingüística en la LSA (Linguistic Society of America) y como investigador de la IALA, International Auxiliary Language Association (McElvenny, 2009).

En esta última perfeccionó los métodos empleados en la investigación lingüística e hizo nuevas propuestas. Como tantos otros (ej. Humboldt y

Schlegel) formuló una nueva tipología del lenguaje, pero buscó que su clasificación respondiera más a las características particulares de cada lengua y no tanto a una taxonomía cerrada de criterios excluyentes (Coseriu, 1977). Sintetizó los criterios existentes y agregó otras categorías para dar cabida a muchos de los detalles fundamentales que categorizaciones anteriores omitían u opacaban. En esa forma, los problemas de fonología, morfología y semántica a los que el lingüista solía enfrentarse con clasificaciones tan reducidas salieron a relucir. Uno fundamental de aquel entonces, la distinción entre “fonema”, “sonido” y “elemento fonético”. Sapir logró acuñar una buena definición para ‘fonema’, elemento que distinguió por su carga semántica y no sólo funcional: “El concepto de fonema (una unidad funcionalmente significativa en un patrón rígidamente definido o la configuración de sonidos peculiares de un lenguaje), es tan diferente del de “sonido” o “elemento fonético” como tal (una entidad objetivamente definible dentro de la totalidad articulada y percibida del discurso)” (Sapir, 1951, p. 46).⁷

Interesado además en los alcances del lenguaje como medio y no sólo como fin, vislumbró en éste otras posibilidades además de la comunicativa, le sirvió de vehículo de entrada a otras esferas de conocimiento en las que estaba más interesado: la visión de mundo de los hablantes y las intenciones comunicativas de éstos en su interacción lingüística (Gardner, 1987). Sapir estando fuertemente influenciado por la teoría de la Gestalt y la teoría psicoanalítica no se ocupó tanto de la forma lingüística como tal (es decir, de la tipología de las lenguas, de si una lengua era flexional o no), aunque si aventuró alguna propuesta. Tampoco se interesó por el contenido lingüístico o por el significado de las palabras en las diferentes lenguas (es decir, por los referentes particulares a las que cada una atendía). Su interés se centró en la organización formal semántica de las palabras, es decir, en la forma particular en la que se construían los significados (ej. en las categorías gramaticales y los patrones de composición semántica) (Corazzon, 2010). A raíz de estas investigaciones, comenzó a insinuar que en el lenguaje había posibilidades que trascendían más allá de lo comunicativo e impactaban en lo cognitivo. Pese a que estas sentencias no resultaban novedosas para los filósofos⁸ resultaba provocadora e incómoda entre los lingüistas. Este pensamiento desató fuertes polémicas entre ellos.

⁷ “The concept of the phoneme (a functionally significant unit in the rigidly defined pattern or configuration of sounds peculiar to a language), as distinct from that of the “sound” or “phonetic element” as such (an objectively definable entity in the articulated and perceived totality of speech)” (Sapir, 1951, p. 46).

⁸ Los filósofos analíticos como Whitehead, Russell y Carnap colocaban al lenguaje por sobre el pensamiento, pues creían firmemente que alteraba no sólo al pensamiento mismo sino también a la percepción del mundo. Ellos veían al lenguaje como a un filtro pernicioso capaz de distorsionar la lógica del pensamiento y de esconder la verdadera naturaleza del mundo (McElvenny, 2009), pues observaban que si al articular el lenguaje mediante premisas el razonamiento se refinaba, se hacía más lógico, ordenado y racional; lo contrario debía también ocurrir.

Hasta entonces las anteriores aproximaciones al estudio del lenguaje no iban más allá de tratar de hallar su origen (su ontogenia), de interesarse en él sólo por la función comunicativa a la que servía o de aproximarse a su estudio suponiendo un proceso circular (creían que el pensamiento derivaba en lenguaje o el lenguaje en pensamiento). La visión de Sapir resultaba incómoda, no encajaba con las aproximaciones tradicionales al lenguaje, pero tampoco coincidía del todo con el pensamiento filosófico; ya que no le interesaba descubrir ni el origen del lenguaje ni refinar el pensamiento.

A Sapir y a otros lingüistas lo que realmente les interesaba era comprender la forma de concebir el mundo, la realidad. Buscaron para ello acceder a la realidad lingüística de diferentes culturas mediante estudios lingüísticos, culturales y antropológicos. Las lenguas amerindias les ofrecieron un campo fértil de investigación. La fascinación por estas lenguas, por sus habitantes y sus “extrañas” costumbres era reciente y parecía prometedora. Ya desde sus primeras investigaciones salieron a relucir las grandes diferencias lingüísticas y culturales entre estas nuevas culturas y la suya propia (de filiación eurocéntrica). Descubrieron que los conceptos y las categorías lingüísticas que eran centrales o indispensables en estas nuevas culturas no hallaban completa correspondencia ni con su propia ideología, ni mucho menos con su lenguaje. De ahí que con el tiempo muchos estudiosos extrapolaran esta condición y llegaran a concluir que la forma tan diferente en la que se podía nombrar, clasificar y concebir a los objetos y a los colores provocaba diferencias conceptuales, inclusive culturales.

A Whorf, uno de los alumnos favoritos y más destacados de Sapir, esta idea le hizo sentido en muchos aspectos. Si el lenguaje configuraba el mundo, entonces también debía determinarlo en alguna medida (esta idea a la postre se conoció como determinación lingüística (Hoijer, 1954). Para poner a prueba su hipótesis, si el lenguaje ejercía algún efecto en la realidad lingüística de los hablantes, decidió contrastar dos conceptos que supuso universales e invariables: el espacio y el tiempo en dos de sus expresiones muy concretas, la cantidad (distribución material-espacial) y la causalidad (concatenación inmediata de los hechos en un período de tiempo limitado) en diferentes culturas con diferentes lenguas (la lengua hopi vs. las lenguas indoeuropeas), y en la suya propia (realizando análisis lingüísticos de los accidentes ocurridos en fábricas). Descubrió lo que ya venía sospechando desde hacía tiempo, la denominación de los fenómenos si cambiaba la realidad lingüística de los hablantes.

De sus estudios con los hopis (Whorf, 1940) y de los análisis lingüísticos de los accidentes ocurridos en fábricas (él fue analista de riesgos antes de ser antropólogo y lingüista) obtuvo esta conclusión (Whorf, 1940, 1956). El lenguaje creía debía ser el causante de esta ‘distorsión cognitiva’, idea que muchos otros especialistas suscribieron con el tiempo. El hecho de que esta

misma situación se replicara en otro tipo de lenguas de estructura tan diferente a las de las lenguas indoeuropeas, como el chino (Graham, 1989 citado en Swoyer, 2010), confirmó esta idea. Mas no todos los estudiosos de ese tiempo o de tiempos posteriores estuvieron de acuerdo. Sapir, entre ellos.

Sapir en realidad no estaba interesado en esta ideología que pretendía posicionar al lenguaje por sobre el pensamiento, al menos en lo que a lo cognitivo respecta. Mucho menos como sus colegas pretendían, instaurar la primacía de un lenguaje. Él lo que buscaba era unificar con el lenguaje, no unificar el lenguaje, ni buscar su primacía. Afanosamente intentó crear o encontrar una *lingua franca* que sirviera como medio de comunicación a la comunidad internacional emergente. En *The function of an international auxiliary language* (1931) escribió:

Un lenguaje estándar internacional no debe ser sólo simple, lógico y regular, sino también rico y creativo. La riqueza es un concepto difícil y subjetivo. Sería, por supuesto, inútil tratar de abarrotar a un lenguaje internacional con todos esos matices de significados locales, que son muy apreciados por los nacionalistas. Hay un fondo creciente de experiencia común y de sentimientos que deberán ser expresados en una lengua internacional, sería extraño si el fondo de significaciones básicas no creciera en riqueza junto con las interacciones de los seres humanos que hacen uso de ese medio internacional (p.117, citado en McElvenny, 2009, p. 3).⁹

Nótese aquí como Sapir, a diferencia de los demás investigadores quienes competían por instaurar su propio lenguaje, buscaba abrir las posibilidades del lenguaje y no limitarlas. En cada oportunidad que se le presentaba, destacaba el carácter diverso de las lenguas y enfatizaba la importancia de lo irrepetible y único de cada una de ellas. Durante 15 años (1924-1939), colaboró activamente en la creación y dirección de proyectos de esta naturaleza y produjo argumentaciones destinadas a legitimar la creación e instauración de un lenguaje artificial internacional. Para el lector podría parecer paradójico que aquél que tanto luchaba por defender la particularidad de las lenguas intentara afanosamente instaurar lo universal. Sin embargo, no se traicionaba cuando pretendía unificar en la diversidad.

Cada uno de sus esfuerzos y empeños en esta empresa estaban destinados a la reivindicación de la actitud de denigración que había hacia las lenguas que no poseían un registro escrito (las amerindias). Creía que si

⁹ “A standard international language should not only be simple, regular and logical, but also rich and creative. Richness is a difficult and subjective concept. It would, of course, be hopeless to attempt to crowd into an international language all those local overtones of meaning which are dearest to nationalist. There is a growing fund of common experience and sentiment which will have to be expressed in an international language, and it would be strange if the basic fund of meanings would not grow in richness with the interactions of human beings who make use of the international medium” (Sapir, 1931, p. 117, citado en McElvenny, 2009, p.3).

hallaba un lenguaje que fuera único y capaz de ejercer satisfactoriamente toda función comunicativa, que además fuera accesible para todos, lograría trascender las barreras de la comunicación (Bigot, 2010). Y no, como erróneamente se pensaba, unificar la ideología mediante el lenguaje o peor imponer por fuerza una lengua por sobre otra.

Ni el mismo Humboldt, de quien se dice sus elaboraciones teóricas contenían tintes racistas, al elaborar sobre la *naturaleza lingüística* de la especie humana justificó para la extensión cultural o lingüística la legitimización de la fuerza. Humboldt, consideraba que el habla humana por manifestar una única y universal fuerza interior de la humanidad estaba por encima de la variedad de sus expresiones. Por tanto, la esencia y la multiplicidad de fenómenos se situaba en lo que ya no era sólo lenguaje, era naturaleza/espíritu. Y apeló al “principio de humanidad” para defender la valoración del ser humano por su cualidad de tal, con derechos y deberes inherentes a su propia naturaleza, sin atender a otras connotaciones. Antepuso la libertad a cualquier voluntad de dominio cultural y/o lingüístico (Maceiras, 2002).

Sapir en esa misma línea argumentativa, aunque sin referencia explícita alguna a Humboldt, defendió también esta libertad y autonomía en el lenguaje. Un sinnúmero de veces se pronunció en contra de la imposición de un lenguaje por sobre otro, de justificación alguna para este acto, de emplear al lenguaje como medio para homogeneizar a la población o de usarlo como parámetro para juzgar la inteligencia o el grado de civilización de sus hablantes. Mas no negó que a menudo así sucediera. Sapir concebía en el lenguaje muchas posibilidades, la comunicativa sólo era una de las tantas posibles, la más importante quizás.

En su libro *Language an Introduction to the study of speech* (1921) escribió: “Las lenguas, como las culturas, rara vez se bastan a sí mismas. La necesidad de contacto trae a los hablantes de una lengua a un contacto directo o indirecto con otros de lenguas vecinas culturalmente dominantes. El intercambio puede ser amistoso u hostil” (p. 192).¹⁰ No obstante, este intercambio lingüístico-cultural no amenaza del todo al lenguaje o a la cultura. Añade: “El lenguaje es probablemente el más autocontenido, el más resistente a los fenómenos sociales masivos. Es más fácil exterminarlo que desintegrarlo en su forma individual” (p. 206).¹¹

¹⁰ “Languages, like cultures, are rarely sufficient unto themselves. The necessities of intercourse bring the speakers of one language into direct or indirect contact with those of neighboring culturally dominant languages. The intercourse may be friendly or hostile” (Sapir, 1921, p. 192).

¹¹ “Language is probably the most self-contained, the most massively resistant of all social phenomena. It is easier to kill it off than to disintegrate its individual form” (Sapir, 1921, p. 206).¹¹

De ahí que sea inverosímil que sus intenciones hayan sido las de instaurar un lenguaje universal o anteponer un sistema lingüístico por sobre otro. Muy por el contrario, él deseaba quitar el estigma negativo que acompañaba a las lenguas 'primitivas' (las amerindias), en el mismo tenor que proponía Boas, y bajar la supremacía imperante de las lenguas europeas (Bigot, 2010; McElvenny, 2009). Su consigna: todos los lenguajes son igualmente ricos e importantes. Tan convencido estaba de su propósito que la separación de la IALA fue fruto aparentemente de sus intereses políticos externos, no tanto ideológicos. Se disoció de la misma cuando se le ofreció un puesto en Yale. El director de ese entonces, E.H. Sturtevant, no parecía ser partidario de la unificación del lenguaje y Sapir tratando de dejarle una buena impresión, dimitió a su puesto (McElvenny, 2009). Sin embargo, estando ya fuera de la IALA, Sapir continuó cultivando su ideología. Su deseo de adjudicarle una dosis justa de validez a todos los lenguajes seguía vivo. Sobre todo porque veía en el lenguaje una herramienta de estudio antropológico. En (1929) escribe: "El lenguaje está volviéndose cada vez más valioso como guía para el estudio científico de una determinada cultura (...). La red de patrones culturales de una civilización está contenida en el lenguaje en el que se expresa esa civilización" (Sapir, 1929, p. 209).¹²

Por eso es que a Sapir le interesaba tanto el lenguaje, a través de él deseaba entender el mundo de sus hablantes, su visión del mundo, su cosmovisión. En ninguna forma lo pensaba como medio de dominación cultural o ideológico (aunque ciertamente la historia enseña que sí puede resultar un medio de dominación en este sentido). Sin embargo, ni Sapir ni Boas fueron los primeros en ver en el lenguaje estas otras posibilidades. Otros pensadores, principalmente franceses y alemanes, habían sembrado ya la idea, Sapir la abonó y Whorf la hizo florecer.

Sin embargo, Sapir incorporó en el lenguaje sus intereses e inquietudes psiquiátricos. Su estancia en Chicago y su amistad con el psiquiatra Harry Stack Sullivan (1892-1949) y el especialista en ciencias políticas Harold Lasswell (1902-1978) le permitieron desarrollar esta relación. De hecho, a raíz de ese contacto, Sapir enmarcaría el estudio del comportamiento humano en coordenadas socioculturales (Fernández, 2004), o mejor dicho esbozaría alguna posible relación entre estas dos variables.¹³ Basta leer el libro de *Language* para darse cuenta de sus coqueteos con la vertiente psicoanalítica freudiana.

¹² "Language is becoming increasingly valuable as a guide to the scientific study of a given culture (...).The network of cultural patterns of a civilization is indexed in the language which expresses that civilization" (Sapir, 1929, p. 209).

¹³ Formular este tipo de correspondencia no fue casualidad, la convivencia cotidiana de especialistas de diferentes disciplinas (sociología, antropología y psicología) en el mismo departamento de la Universidad en la que trabajaba favoreció este tipo de conexiones.

Durante este período, exploró las posibles correspondencias de ciertos rasgos lingüísticos con cuestiones culturales, pero desde una postura particular. La influencia que en él ejerció la Gestalt y la teoría psicoanalítica, hizo que no se ocupara de la forma lingüística como tal (ej. si una lengua es de tipo flexional o no) como al principio lo hizo, ni del contenido lingüístico o del significado (ej. si una lengua refiere a un referente en particular), sino de la organización formal de las características del significado de una lengua: la forma usual con la que los significados son construidos (ej. categorías gramaticales y los patrones de composición semántica) (Corazzon, 2010). Ahí fue donde incorporó lo social a lo lingüístico, pero se cuidó mucho de hacer extrapolaciones cuyos alcances no estuvieran fundamentados. Desligó al lenguaje de la cultura, pero lo designó como “guía simbólica hacia la cultura” (Sapir, 1929, p. 210). Añadió: “El lenguaje es principalmente un producto social o cultural y debe ser entendido como tal” (p. 214), ya que suponía que tras la aparente irregularidad de los fenómenos sociales yacía una regularidad en su configuración, parecida a la de los fenómenos físicos del mundo mecanicista, pero menos rígida.

Aprovechó además de para renovar su línea de investigación mejorar considerablemente su vida personal. En Canadá conoció a su segunda esposa y madre de dos hijos: Jean McClenaghan, hizo amigos de diferentes disciplinas y estrecho lazos con varios de ellos, su trabajo se volvió interdisciplinar. Yale le ofreció una muy tentadora oferta –a través de la fundación Rockefeller- para dirigir y consolidar el departamento de Antropología y elaborar un programa globalizador e incluyente para las disciplinas sociales. Él, ni tardo ni perezoso, demostró con claridad las posibilidades de integración de la lingüística, antropología, sociología, psiquiatría y psicología. Su atención la concentró en problemas específicos de las lenguas indoeuropeas y semíticas, y en tópicos relacionadas a la personalidad y a su contexto sociocultural. La producción de su investigación sobre la genealogía de las lenguas disminuyó muchísimo. En cambio, publicó un trabajo importante: “La réalité psychologique des phonèmes” (1939), mismo que al ser traducido al inglés le daría fama póstuma. En él evidenció que la estructura fonética de un lenguaje era parte del conocimiento inconsciente que los hablantes poseían, parte de sus ‘intuiciones fonológicas.

Sapir logra a su vez colocarse al frente de varias instituciones importantes. Al principio se hace cargo de la *First Yale School of Linguistics*, donde participa muy activamente combatiendo el antimentalismo en el *Yale Institute of Human Relations*. Ahí, se propone como director del *Social Science Research Council* y lanza la propuesta de culturalizar al hombre indio considerando su contexto sociocultural y su diversidad individual. Preside la *Linguistic Society of America* (1933) y la *American Anthropology Society* (1938) y coordina la *International Phonological Association*. Esta intensa e incesante actividad la culminaría hacia

1935 cuando Yale declara abiertamente su antisemitismo y conservadurismo, y el mecanicismo se hace sentir fuertemente. El reinado que Boas y Sapir llegaría a su fin.

La salud de Sapir se vuelve además precaria, sufre una serie de paros cardíacos en el año de 1937. Dos años después muere a causa de uno de ellos. Su investigación queda inconclusa, ni siquiera alcanzó a formular la tan afamada hipótesis a la que se le asocia. Dejó tras de sí a una estela de futuros lingüistas: Mary R. Haas, Stanley Newman, Morris Swadesh, Charles F. Voegelin y, claro, su alumno más querido: Benjamin Lee Whorf.

2. Sus influencias. Reconstrucción de sus bases ideológicas

El pensamiento de este grande de la lingüística fue sumamente diverso y prolijo. Además de contar con una fuerte producción en áreas académicas incursionó también en lo artístico. Durante mucho tiempo se desempeñó como crítico de arte. Sin contar la producción de obras que pertenecen a ese campo del saber, la obra de Sapir sigue siendo sumamente extensa. Penoso es que en lo lingüístico sólo se consulte la obra que goza de más fama: *Language. An introduction to the study of speech* (1921). Pocos han sido quienes han revisado con detalle su pensamiento.

Fernández Casas (2004) es uno de los pocos que han hecho una revisión detallada y exhaustiva de su obra, la ha analizado atendiendo a aspectos fundamentales. El pensamiento de Sapir lo desarrolla inscribiéndolo en el contexto cultural de la época y señalando los cambios históricos fundamentales que propiciaron y alentaron su visión. Logra así indicar algunos puntos de encuentro con las tendencias actuales de la lingüística contemporánea. A esta altura, al lector ya no debería sorprenderle. Los enfoques similares, las afinidades teóricas y los modos de proceder próximo se conservan en tanto permitan explicar los fenómenos del lenguaje y darle continuidad al estudio de los mismos. En la historia de la lingüística existen líneas de continuidad y una misma forma de observar los hechos del lenguaje resurge en diferentes momentos del transcurrir histórico, puede adoptar cambios sutiles pero importantes y reformular los planteamientos o conservarlos.

Como anteriormente se mostró en el breve recorrido histórico, en realidad, no hay descubrimientos totalmente novedosos. Cada propuesta hunde sus raíces en las contribuciones del pasado, de las que toma –la mayoría de las veces inconscientemente- los aspectos que le interesan, los refina e inserta en un nuevo marco teórico. El saber en la lingüística progresa en la sucesión de modelos, el avance nunca es continuo, está plagado de rupturas que evidencian la búsqueda de nuevos cauces de explicación para el complejo fenómeno del lenguaje. En él median factores internos –propios de la

lingüística- y externos –sociales, políticos, económicos, culturales, ideológicos, personales, etc. El pensamiento de este autor y de esta área de conocimiento se comprende mejor si uno retoma las fuentes de las que el autor o la disciplina se nutrieron.

Sapir incorpora en su pensamiento los vestigios de la lingüística europea y la norteamericana del primer tercio del siglo XX y anteriores, vía Franz Boas por supuesto. Sin embargo, la gestación de la relatividad lingüística y por tanto del pensamiento de Sapir y Whorf se halla en raíces mucho más profundas, en la corriente romántica alemana -el movimiento alemán “*Deutsche Bewegung*” que Hamann y Herder dijeron representar (Aarslef, 1988)-, y la ideología del filósofo alemán Wilhelm von Humboldt –aunque a él ni Boas, ni Sapir, ni Whorf lo mencionaron directamente. El trabajo de Humboldt en Alemania y el de Saussure en Suiza y Francia prepararon el terreno para que en el siglo XX ocurrieran las grandes reformas teórico-metodológicas de la lingüística.

2.1 La corriente romántica alemana: “*Die Deutsche Bewegung*”

De Herder y de Humboldt Sapir retomó (vía Franz Boas) la concepción de que cada lenguaje encapsulaba una visión del mundo o cosmovisión particular, y que a través del lenguaje y la cosmovisión que éste representaba la gente construía su percepción de la realidad (Gardner, 1987; Lucy, 1997; McElvenny, 2009).¹⁴ Sin embargo, rechazó toda idea romántica o noción afín que relacionara las características tipológicas de las diferentes lenguas con el entorno o grado de civilización de los hablantes que en ella vivían. En ninguna forma Sapir o Whorf aceptaron la idea de adherirse a una clasificación *quasi* evolucionaria de las lenguas que proclamara la superioridad alguna de la raza, cultura, o civilización; ideas que erróneamente suelen atribuírsele a Humboldt.

Desde el tiempo en que Sapir realizó su tesis de maestría fue partidario de desalentar la visión romántica que intentaba atar las características tipológicas de las gramáticas del lenguaje con el grado de civilización alcanzado, la cultura o el temperamento de los hablantes (McElvenny, 2009; idea que retomó de Franz Boas, quien antes que él la secundo. Su tesis de maestría versó sobre el ensayo de Herder, lo que lo obligó a conocer sus ideas de primera mano. A Herder (1744-1803) puede ubicársele dentro de la corriente del nacionalismo alemán e identificársele con la postulación de una íntima relación entre el lenguaje, la cultura y la *Weltanschauung*. Suele decirse que su visión pretendía contraponerse a la visión francesa imperante que tendía a ser universalista, ligarse al proceso y a la civilización (Aarsleff, 1998; Coseriu, 1977). En realidad,

¹⁴ De hecho, McElvenny (2009) equipara la propuesta de Sapir con la de Humboldt, aunque supone que su versión es mucho más limitada que la de aquél; ya que únicamente lidia con los patrones habituales de pensamiento y rechaza conexiones más amplias con la cultura, el temperamento, el grado de civilización y del entorno o ambiente de sus hablantes.

mas que contraponerse, Herder delimitó y consolidó las diferencias nacionales era la 'cultura' (*Kultur*). La 'cultura' no era una sola, cada pueblo tenía la suya propia, su propio *Volksgeist* al que accedía por medio de la lengua (Regúnaga, 2009).

La lengua era formadora en todos los sentidos, decía Herder: "Nuestra lengua materna fue simultáneamente el primer mundo que vimos, las primeras sensaciones que sentimos, la actividad y alegría que primero disfrutamos" (Herder, 1957, pp. 28-30, citado en Regúnaga, 2009, p.195).¹⁵ Y añadía en su libro IX, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad (Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, escrito entre 1784 y 1791):

El más interesante ensayo sobre la historia y las variadas características del intelecto humano sería, por lo tanto, una Filología Filosófica Comparada; pues, en cada uno de los idiomas están expresados el carácter y el intelecto de un pueblo. No sólo los instrumentos del lenguaje van cambiando con las regiones de suerte que casi cada pueblo posee algunas letras y sonidos propios; sino que la misma denominación, hasta la designación onomatopéyica, las expresiones inmediatas del afecto y las interjecciones son diferentes en toda la tierra. En el caso de los objetos del contemplación y de la fría consideración, las diferencias aumentan más aun, y en las expresiones impropias, las locuciones figuradas, la estructura idiomática, la proporción, hipérbaton y sintaxis, las diferencias se hacen abismales, pero siempre de suerte que el genio de un pueblo no se revela en ningún lugar mejor que en la fisonomía de su lenguaje (Herder, 1812, pp. 354-355, citado en Regúnaga, 2009, p. 195).¹⁶

Herder encontró en el lenguaje algo más que un medio de comunicación, halló un entramado heterogéneo con posibilidades configurativas. Esto lo hizo patente en *Abhandlung über den Ursprung der Sprache (Ensayo sobre el origen de la lengua)*, ensayo considerado piedra angular del desarrollo de la concepción romántica, de la cosmovisión y su conexión con el lenguaje, sobre

¹⁵ "Unsre Muttersprach war ja zugleich die erste Wehlt, die wir sahen, die ersten Empfindungen, die wir fühlten, die erste Würksamkeit und Freude, die wir genossen" (Herder, 1957, pp. 28-30, citado en Regúnaga, 2009, p.195) (Herder, 1957, pp. 210-211, citado en Regúnaga, 2009, p.195).

¹⁶ "Der schönste Versuch über die Geschichte und mannigfaltige Charackteristik des menschlichen Verstandes und Herzens wäre also eine philosophische Vergleichung der Sprache den in jede derselben ist der Verstand eines Volks und sein Charakter geprägt. Nicht nur die Sprachwerkzeuge ändern sich mit den Regionen, und beinah jeder Nation sind einige Buchstaben und Laute eigen, sondern die Namengebung selbst, sogar in Bezeichnung hörbarer Sachen, ja in den unmittelbaren Äusserungen des Affekts, den Interjektionen, ändern sich überall auf der Erde. Dinge des Anschauens und der kalten Betrachtung wächst die Verschiedenheit noch mehr, und bei den uneigentlichen Ausdrücken den Bilden der Rede, endlich beim Bau der Sprache, beim Verhältnis, der Ordnung, dem Consensus der Glieder zueinander ist sie beinah unermesslich, noch immer aber also, daß sich der Genius eines Volks nirgend besser als in der Physiognomie seiner Rede offenbaret" (Herder, 1812, pp.354-355, citado en Regúnaga, 2009, p.195).

el cual Sapir realizó su tesis de maestría (Mc Elvenny, 2009). Herder, sin embargo, no fue el único en encontrar implicaciones cognitivas en la lengua.

Hacia finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII, la importancia intelectual concedida a la diversidad de las categorías lingüísticas había sido importante en Inglaterra (Locke), Francia (Condillac, Diderot), Italia (Vico) y Alemania (Hamman, Herder y Humboldt) (Fernández, 2003). Diferentes motivaciones habían avivado el interés por estos temas. En el terreno teórico importaba mostrar oposición a los *tenets* de los gramáticos universales y mostrar respeto al origen y el estatus de las diferentes lenguas. En lo metodológico interesaba hallar confiabilidad en el conocimiento lingüístico de la religión y la ciencia, y en el terreno práctico social interesaba consolidar la identidad de las naciones y lidiar con la expansión colonial (Lucy, 1997).

2.2 La propuesta de Wilhelm von Humboldt

De todos estos autores, al que más se recuerda es a Humboldt. Su ideología gozó de gran popularidad y muchos malentendidos. Aún hasta nuestros días, una de sus sentencias más famosas continúa haciendo mella: “El hombre es hombre sólo por el lenguaje” (Humboldt [1800] 1962 II, pp.206-207 citado en McElvenny, 2009, p.5).¹⁷ También su pensamiento:

El lenguaje aparentemente representa toda nuestra actividad mental subjetiva (de acuerdo a la forma de nuestro método), pero al mismo tiempo produce entidades [del mundo real] en tanto que son objetos de nuestro pensamiento... El lenguaje es por tanto, sino el principal al menos en términos de la percepción, el medio a través del cual tanto el hombre se crea a sí mismo como al mundo, o aún más el medio a través del cual él se vuelve consciente de sí mismo al separar el mundo de él mismo (Ibid)¹⁸

De ahí que se diga que fue el primero en asentar el concepto de *‘world-view’* o *‘Weltanschauung’*, aunque en realidad fuera heredado del pensamiento de Condillac, Diderot, Garat y Degerando (Aarsleff, 1988).¹⁹ Humboldt destacó

¹⁷ “Der Mensch ist nur Mensch durch Sprache” (Humboldt [1800] 1962 II, pp. 206-207, citado en McElvenny, 2009, p.5).

¹⁸ “Die Sprache stellt offenbar unsre ganze geistige Tätigkeit subjektiv (nach der Art unsres Verfahrens) dar, aber sie erzeugt zugleich die Gegenstände, insofern sie Objekte unsres Denkens sind... Die Sprache ist daher, wenn nicht überhaupt, doch wenigstens sinnlich das Mittel, durch welches der Mensch zugleich sich selbst und die Welt bildet oder vielmehr seiner dadurch bewusst wird, dass er eine Welt von sich abscheidet” (Humboldt [1800] 1962 II, pp. 206-207, citado en McElvenny, 2009, p.6). *Ibid*

¹⁹El lector deberá rechazar la idea ampliamente popularizada por Haym (1856) y recopilada por Cassirer (1923) en su afamado *Phylosophy of Language* de que el pensamiento de Humboldt surge por oposición al de la corriente francesa. En realidad, tenían mucho en común. No es cierto que los filósofos franceses: a) trataran al lenguaje exclusivamente como a un instrumento de cognición, b) hallaran su origen en la necesidad y el acuerdo de un

por la forma en que articuló el lenguaje y el pensamiento. Para él, al igual que para Diderot, el lenguaje era la forma arquetípica de la creación artística, según la cual, la poesía era el lenguaje más verdadero. El lenguaje y las lenguas eran arte en sí mismas.

Para Humboldt el lenguaje no era simplemente una copia de las ideas de los hombres (haciendo referencia a la teoría del signo de la gramática universal), sino la “energía total encarnada, casi como por milagro, en ciertos sonidos” (Aarsleff, 1988, p.49).²⁰ Las lenguas tan diferentes no eran sólo muchas nomenclaturas para la misma cosa, sino que presentaban diferentes visiones de lo mismo. En sus propias palabras, Humboldt decía al respecto de las lenguas: “Ellas [las lenguas] son los jeroglíficos en los que cada individuo (persona o grupo de personas) imprime su imaginación y el mundo (...). El mundo y la imaginación permanecen por lo general igual, y puesto que la imaginación liga una formación con la otra por analogía, estos jeroglíficos interactúan en la creación posterior, multiplicación y continua formación” (Aarsleff, 1988, p.50).²¹

Ergo, la escucha era tanto un acto de imaginación como lo era el habla. En tanto mayor fuera la fijeza que un enunciado pudiera contener de la síntesis del hablante, tanto mejor sería la síntesis que el oyente podría alcanzar con su imaginación. Es decir, el proceso de creación estaba ligado al proceso de desciframiento, tanto más refinado fuera éste, mejor sería aquél. A Humboldt le interesaba mucho este proceso creativo, más que el producto mismo: la fijeza y la síntesis de un lenguaje para crear un *'tableau'* o *'Bild'* (imagen, producto estético). Partía del supuesto de que los elementos del lenguaje expresaban las leyes del pensamiento y que los conceptos relacionaban a la realidad con el lenguaje. La gramática y el léxico eran un registro de la energía mental de los hablantes (de su trabajo imaginativo), la cosmovisión englobaba a ambos. La sofisticación intelectual de los países aparecía también en el léxico. De forma

propósito único de comunicación; c) vieran los trabajos ordinarios del lenguaje en términos del modelo ideal de un lenguaje filosófico perfecto; d) confiaran en la doctrina que concebía a la percepción como pasiva y proveedora autónoma de ideas prefabricadas y no problemáticas, que requería de añadir palabras para producir una nomenclatura segura para la comunicación; e) no dejaran espacio para la diversidad de los lenguas excepto a formas triviales externas en forma de sonidos que llamaron palabras, f) basaran su pensamiento en principios racionales de la gramática universal; g) desterrarán al sentimiento, la imaginación y la creatividad de todos los procesos del lenguaje (Aarsleff, 1988).

²⁰ “Total energy of the people embodied, as if by miracle, in certain sounds” (Aarsleff, 1988, p. 49).

²¹ “They are hieroglyphs in which each individual [whether a person or a people] imprints its imagination and the world (...) The world and the imagination remain on the whole the same, and since the imagination links one formation to another by analogy, these hieroglyphs interact in further creation, multiply, and undergo continued formation” (Aarsleff, 1988, p. 50).

que, al ser la imaginación la que desencadenaba una respuesta verbal o escrita, éstas eran una cuestión de *energeia*, no de *ergon*.

En ese sentido, el lenguaje era órgano del pensamiento, no sólo un epifenómeno accidental que investía al pensamiento o le servía de mero instrumento para la comunicación. De ser así, el lenguaje sólo le pondría etiquetas a los conceptos ya pre-hechos en la mente por autonomía y autosuficiencia de la percepción. El lenguaje, creía Humboldt, no era una caja de herramientas sino un poder creativo, es decir, no era *ergon* sino *energeia*. Por medio de éste, se adquiría la autoconsciencia y se dominaba la realidad, surgía un segundo mundo en el que nos podíamos reconocer a nosotros y a las cosas, es decir, mediaba nuestra experiencia subjetiva y objetiva. El lenguaje no era mera designación, ni representación, era expresión. La perfección del lenguaje era una cuestión de estética.

Dado que no todos los artistas (léase lenguas) son iguales, la diversidad lingüística -incluida su inferioridad/superioridad-, estaría determinada en buena medida por la forma en la que cada una de las lenguas respeta y expresa las categorías lingüísticas del ideal gramatical, que Humboldt pensaba era posible alcanzar. El mayor logro lingüístico se alcanzaba entonces con el lenguaje que en mayor medida diera expresión a estos principios. El sánscrito, modelo de los lenguajes indoeuropeos, a juicio de Humboldt, era el único capaz de satisfacer estas demandas; ya que en él, cada palabra era parte constitutiva del enunciado. Los principios y finales (declinaciones y flexiones) asignados a la raíz que formaba cada palabra entretejía a ésta con cada parte del enunciado. De acuerdo a Aarsleff (1988), para Humboldt las palabras del lenguaje segmentarían o diseccionarían, por así decirlo, la síntesis indiferenciada que la mente extraía de la experiencia, asegurando la existencia y estabilidad de los conceptos, y haciendo posible y provechosa la extensión del pensamiento.

Así, “el mérito intelectual del lenguaje, por tanto, descansa exclusivamente en la bien formada, clara y firme organización mental de los pueblos en la época de hacer y rehacer el lenguaje, y son la imagen, de hecho la copia directa de este” (Aarsleff, 1988, p. 26).²² En otras palabras, Humboldt se adhiere al ideal gramatical de la gramática universal. De acuerdo al cual, las partes del discurso eran necesarias en todas y cada una de las diferentes lenguas pues todos los lenguajes en sus diferentes formas eran esencialmente lo mismo; ya que todos ellos, muy a pesar de sus diferencias, se expresaban conforme a una estructura común.

²² “The intellectual merits of language therefore rest exclusively upon the well-ordered, firm and clear mental organization of peoples in the epoch of making and remaking language, and are the image, indeed the direct copy, of this” (Aarsleff, 1988, p.26).

2.3 Incorporación del pensamiento de Franz Boas

Esta noción que permea el pensamiento de Humboldt, a la corriente romántica alemana, y a la ilustrada francesa llega también a Sapir vía Herder y su mentor, Franz Boas. Éste último ejercería una notable influencia en él. La huella más profunda que Boas dejó en Sapir fue la de conceptualización de lo estructural y sistemático del lenguaje: el lenguaje como sistema de sistemas, era el principio que después pasaría a ser pilar fundamental del estructuralismo (Gardner, 1987). De hecho, el lector no debiera sorprenderse por la similitud que guardan estas ideas con las del estructuralismo. De alguna forma, esta nueva corriente de pensamiento de la lingüística americana, la boasiana, sapiriana y whorfiana aró el camino para la entrada del mismo.

Por ejemplo, de acuerdo al estructuralismo, cada lenguaje tiene su propia estructura y debe considerarse como un sistema de relaciones, ya que los elementos del sistema no tienen validez independiente de las relaciones de equivalencia y contraste que sus elementos sostienen entre ellos. Es decir, un sonido aislado es insignificante y cobra sentido sólo cuando se combina con otros sonidos para formar palabras con sentido que se unen para formar oraciones y así sucesivamente.²³ Proponer el enunciado, en vez de la palabra, como unidad de análisis fundamental, era una noción que Sapir y otros anteriores ya habían propuesto.²⁴

La segunda idea fundamental que Boas le heredó a Sapir fue el rechazo categórico a la visión romántica del lenguaje, la cual pretendía unir las características tipológicas de la gramática del lenguaje con el grado de civilización, la cultura o el temperamento de sus hablantes. Nótese que Boas fue el primero en pronunciarse abiertamente contra estas visiones, tradición que sus herederos continuarían. En su tesis de maestría, Sapir criticó los argumentos herderianos sobre la cosmovisión. Años más tarde (y a pesar de lo que sus detractores y seguidores creen), su ideología permanecería sin cambios a este respecto. Su oposición a querer relacionar las características

²³ Los otros dos principios del estructuralismo eran: 1) el lenguaje hablado es principal, la escritura es secundaria. El escribir es otra forma de representar el habla. El habla aparece antes que la escritura en la vida del individuo y en el desarrollo del lenguaje; 2) el estudio sincrónico del lenguaje debe preceder al estudio diacrónico. Las consideraciones históricas no son tan importantes como lo es entender la situación actual del lenguaje.

²⁴ Noción que de entrada ya contrapunteaba la noción fundamental de la gramática universal, según la cual los hablantes son receptores pasivos que buscaban usar el lenguaje para recuperar la mejor forma del mismo, la original y la racional. El lenguaje era considerado por ellos como no constituyente del pensamiento, es decir, las palabras eran signos no problemáticos de ideas dadas, un mero instrumento de comunicación. Los gramatólogos universales suponían que la creación del lenguaje, el habla no se relacionaba con la creación y la imaginación, sino sólo con la retórica y el estilo, el sentimiento sólo permitía producir cambios menores de una forma dada. La gramática universal consideraba que el lenguaje es un regalo divino, los hablantes eran meros receptores y no productores del mismo (Aarsleff, 1988).

tipológicas de los lenguajes con el ambiente en el que los hablantes de esas lenguas se desenvuelven era tajante. Reproduzco en extenso sus palabras, por la importancia que entrañan:

Tampoco puedo creer que la cultura y el lenguaje estén en un verdadero sentido relacionadas causalmente. La cultura puede ser definida como lo que una sociedad hace y piensa. El lenguaje es un cómo particular del pensamiento. Es difícil ver qué relación causal particular puede esperarse que subsista entre un inventario de experiencia seleccionado (cultura, una selección significativa hecha por la sociedad) y la forma particular en la cual la sociedad expresa toda experiencia. El curso de la cultura, otra forma de decir historia, es una serie compleja de cambios en el inventario selectivo de la sociedad –adiciones, pérdidas cambios de énfasis y de relación. El curso del lenguaje no se ocupa propiamente de los cambios de contenido del lenguaje, sólo de los cambios en la expresión formal. Es posible, en el pensamiento, cambiar cada sonido, palabra, y concepto concreto del lenguaje sin cambiar su realidad interna al menos, justamente como uno puede verter en un molde determinado agua, yeso u oro. De poderse demostrar que la cultura tiene una forma innata, una serie de contornos, bastante apartados de cualquier asunto de cualquier clase, tenemos algo en la cultura que puede servir como término de comparación del lenguaje y como una forma de relación con el lenguaje. Pero, hasta que tales patrones formales de cultura sean descubiertos y dejados al desnudo, hacemos bien en mantener el curso del lenguaje y la cultura como procesos no comparables y relacionables. De ello, se sigue que todo intento particular por correlacionar tipos de morfología lingüística con ciertas etapas de desarrollo cultural sea en vano. Entendidas correctamente, tales correlaciones son absurdas. Un solo vistazo verificará nuestro argumento teórico en este punto. Ambos tipos simples y complejos de lenguaje de un número indefinido de variedades pueden ser encontradas y hablados en cualquier nivel deseado de desarrollo cultural” (Sapir, 1921, pp. 232-233).²⁵

²³ “Nor can I believe that culture and language are in any true sense causally related. Culture may be defined as what a society does and thinks. Language is a particular how of thought. It is difficult to see what a particular causal relation may be expected to subsist between a selected inventory of experience (culture, a significant selection made by society) and the particular manner in which the society expresses all experience. The drift of culture, another way of saying history, is a complex series of changes in society’s selected inventory – additions, losses, changes of emphasis and relation. The drift of language is not properly concerned with changes of content at all, merely with changes in formal expression. It is possible in thought, to change every sound, word and concrete concept of language without changing its inner actuality in the least, just as one can pour into a fixed mold water or plaster or molten gold. If it can be shown that culture has an innate form, a series of contours, quiet a part form subject-matter of any description whatsoever, we have a something in culture that may serve as a term of comparison with and possibly a means of relating it to language. But until such purely formal patterns of culture are discovered and laid bare, we shall do well to hold the drifts of language and of culture to be non-comparable and unrelated processes.

Dejos de esta noción se distinguen perfectamente en el pensamiento de Boas (1930) para quien la cultura no se correspondía de forma exclusiva con el lenguaje. Cultura era: “Todas las manifestaciones de los hábitos sociales de una comunidad, las reacciones de los individuos como afectados por los hábitos del grupo en el cual vive, y los productos de las actividades humanas como determinadas por esos hábitos” (p. 207, citado en Regúnaga, 2009, p. 207).²⁶ En esta declaración, el lenguaje puede interpretarse como uno de los elementos a considerar, pero no es el único.

El pensamiento de Boas constituye el germen de la concepción antropológica del relativismo cultural (Regúnaga, 2009) cuyo eje central sería la premisa fundamental de que las lenguas, las indoeuropeas en particular, son tan sistemáticas, lógicas y ricas como cualquier otra lengua indoeuropea (Kay & Kempton, 1983). La pretensión no era la de colocar a un lenguaje o sistema lingüístico sobre otro, sino de mostrar que cada uno con sus características particulares merecía una atención y un valor propio. Si bien no puede decirse con absoluta certeza que el efecto contrario ocurrió y una excesiva atención condujo a posicionar este sistema lingüístico sobre el indoeuropeo, si ocurrió que una ola de estudios antropológicos surgieran con el objetivo de buscar restaurar la importancia y el valor de éstos: la etnolingüística estaba en formación y muy pronto alcanzaría una etapa de gran apogeo.

Cuenta la leyenda que Boas fue salvado por los inuit cuando se extravió estando en la zona del Ártico, cerca de la tierra de Baffin realizando una investigación sobre el color del agua de mar. Algunos otros dirán que en realidad su encuentro con ellos fue mera coincidencia. Como haya sido, este suceso le salvo la vida en más de un sentido. Pues estando bastante decepcionado de los resultados de su investigación, abandonó su vocación de físico, dejó de lado su formación en matemáticas, física, geografía y se inició en la antropología.

Bajo la consigna de oponerse a la evolución lineal de la cultura, del evolucionismo y del difusionismo, y sobre todo al nacismo popularizado en Norteamérica en forma de racismo (Maceiras, 2002), él propuso estudiar cada cultura en función de sus propias costumbres, necesidades y demandas, y no en relación a alguna otra cultura que representase un modo de organización más o menos avanzada que otra (Gardner, 1987). Retomó la metodología

From this it follows that all attempts to connect particular types of linguistic morphology with certain correlated stages of cultural development are vain. Rightly understood, such correlations are rubbish. The merest *coup d'oeil* verifies our theoretical argument on this point. Both simple and complex types of language of an indefinite number of varieties may be found spoken at any desired level of cultural advance” (Sapir, 1921, p.232-233)

²⁶ “all the manifestation of social habits of a community, the reactions of the individuals as affected by the habits of the group in which he lives, and the products of human activities as determined by those habits” (Boas, 1930 citado en Regúnaga, 2009, p. 207).

científica rígida que aprendió de las ciencias duras en las que estaba formado y la conjugó con su admiración personal por lo subjetivo y particular de una cultura, desarrolló métodos de notación cuidadosa y estimuló la documentación en el estudio de casos individuales. Con lo que al aportar un nuevo instrumento de estudio a lo lingüístico, so pretexto de su estudio, abrió una puerta directa para adentrarse al estudio de lo cultural.

Sin embargo, esto no significó que Boas creyera que lo cultural limitara lo lingüístico, o viceversa. Sí subrayó el importante papel del lenguaje en las actividades humanas, pero no suscribió la idea de que la cultura pudiera verse limitada por la forma de la lengua particular que en ella regía. Creía que las lenguas podían converger a partir de diferentes fuentes y también divergir desde una fuente común, pero deploraba la insistente búsqueda que se dio en el siglo XIX por intentar encontrar una lengua básica o fundamental; ya que creía que cada lengua era una creación singular que debía ser considerada como una totalidad orgánica (Gardner, 1987).

Boas sí creía que el pensamiento influía en el lenguaje y no a la inversa como predominantemente se había creído (Gardner, 1987; Corazzon, 2010). Es decir, como creía posible que en cualquier cultura todas las lenguas fueran lo bastante complejas como para poder ejercer en toda la variedad el pensamiento humano (aunque algunas mostraran predilección por los términos abstractos), la diferencia debía radicar en el tipo de mentalidad. La mentalidad primitiva, según él, empleaba categorías desarrolladas de modo burdo e irreflexivo; mientras que la de los pueblos contemporáneos cultos al haber podido sistematizar los conocimientos a la manera del científico racional podían ofrecer una forma más lógica del mismo porque el conocimiento sistematizado a lo largo de generaciones estaba más al alcance de la población general (Gardner, 1987). De modo que la única distinción entre el modo de pensar civilizado y el salvaje sería el 'carácter material tradicional'. El primero se asociará con siglos de saber históricamente acumulado y el otro con la experiencia inmediata. A la manera de Lévi-Strauss dirá que el 'pensamiento salvaje' es el 'pensamiento de lo concreto' (Maceiras, 2002).

Boas escribe en su libro *The mind of primitive man* (1911), traducido como *Cuestiones fundamentales de antropología cultural* (1964): "No es, por lo tanto, probable que haya una relación directa entre la cultura de una tribu y el lenguaje que habla, excepto en la medida en que la forma del lenguaje esté moldeada por el estado de la cultura, pero no en cuanto cierto estado de cultura esté condicionado por rasgos morfológicos del lenguaje" (Boas, 1964, p. 222, citado en Maceiras, 2002, p. 101). Lo que Maceiras (2002) señala puede interpretarse como que la cultura y con ella el lenguaje son procesos independientes regulados por una actividad y vida independientes, dado que al no haber evolucionado la raza, el pensamiento y el lenguaje de forma paralela,

no pueden estudiarse comparativamente, ni tomarse uno u otro como parámetro de desarrollo cultural o intelectual.

3. Articulación del pensamiento de Sapir

Queda entonces en el aire la pregunta sobre cómo es que a Sapir se le relacionó con el relativismo lingüístico y cultural. Con certeza, no se logra saber con precisión cómo es que así sucedió. Si se miran de cerca sus trabajos, no se leen ni entre líneas tales ideas. A continuación, desglosaré las principales ideas de su perspectiva para desmentir esta asociación.

Cuatro son los principales aspectos a considerar en la obra de Sapir: 1) el modo en el que comprende la relación entre el pensamiento y el lenguaje; 2) su afirmación acerca de la inconmensurabilidad de las lenguas, 3) la posibilidad/imposibilidad de la traducción a partir de su modo de entender la diversidad lingüística, y 4) la importancia concedida a lo diverso en contraposición a lo unitario (Fernández, 2003). Sapir (1921) pensaba al respecto del lenguaje lo siguiente:

El lenguaje es un método completamente humano y no instintivo de comunicar ideas, emociones y deseos por medio de un sistema de símbolos producidos voluntariamente. Estos símbolos son, en primera instancia, auditivos y son producidos por los llamados 'órganos del habla'. No hay una base instintiva apreciable en el habla humana como tal, sin embargo muchas expresiones instintivas y el ambiente natural pueden servir de estímulos para el desarrollo de ciertos elementos del habla, sin embargo muchas de las tendencias instintivas, motoras y otras, pueden dar una extensión o un molde predeterminados a la expresión lingüística. Tal comunicación, humana o animal, si acaso puede llamarse "comunicación", como es producida por gritos involuntarios e instintivos, no es en absoluto, en este sentido, lenguaje (p. 7).²⁷

Nótese aquí como a inicios del siglo XX, Sapir (1921) iba ya más allá de tan sólo insinuar nociones que aún hoy en día se mantienen vigentes. Si bien ya era capaz de describir, explicar y comprender a detalle el funcionamiento fisiológico del aparato vocal, su propuesta apostaba por la descripción detallada de las metas y los fines a los que obedecían estos mecanismos

²⁷ "Language is a purely human and non-instinctive method of communicating ideas, emotions and desires by means of a system of voluntarily produced symbols. These symbols are, in the first intakes, auditory and they are produced by the so-called "organs of speech". There is no discernible instinctive basis in human speech as much, however much instinctive expressions and the natural environment may serve as a stimulus for the development of certain elements of speech, however much instinctive tendencies, motor and other, may give a predetermined range or mold to linguistic expression. Such human or animal communication, if "communication" it may be called, as is brought about by involuntarily, instinctive cries is not, in our sense, language at all" (Sapir, 1921, p.7)

fisiológicos. No se conformaba sólo con meras explicaciones funcionales, buscaba explicaciones teleológicas. A lo largo de su obra dejó translucir que la esencia del lenguaje se hallaba en el arte de asignar sonidos convencionales o equivalentes (articulados de manera voluntaria) a diversos elementos de la experiencia y tomarlos como su representante. Se cuidó, pese a la similitud aparente, de no equiparar esto con el habla, función secundaria del lenguaje.

El habla, pensaba Sapir, era realizada de manera incidental, los sonidos los producían determinados órganos (pulmones, laringe, paladar, nariz, lengua, dientes y labios). Estos órganos se acoplaban en una red muy compleja y siempre cambiante de adaptaciones diversas –en el cerebro, en el sistema nervioso y en los órganos articulatorios y auditivos- para comunicar ideas. Su articulación era arbitraria y su procesamiento de un carácter altamente simbólico. Aún así, distaba mucho de ser lenguaje. Un sonido localizado en el cerebro debía ser asociado a un elemento o grupo de elementos de la experiencia: a una imagen visual, una clase de imágenes visuales o a una sensación asociativa, mucho antes de que se le considerase como a un ‘elemento’ lingüístico rudimentario. En este sonido, “elemento” de la experiencia se encontraba contenido el significado de la unidad lingüística. No era simplemente cualquier sonido. Las onomatopeyas, por ejemplo, por mucho que fueran también sonidos producidos por los órganos del habla, no formaban parte de la expresión involuntaria del sentimiento, ni eran habla simbólica. Esto, ya que distaban mucho de comunicar ideas, como sí lo hacía el habla. La teoría onomatopéyica del lenguaje, dice Sapir, no puede ser tomada como válida para explicar la ontogenia del lenguaje. De ser así, el lenguaje no sería más que un conjunto bien articulado de sonidos sin intención alguna. Que las mismas interjecciones difieran tanto de una lengua a otra, tanto por sus respectivas tradiciones lingüísticas como por sus sistemas fonéticos, como por los hábitos de lenguaje de cada uno de los diferentes pueblos, habla de que el lenguaje debe ser algo más complicado que eso (Sapir, 1921).

De hecho, el habla misma no es una función instintiva, sino “cultural” o adquirida. Como se mueve en los límites de los diversos grupos sociales, se convierte en un producto histórico. Su producción yace en los procesos auditivos, motores y otros que respaldan el acto de hablar y el de escuchar. Estos procedimientos funcionan a manera de señal para estos significados que son por así decirlo anónimos, carecen de residencia particular alguna. Ello hace que el lenguaje, en tanto proceso abstracto, condensado en significaciones, no posea ni pueda poseer una localización específica. Las estructuras que lo posibilitan la tienen, pero ellas no son en sí el lenguaje, sólo permiten el desarrollo del mismo (Sapir, 1921). Tomar la parte (estructura y funcionamiento fisiológicos del lenguaje) por el todo (el lenguaje), sería un craso error.

Considérese que, por un lado, el lenguaje mantiene una relación fisiológicamente arbitraria con todos los elementos posibles de la conciencia, y por otro, con ciertos elementos localizados en los tractos o centros cerebrales auditivos, motores, cerebrales y nerviosos. Si el lenguaje ha de ser localizado en el cerebro es sólo en el sentido general en el que todos los aspectos de la conciencia, todos los intereses humanos y toda actividad se encuentran en el cerebro. Sapir (1921) enfatiza el aspecto integral del lenguaje y reconoce a su vez su importancia psicofisiológica afirmando que: “el lenguaje es un sistema completamente funcional formado dentro de la constitución psíquica o “espiritual” del hombre. No podemos definirlo sólo como una entidad psicosocial, sin embargo mucho de la base psicosocial es esencial para su funcionamiento en el individuo” (p. 9).²⁸

De modo que el mundo de nuestras experiencias debe ser enormemente simplificado y generalizado antes de que sea posible crear un inventario simbólico de nuestras experiencias de las cosas y sus relaciones. Esto es indispensable antes de poder transmitir nuestras ideas. Los elementos del lenguaje, los símbolos rotuladores de nuestras experiencias tienen que asociarse con grupos enteros, con clases bien definidas de experiencia, más que con experiencias aisladas en sí mismas. Sólo de esa manera es posible la comunicación. La experiencia aislada no radica más que en una consciencia individual y, hablando en términos estrictos, es incomunicable. Para que sea comunicada, necesita relacionarse con una categoría que la comunidad lingüística acepte tácitamente como una identidad. De manera que el elemento lingüístico no es el símbolo de una percepción aislada, ni siquiera de la noción de un objeto en particular sino de un “concepto”, de una cómoda envoltura de pensamientos en la cual están encerradas miles de experiencias distintas y que es capaz de contener muchos otros miles. Si los elementos significativos aislados del habla son los símbolos de conceptos, el caudal efectivo del habla es un registro de la fijación de estos conceptos en sus relaciones mutuas. Nótese aquí como el pensamiento de Sapir hace eco de la ideología de Humboldt, y en sintonía con la ideología del pensamiento moderno, importa más cómo es que la palabra se relaciona con el sistema lingüístico, no sólo la palabra en sí.

El registro dice Sapir (1921) adquiere la forma de la palabra, la cual denota la imagen del mundo de la experiencia, la rotula y no tiene otra función que la de ser un paralelo suyo en otro plano, y a ese paralelo se acude cada vez que es necesario o conveniente. A su vez, estos elementos se asocian a grupos enteros, con clases bien definidas de experiencia y no propiamente con experiencias aisladas en sí mismas. Sólo así es posible la comunicación, al

²⁸ “...language as a fully formed functional system within man’s psychic or “spiritual” constitution. We cannot define it as an entity in psychosocial terms alone, however much the psychophysical basis is essential to its functioning in the individual” (Sapir, 1921, p. 9).

asociar a la abstracción, la significación y ligarla al habla (herencia del pensamiento moderno). Empero, Sapir piensa que es esta asociación del lenguaje (en su uso: habla) con el pensamiento (contenido del habla) lo que ha dado pie para confundir y fundir erróneamente ambos elementos en uno solo, o peor pensar que el habla es pensamiento, y viceversa.

3.1 La relación entre el lenguaje y el pensamiento. Distinciones a considerar

Para diferenciar a uno y otro elemento, lenguaje y pensamiento, se requiere bosquejar la silueta del terreno al que cada uno pertenece. Para Sapir, aquello se logra descartando equívocos fundamentales al respecto de la definición, función y desarrollo de la relación entre ambos. Los más comunes son:

3.1.1 El pensamiento y el lenguaje son las dos caras de la misma moneda, uno y otro son totalmente equivalentes.

No pocas veces pensamiento y lenguaje suelen usarse erróneamente como sinónimos para denominar y conceptualizar las mismas cosas. Bien es cierto que el elemento lingüístico sirve de rótulo a un concepto, pero el caudal mismo del lenguaje no siempre es un indicador de pensamiento. El pensamiento puede exigir o no simbolismo alguno e implicar o no al habla (como medio de expresión oral), pero no ocurre que los usos a los que se destine el lenguaje sean siempre conceptuales, ni que lo sean de manera predominante. Cuando es así es porque a través del habla se trasluce la presencia de algún proceso cognoscitivo (pensamiento). Pero su sola presencia no indica esto en ninguna forma. Para pensar no se requiere necesariamente de hablar. El lenguaje posee una función comunicativa, pero no exige o es comunicación en sí mismo.

El lenguaje, como instrumento, responde a empleos psíquicos diversos. Su corriente no sólo va fluyendo paralela a la de los contenidos internos de la consciencia, también lo hace paralela a ella en niveles distintos (Sapir, 1921). Abarca desde el estado mental en que dominan las imágenes particulares hasta el estado en que los conceptos abstractos y sus relaciones mutuas son los únicos en los que la atención se enfoca (razonamiento). Es decir, los procesos cognoscitivos no son del todo racionales, hay diferentes clases y no todos son simbólicos. Únicamente los simbólicos pueden ser asociados al habla.

Así, lo único constante en el lenguaje es su forma externa; su significado interior, su valor o intensidad psíquica varían de acuerdo con la atención o interés selectivo de la mente, sobra decir, que con su desarrollo en general. Generalizando términos, el pensamiento se podría definir como el más elevado de los contenidos latentes o potenciales del habla. Y el habla, como aquello más cercano a la faceta exterior del pensamiento, latente en sus clasificaciones

y formas, pero no es el rótulo final del pensamiento ya elaborado, ni el nivel más generalizado de expresión simbólica (Sapir, 1921).

3.1.2 El pensamiento es habla silenciada

Si bien es cierto que el habla facilita el procesamiento de la información a nivel cognoscitivo, proceso comúnmente conocido como “pensar en voz alta” (Vigotskii, 2007), es altamente probable que el lenguaje sea un instrumento originalmente puesto a un uso inferior al del plano conceptual y que el pensamiento surja de una interpretación refinada de su contenido (Sapir, 1921). Mas el pensamiento no es un subproducto del habla ni viceversa. Si bien, resulta difícil desligar a uno de otro, la presencia de uno no obliga la del otro. En otras palabras, el pensamiento no es concebible propiamente sin el habla, desde su génesis y conceptualización están interrelacionados. El pensamiento es un simbolismo, un instrumento que hace posible un producto: el lenguaje, a a su vez, éste refina el pensamiento. Ej. un razonamiento matemático no sucede sin la ayuda de una adecuada simbolización matemática, ya que las proposiciones no se plantean en ausencia de simbolismos. Por tanto, el lenguaje no se limita a ser el rótulo final que se coloca llana y simplemente sobre el pensamiento ya elaborado.

3.1.3 El lenguaje se limita sólo al simbolismo auditivo. Se puede pensar sin lenguaje, sin simbolismo alguno.

Sapir se adhiere firmemente a la tesis en la cual pensar que se piensa sin lenguaje resulta una ilusión, mas no de forma ingenua. Admite que es difícil distinguir entre imagen y el pensamiento, pues con el simple hecho de sobreponer una imagen con otra, uno se inserta en un flujo silente de palabras (flujo interno de imágenes auditivas) (Sapir, 1921). El pensamiento, entonces, podrá tener como dominio natural uno separado del dominio artificial del habla, pero el único camino que conduce al pensamiento es el de las palabras, el del habla, el que implica al lenguaje.

Sin embargo, el lenguaje no es idéntico a su simbolismo auditivo, si fuera así podría ser fácilmente reemplazable por simbolismo motor o visual y eso no sucede -aunque si hay quienes pueden leer y pensar en un sentido puramente visual sin valerse del sonido. Sólo ocurre que uno no se da cuenta cómo estas dos clases de simbolismo van a la par, mano a mano. Simbolismo auditivo y lenguaje son dos cosas diferentes. La expresión simbólica del pensamiento corre junto a la de la mente consciente y aunque parezca que uno puede escaparse de la otra, no es así. El simbolismo opera con la mente inconsciente. Los lapsus, actos fallidos, el chiste, los sueños (como lo demuestra Freud) son el habla del inconsciente. Sapir (1921) cree que incluso el pensamiento más extraño se corresponde en la parte consciente con un simbolismo lingüístico inconsciente. El habla para él, sin lugar a dudas, depende en alto grado del desarrollo del pensamiento.

El lenguaje por tanto es pre-racional, aunque no se conozca con precisión en qué nivel de actividad mental haya surgido. No es posible imaginar que un sistema altamente desarrollado de símbolos del habla haya podido elaborarse con anterioridad a conceptos claramente definidos y/o a la utilización de los conceptos, o sea, el pensamiento. En realidad los procesos de pensamiento fueron los que entraron en juego a la par con las primeras expresiones lingüísticas. El concepto, una vez definido, influyó en la vida del símbolo lingüístico, lo que facilitó el crecimiento y el desarrollo de ambos. Este proceso de mediación entre el pensamiento y el lenguaje transcurre normalmente a la vista de nuestros ojos, sin que lo advirtamos. Es un proceso en que el instrumento hace posible el producto y éste refina el instrumento (Sapir, 1921). Invariablemente cualquier nuevo concepto está restringido a un empleo anterior de material lingüístico en el sentido de simbólico (piénsese que de lo contrario, los sordos carecerían de capacidades cognitivas y no es así). El concepto adquiere vida independiente cuando encuentra una envoltura lingüística. En la mayoría de los casos, el nuevo símbolo es extraído de material lingüístico anterior, ya existente. El cual no excluye a las personas sordas de este procesamiento, pues aun cuando no sean capaces de escuchar (sordera absoluta), poseen la capacidad de simbolizar.

El lenguaje es un sistema auditivo de símbolos y no un conjunto único de simbolismos auditivos, motores o visuales aislados. En tanto que es articulado por un sistema motor y no es un sistema motor, el aspecto motor del habla es claramente secundario (Sapir, 1921). En realidad, es un circuito que inicia con la escucha de imágenes auditivas, requiere de una señal que viaje hasta los nervios que controlan a los órganos del habla y permita la comunicación. Concluye cuando las percepciones auditivas del oyente son traducidas a una adecuada e intencional serie de imágenes o de pensamientos, o una combinación de ambas. Cuando las imágenes auditivas coinciden con las visuales, se completa exitosamente el ciclo ya que se suceden modificaciones casi interminables o transferencias en sistemas equivalentes, sin perder sus características formales esenciales.

Estas modificaciones son las que permiten ser la vía de transformación simbólica. Las hay de varios tipos, partiendo desde lo oral se puede llegar a lo motor (de la escucha del habla a la articulación de señales vocales), al lenguaje silente (hablar sólo para sí mismo acústica alguna), a lo escrito (simbolismo visual, simbolismo secundario), o a algún otro medio (por ejemplo, clave Morse, sin mediación auditiva perceptible). Toda comunicación voluntaria de ideas, además del habla, es una transferencia directa o indirecta del simbolismo típico del lenguaje hablado u oído, o que, cuando menos, supone la intervención de un simbolismo auténticamente lingüístico. Las imágenes auditivas y las motoras que determinan la articulación de los sonidos, son la fuente histórica de todo lenguaje y de todo pensamiento (Sapir, 1921).

Obsérvese que la facilidad con la que el simbolismo es transferido a uno y otro lenguaje, de técnica a técnica, indica en sí mismo que los sonidos del habla no son esenciales para el lenguaje; sino que yace en la clasificación, en los patrones formales (fijación de formas) y en la relación entre conceptos. El lenguaje como estructura funciona a manera de ser la cara interna del molde del pensamiento (Sapir, 1921). Por eso Sapir centra toda su obra en el estudio del lenguaje abstracto y no propiamente en hechos secundarios: las cuestiones físicas del habla. Él re-conoce que el simbolismo es el corazón del lenguaje, el motor, la sangre que le da vida.

3.1.4 El lenguaje no puede considerarse como un hecho universal; si es particular en su expresión, también lo es en su formación.

Aún cuando el lenguaje es universal porque es regido por una condición orgánica, adquiere una expresión particularizada, es de todos y de nadie. Podrá haber controversia con respecto a si determinadas expresiones son o no simbólicas o culturales, si pertenecen o no a una determinada categoría, pero no con respecto a que es una forma cultural. Sapir (1921) cree que el lenguaje es anterior a las manifestaciones más rudimentarias de la cultura material, y que en realidad estas manifestaciones no se hicieron posibles hasta que mediante el lenguaje, instrumento de la expresión y la significación, encarnaron en alguna forma.

En otras palabras, la construcción de un sistema fonético bien definido, la asociación concreta de los elementos lingüísticos con los conceptos y la capacidad de atender con eficacia a la expresión formal de cualquier clase de relaciones, se convirtió en la armazón básica del lenguaje, lo rígidamente sistematizada en las diversas lenguas. De ahí que la expresión fuera particular, el habla diversa y el lenguaje universal.

3.1.5 En la forma del lenguaje se juzga la riqueza del pensamiento, cuanto más refinado, más complejo.

Este es un juicio categórico que con frecuencia se halla de forma latente y se da por hecho que así sucede. Asumir esta creencia implica suponer que el contenido es forma, y la forma contenido. Existen formas contenidas y contenidos en forma, pero no son lo mismo. Una forma esta envasada, amoldada al recipiente que la contiene. El contenido adquiere relevancia en tanto encuentra un molde apropiado para tal fin.

A nivel del lenguaje, se da la falsa creencia de que las lenguas primitivas son pobres, que tienen un contenido simbólico bastante más atrasado que el normativo de las lenguas imperantes, las hegemónicas (Aarsleff, 1988; Maceiras, 2002; Sapir, 1921). Por el contrario, muchas lenguas así llamadas 'primitivas' poseen una riqueza impresionante en formas que eclipsan y opacan

los recursos comúnmente conocidos. No debería uno de extrañarse de que, en muy diversas formas, un pensamiento encuentre expresión. En realidad, la unicidad o particularidad de una expresión no la hace más rica o más pobre, sólo es reflejo de su construcción particular. Ya sin entrar en discusión acerca de si de todas las formas de habla se desprenden históricamente o no de una sola forma originaria o madre, conviene creer que el lenguaje es una de las más antiguísimas herencias humana, sino es la que más.

3.2 Habla y palabras, sus características

Una vez establecidas, a grandes rasgos, las reglas del juego de lenguaje de Sapir, toca el turno de caracterizar a uno de sus actores principales: el habla. Para el habla, Sapir (1921) da una definición muy simple y muy escueta de la misma: "...es el sistema auditivo del simbolismo lingüístico, es un flujo de palabras habladas" (p. 24). Si bien no ahonda mucho en su descripción, explica que el elemento más simple del que se compone, es el sonido. El sonido es una estructura compleja que resulta de una serie de ajustes, independientes y estrechamente relacionados a los órganos del habla. No es *per se* un elemento del habla, dado que carece de significado. El habla ya es función significante. Obsérvese que las onomatopeyas, aún como piezas aisladas de sonidos, tampoco son relevantes en tanto que acompañan un sentimiento determinado y se supeditan a otros acentos.

El habla es la que exige una selección conceptual y una inhibición de la fortuita multiplicidad de la conducta instintiva. La rigidez en la articulación es el precio que se ha tenido que pagar por el dominio expedito de un simbolismo necesario. Existe una cantidad indefinida de sonidos articulados al alcance de la mecánica del habla. Cada idioma, selecciona una cantidad limitada de posiciones claramente definidas y se las apropia como características de su sistema consonántico, desentendiéndose de las posiciones intermedias o extremas. Aunque muchas veces se permite cierta flexibilidad en la fijación de la posición requerida.

Tras el sistema puramente objetivo de sonidos característicos de un idioma, existe uno interno o ideal, de carácter inconsciente que funciona como esquema coherente, en cuanto mecanismo psicológico. El sistema sonoro interno está encubierto y sofocado por el sistema mecánico que lo encubre. Todo lenguaje entonces se conforma por un sistema ideal de sonidos, por una estructura fonética subyacente y por una estructura gramatical definitiva. Tanto la estructura fonética como la conceptual, constituyen la forma del lenguaje, característica instintiva de la lengua.

Los verdaderos elementos del lenguaje, los significantes, son sonidos constituyentes de palabras, partes importantes de palabras, o grupos de palabras. Se distinguen por ser el signo exterior de una idea específica; ya sea

de un sólo concepto, o de una imagen de una serie de conceptos, o de imágenes definitivamente conectadas en un todo. En algunas ocasiones, puede que la palabra sea o no el elemento más sencillo del cual uno pueda ocuparse. Los prefijos, los sufijos, la declinación, o demás características que la acompañen le añaden nuevas características. Por ejemplo, cantar (verbo en su forma infinitiva), cantan (verbo conjugado en la 3ra forma del plural en presente –ellos-), y cantante (persona) son tres palabras que parten de la misma raíz gramatical: cantar; y en tanto conceptos son unitarias. Sin embargo, en tanto palabra, se les analiza como expresiones binarias, porque bien puede que se refieran al tiempo, a la condición, a la función, al número, etc. (Sapir, 1921).

Así justifica Sapir (1921) que la palabra no sea el correspondiente simbólico o lingüístico de un concepto único. La palabra en “forma”, se forma con una limitación formal, bien puede ser la expresión de un concepto único –concreto, abstracto o relacional- como la expresión de un pensamiento completo. La palabra es una forma, una entidad moldeada de manera definida, que absorbe del material conceptual del pensamiento íntegro una parte, mayor o menor, según se lo permita el genio del idioma que se trate (Aarsleff, 1988). Las palabras cambian radicalmente de un idioma a otro, no son traducibles literalmente; ya que son los elementos radicales y gramaticales los portadores de los conceptos (por ello, son susceptibles de ser comparados entre idiomas), y no por las palabras en sí mismas.

Para Sapir (1921) la palabra, en tanto elemento gramatical, existía a condición de asociarse con un elemento radical. Además, su significado concreto dependía de la clase de elementos radicales con los que estuviera asociada. El elemento gramatical y el radical se obtenían mediante un proceso de abstracción, como se hacía con los elementos de una fórmula química. El elemento radical (o gramatical) y la oración eran las unidades funcionales primarias del habla. El elemento era lo mínimo posible de abstraer, la oración era finalmente la realización estéticamente satisfactoria de un pensamiento unificado (esta visión estética del lenguaje se asemeja mucho a la de Humboldt). Las verdaderas unidades formales del habla –las palabras- pueden entonces identificarse en algunas ocasiones con una u otra de las dos unidades funcionales, ser elemento u oración; pero las más de las veces están a medio camino entre los dos extremos, pues al mismo tiempo encarnan en sí mismas una o más ideas radicales, y una o más ideas subsidiarias. Estos dos elementos constituyentes conforman una dupla estupenda. En este punto se vislumbran ya explícitamente la idea de lo estructural y sistemático en Sapir.

Por un lado, dice Sapir (1921), los elementos radicales y gramaticales del lenguaje son los que abstraen las realidades del habla y las realidades de la experiencia. La palabra, la unidad viva del lenguaje, responde a la unidad de la experiencia que es aprehendida de la historia. La oración se completa cuando se siente ha sido compuesta por los elementos radicales y gramaticales de las

palabras. Así, la contraparte psicosocial de la experiencia es arte si se corresponde, si se siente, como casi siempre ocurre, como la obra final de las palabras con las palabras (la *Bild* de Humboldt, Aarsleff, 1988). Conforme aumenta la urgencia, la necesidad de comunicar única y exclusivamente el pensamiento por el pensamiento; las palabras dejan de ser relevantes como medio exclusivo para realizar dicha tarea. Los sistemas simbólicos satisfacen, de hecho sustituyen, dicha función. Tómese como ejemplo los sistemas simbólicos lógicos y matemáticos con los cuales se llega a razonamientos complicados sin la necesidad de mediación alguna de palabras.

Si bien los elementos radicales como las palabras son abstraídos casi a destajo del habla, podría uno preguntarse: ¿Por qué no hace sentido aislar una unidad gramatical, como lo hace el aislar una palabra en particular? Sapir (1932) responde de manera tajante y sin vacilar. La palabra es una de las más pequeñas, completas y satisfactorias formas de aislar el “significado” en las cuales el enunciado se resuelve a sí mismo. Querer aislar fracciones más pequeñas de “significado” resulta inútil porque el significado quedaría distorsionado.

Tanto la unidad principal del habla, el enunciado u oración, como la palabra tienen una existencia psicológica, lógica o abstracta. Una oración es una expresión lingüística de una proposición –oración donde se afirma algo acerca de un sujeto. El lenguaje es el entretejido resultante de oraciones, se conforma por la asociación habitual de elementos radicales, elementos gramaticales a palabras y oraciones, a conceptos o grupos de conceptos que se relacionan en unidades más complejas. Por lo que podría suponerse que el lenguaje se mueve por completo en el terreno de la formación de ideas o del conocimiento, y en la transmisión de esas imágenes –materia prima de los conceptos- que Sapir concibe en lo pre-racional. Dado que, en el terreno de la conciencia se hallan los imperativos y los deseos.

Entonces, si la ideación es la que reina soberanamente en el lenguaje, la volición y la emoción inmersas en las palabras adquieren sólo un papel secundario (lo que queda evidenciado en los acentos y la entonación). Sapir (1921) pensaba que la emoción se expresaba en silencio, las interjecciones y los silencios constituían la prueba de ello. Él argumentaba que el mundo de las imágenes, del concepto, es el siempre cambiante e interminable cuadro de realidad objetiva (tema forzoso de la comunicación humana). Y es sólo dentro de este mundo, o principalmente dentro de él, donde la acción es efectiva. Continuando con la analogía artística, diríase que los colores con los que uno pinta su mundo objetivo de deseo, propósito y emoción son personales y de naturaleza no propiamente lingüística. Los matices del énfasis, el tono, el fraseo, la rapidez y continuidad de lo que se dice y los movimientos corporales que acompañan al discurso expresan la vida interior de los impulsos y sentimientos. En última instancia son medios de expresión, formas modificadas

de expresión instintiva que el hombre comparte con los animales inferiores (no humanos). Mas no se les puede considerar como parte esencial cultural del lenguaje, incluso si muchas veces resultan inseparables de tal (sentencias que quizás debatirían las visiones actuales). Esta expresión instintiva de la volición y la emoción es en su mayoría más que suficiente para los propósitos de la comunicación.

El reto, principalmente, para quienes articulan el habla (productores de arte): los hablantes de cualquier lengua consiste en hallar las palabras adecuadas que alcancen a reflejar la intención de lo que se pretende expresar sin caer en clichés. Se requiere de habilidad para yuxtaponer individualmente a los conceptos o imágenes y alcanzar el grado de significación deseado. Una vez aclarado que la emoción y la volición no están contenidas en las palabras, habrá que delimitar que sí, eso que llamamos conceptos.

3.3 Los conceptos, su formación

Los conceptos se forman a través de radicales o de proposiciones. Estas proposiciones con las cuales se construye el lenguaje (como sistema) son el nexo entre la cognición y el mundo concreto de los sentidos. A través de ellas se habla de cosas, acciones y cualidades cuyos símbolos se corresponden con palabras independientes o elementos radicales. Las proposiciones se forman al vincularse con otros conceptos. Para ello, hay que conocer los conceptos a relacionar y la naturaleza de sus relaciones, si es directa, indirecta u otra. También se deben conocer sus relaciones sintácticas, resulta fundamental, para no dejar ambigüedad alguna. No existe lenguaje alguno conocido que exima esa posibilidad, tal como no existe alguno que consiga decir algo sin servirse de símbolos para los conceptos concretos.

Sapir (1921) clasifica los conceptos de acuerdo a: 1) su contenido material, en conceptos básicos y conceptos derivativos, y 2) a su relación, en conceptos concretos de relación y conceptos puros de relación. Esta clasificación, advierte, puede cambiar en las diferentes lenguas, los diferentes parámetros que rigen cada idioma modifican la clasificación de los mismos. En realidad, debe preferirse pensarlos estando en una escala móvil que no restrinja por anticipado el lugar preciso donde hay que colocarlos. Independientemente de la clasificación, casi siempre se observa que al mezclar los conceptos materiales con los de relación se obtienen las proposiciones. El concepto material, por una especie de violencia metafórica, se ve forzado a relacionarse y fundirse con el concepto relacional que lo tiñe con un color y una densidad particular. El lenguaje, sin embargo, no se vale sólo de conceptos.

En tanto medio satisfactorio de comunicación, el lenguaje requiere: 1) de un gran número de conceptos básicos o radicales como medios de expresión, 2) de objetos, acciones y cualidades acerca de las cuales decir algo, y 3) que

éstos a su vez posean su correspondiente simbólico en palabras independientes o elementos radicales, para que todo ese mundo simbólico se corresponda con el mundo concreto de los sentidos, donde las cosas finalmente adquieren 'sentido' (Sapir, 1921; Sapir, 1949). La estructura principal de la expresión lingüística la da tanto el contenido material como el de relación, quienes ciñen la estructura y la delimitan son los conceptos de transición. En la medida en que las palabras y los elementos a los que se asocian desarrollan algún tipo de relación entre sí, se atraen en mayor o menor medida. El producto resultante de fundir estas series de palabras aisladas en la corriente del habla es una masa homogénea lista para ser moldeada a gusto del artista o del hablante. Cada uno de los elementos de esta masa están vivos y son funcionales e importantes en cada punto de su estructura, ya sea estando fusionados en una frase o siendo independientes. El lenguaje, apretando y aflojando sin cesar, entreteje las concatenaciones de palabras, oraciones, sistemas.

La palabra aislada puede así expresar un concepto simple, el conjunto de palabras una determinada combinación de conceptos y en conjunto formar una unidad psicológica. Para cada idioma existe un método o varios métodos especiales para vincular palabras con las cuales construir unidades más extensas. Su complejidad es directamente proporcional a la de la palabra aislada. Entre más sintético es el idioma, es decir, cuánto más claramente está indicada en la oración la situación de cada palabra, las posibilidades se reducen, la energía a emplear queda encerrada. Cuanto más libre su energía, más móvil y tanto menos es necesario considerar a la oración en conjunto. Idea muy similar que recuerda lo propuesto por Humboldt (Aarsleff, 1988). Una sola palabra con más de un elemento radical, dentro de una oración, puede cristalizar una frase o alguna porción de frase. Sin embargo, aun cuando en los conceptos se refleja que la cualidad concreta de la experiencia es infinita, los recursos del más rico de los idiomas quedan estrictamente limitados por su sistema lingüístico. Sería imposible para cualquier idioma expresar cada idea concreta únicamente mediante una palabra o un elemento radical independiente. Forzosamente se requiere amontonar innumerables conceptos bajo otros conceptos básicos sirviéndose de otras ideas concretas o semiconcretas que funjan como intermediarios funcionales. Las ideas expresadas por estos elementos mediadores –sean palabras independientes, afijos, o modificadores del elemento radical- pueden llamarse ideas derivativas o calificativas.

Así es como la forma vive más que su contenido conceptual. Recuérdese como se menciono antes, que la forma se constituye por la estructura fonética, el sistema fonético y la estructura gramatical definitiva (Sapir, 1921). Si bien entre la forma y el contenido, hay una combinación incesante, la forma persiste aún si ha desaparecido o ha cambiado su esencia. La forma irracional, lo que

Sapir considera la forma por la forma, o léase, una tendencia a aferrarse a las distinciones formales una vez que han tenido existencia es para la vida de la lengua un hecho tan natural como la conservación de modos de conducta que han sobrevivido a la significación que un día tuvieron. Perviven justamente porque son las más aptos para sobrevivir. En ese sentido, el dogma rígido y presente en la tradición se petrifica y se convierte en formalismo, meramente por la forma y no tanto por su contenido.

Las formas se agrupan mediante relaciones sintácticas. Sapir (1921) propone dos: el orden de las palabras y la colocación del acento tónico. Dado que el contenido real del habla se limita a su origen en lo concreto, son los grupos de sonidos vocálicos y consonánticos los que expresan sus relaciones implícitas, con ayuda del orden y del ritmo. Las relaciones articuladas de manera intuitiva son los factores dinámicos que las movilizan. Las sutilezas de sentimiento y concordancias son las que se preocupan porque quede el menor grado de ambigüedad posible. Se sigue entonces que, si se analiza el lenguaje por sus partes funcionales, lo que se refleja no es tanto nuestro análisis intuitivo de la relación, cuanto nuestra capacidad de acomodar esa realidad en un serie de esquemas formales. Cada idioma posee su propio esquema y estructura.

3.4 Estructura lingüística

La estructura lingüística de acuerdo a Sapir (1921) es, sin lugar a dudas, el lugar donde el mundo de los conceptos puede ser reflejado, regulado y sistematizado. Los conceptos para su expresión deben ser acomodados dentro de los márgenes impuestos por el lenguaje, mejor dicho, por su estructura lingüística. Es decir, en buena medida el pensamiento está constreñido por el lenguaje. Considerando que todos los idiomas dan muestra de una curiosa tendencia instintiva hacia el desarrollo de uno o más procedimientos gramaticales particulares sobre otros, en la formulación del pensamiento se pierde de vista el valor funcional explícito que el procedimiento inicial de formulación del mismo pueda haber tenido en éste, la influencia del lenguaje acaba predominando.

La gran pregunta sigue siendo como estudiar la estructura lingüística si ni siquiera hay un acuerdo universal de cómo estudiar la lengua puesto que no hay una clasificación universal que pueda aplicarse a todas las lenguas o a todos los lenguajes. Los comparatistas clásicos no llegaron nunca a ninguna conclusión definitiva, al no hallar una fórmula única que sirviera de patrón general para la clasificación de todas las demás lenguas, cada uno propuso un sistema diferente de clasificación. Sapir no fue la excepción (Coseriu, 1977).

En su libro expuso una breve reseña de estas clasificaciones para demostrar cuán difícil es llegar a un acuerdo universal y por qué. Explicó que la primer gran clasificación agrupó a las lenguas en dos polos de elementos comunes, excluyó a lo no agrupable y lo clasificó de transitorio. Otra

clasificación empleó sistemas formales, las lenguas se organizaron como: aislantes, flexionales, aglutinantes y simbólicas. Las aislantes identificaban a la palabra con el elemento radical, si se añadían elementos modificadores se hacían afijantes. La flexional era más sintética que analítica, funcionaba a manera de concepto sombrilla para agrupar también a las sintéticas y polisintéticas. La aglutinante era la que para agrupar sus afijos y formar conceptos empleaba el método de yuxtaposición sobre el de fusión, mantenía así una independencia psicológica de los afijos porque estos no ejercían en la palabra una influencia tan determinante. Si se cambiaba el significado del elemento radical por medio de transformaciones internas (reduplicación, cambios vocálicos y consonánticos, cambios en la cantidad, acento o entonación) la lengua se hacía simbólica.

Otra clasificación agrupaba a las lenguas en analíticas, sintéticas y polisintéticas. Las de tipo analítico no combinaban los conceptos en palabras individuales, de hacerlo lo hacían en forma reducida. La frase adquiría entonces mayor valor por sobre la palabra aislada. Las de tipo sintético agrupaban los conceptos en categorías más estrechas, presentaban una tendencia a limitar la significación concreta de la palabra aislada. Las polisintéticas combinaban todas las características antes mencionadas, agrupaban a los conceptos subordinantes, combinaba los métodos afijantes o cambios simbólicos al elemento radical. Sin embargo, una misma lengua podía ser aglutinante y flexional, o flexional y polisintética, o polisintética y aislante.

Otra clasificación mezclaba valores 'aparentemente' culturales y los disfrazaba como teoría evolucionista: colocaba al latín y al griego en el lugar más alto a ocupar, y a las otras lenguas (por ser diferentes) en la categoría más baja posible. De acuerdo a esta clasificación las lenguas evolucionaban continuamente, lo cual era cierto. Mas no existía forma correcta alguna o precisa para evolucionar, ninguna lengua era más evolucionada que otra, simplemente obedecían a patrones diferentes. De ahí que ocurrieran muchos equívocos y prejuicios, sobre todo hacia las lenguas amerindias o monosilábicas como el chino o japonés. Para Sapir (1921), en cambio, toda clasificación que partía de valores preconcebidos o que aspiraba a satisfacciones sentimentales se condenaba a sí misma como anticientífica, aventuró por ello su propia clasificación.

Se basó en la estructura flexional y en la clasificación de los esquemas secundarios, en el grado de síntesis y fusión, y en si la lengua era de relaciones puras o combinaba a varios conceptos concretos (por abstractos que parecieran ser en la práctica). Rehízo además la escala clasificatoria de lenguas analíticas y sintéticas porque a su juicio se consideraba en demasía el aspecto cuantitativo. La clasificación de las lenguas en aislantes, afijantes, y simbólicas resultaba, según él, insuficiente por insistir demasiado en exterioridades técnicas. El esquema que clasificaba las lenguas en aislantes, aglutinantes, fusionales y simbólicas era preferible, pero se ocupaba

demasiado de los aspectos exteriores (Sapir 1921, Cap. VI). En este apartado no describiré su clasificación, resulta innecesario, baste señalar lo fundamental del lenguaje:

En sus formas fundamentales, el lenguaje es la expresión simbólica de las instituciones humanas, las cuales pueden adoptar mil formas diversas, independientemente del grado de adelanto o de atraso material de los pueblos que emplean las formas; no hace falta decir que las emplean, en su mayor parte, de manera inconsciente (...) (Sapir, 1921, p.145).

De ahí que, no existan parámetros únicos, universales y absolutos desde los cuales comparar a las lenguas para declarar que una lengua es superior a otra. Independientemente del grado de adelanto o de atraso material de los pueblos, las lenguas hallan por sí mismas con sus propias formas, formas sintácticas particulares. De hecho Sapir añade que tampoco son otros elementos, como el vocabulario, índices a considerar.

La extensión del vocabulario es de poca importancia para los lingüistas, si una lengua tiene un vocabulario extenso y útil es una cosa. Una lengua tiene a su disposición los recursos necesarios para crear nuevas palabras en el momento que hagan falta. No interesa que una lengua tenga o no utilidad práctica alguna, ni que sirva o no de vehículo a una gran cultura. Todas estas consideraciones –importantes para otro tipo de clasificaciones- nada tienen que ver con el valor de la forma. El vocabulario tampoco es un índice de adelanto, por sí mismo no indica una superioridad o mayor complejidad. En las lenguas consideradas como primitivas, muchas veces se encuentra que con sólo modificar un poco la palabra mediante una raíz o una letra se altera todo el significado de la misma, se enriquece la precisión del concepto o se da lugar a nuevos conceptos. Esta posibilidad de cambio no se encuentra en lenguas más populares o de dominio mayormente hegemónico, su sistema lingüístico no lo permite. Se concluye entonces que toda lengua es una lengua en forma, tendrá variaciones: sus dialectos, pero por encapsularse dentro de un sistema y, claro, cumplir con ciertas características, ya es una lengua y no es ni inferior o superior a otra.

3.5 Implicaciones del lenguaje. El lenguaje como producto histórico, sus transformaciones

El lenguaje existe sólo en la medida en que se le emplea, no es estático, ni inmutable, es dinámico. Se ve afectado por los cambios históricos y culturales de la época. Aunque el lenguaje mismo y sus derivaciones (sus dialectos) tomen caminos muy diversos cuando la comunidad lingüística se fractura, el lenguaje logra adaptarse rápida, estable y homogéneamente a los cambios que se le presentan. Aun si los subdialectos adquieren independencia propia y llegan a variar tanto de los dialectos originales que permanecen como ininteligibles entre sí. De hecho, ocurre con frecuencia, no importa si los

subdialectos fueron originados en grupos sociales claramente circunscritos y lo bastante homogéneos como para posibilitar la normalización de reacciones y aspiraciones comunes entre sus hablantes. Los subdialectos y dialectos con todo y sus variaciones quedan genéticamente relacionados en una misma familia lingüística que los agrupa y domina. Una tácita norma directriz es la que define los hábitos lingüísticos de sus miembros y la libertad ilimitada de la que cada individuo cree gozar cuando hace uso de su propia lengua. El rango de tal libertad queda circunscrito dentro de límites muy precisos, aunque el hablante no lo advierta.

3.6 Variaciones fonéticas

Las variaciones fonéticas, para muchos lingüistas, son meramente un fenómeno fisiológico desligado de toda posibilidad alguna de relación con lo psicológico. A menudo se piensa que sólo fueron introducidas por la poca resistencia que tomó el incorporarlas al sistema. O bien, que surgieron por la perseveración de un error (ej. errores típicos en los niños que están aprendiendo a hablar). Ninguna de estas versiones es del todo cierta. Teóricamente los cambios fonéticos se dan única y exclusivamente en lo mecánico, sin embargo, complejos procesos mentales se hallan inmersos entre las palabras y entre los sonidos. Hay una influencia total o parcial y homogénea en todos los niveles y en todos los contextos. El influjo del lenguaje bien puede afectar a todo un grupo morfológico (cosa sin trascendencia), o a sólo una parte de un grupo morfológico. Y no es de sorprender, constantemente ocurren cambios en los sonidos que en conjunto producen un impacto mucho menor que el de aquéllos que podrían afectar al sistema como totalidad. Con mucha dificultad podría alterarse la dinámica de estos sistemas, un equilibrio siempre impera como eje rector del sistema.

Las leyes fonéticas no actúan de manera deliberada, espontánea ni automática. A decir de Sapir (1921), regulan cambios ya consumados e iniciados en momentos de debilidad psicológica y que poco a poco debieron abrirse camino entre toda una gama de formas fonéticamente análogas. Si en los sonidos del lenguaje se halla implícita una representación simbólica de los conceptos y de los grupos significantes de conceptos, podría suponerse que una transformación o la alteración de un rasgo permanente en la esfera conceptual no debiera ocurrir por sólo una mutación fonética, todo el sistema debería alterarse y no sólo una parte.

La mutación fonética es sólo una parte de ese proceso y puede ocurrir de diversas maneras. Una se da cuando hay apoyo inconsciente a cambios fonéticos que conservan una distancia psicológica que deja intactas las palabras y las formas de las palabras. Otra, cuando hay variaciones fonéticas individuales que conservan el equilibrio morfológico o provocan uno nuevo. Otra más, se da vía la transformación fonética que alienta modificaciones

cuando corrientes con diferentes orígenes y orientaciones inciden en un sistema lingüístico particular, lo impactan y lo obligan a recuperar nuevamente un equilibrio. Ahí, una corriente general que fluye en determinada dirección, de cuya naturaleza casi no sabemos nada, actúa con un carácter preponderantemente dinámico, reajusta o restaura las modificaciones del sistema fonético fundamental cuando hay desajustes morfológicos demasiado graves que amenazan la corriente principal. Separar o aislar el mecanismo de acción de todos y cada uno de estos métodos resulta complicado, a veces, se conjugan. Realizar una clasificación general que haga justicia a todas y cada una de las complejas fuerzas que determinan la mutación fonética es una tarea sumamente complicada.

La corriente fonética se generaliza cuando su desarrollo normaliza ciertos tipos de articulaciones, más que sólo a conjuntos precisos de sonidos. No importando que las vocales tiendan a hacerse más altas o más bajas, los diptongos a convertirse en un sonido simple, las consonantes sordas a hacerse sonoras y las oclusivas a hacerse fricativas. Aunque en dichos procedimientos se involucra siempre, en alguna medida, alteraciones fonéticas, muy de vez en cuando, la inclusión de un sonido nuevo perdura. Desde el principio está predestinado a su efímera existencia y pronta desaparición. Lo único constante en las transformaciones fonéticas, e independiente a la adopción de sonidos extraños, es la constante insistencia de influencias fonéticas que una lengua despliega en otra.

Bien puede que se encuentren paralelismos fonéticos entre lenguas con poca o nula relación entre sí; o bien, escaso o nulo paralelismo en lenguas dentro de una misma zona geográfica o dentro de un grupo muy limitado de ésta. Y pese a ello, los sonidos del lenguaje, o ciertas maneras peculiares de articulación, tenderán siempre hacia una difusión continuada. Al igual que lo harán ciertos elementos culturales, que por lo general son irradiados desde un epicentro geográfico particular hacia sus alrededores. Una prueba patente de ello se halla en las fronteras lingüísticas, donde un constante movimiento que va y viene es fomentado por una sutil influencia del marco lingüístico de los hablantes bilingües o multilingües que propician la adopción e integración de sonidos extranjeros en el sistema lingüístico materno. Mientras este sistema aspire a mantener su sistema fonético intacto, y no los sonidos en cuanto tales, no hay motivo alguno que impida que una lengua asimile los sonidos que le son ajenos, ya sea con nuevas variaciones o con variaciones antiguas nuevamente reforzadas.

Así que como señala Sapir (1921): 1) aunque no es imposible que sucedan influencias morfológicas importantes, su acción es tan lenta que no afecta la historia lingüística que ha quedado plasmada en huellas documentales; 2) en ciertas condiciones favorables podría suceder que aprovechando la inestabilidad lingüística o un intenso intercambio cultural se trastornara o modificara totalmente a la lengua; 3) pero, aún no hay motivo o circunstancia

actual que promueva que una lengua ejerza sobre otra una influencia morfológica capaz de alterar por completo su estructura básica.

Resumiendo, al interior de las palabras, en la oración y en el sistema de lenguaje inciden cambios que son susceptibles de lograr un alcance mucho mayor aunque no a nivel estructural. A consecuencia de modificar fonéticamente estos sistemas surgen los dialectos, variaciones de menor alcance. La movilidad dentro del sistema y a través de varios sistemas, es siempre constante. El mayor intercambio ocurre con el préstamo, la apropiación y la reinterpretación de las palabras. La mayor movilidad de la lengua ocurre en los diferentes grupos culturales y raciales.

3.7 Movilidad en la lengua, la cultura y la raza

Las lenguas poseen un carácter altamente móvil, fácilmente se entremezclan entre sí y con otros factores tan homogéneamente, con el mismo dinamismo que la cultura cruza fronteras. Parecería posible que tras varios cambios significativos no fuera posible distinguir a una de otra o a un elemento de otro, pero no sucede así. A pesar de su mutua y constante influencia, cada ente, lengua o elemento, conserva sus rasgos particulares. No se hallarán influencias morfológicas de una lengua sobre otra, lingüísticas, raciales o culturales que sean algo más que superficiales (Sapir, 1921).

Una lengua dominante ejerce un flujo dominante e influyente cuando funciona como centro de irradiación cultural. Su poderío y dominio lo extiende a las lenguas colindantes de menor poder por dos razones fundamentales. Bien puede difundirse por la necesidad de comunicación de los hablantes de diferentes lenguas y diversos dialectos. O bien, por la necesidad de contacto y comunicación directa o indirecta entre los hablantes de una y otra lengua, y de uno y otro dialecto, de regiones geográficamente vecinas. Si antes era notable la movilidad en el terreno de lo real; hoy en día ocurre también en lo virtual, la globalización ha ayudado y fomentado esta interacción en gran medida.

Aunque muchas de las principales analogías morfológicas que se encuentran en lenguas divergentes suelen interpretarse como los vestigios de una primitiva entidad, ni la teoría de los préstamos alcanza a explicar la similitud de estos rasgos fundamentales en su estructura, ni la teoría de la difusión. De acuerdo a esta última, los mitos, las ideas religiosas, los diversos tipos de organización social, los métodos industriales y otros aspectos de la cultura viajan de un lugar a otro y entre culturas. A pesar de esta movilidad de la palabra, las modificaciones permanecen siempre superficiales, no inciden en el núcleo morfológico de la lengua.

Las principales coincidencias y divergencias de las formas lingüísticas en los sistemas fonéticos y morfológicos, decía Sapir (1921), son siempre el producto de la corriente autónoma de transformación del lenguaje, no resultan de rasgos

aislados y diseminados en uno y otro lugar. El lenguaje es quizás el fenómeno social que más se resiste a la deformación o transformación de sí mismo por influencias que le son ajenas; él se basta a sí mismo por sí mismo. Es más fácil suprimir del todo una lengua que desintegrar su forma individual. Declarar que es endeble y fácilmente penetrable por elementos ajenos, pero relacionados con este sistema, resulta inverosímil.

Sí, recibe influencias importantes, coexiste con ellas. Sin embargo, el alcance de éstas no es tan amplio como se podría pensar. Entre estas influencias se cuentan las atribuidas a la cultura y la raza. Ya de antemano Sapir (1921) se opone a aceptar cualquier intento inútil por relacionar ciertos tipos de morfología lingüística con determinadas etapas de desarrollo cultural. Una no es determinante para la otra, como entidades cada una subsiste por sí misma. Son paralelismos que tanto por su formación como por su función, resultan absolutamente imposibles. Por su formación, si bien en todos los grados de desarrollo cultural se encuentran infinitos tipos de lenguas simples y complejas, no hay relación causal alguna entre la cultura y el lenguaje. El lenguaje es sólo un cómo peculiar del pensamiento, su función es la expresión de lo ahí acaecido. Cuesta mucho el imaginar nexo causal alguno entre el selecto caudal de experiencias y el modo característico de expresión de las mismas. La forma individual es quien sufre infinitas variaciones y conserva contornos característicos. Como todo arte, el lenguaje se remodela incesantemente. El lenguaje es el arte de mayor amplitud y solidez conocido, es la obra gigantesca y anónima de incontables generaciones.

El lenguaje tiene su escenario propio; sus actores, son los hablantes que pertenecen a determinada raza o razas –grupo que difiere de otros por ciertas características físicas. La trama de la obra se entreteje con las costumbres y las creencias que fueron heredadas socialmente y que resultaron determinantes al interior de nuestra vida, de nuestra cultura. Historiadores y antropólogos han llegado a la conclusión de que las razas, las lenguas y las culturas no están distribuidas paralelamente. Las zonas de distribución de los tres aspectos se entrecruzan en maneras desconcertantes, la historia de cada uno de estos elementos es muy diferente de la de los otros dos aunque corran paralelo el uno del otro.

Sapir (1949) objeta contra quienes afirman alguna relación entre lenguaje y cultura o lenguaje y raza (que a menudo se confunde con eso que toman por genio o “temperamento”). El temperamento nacional, la disposición afectiva general de un pueblo, no es la causa determinante del curso y corriente de una cultura, por más que se manifieste en el tratamiento que cada individuo da a los elementos de esa cultura. Es imposible mostrar que la forma de un idioma tenga la menor relación con el temperamento nacional. El curso de sus variaciones, la corriente de su transformación, fluye inexorablemente por el cauce creado por sus antecedentes históricos; es tan independiente de los

sentimientos y emociones de sus hablantes como lo es el curso de un río con respecto a la cambiante atmósfera del paisaje. Es inútil buscar en la estructura lingüística diferencias que correspondan a las variaciones temperamentales que, según se dice, son inherentes a la raza. Nuestra vida psíquica influye muy poco en la configuración del lenguaje.

El “temperamento nacional” no es más que parte de los actos habituales heredados y seguidos por tradición. Sería erróneo tomar a este hecho cultural por un rasgo temperamental del pueblo. Por lo común sólo podemos considerar a la conducta humana a través de sus acciones, sus modificaciones culturales. El temperamento, en cuanto tal, es sumamente difícil de captar. Sí, el lenguaje está íntimamente ligado con nuestros hábitos de pensamiento, en cierto sentido, ambas cosas son una misma. Mas nada, dice Sapir, indica que existan profundas diferencias que incidan en el pensamiento a través de la raza. La inagotable riqueza de la forma lingüística, o sea la infinita variabilidad del verdadero proceso del pensamiento, no puede decirnos nada acerca de tan profundas diferencias radicales.

Las razas son soberanas, indiferentes a la historia de las lenguas y de las culturas. Una misma lengua puede hablarse entre distintas razas y entre distintas culturas. A menudo, en una misma cultura, se encuentran lenguas muy disímiles entre sí, y otras veces ocurre que lenguas muy emparentadas –o aun una sola lengua- pertenecen a esferas culturales diversas. Sapir (1949) no pensaba estos elementos como contradictorios o de difícil explicación. Si la cultura la concebía como *aquello que* una sociedad hacía y pensaba; el lenguaje, era el *cómo* peculiar del pensamiento. Entre estos elementos el selecto caudal de experiencias y su modo característico de expresión no mediaba ningún elemento. La corriente del lenguaje no propiciaba cambios en el contenido, sólo cambios en la expresión formal. En teoría, derivar todos los sonidos, vocablos y conceptos concretos de una lengua sin que por eso se modifique en lo más mínimo su realidad interna, es posible.

Aun considerando que el aislamiento geográfico e histórico produce también importantes variaciones raciales, lingüísticas y culturales. El hecho mismo de que con el tiempo y a través de la historia, las razas y las culturas se contacten y asimilen las unas con las otras, mientras que las lenguas de una misma zona geográfica sólo se asimilen una a otra de modo casual y en aspectos puramente superficiales, viene a demostrar que no existe ninguna relación causal profunda entre el desarrollo del lenguaje y el desarrollo racial y cultural.

No hay relación causal alguna entre la lengua, la raza y la cultura. En cierta medida, las divisiones culturales y raciales sí coinciden con las demarcaciones lingüísticas, aún si estas no tienen la misma importancia que las otras dos. Es muy probable que si se ajustan tanto sea por alguna asociación histórica fácilmente discernible; mas no porque haya una relación psicológica inherente entre los tres factores: raza, lengua y cultura. En regiones dominadas por un

mismo sentimiento nacional, lengua y cultura tienden a uniformarse y a particularizarse. De ahí que las fronteras lingüísticas y culturales coincidan, aunque nunca totalmente. La unión cultural es muchas veces superficial; de carácter más bien político, no profundo, ni significativo.

Si se pudiera llegar a demostrar que la cultura tiene una forma innata, una serie de rasgos absolutamente independientes del contenido de cualquier descripción que se haga de ella, contaríamos con un término de comparación con el cual comparar la cultura y el lenguaje y quizá con una manera de relacionar las dos cosas. Pero mientras no se descubran y expongan tales esquemas puramente formales de la cultura, lo pertinente es mantener separadas la corriente del lenguaje y la de la cultura, pensarlos como procesos disímiles y no susceptibles de comparación. Es decir, es del todo inútil intentar relacionar ciertos tipos de morfología lingüística con determinadas etapas de desarrollo cultural. Estos paralelismos no existen, en todos los grados de desarrollo cultural se encuentran infinitos tipos de lenguas simples y complejas.

Si bien el contenido mismo del lenguaje está íntimamente relacionado con la cultura. No hacen falta palabras para nombrar aquello que se desconoce, el mismo sistema lingüístico ofrece posibilidades de descripción dentro de sus terrenos conceptuales y expresivos. El desconocimiento de nuevos conceptos estaría más bien relacionado a la falta de esas experiencias particulares en el repertorio cultural. La historia del lenguaje y la cultura fluyen por cauces paralelos, pero de ninguna manera el vocabulario de una lengua refleja con mayor o menor fidelidad la cultura a cuyo servicio se encuentra: no sirve como indicador de desarrollo de la misma.

En resumidas cuentas, el lenguaje es nada menos que la forma acabada con que se expresan todas las experiencias susceptibles de comunicación. Esta forma puede sufrir infinitas variaciones en cada individuo, sin que por eso pierda sus contornos característicos. En el transcurso de la historia, del patrimonio cultural, han ocurrido muchos cambios: ha habido adiciones, pérdidas, cambios de énfasis y de relación. Y sin embargo, éstos no se vinculan a la morfología estructural del lenguaje, pero sí con su contenido y particular forma de expresión. Todos los intentos por relacionar ciertos tipos de morfología lingüística con determinadas etapas de desarrollo cultural resultan infructuosos. Esos paralelismos no existen. En todos los grados de desarrollo cultural se encuentran infinitos tipos de lenguas simples y complejas, expresados de diferente forma con mayor o menor afinidad a la de nuestro sistema lingüístico. En apariencia con mayor o menor complejidad, pero no con mayor o menor grado de desarrollo.

Ninguna lengua garantiza la perpetuación de la cultura, menos aún si los factores geográficos, políticos y económicos de esa cultura son desiguales entre sí y en toda la zona abarcada por ella. El contenido latente de todos los idiomas es siempre el mismo: es expresión pura, una forma externa que nunca

se repite exactamente del mismo modo; pues esa forma que llamamos morfología lingüística no es ni más ni menos que un arte colectivo del pensamiento, un arte libre de todas las incongruencias del sentimiento individual. Para exteriorizarlo más allá de los límites individuales, muchos procesos intermedios son necesarios.

3.8 Lenguaje y literatura

Un lugar donde resuena el lenguaje de maneras particulares es en la transmisión del pensamiento humano, en el arte individual de hacer palabras con palabras: en la literatura. En ella donde se hace patente como las lenguas son algo más que meros sistemas de transmisión del pensamiento. Son las vestiduras invisibles que envuelven nuestro espíritu y dotan con una forma predeterminada a todas nuestras expresiones simbólicas. Para Sapir cuando la expresión es de extraordinaria significación la llamamos literatura. En esta área las posibilidades de expresión individual son infinitas y el lenguaje es sobre todo el más flexible y limitante de los instrumentos. Con él cada lengua puede expresar todas y cada una de sus peculiaridades distintivas; por ello, las innatas limitaciones y posibilidades formales de una literatura nunca coinciden exactamente con las de otras.

La literatura forjada con la forma y la sustancia de una lengua particular, tiñe todo con el color y la contextura de su matiz. Puede que el artista literario no note como ésta lo limita o lo favorece (o lo guía en cualquier otra forma), pero basta que se traduzca su obra a un idioma distinto para que salte a la vista la naturaleza del molde original. Es así que el artista nota como es intraducible tal cual el "genio formal" sin mengua o alteración de su lengua en otra.

Para Sapir (1921) toda lengua es en sí misma un arte colectivo de la expresión. En ella yace oculto un conjunto peculiar de factores estéticos (fonéticos, rítmicos, simbólicos, morfológicos) que no coinciden nunca por completo con los de otra lengua. Sin embargo, la trama fonética de una lengua es sólo uno de los elementos que dan a su literatura determinado carácter. Son mucho más importantes las peculiaridades morfológicas y de ello da cuenta el estilo.

Para desarrollar el estilo lo que importa es que la lengua pueda o no crear palabras compuestas, el que su estructura sea sintética o analítica, el que dentro de la frase las palabras puedan ocupar diversas posiciones o se vean forzadas a adoptar un orden rígidamente predeterminado. Las principales características del estilo (en la medida en que éste consiste en una técnica para construir y disponer las palabras) se encuentran dentro de la lengua misma. El artista no ve en esos elementos básicos e inevitables del estilo algo que limite su expresión individual; lo que hace, en realidad, es llevarlo a modelar su estilo de acuerdo con la tendencia natural de la lengua. Es muy poco probable que un gran estilo pueda oponerse realmente a los esquemas

formales básicos de la lengua (Sapir, 1921). Todo buen estilo no sólo asimilará esos esquemas, sino que además los aprovechará para crear sobre ellos nuevas formas. El estilo no es una cosa absoluta, permite que el artista se ponga de manifiesto como una presencia no como una acrobacia.

Si el artista se ve constreñido por ciertas condiciones, podrá dar libre curso a su individualidad en otros sectores; y lo más frecuente es que la lengua deje al artista suficiente libertad para fracasar por su propia cuenta. No es extraño que las cosas sean así. El lenguaje es en sí mismo el arte colectivo de la expresión, la suma de miles y miles de intuiciones individuales. El individuo se pierde en la creación colectiva, pero su expresión personal deja alguna huella en ese margen de libertad y de flexibilidad inherente a todas las obras colectivas del espíritu humano (Sapir, 1921). El lenguaje es siempre capaz de dar expresión a la individualidad del artista, o si no lo es, se puede hacer que lo sea en poco tiempo.

Hasta aquí lo más fundamental del pensamiento de Sapir. Con esta breve introducción basta para darse cuenta del cómo Sapir dotó al lenguaje con una importancia primordial y a la vez limitada, pues supuso que la estructura del lenguaje era capaz de dar expresión y forma a lo que con el lenguaje se podía referir: un mundo de experiencias. Su alumno, Whorf fue quien lo dotó con un rango de atribuciones y alcances mucho mayores. A diferencia de Sapir, Whorf no desligó los alcances estructurales del lenguaje de los raciales y culturales, ni demarcó el porqué pudieran correlacionarse la raza, la cultura, el lenguaje o el arte (literatura como forma de arte, por ejemplo). Whorf analizó el poder del lenguaje desde lo estructural para intentar comprender características que eran patentes en la unidad social-lingüístico-cultural en la que su maestro no creía tanto. Para entender las causas y motivaciones que justifican esta pretensión en Whorf, es necesario ceñirse a la génesis de su pensamiento.

CAPÍTULO III. BENJAMIN LEE WHORF

El silencio es infinito como el movimiento, no tiene límites. Para mí, los límites los pone la palabra.
Marcel Marceau

1. Breve recorrido histórico-biográfico

Benjamin Lee Whorf (1897-1941) fue un hombre multifacético, a lo largo de su vida se desempeñó como antropólogo, lingüista, gramático y como ejecutivo de una aseguradora contra incendios. Nacido en 1897, en Winthrop, Massachusetts, se formó como ingeniero químico, se graduó del MIT y trabajó como ingeniero en una empresa privada durante la Primera Guerra Mundial hasta 1919, cuando se unió a la compañía de seguros contra incendios de Hartford, donde fungió como secretario asistente hasta el día de su muerte ocurrida el 26 de julio de 1941. Fue un hombre disciplinado, tanto en su trabajo como en su vida personal. Para poder dedicarse a una de sus más grandes hobbies: la antropología, buscó la solidez económica desempeñándose como ingeniero de tiempo completo, y dedicó todos y cada uno de sus ratos libres al estudio de las lenguas amerindias: salía de su trabajo y se iba a estudiar a la biblioteca que le quedaba de camino a casa. Tanta disciplina rindió frutos. En muy poco tiempo, se consolidó como un antropólogo de cierto renombre, no por nada fue el mejor alumno de Sapir. Incluso llegaron a ofrecerle un puesto como académico de tiempo completo, mismo que declinó al no poder solventar con éste el nivel de vida al que estaba acostumbrado. Su carrera apenas empezaba a despuntar, sus ideas estaban madurándose cuando la muerte lo sorprendió. Murió a los 41 años de edad, víctima del cáncer que lo aquejaba. Fue una pena, aun ni siquiera había logrado aventurar todas sus hipótesis, mucho menos formalizarlas en una teoría. Pese a ello, su trabajo provocó fuertes polémicas entre los lingüistas y antropólogos. De tal grado fueron que muchos para demeritarlo o desprestigiarlo, tacharon de inconsistente su trabajo, o peor, acusaron a Whorf de falta de preparación. Nada más alejado de la verdad.

Su formación comenzó a una muy temprana edad. Durante su niñez fue un ávido lector de todo material relacionado a los jeroglíficos egipcios, la cultura maya o temas afines, de su padre heredó el interés por lo antropológico. Su hobby se convirtió con el tiempo en una de sus más grandes pasiones, ni el tiempo, ni el cansancio impidieron que la desarrollara y cultivara. Gracias a su curiosidad e interés por aprender diversas lenguas, desde las tradicionales romances hasta las más exóticas, enriqueció su conocimiento lingüístico al leer todo la información de primera mano y en el idioma original. Sorprendió por el sin número de aportaciones que hizo en este campo y por el enorme talento que había desarrollado. Este le fue prontamente reconocido por quien fue su

mentor y una de sus más grandes influencias: Edward Sapir. En 1921 entabló el primer contacto con él en el Congreso Internacional de Americanistas, años después en 1929 y en 1930 entablaron sus primeras reuniones. Muy fácilmente congeniaron en lo personal y en lo académico. De manera oficial, en 1931 se matriculó en Yale para tomar clases directamente con él, se convirtió en su mejor alumno (Whorf, 1956).

Una vez ya inmerso formalmente en esta área, trabajó su interés en la oligosíntesis, el agrupamiento binario y otras teorías lingüísticas poco comunes. Una en particular le interesaba, la tesis de Fabre d'Olivet, quien postulaba que ciertas letras y combinaciones de letras hebreas contenían en sí mismas misteriosas y fundamentales ideas-raíces. Las sutiles combinaciones de ideas que se formaban y que en un principio no guardaban relación alguna entre sí, creía él estaban dictaminadas por las letras. Con objeto de comprobarlo, Whorf comenzó a trabajar con similitudes sutiles y fundamentales entre ideas (palabras-raíces) que aparentemente no guardaban relación. Ese fue el primer paso para penetrar por debajo del disfraz de las palabras secas, ásperas y aisladas, suponía que tras ellas se escondían conceptos fundamentales. Su interés en esta hipótesis mermó conforme se especializó en su campo y amplió su bagaje teórico-práctico. En cambio, se fortaleció su interés por el saber en el campo de la lingüística indio-americana. Conocimiento que además tomó de primera fuente, aprendió lenguas indio americanas y pasó muchas de sus tardes en la Biblioteca Watkinson en Hartford, que se especializaba en tener libros en las lenguas originales (Whorf, 1956).

Entre sus primeros trabajos, los que más destacan son: *lingüística comparada de las lenguas uto-aztecas (1935)*, *El origen de la lengua azteca (1937)*, *Los aspectos precisos y segmentativos de los verbos en la lengua hopi (1936)*, y *Algunas categorías verbales de la lengua hopi (1938)*. A lo largo de ellos y de los posteriores bosqueja la idea de que los hablantes de las lenguas amerindias deben percibir y concebir las cosas de formas diferentes puesto que la gramática que emplean es mucho muy especial y diferente a la del idioma inglés. Particularmente nota una cierta facilidad para la percepción de fenómenos vibrátiles.

Todos estos trabajos se publicaron en la década de los '30, muchos otros debieron esperar hasta su muerte para ser publicados. Entre sus trabajos importantes se encuentran: *Un modelo indio-americano del Universo (1936)*, aunque no fue publicado hasta 1950; *Algunas características verbales de la lengua hopi (1938)*; *Consideración lingüística del pensamiento en las comunidades primitivas (1971)*; *Factores lingüísticos en la terminología de la arquitectura hopi (1940)* publicada en 1953. Aunque quizás los más conocidos fueron los publicados en la revista *Technology Review: Ciencia y Tecnología*

(1940), *La lingüística como ciencia exacta* (1940), *Lengua y lógica* (1941), y *Lenguaje, pensamiento y realidad* (1956).

En pocos años, gracias a su trabajo de campo en el sureste de México se convirtió en uno de los americanos más influyentes. En su obra *Lenguaje, pensamiento y realidad* (1956), uno de sus ensayos más importantes: “La relación del pensamiento y el comportamiento habitual con el lenguaje”, expuso los esbozos generales de la afamada hipótesis Sapir-Whorf. Ya ahí es clara la influencia de Sapir en su pensamiento. Basta con mirar una de las citas que hace de Sapir (la misma que el lector podrá ver reproducida incontables veces en un sinfín de artículos).

Los seres humanos no viven en el mundo objetivo, ni tampoco sólo en el mundo de la actividad social como generalmente se entiende, sino que están a merced de una determinada lengua que se ha convertido en el medio de expresión de su sociedad. Es toda una ilusión pensar que, uno se adapta a la realidad sin el uso del lenguaje y que el lenguaje es sólo un medio incidental para resolver problemas específicos de comunicación o de reflexión. De hecho, el asunto es que ‘el mundo real’ está en gran medida construido inconscientemente en los hábitos lingüísticos del grupo. Dos lenguajes nunca son lo suficientemente parecidos para ser considerados como representantes de la misma realidad social. Los mundos en los que diferentes sociedades viven son mundos diferentes, no es el mismo mundo con diferentes etiquetas a él pegadas. Vemos y escuchamos, o de otra forma experimentamos en gran medida como lo hacemos porque los hábitos lingüísticos de nuestra comunidad nos predisponen a ciertas opciones de interpretación (Sapir, 1939, p.5 citado en Whorf, 1956, p. 155).²⁹

Esta cita debe leerse con sumo cuidado. A primera vista, podría parecer que la postura de Sapir es ingenua. Con una segunda lectura y teniendo en mente el pensamiento de Sapir, anteriormente explicado, la cita no parecerá del todo extremista. Situación que con frecuencia es inadvertida por sus críticos más acérrimos quienes suponen que el hilo conductor del pensamiento de Whorf y Sapir es la influencia del lenguaje en el pensamiento. Ya se vio que a

²⁹ Human beings do not live in the objective world, nor alone in the world of social activity as ordinarily understood, but are very much at the mercy of the particular language which has become the medium of expression for their society. It is quite an illusion to imagine that one adjusts to reality essentially without the use of language and that language is merely an incidental means of solving specific problems of communication or reflection. The fact of the matter is that the 'real world' is to a large extent unconsciously built up on the language habits of the group. No two languages are ever sufficiently similar to be considered as representing the same social reality. The worlds in which different societies live are distinct worlds, not merely the same world with different labels attached. We see and hear and otherwise experience very largely as we do because the language habits of our community predispose certain choices of interpretation²⁹ (Sapir, 1939, p.5 citado en Whorf, 1956, p.155).

Sapir lo preocupaba esta interacción junto con muchas otras, y en todo caso, nunca le adjudicó una influencia total al lenguaje por sobre el pensamiento. Veámos cómo fue para Whorf

2. Articulación del pensamiento de Whorf

2.1 El mundo whorfiano del lenguaje

Whorf (1956) menciona que concuerda con la línea de pensamiento (sin explicitar ningún autor o corriente epistemológica en particular) que propone al lenguaje como antecesor del pensamiento. Ya que él supone que es el modelo lingüístico el que propicia ciertas líneas de pensamiento y formas de comportamiento. Sin embargo, precisa, en dichas afirmaciones no ve más que un reconocimiento banal de cierta terminología filosófica, de lemas y consignas (aunque nunca especifica a cuáles se refiere). La aceptación de esta idea, así sin mayor reflexión dice, pierde de vista lo que Sapir ya bosquejaba: "...pierde la oportunidad de explicitar la interconexión que señaló Sapir entre el lenguaje, la cultura y la psicología como un todo. No es que tan sólo se dé en los usos especiales del lenguaje, es en la manera constante de organizar los datos y en el más ordinario análisis de los fenómenos donde necesitamos reconocer la influencia que tiene [el lenguaje] en otras actividades, culturales y personales" (pp.134-135). En esta cita es patente como para ambos (Whorf y Sapir) el lenguaje resultaba un instrumento útil para el análisis de la realidad.

2.2 Patrones gramaticales como interpretaciones de la experiencia

Para Whorf (1956) fue muy claro que en el lenguaje se traslucía algo más que sólo palabras, la organización total de la experiencia que resultaba en comportamientos acordes a ésta. Llegó a esta conclusión cuando al trabajar como agente de seguros y analizar durante varios años los informes sobre las circunstancias físicas que acompañaban a los accidentes: incendios y explosiones ocurridos, observó que los accidentes eran generados tanto por las circunstancias ambientales que propiciaban el accidente como por los diferentes comportamientos, de mayor o menor cuidado, que adoptaban las personas en estos ambientes. Eso parece ser de sentido común, lo que no es fue el notar que el peligro que se corría aumentaba o disminuía, según como se enmarcaran lingüísticamente las diferentes situaciones. Por tanto, infirió que las personas se conducían con un mayor o menor cuidado dependiendo del cómo expresaran las situaciones; es decir, el significado que les atribuían era el componente clave que determinaba su comportamiento y éste se hallaba encerrado en las expresiones lingüísticas empleadas para describir la situación.

Por ejemplo, en los incendios, el comportamiento que se exhibía ante los contenedores de gasolina llenos y vacíos era cualitativamente diferente. Ante los primeros se ponía mayor atención que ante los segundos. Si se fumaba había una 'mayor propensión a reprimir el hábito de fumar o de tirar colillas' ante el contenedor lleno que ante el vacío. Aquello era paradójico, las precauciones tomadas ante el contenedor con gasolina lleno deberían mantenerse constantes ante el contenedor vacío, sino es que quizás deberían aumentar. El contenedor aunque se piense vacío contiene vapor explosivo, ello lo hace inflamable y peligroso. Sabiendo esto las personas que suelen trabajar en áreas con sustancias explosivas (ya sea por experiencia pragmática o quizás por alguna capacitación que se les haya dado con respecto a medidas de prevención y seguridad), sorprende que no sigan las normas de seguridad apropiadas. Whorf se preguntó por qué sucedía esto (no se acataban las precauciones sugeridas). Encontró que las razones pueden ser varias, pero una constante era la forma de expresión que precedía a las acciones de descuido ejercidas.

Whorf (1956) bosqueja una posible solución a esta paradoja. Mediante un análisis de las palabras claves empleadas en la expresión de las diferentes situaciones, Whorf dice que en este modelo lingüístico del *Standard Average European (SAE)*³⁰, 'vacío' es: 1) sinónimo virtual de 'cosa nula y vacía, negativa, inerte', 2) en el análisis de situaciones físicas, sin tener en cuenta factores como la presencia de vapor, vacío es la ausencia de residuos líquidos dispersos en el recipiente. Por tanto, aunque la situación sea peligrosa, como en el vacío hay ausencia de todo, de líquidos, de vapor explosivo, no hay peligro alguno perceptible. De este y otros ejemplos similares Whorf notó que constantemente dos acciones se repetían: 1) la situación era nombrada (siguiendo los lineamientos de un modelo lingüístico determinado), y 2) los agentes de la acción se comportaban conforme a lo expresado.

A continuación, se enlistan otros seis ejemplos donde esto es patente:

- 1) En una planta de destilación de madera, los destiladores de metal recubiertos con un material aislante de 'hilado de piedra caliza', se incendiaron. Si el 'hilado de piedra caliza' es expuesto a calor excesivo o entra en contacto con el fuego, el ácido acético de los destiladores, convierte a la piedra caliza (el carbonato de calcio) en acetato de calcio, éste se descompone y produce acetona inflamable. Whorf supuso que no se tomaron las precauciones necesarias para retirar los destiladores con recubrimiento de 'piedra caliza' del fuego cuando estaban cerca del

³⁰ El SAE (Standard Average European) es un término genérico que Whorf emplea para agrupar a todas las lenguas cuyos patrones gramaticales son claramente similares, en este caso lo emplea para agrupar a todas las romances. Hoy en día este término equivaldría al de: 'lenguas indoeuropeas', que es utilizado para denominar a todas las lenguas provenientes de esta familia lingüística.

- punto de ignición o no se trató de evitar exponerlos al fuego por períodos prolongados porque al pensarse que su recubrimiento era de 'piedra caliza', y al ser la piedra un material no combustible, no se consideró que se correría peligro alguno.
- 2) En una planta industrial, una inmensa caldera de hierro con barniz hirviendo se sobrecalentó e incendió. Estando 'sobre el fuego', su temperatura alcanzó el punto cercano a la ignición. Se le retiró del fuego para enfriarla, pero al cabo de un minuto, el barniz ardió en llamas. Se pensó que bastaba con retirarla del fuego para enfriarla, pero no fue así. Nótese que en esta acción subyace una suposición que identifica la yuxtaposición espacial de las cosas como única fuente de calor posible ('la caldera sobre el fuego'). Pasó desapercibido el hecho de que el calor interno -por convección- aún continuaba.
 - 3) Un calentador eléctrico en la pared era utilizado por uno de los trabajadores como perchero. Una noche, un vigilante entró pensando que era el interruptor de la luz y lo encendió. No vio luz alguna porque el aparato (supuesta bombilla) estaba cubierto con la prenda del trabajador. Supuso entonces que la 'luz no servía'. Como el calentador eléctrico permaneció encendido, se sobrecalentó y prendió fuego a la prenda del trabajador, lo que provocó el incendio en el edificio. Aquí usar el calentador como perchero y confundirlo con una lámpara generó el descuido que inició el incendio: pasar por alto que el calor generado por el aparato podría incendiar la prenda.
 - 4) Una curtiduría vertía el agua residual que contenía desperdicios de animales en la instalación de un estanque en el exterior, el cual estaba parcialmente cubierto por madera. Cerca de allí un trabajador encendió su soplete con un cerillo y lo lanzó al 'estanque de agua' para apagarlo. Del estanque surgió una gran bola de fuego que incendió la cubierta de madera. Rápidamente el fuego se extendió al edificio de al lado. El incendio fue provocado por el contacto del fuego del cerillo con los gases inflamables del estanque de agua.
 - 5) En una sala destinada a secar cueros se instaló un potente ventilador para secarlos y producir una corriente de aire que atravesara la estancia y saliera al exterior por un respiradero que en se encontraba al otra lado de la sala. Cuando una pieza de metal que estaba colocada encima del ventilador se calentó e incendió, la corriente de aire impulso las llamas hacia los cueros y el fuego destruyó todo a su alrededor. Al principio cuando se colocó el ventilador no se consideró este riesgo. Whorf sugiere que dado que se concibe que el ventilador 'sopla', 'sopla aire para secar'; se descarta la posibilidad de que la corriente de aire puede también propagarlo. La correcta colocación del ventilador debió haber sido al final de la habitación para secar sacando el aire de los cueros, extrayéndolo, y no propagándolo a los cueros.

- 6) Junto a un crisol de carbón para la recuperación de plomo se colocaron unas láminas de plomo de viejos condensadores de radio que aún contenían papel parafinado en ellos. En realidad se les pensaba como 'pilas de desechos de plomo' lo que hacía que no se considerara la parafina en ellos. La parafina de las láminas se incendió al estar junto al crisol de carbón y prendió el techo, destruyéndolo por completo.

En el siguiente cuadro, siguiendo la exposición de las ideas de Whorf, resumo de manera esquemática los ejemplos anteriores: el curso de acción, la consecuencia de las acciones, el registro del relato del suceso y la implicación de lo pensado por el agente del relato (ver *Cuadro 3*).

Tras leer detenidamente estas acciones podría pensarse que los errores en los que se incurrió fueron muy básicos y más que evidentes (heurístico del Toro). Es más, no sorprende en nada que los incendios hayan ocurrido tras ese curso de acción. Es probable incluso que el lector piense que: 1) el agente de las acciones no haya tenido conocimiento de las posibles consecuencias de estos descuidos porque ignoraba que el acetato de calcio, el barniz de la caldera, la prenda, el agua residual, los cueros o la parafina podrían arder. No porque no supiera que eran materiales flamables, sino porque nunca advirtió que la situación en la que estaban estos materiales podía representar peligro alguno, o 2) que aún sabiéndolo, tras haber recibido algún curso preventivo o por experiencia pragmática, lo ignoró por olvido o descuido

En cualquier caso, si los accidentes sucedieron o no por descuido, lo que le interesó analizar a Whorf fue cómo la percepción en tanto mediada por el lenguaje ejerció un efecto en el comportamiento de los sujetos. En algún punto del análisis de Whorf parece ser que supone que los trabajadores o la gente implicada en los incendios tenían conocimientos de estos riesgos. Y suponiendo que todos ellos fueron accidentes no intencionales, analizar la forma en la que fueron narrados los hechos permite entender por qué se condujeron de tal o cual manera ante ellos. Quizás contrario a lo que el lector pudiera estar pensando, más que pensar que el lenguaje fue el fiel reflejo de un pensamiento mal planificado, Whorf supuso que el proceso fue a la inversa. El hablar o referirse de esa forma al fenómeno en cuestión, hizo que el riesgo latente de la situación pasara inadvertido. Cabe destacar que Whorf no niega que fueron los descuidos humanos los que ocasionaron los incendios, más bien señala que el lenguaje propició las condiciones para actuar en esa forma.

Nótese que aquí la intención de Whorf no es la de establecer orden alguno en la génesis de la acción, decir si el lenguaje antecede al pensamiento o la inversa. Ni siquiera está interesado en la ontogénesis de ninguno de ellos. Lo que le interesa es conocer cómo estas dos entidades interactúan. Enfatiza y destaca el hecho de que a través del habla es como se sobreestiman o

Acción	Consecuencia	Registrado en el relato	Implicación: Lo pensado por el agente del relato
Cuando el 'hilado de piedra caliza' (carbonato de calcio) es expuesto al fuego, el ácido acético de los destiladores lo convierte en acetato de calcio.	El acetato se descompone y genera acetona inflamable. El destilador se incendia	El 'hilado de piedra caliza'	Al pensar al recubrimiento como hecho de 'piedra', no se recuerda que es un material combustible.
La caldera con barniz se sobrecalienta llegando al punto de ignición.	Se retira del fuego.	La caldera 'se retira del fuego'.	Se enfriará la caldera, si se 'retira del fuego'. Pasa inadvertido el calor por convección.
El calentador eléctrico usado como perchero se confunde con un interruptor de luz.	Se enciende, no se produce luz, se olvida del calor que el aparato genera.	La 'luz no sirve'.	Al pensar el calentador como lámpara, no se considera que el calor que despida pueda incendiar la prenda.
Un cerillo es arrojado a un estanque con gases inflamables.	Se enciende, con él la cubierta de madera que lo cubría, el fuego se propaga.	El 'estanque de agua'.	El agua apaga el fuego.
El ventilador sopla aire.	Propicia la extensión del fuego por todo el lugar,	El ventilador 'sopla aire, seca'.	El aire apaga el fuego, aunque se olvida que también lo propaga.
La parafina de las láminas de plomo se colocaron junto al crisol de carbono.	Las láminas por contener parafina son inflamables, se incendian.	'Desechos de plomo'.	El plomo no es inflamable, se olvida que la parafina en las láminas sí.

Cuadro 3. Curso de acción de los incendios ocurridos. Elaborado a partir de lo escrito por Whorf (1956).
Fuente: Whorf, B. L. (1956). *Language, thought and reality. Selected writings of Benjamin Lee Whorf*. Cambridge, MA: MIT Press

subestiman ciertos atributos y propiedades de ciertos fenómenos, que a su vez aumentan o disminuyen la probabilidad de ocurrencia de ciertas conductas. Da la impresión de que Whorf piensa al lenguaje como un sesgo perceptual que hace más probable o no un curso de acción determinado.

Whorf (1956) concluye así, tras analizar cientos de informes sobre accidentes que:

Se vuelve evidente que no sólo la situación física por lo físico era el factor que incidía en el comportamiento para iniciar un incendio, sino el significado que la gente le atribuía a ese factor. Este factor de significado era más claro cuando se trataba de un significado lingüístico, hallado en el nombre o en la descripción lingüística comúnmente utilizada para una determinada situación³¹ (p.135).

Y añade:

La forma en la que se nos impulsa a seguir una cierta línea de comportamiento viene determinado a menudo por las analogías de las fórmulas lingüísticas con las que expresamos una situación dada. Estas fórmulas lingüísticas son también las que, hasta cierto punto, analizan, clasifican, y colocan la situación en ese mundo 'amplio' e inconscientemente conformado según los hábitos lingüísticos de un grupo determinado'. Y, además, siempre suponemos que el análisis lingüístico refleja la realidad mejor de lo que en realidad lo hace³² (pp.137)

Siguiendo a Whorf (1956), resulta evidente el que la pretensión de su análisis no se limite sólo a simples palabras, frases o patrones. El observa y supone que tras estas unidades: categorías gramaticales, subyace un modelo a gran escala que engloba a las llamadas partes de la oración '*parts of speech*' (la pluralidad, el género, los tiempos verbales, las voces y otras formas verbales) y el si una experiencia dada viene indicada por un morfema unidad, la inflexión de una palabra, o una combinación sintáctica. Es decir, para Whorf en la conformación de un modelo lingüístico determinado importa en la oración tanto una unidad por sí misma como su integración e interrelación con los demás elementos de la oración. Así es como los alcances de una determinada categoría gramatical pueden ir más allá de sólo lo lingüístico y ser una de las

³¹ "... it became evident not only a physical situation qua physics, but the meaning of that situation to the people, was sometimes a factor, through the behavior of the people, in the start of a fire. And this factor of meaning was clearest when it was a linguistic meaning, residing in the name or the linguistic description commonly applied to the situation" (p.135).

³² "...how the cue to a certain line of behavior is often given by the analogies of the linguistic formula in which the situation is spoken of, and by which to some degree it is analyzed, classified, and allotted its place in that world which is 'to a large extent unconsciously built up on the language habits of the group'. And we always assume that the linguistic analysis made by our group reflects reality better than it does" (p.137).

interpretaciones posibles dentro de la experiencia total posible del mundo o la naturaleza, porque se encuentran insertadas en un modelo general. Son nuestros modelos lingüísticos los que (con)forman y (en)cuadran los límites de nuestra visión.

Sin embargo, notar esto a primera vista es difícil. La influencia lingüística a las que nos sometemos a diario es tan sutil que a menudo pasada inadvertida. Sólo cuando podemos contrastarla o verla reflejada en alguna otra experiencia lingüística, la notamos. Creería posible entonces el afirmar que nuestra aprehensión y comprensión del mundo como límite y posibilidad queda enmarcada dentro de los límites de nuestros propios hábitos lingüísticos, lo que nos impide examinar las cosas con toda objetividad, pero posibilita 'aparentar' que así lo hace.

Aunque existen otras posibilidades para 'hablar del mundo' y 'pensar al mundo', conocerlo y explorarlo, uno de los medios más comúnmente utilizados para hacerlo es el lenguaje. El lenguaje se presta fácilmente a esta tarea porque es una herramienta simbólica, y como tal, ésta o cualquier otra herramienta simbólica resulta útil. A Whorf no le alcanzó la vida para desarrollar más su tesis y llevarla hasta sus últimas consecuencias. Sin embargo, resulta importante porque fue quien popularizó en el continente americano este punto de vista de entender el lenguaje como una visión del mundo. Su aproximación desde la antropología logró incidir en varios campos y popularizarse tanto que fue entendido con un sentido mucho más radical que aquél de sus pronunciamientos originales.

En este trabajo para evitar esto, desglosaré puntos importantes de conceptos fundamentales del trabajo de Whorf. En primer lugar, considero que como lectores de su obra debemos tener claro dos de los efectos que Whorf concebía como fundamentales. El hecho de que el acercarse a otro marco lingüístico diferente al de nuestra lengua madre (que pudo haber sido una, dos o más, o una mezcla de estas) por necesidad, por curiosidad o por azar (al aprender una segunda lengua, por ejemplo) daremos cuenta de alguna de estas o de ambas opciones. Casi siempre: 1) pensaremos en nuestra propia lengua cuando examinemos otra u otras que no nos son familiares, es decir, la aproximación y asimilación de cualquier otra lengua será siempre desde la materna. Ello nos obligará a re-conocer y reflexionar nuestra propia lengua, y 2) intentar tan sólo desenredar la morfología del entramado del lenguaje es una labor inacabable (Whorf, 1941; Rossi-Landi, 1974).

Whorf más que como un obstáculo vislumbró esto como una oportunidad. La mejor aproximación que pudo tener ante la propia lengua fue a través del análisis de una que le era ajena: el hopi. No la eligió al azar, aunque Sapir le sugirió tomarla como referencia, a su decisión la respaldaban años de arduo y extenso trabajo, de profundo interés en esta lengua. Su interés por esta familia

lingüística data desde 1928, mucho antes de estudiar con Sapir, fecha en la que elaboró su primer trabajo hasta 1940 (poco antes de su muerte) cuando elaboró el último.³³ El hopi es la lengua de un pueblo (pequeña unidad etnológica) de Arizona, pertenece a la rama de Shosohón de la gran familia uto-azteca de lenguas indígenas de la América septentrional, lejanamente emparentada con el azteca. Es una lengua cuya gramática es compleja, sutil y para nosotros (hablantes del SAE o de lenguas indoeuropeas) extraña.³⁴

Resulta importante porque, como lo indica Rossi-Landi (1974), aunque se había ocupado de varias otras lenguas, fue el largo y apasionado estudio del hopi lo que hizo madurar en Whorf la siguiente idea: no sólo la constitución del léxico fundamental como lo había descrito en los casos del azteca y el maya; sino también, y sobre todo, la estructura gramatical puede indicar un modo diferente de sentir y concebir. Ello marcó un cambio fundamental en el estudio del lenguaje, se trasladó el énfasis del contenido a las modalidades de procesamiento.

De Sapir aprendió que la descripción de una lengua no podía limitarla sólo a su morfología. Al analizarla en mayor detalle notó cómo en la gramática de la lengua se reflejaba casi de manera isomórfica mucho de nuestra cultura, de nuestra forma de pensar al mundo, de nuestra cosmovisión. Si bien Sapir, nunca empleó el término explícito de cosmovisión, puede adivinarse que conocía este término por la influencia que le venía directamente de Franz Boas, y de Wilhelm von Humboldt. Whorf pudo fácilmente haberse suscrito a la iniciativa de ver al mundo con los ojos de y desde los diferentes mundos posibles que la lengua crea y recrea. Los límites que ésta impone no los dibujó tan claramente como Sapir, quien si deslindó la geografía, de las razas y de los lenguajes particulares, y se preocupó por suscribirlos no como los únicos factores con alguna relación directa a los hábitos lingüísticos. Whorf, en cambio, bosquejó y en la medida de lo posible, deslindó y demarcó las fronteras de estos factores que se entrecruzaban de maneras muy diversas.

Primero, trató de evitar hacer vagas generalizaciones, partió de una premisa que supuso como universal y la contrastó con evidencia empírica para ver que tan acertado estaba. Conceptos aparentemente universales que asumía eran

³³ Whorf aplicando métodos de la lingüística moderna logró un buen nivel técnico al hacer análisis meticulosos y precisos sobre las lenguas habladas por grupos de personas independientes. A diferencia de otros investigadores, no extendió maquinalmente a la lengua una noción genérica de relatividad cultural, ni se limitó a comparar o a comprobar las diferencias de las lenguas para simplemente asumir que tal diversidad debió ser hallada también en el resto de las otras lenguas (Rossi-Landi, 1974).

³⁴ El hopi, comparado con las lenguas que se agrupan bajo el nombre de SAE (Standard Average European) presenta enormes diferencias. Si se comparasen las diferencias que existen entre el inglés, el alemán y el francés –sólo por dar un ejemplo- serían modestas a comparación de si se hiciese comparación alguna entre las lenguas amerindias, o entre una europea y una amerindia. No sucede que sean más simples, ni más primitivas sino a menudo más complejas que las del SAE (Whorf, 1956).

vivenciados, pensados y elaborados por todos de la misma forma fueron comparados desde dos modelos lingüísticos completamente diferentes. Por un lado, Whorf (1941) contrastó el SAE con el Hopi para responder dos cuestionamientos centrales

- 1) ¿Adquieren todos los hombres mediante la experiencia una idea sustancialmente similar sobre nuestros propios conceptos de “tiempo”, “espacio” y “materia”, o acaso están condicionados por la estructura de cada lengua en particular?
- 2) ¿Existen afinidades rastreables entre a) normas culturales y de comportamiento, y b) modelos lingüísticos a gran escala?

Nótese que aunque pudieran parecer ingenuos estos planteamientos no lo son. Whorf no se adhiere a la idea de la existencia de una “correlación” entre cultura y lenguaje, o entre rúbricas etnológicas (agricultura, caza, etc.) y lingüísticas (inflexión, sintético o aislado). No obstante, intuye que el tiempo, espacio o la materia adquieren formas mentales diferentes cuando son pensadas en diferentes lenguas. Simplemente porque nuestro lenguaje segmenta nuestra realidad lingüística con diferentes ángulos y nos devuelve ‘imágenes mentales’ particulares acordes a estos. Aunque, al final de su trabajo, encuentre o así aparente hacerlo, más variaciones en lo referente a lo temporal que en lo espacial trato siempre de indagar con el mismo rigor y por igual ambas entidades. Su meta era poder extrapolar las grandes diferencias espacio-temporales a terrenos más allá de lo lingüístico, pretendía encontrar en el lenguaje un punto de conexión para estudiar lo cognitivo.

No sorprende, si se recuerda que Whorf creía que el lenguaje, la cultura y la psicología compartían un común denominador. De ahí que su interés por estudiar cada una de estas variables en diferentes áreas fuera susceptible de hacerse desde diferentes aproximaciones. Sorprende incluso que Whorf haya teorizado al respecto de estas diferencias (culturales, comportamentales y lingüísticas). Recuérdese que, por lo general, las diferencias entre grupos son menores en número que las que se hallan al interior de un mismo grupo.

2.3 Contrastación de modelos lingüísticos. Diferencias sustanciales entre el SAE y el Hopi

A lo largo de sus estudios lingüísticos, Whorf notó que las cosas se designaban, nombraban, hablaban y concebían de formas diametralmente diferentes a las que él estaba habituado. No se limitó a ver esto sólo como simples y obvias diferencias lexicales, elaboró razones por las que esto podría suceder. Intuía que los diferentes nombres con los que se designaban las cosas aun siendo traducibles a cualquier otra lengua –por ser términos equivalentes- debían corresponder a diferentes constructos mentales, aunque no los denominaba de esa forma. Suponía que si el lenguaje era quien los

nombraba, también debía ser el responsable, al menos en parte de esa diferencia.

En particular, llamó su atención lo relacionado al tiempo y al espacio. Él daba por sentado que estos eran universales e invariantes, dado que no dependen en forma alguna del hombre. Muy pronto observó cuán equivocado estaba. En el hopi la forma de individualizar los objetos, de nombrarlos y sustantivarlos no seguía la misma lógica a la que estaba habituado en el SAE. Lo que designaba del mundo como unidad, ente, sustancia, materia u objeto hallaba correspondencia en el Hopi de una forma particular. No cambiaba sólo el nombre, el referente también, el cambio era de fondo y forma. El transcurrir del tiempo tampoco parecía seguir la misma lógica del SAE, ni en su división temporal, ni en su medición.

¿Por qué sucedía esto? era lo que constantemente se preguntaba Whorf. No queda del todo claro, cómo es que llegó a concederle al lenguaje un papel protagónico, no sólo como medio de expresión del pensamiento sino también como un medio por el cual el pensamiento se valía para formarse y traducirse en acto. Whorf partió de lo particular a lo general, halló una coherencia en patrones constantes y repetitivos, y los enunció en un modelo general. La experiencia inmediata la obtuvo de situaciones de la vida cotidiana, en las que analizó el habla de la gente y la intentó comprender como parte de un todo, de una idiosincrasia, de una comunidad lingüística, de una cultura.

Para Whorf (1941), lo visto o conocido por el individuo en el mundo en lo 'real' hallaba eco en el espacio 'imaginario', como él lo denominaba, o mente del individuo vía imágenes mentales. Él suponía que todo lo apercebido era reconocido al ser representado en la mente. Si bien no intentó describir o explicar los intrincados procesos por los que lo logramos –ni siquiera aún hoy en día se conocen a detalle-, para los fines que perseguía en su tiempo, le bastó con reconocer que *no* había una única forma universal de conceptualizar la realidad y que en gran medida ésta se supeditaba al lenguaje. En esta sección no me adentraré en discusiones acerca del procesamiento de la información, de las influencias que aquí se conjugan, de si en verdad representamos las cosas o no. Primero, describiré los factores que Whorf consideró para formular su hipótesis.

Whorf (1940, 1941) supuso que la realidad era eminentemente lingüística. Para él, todos los comportamientos exhibidos (actos), las ideas formuladas (contenidos) y las modalidades de procesamiento de las mismas (procesamiento de la información) guardaban una estrecha relación con los modelos lingüísticos usados. Por ende, una forma de aproximarnos a entender la realidad era posible mediante el lenguaje. Whorf piensa que el mundo es visto (o mejor dicho hablado) con base a un modelo lingüístico y es el lenguaje empleado quien dictamina las reglas de comportamiento, las categorías

gramaticales son una de las posibilidades de juego del lenguaje. Dentro de estas hallamos a los sustantivos. Conocer cómo es que se sustantivan nos ayuda a comprender más aquello que sustantivamos: las cosas, nuestros actos, los sustantivos y los verbos

2.3.1 Cardinalidad: sustantivación y pluralización

El proceso de sustantivación es como sigue: las cosas se delimitan perceptualmente en el espacio real o metafórico (Whorf llamaba a eso agregados espaciales y metafóricos), se agrupan, se numeran, se pluralizan. Es decir, se apropian de un punto en el tiempo y un lugar en el espacio (se configuran espacio-temporalmente). Whorf (1956) sostiene que de la forma como se configuren lingüísticamente en lo real, adquieren su recíproco en el espacio mental. Dado que el SAE y el hopi, los dos modelos lingüísticos de los que se derivó esta hipótesis siguen procesos de sustantivación diferentes, se entiende que su percepción del mundo sea diferente.

En el SAE, los sustantivos pueden ser de dos tipos³⁵: sustantivos individuales y sustantivos de masa. Los sustantivos individuales refieren a cuerpos de contornos bien definidos. Gramaticalmente se les distingue porque pueden pluralizarse. Por ejemplo: un árbol, un bastón, un hombre, etc. Los sustantivos de masa denotan cuerpos continuos, homogéneos, sin límites determinados o poco claros. No pueden pluralizarse. Por ejemplo: el agua, la leche, los eventos naturales (aire, lluvia, nieve, arena, pasto). A menudo, pueden formar parte de un cuerpo de mayor o menor tamaño, o cuya forma o estructura -por ser más rígida- les brinde una especie de soporte o refugio. Por eso se dice que pueden encontrarse con extensiones y en formas varias. Gramaticalmente no pueden pluralizarse. En inglés los sustantivos de masa (*mass nouns*) no tienen plural y en francés, para individualizarse, se requiere anteponérseles un artículo. En términos más estrictos, Whorf se referiría a los sustantivos contables y no contables. Los últimos son los que en ninguna forma admiten plural. Por ejemplo: *'milk'* (leche), *'sugar'* (azúcar), *'salt'* (sal) en francés deben escribirse como: *'lait'*, *'sucre'*, *'sel'* y anteponérseles su respectivo artículo, que en inglés es innecesario para su forma singular o plural. En cualquier caso, para indicar cantidad se usan adverbios de cantidad.

Whorf en realidad hizo notar que la distinción entre estas dos clases de sustantivos es mayor en el terreno lingüístico que en el real. Resulta mucho más común encontrar materia en contornos, formas y cantidades ya establecidas, definidas (ej. mantequilla en barra, carne en filetes, cristales de vidrio, etc.), pero no estando indefinidas en forma, número o propiedades. De

³⁵ Las categorías gramaticales que Whorf describe son de acuerdo al idioma inglés. Aun cuando varían un poco de las de nuestro idioma -español-, son útiles para ilustrar la hipótesis; ya que las piensa como ejemplos de la abstracción de un modelo más general (SAE). Y claro, siguiendo sus propias enseñanzas, Whorf no podría haberlas hecho desde alguna lengua diferente a la materna.

hecho, piensa Whorf, resulta tan incómodo no poder asir aquello que se nos presenta “sin límites” que para individualizarlos empleamos recursos lingüísticos, es decir, dibujamos sus límites con palabras. Así, le antepone una clase de objeto que sea capaz de contener aquello que se nos escapa de las manos. Decimos: un bastón de madera, una hoja de vidrio o cristal, un vaso de agua, una taza de café.

En el lenguaje, en su estructura donde re-creamos a los objetos, a las cosas animadas e inanimadas. Todo tiene cabida, lo tangible y lo intangible, los objetos reales y los imaginarios, los abstractos y los concretos. Toda unidad que pareciera ser amorfa, los líquidos, los gases, la materia misma presenta formas particulares que se corresponden con la forma en la que parecen estar contenidos. Así, dice Whorf (1941,1956) en el SAE empleamos fórmulas lingüísticas del tipo:

$$\underbrace{[\text{forma}] + [\text{ítem sin forma}]^{36}}_{[\text{nexo: una partícula que funge como conector}]}$$

Ej. *Una taza de café.* *Una taza* es la forma, el *café* es el ítem sin forma. La partícula *de* es la que funge como conector, es una preposición, más precisamente un giro conjuntivo.

La estructura de esta ‘fórmula binomial’ sugiere en sí misma una división a priori. Hay un ‘algo’ que está dentro de ‘otra cosa’, hay una escisión entre la *sustancia y la cosa o materia*.³⁷ Tras notar que esta cualidad está presente en infinidad de ejemplos, Whorf (1956) pudo extrapolar esta característica e inferir que la realidad se nos presentaba como dual: “...los modelos de nuestra lengua requieren a menudo que llamemos una cosa física mediante un binomio que divida la referencia en un concepto informal más una forma” (p.163). Así, él argumenta que la noción de sustancia o materia no es de sentido común. Nuestros hábitos lingüísticos son quienes introducen con ellos y desde su forma particular, el cómo segmentamos y moldeamos la realidad. A través del habla es como se condiciona nuestra aprehensión del mundo porque Whorf identifica en ella, el origen de la organización de la experiencia. Esta fórmula expresa cualquier cosa existente como una forma espacial más un *continuum* espacial sin forma relacionado con la forma, tal cual como el contenido se relaciona con el recipiente que lo contiene. Por ende, lo existente no espacial es imaginativamente espacializado y cargado con sus repetitivas implicaciones

³⁶ Originalmente, Whorf plantea la fórmula de la siguiente manera: (formless ítem) + (form). El orden de estas partículas fue invertido para adecuarse a la secuencia de la gramática del español (Whorf, 1941, 1956). A esta fórmula la denomina: fórmula binomial.

³⁷ Conceptos fundamentales (sustancia y materia) que de acuerdo a Whorf son creados por el modelo lingüístico SAE. Más recientemente, Lenkersdorf (2008) hablará de una visión eurocentrista y dicotómica: sujeto-objeto.

(dualidad con forma y sin forma). Esto con frecuencia nos lleva a confundir la forma (representación) con la cosa (materia), el mapa con el territorio.

Esta fórmula lingüística, según Whorf, determina nuestra aprehensión de la realidad, pero su empleo es tan cotidiano y recurrente que ya ni siquiera advertimos su presencia e ignoramos que hablamos y pensamos las cosas cómo lo hacemos por las condiciones que el lenguaje posibilita. En automático creemos que lo inmaterial debe presentarse materializado, que los recipientes, las masas, los bloques, los pedazos de, contienen algo: sustancia o realidad que se corresponde al agua, al café, etc. de las fórmulas relativas a aquello que las contiene. No cuestionamos el hecho mismo de esa forma de existencia, la damos por sentado.

En el hopi encontramos una visión diferente. El hopi, aunque si distingue entre las diferentes clases de sustantivos, no posee clases subformales de sustantivos. A diferencia del SAE, los sustantivos no requieren individualizarse mediante recursos lingüísticos. Emplear alguna fórmula lingüística para individualizarlos resulta redundante. Como los 'sustantivos no contables' ya conllevan una significación individual en cantidad y modalidad, no requieren de más especificaciones, el contexto lingüístico-cultural se encarga de eso. La sustancia, el nombre mismo, ya va ligado a su materialización. Por lo cual, no hay que decir: 'un vaso de agua', sino 'un agua', no 'un pedazo de carne' sino una 'carne'³⁸. Al decir agua, se pensara en agua en una cantidad y forma determinada (agua para beber, agua del mar, agua en estado sólido -cubo de hielo-, etc.), o una pieza de carne en particular. La verdad es que, aunque tautológico, la única explicación para entender estas categorías gramaticales es mediante la gramática misma.

Whorf (1940) en *Science and Linguistics* intentó caracterizar a los sustantivos y los verbos, describir sus propiedades y enunciarlas. Pensaba que de lograr esto hallaría el porqué de las diferentes conceptualizaciones del tiempo y del espacio (verbos y sustantivos), pero fracasó en su intento. Sólo logró enfatizar más la importancia de la gramática por sobre el de la semántica. En el SAE, por ejemplo hay palabras que pueden funcionar como verbo y/o como sustantivos, dependiendo del contexto de la oración. Ejemplo: 'hit' (golpear), 'run' (correr), 'man' (tripular) pueden transformarse en 'a hit' (un golpe, un éxito), 'a run' (una carrera), 'a man' (hombre). Al parecer lo que distingue a unas de otras es su temporalidad. Podría pensarse que funcionan como verbos cuando denotan eventos temporales o de corta duración. Pero, si se piensa en palabras como: 'fist' (puño, agarrar o alcanzar algo), 'lightening' (encender), 'spark' (chispa), 'pulsation' (pulso), 'flame' (flama), todas ellas

³⁸ En nuestra lengua, el español, también podemos usar por ejemplo sólo la palabra agua, y si nos referimos a algo que ofrecemos para tomar, no hace falta explicitar la oración completa. Incluso un gesto basta, pero no en todas las ocasiones puede hacerse lo mismo. Sino, el uso de estas palabras o frases sería infrecuente y con el tiempo caería en desuso.

evocan eventos cortos y se les considera como sustantivos. Si se piensa que los sustantivos más bien son estables o de larga duración, piénsese en: *'keep'* (guardar), *'adhere'* (adherir), *'extend'* (extender), *'dwell'* (habitar), verbos de larga duración o actuación continuada. Si se argumentara entonces que son relaciones estables lo que distingue a los verbos de los sustantivos, piénsese en: *'equilibrium'* (equilibrio), *'pressure'* (presión), *'current'* (presente), *'peace'* (paz), *'nation'* (nación), *'society'* (sociedad), o cualquier otro concepto que denote relación alguna (dinámica o no). En realidad, con estas pocas características ya es notable que no hay definición certera o característica única y/o excluyente propia del verbo³⁹ o sustantivo⁴⁰. Y quizás, aquí el lector ya podrá irse dando una idea del porqué es así.

En otro modelo lingüístico, el hopi, la sustantivación no es una forma de nominalización independiente del sujeto (como en el SAE). La cosa/sustancia/materia por estar siempre enmarcada desde la subjetividad no se percibe como independiente. Por el contrario, como el sujeto es el que la crea, el hopi concibe 'las cosas' como 'procesos' como un estar siendo, como un proceso de creación continua. No importa si ocurre en el pensamiento o está ya materializado, lo que interesa es el saber cómo ocurre. Por ello no hace sentido discernir la modalidad de su presentación. Se requiere de enfatizar más la forma del cómo algo se hace, por quién, en qué momento y con qué intensidad; y no tanto el estado o la forma en la que se presenta. Pero no es, como por algunos se creyó, por falta de capacidad de sus hablantes para distinguir las diferencias.

La gramática hopi es compleja porque condensa en una sola partícula el proceder detallado de una sola acción: el verbo. La situación en la que éste se encuentra en la oración es la que caracteriza a la unidad de la que se habla. En lo gramatical, el SAE emplea adjetivos para calificar a los sustantivos, y para

³⁹ Verbo, según su característica nocional, es la palabra que significa acción, pasión, existencia o estado. De acuerdo a su rasgo morfológico es la parte de la oración sin flexión de caso, pero con flexión de tiempo, persona y número; significa una actividad o proceso realizado o experimentado. Si bien dicha definición sirve para describir los verbos de una lengua concreta, no puede tomarse como base para definir esta categoría gramatical en cualquier otra lengua, debido a las diferencias que, en lo que concierne a las propiedades flexivas, existen entre las lenguas (la flexión no es un fenómeno universal). Conforme a su aspecto sintáctico, semántico, el verbo es un elemento léxico con capacidad para seleccionar argumentos, para atribuir propiedades o relaciones a las entidades o para construir el núcleo de algún predicado (Alcaraz, 1997, pp. 587-88).

⁴⁰ Sustantivo, según su característica nocional: refiere el tipo de entidades que comúnmente designan la realidad extralingüística y las palabras incluidas en esta clase. Significa alguna sustancia corpórea o incorpórea, real, independiente, individual. Designa seres, personas o cosas que tienen existencia independiente, ya en la realidad, ya por abstracción o personificación. Por su morfología, es una de las partes que se declina por caso, sin tiempo y significa cuerpo o cosa. Admite género, número y artículo (pero la flexión no es un fenómeno universal de las lenguas). Conforme a su aspecto sintáctico, es un constituyente único o nuclear. Tiene las funciones privativas del sujeto, objeto directo, objeto indirecto y agente (Alcaraz, 1997, pp. 544-46).

calificar a los verbos: adverbios, conjugaciones, flexiones. El hopi adjetiva las acciones –los verbos-, mediante diversos modos y aspectos de validación verbal, procedimientos que no tienen algún equivalente en el SAE. El SAE, para construir el concepto de existencia como una dualidad sin forma y con forma emplea analogías de sustantivación. En el hopi como no es usual esta forma de expresión sustantivada y de distinción entre lo amorfo y no, lidia con ello a través de otros procesos lingüísticos para los modos de acción.⁴¹

En el SAE esta autonomía de la sustancia/materia/cosa es la que permite pluralizar a los objetos, contabilizarlos. Como cada entidad es independiente y autónoma y por tanto objetiva, al repetirse una serie de varias unidades (cada una de ellas autónomas e independientes) pueden agruparse fácilmente en una colectividad sin la necesidad de la palabra, pues destacan tanto perceptualmente que es posible contabilizarlas. Se materializan dependiendo del tipo de entidad que se trate, si son concretas se materializan en lo real, si son abstractas en lo imaginario. En lo real se nombran como cosas, personas. En lo imaginario se configuran en el tiempo como ciclos y se nombran como sucesos. A consecuencia de esta capacidad de reproducción es posible enumerarlas, es decir, asignarles un lugar en el tiempo y en el espacio. Tanto los números ordinales (que denotan la posición de un elemento en una sucesión ordenada) como los cardinales (que indican el número o cantidad de elementos en un conjunto) son útiles para contarlos. Aunque en sí mismos la naturaleza de cada uno de ellos sirva a diferentes fines, en este caso pueden utilizarse casi indistintamente. Los números de ambos sistemas de numeración poseen la capacidad de contener algo, un objeto, un tiempo.

La simple sucesión ordenada denota “algo”. Nuevamente la fórmula binomial ejerce aquí su efecto: conducimos a pensar que los números cuentan algo: cosas, elementos. Elementos individuales, que al repetirse uno a uno y ser iguales entre sí, pueden ser comparados con el que les precede y el que les sucede. Como cada cosa, persona o suceso equivale a una unidad espacial o temporal, el todo se obtiene al sumarse cada una de sus partes.

Esta posibilidad de repetición, cíclica y continua es otro de los conceptos claves y fundamentales en Whorf. En el SAE, así sean objetos abstractos (ej. días) o materiales (ej. monedas) como son iguales, todos pueden recibir el mismo tratamiento. Y entonces, resulta lógico y entendible pensar con Whorf que su importancia vaya acorde a esta forma de presentación. Los días, cada uno de ellos puede ser representado en una agenda (porque uno supone que cada día puede ser igual que el anterior) y el salario, costo del trabajo es pagado en base a la producción, a las horas de trabajo acumulado. El valor de

⁴¹ Foley (1996), un estudioso de la hipótesis de Sapir-Whorf, explica que la diferencia estriba entonces en la forma de conceptualización y no tanto en lo conceptualizado, en la forma de expresión y no tanto en su contenido.

las cosas se evalúa por la cantidad en que se hallan, que producen, y no por las cosas en sí mismas. El lector aquí podrá notar como esta forma de valoración sólo es posible si las cosas son objetivadas, es decir, aisladas en unidades. Sólo así adquieren autonomía propia, un lugar y la posibilidad de referirse en comparación a algo. Pensarlas de otra forma: no como autónomas sino siendo, no como estáticas y sí como dinámicas nos remitiría a otra posibilidad de ser, una muy parecida a la de los hopis.

Para ellos, como cada unidad es única e irrepetible, la idea de pluralización no hace sentido. Las cosas son siempre una unidad homogénea, ya sea que se conformen por una única unidad o por varios elementos iguales o diferentes. En cualquier caso, conforman una mezcla homogénea y amalgamada de algo, un proceso que siempre está en formación, aún si se habla de sustantivos y no necesariamente de acciones. En el hopi, se agrupan las cosas materiales o inmateriales, físicas o imaginarias por la unicidad o colectividad heterogénea de los elementos. En el SAE, no hace sentido emplear esta tipo de procedimiento para agrupar a los diferentes elementos. En el hopi basta con añadir un número ordinal al singular. Podría decirse que el proceso equivale a enfatizar su posición, pero no adjudicársela. No requiere de configurarse en el tiempo-espacio para reconocerse como unidad a un solo elemento o a un grupo de elementos. Si tanto lo singular como lo plural denotan la unidad, no hace falta señalarlo, en la estructura de su lenguaje esto se da ya por sentado.

En el hopi son importantes otros aspectos, el de la tasa de cambio de los procesos, por ejemplo. El transcurso de un evento desde un punto determinado y en cierta medida arbitrario que se fijó como inicio hasta otro punto virtual que se designó como final (que no necesariamente equivale a la duración, más adelante se explica por qué). Otras características son las que importan como la intensidad, la agentividad de la acción (por uno o más individuos), si era algo esperado o no, etc. Es decir, considera importante las modalidades de cambio más que la cantidad de cambio, el proceso más que la cosa en sí misma. Lo que en el SAE es conceptualizado como un hecho, en el hopi es una acción continuada. Así, en el SAE numerar los días resulta normal, pero en el hopi no. Ejemplo: diez días (nominación empleada en el SAE) se refieren en hopi como: se quedó hasta el décimo día. En la primera forma de expresión (SAE) es evidente el supuesto de que los días son diferentes e independientes, se suman para dar el total: diez días. En la segunda forma (hopi), aun cuando se habla de la colección de días y se piensan como colectividad son un singular. Son procesos temporales en continua formación, no son sólo una colección de días, no son materia objetivada, son hechos únicos e irrepetibles. La expresión se quedó hasta el undécimo día da énfasis al proceso realizado por alguien desde su inicio hasta su virtual finalización. No sólo en estos ejemplos ocurre así. En términos generales, en el SAE por ejemplo, se enfatiza el resultado de

la acción: éxito o fracaso. En el hopi: el proceso, la preparación, la colaboración, etc., más que el resultado en sí mismo.

Whorf (1956) aprecia que esta situación se refleja claramente en su gramática. Aquello que en el SAE equivale a entes objetivados casi siempre se sustantiva. En el hopi como son acciones, se habla de actos con verbos que se modifican, no con adverbios sino con otras formas de validación. Esto no quiere decir que en el SAE no se puede verbalizar o que en el hopi no se pueda sustantivar. Significa que en el SAE las cosas se perciben más como estáticas que como dinámicas (como hechos más que como actos); y viceversa, en el hopi. Sin embargo, en ambas lenguas es posible hablar de cualquier cosa: hechos y actos, sustantivos y verbos.

La noción del SAE de cosa/materia/sustancia y su consiguiente región, extensión, cantidad o duración no existe como tal en este otro modelo lingüístico, eso mismo puede ser referido desde otra 'esfera conceptual' como intensidad de la acción. Para entender este proceso se hace necesario introducir la noción de lo temporal, y contrastar nuevamente las diferencias entre el hopi y el SAE para entender la lógica que cada uno sigue. Esta división entre el tiempo y el espacio se hace de manera virtual, en realidad ambas se conciben, se forman y no pueden sino entenderse como relacionadas y con interacción continua.

2.3.2 Temporalidad en el SAE y en el Hopi

Whorf (1956) señalaba que en el SAE se mantenía una visión dualista de las cosas porque con la fórmula binomial, la realidad encarnada en palabras, adquiriría dos modalidades: ítems sin forma y con forma/sustancia y materia. Esta misma lógica lingüística era aplicada a lo espacial y lo temporal. En lo temporal, la fórmula binomial conducía y casi obligaba a pensar que el tiempo, algo cíclico e inmaterial, debía contenerse en lo espacial-material para objetivarse porque no podía existir sólo así, sería inaprensible. Para Whorf (1941, 1956, 1970) en el SAE el tiempo sufría un proceso análogo al espacial: las unidades temporales, agregados perceptuales, adquirirían autonomía e independencia del sujeto que los percibía. Como unidades podían agruparse y numerarse, fraccionarse en unidades más pequeñas o fusionarse en unidades más grandes.

Las unidades temporales para numerarse y pluralizarse debían entonces como las espaciales acomodarse secuencial y ordenadamente en una larga fila. La suma acumulada de las unidades era la distancia-temporal, la duración de un evento. He ahí la paradoja. Whorf señalaba que la autonomía de cada unidad temporal creaba la falsa ilusión de que cada una poseía una duración propia e independiente y que la duración total no era más que la suma acumulada de las unidades individuales. Con esta operación se creaba una tautología: el tiempo contenía tiempo (un segundo, una hora, un día, un año,

etc.) y además era lineal. Al lector le resultará fácil suscribir la idea de la duración objetivada, si concuerda con el supuesto de Whorf de que el sistema de objetivación que impone el sistema verbal obliga al sujeto a hablar del tiempo –experiencia subjetiva- como algo objetivado y lineal. El tiempo aunque es conceptualizado así (ajeno al sujeto, continuo y lineal) es sentido como discontinuo. Baste como ejemplo señalar que en el inconsciente el tiempo no es lineal e incluso para la persona misma, los recuerdos no siempre siguen una lógica temporal coherente, aunque así se quiera pensar.

Whorf (1956) nota que en el SAE, si bien nuestra conciencia del tiempo y lo cíclico contienen algo de inmediato y subjetivo (ese sentimiento del hacerse cada vez más tarde) cae en la rúbrica de lo mental e intangible, ambos son objetivados y modelados desde el exterior. Las unidades de tiempo, los ciclos, se objetivan en fases y a su transcurrir se le conoce como duración. Piénsese en las estaciones del año, los meses, los días, etc. Todos ellos resultan de sumar unidades temporales objetivadas, y están siempre en referencia a un parámetro externo ajeno al sujeto. Las estaciones del año las medimos por la inclinación del eje terrestre de la Tierra y su movimiento de traslación alrededor del Sol, a los meses los medimos con calendarios y a las horas con el reloj. Por tanto, esa experiencia subjetiva del “hacerse tarde” no es percibida, mucho menos experimentada como un proceso propio, único y exclusivo del sujeto. El tiempo es inmaterial y cíclico, pero hablamos de él y lo conceptualizamos en algo espacial uniforme. De ahí que Whorf (1956) declare que: “... la utilización de una secuencia cíclica junto a los agregados no viene dada por la experiencia antes que por el lenguaje.”

En el hopi Whorf (1956) hace notar que no hay sustantivación, ni plurales imaginarios, y aun cuando sus elementos son agrupables, no se independizan para hacerse objetivados. Nuevamente, y como en la sustantivación, se pluraliza anteponiendo un número ordinal a lo singular. Recuérdese como la frase de: “se quedaron diez días” (SAE) equivale a “se quedaron hasta el undécimo día” o “se fueron después del décimo día” (hopi). La gramática de estas oraciones hace sentido, si se considera que en el SAE la duración del tiempo es objetivada. Por tanto, vista como la relación de demora entre dos eventos. En el hopi en vez de la objetivación promovida por ese dato de la conciencia que llamamos tiempo y de patrones fijos que enmascaran la subjetivación del “se hace tarde”; la esencia del tiempo, la continuidad, se preserva. La extensión del tiempo no es como en el SAE una cantidad, región o extensión espacial a la que se le llama duración. En el hopi es un sentimiento de duración subjetiva. No se coloca en alguna situación espacio-temporal ‘el día de hoy’, ‘el verano pasado’, ni se adjetiva como ‘verano caluroso’, no hace falta. El tiempo para los hopis, piensa Whorf, es y no requiere de mayor explicación.

Para los hopis, el tiempo no se sustantiva, se hace acto; pero no es verbo como desde el SAE se refiere. Tampoco es un caso o locativo, no contiene morfemas, y sus formas temporales no son usados como sustantivos ni como sujetos u objetos. No hay objetivación alguna del tiempo, o de la percepción o sentimiento subjetivo de duración como región, dominio o cantidad. Siempre es un perpetuo 'hacerse tarde'. No hay una traducción literal alguna de este ítem sin forma (según la fórmula binomial) que responda a nuestra concepción de tiempo en el SAE. Así que tampoco emplea como la gramática del SAE lo exige: adverbios para modificar al verbo, ni tiempos verbales para establecer ordenes temporales.

En el hopi Whorf (1956) encuentra que un sistema bitemporal empata mejor. Éste satisface más la noción del devenir de la acción y condensa al sentimiento de duración del tiempo tal cual es experimentado, como un algo unitario. Para ellos, el tiempo y lo relacionado a éste es un todo amalgamado. La conciencia no se halla en el pasado, presente o futuro sino que es una unidad compleja. Que no sea lineal como en el SAE, no la califica como fragmentada o sin orden. Para el hopi todo está en la conciencia y lo que está en la conciencia está junto, lo sensual y lo no sensual. Lo sensual es lo que percibimos, el presente. Lo no sensual incluye el pasado y el futuro. El único tiempo que presenta inconvenientes a explicar (desde el SAE) en este sistema bitemporal es el presente porque parece estar implicado en varias cosas y no es exclusivo de una. El presente es aquello que está siendo, es decir, ya fue; y lo que sería, por tanto, es. En realidad, el tiempo real, el transcurrir del tiempo se distingue claramente del resto por ser aquello a lo que le ponemos atención, característica que dificulta delimitar el rango de acción de cada evento.

Rossi-Landi (1974) interesado en estas formas cósmicas del hopi y la hipótesis de Whorf, indaga más en estos temas, haciendo a diferencia de otros autores, una cuidadosa lectura de lo publicado por Whorf con respecto a la noción de tiempo en los Hopis y explica con mayor detalle sus tiempos verbales. Para él, es claro que Whorf entiende el tiempo como formas cósmicas que el hopi impone al universo y son bifásicas: lo manifiesto y no manifiesto, que podrían corresponderse en el SAE con lo objetivo y lo subjetivo. Lo manifiesto es lo que (ya) ha sido (se ha) manifestado, lo revelado, lo mostrado, lo objetivo. Lo no manifiesto es lo que (todavía) no ha sido (se ha) manifestado, lo oculto, lo no mostrado, lo subjetivo. Aun cuando lo no manifiesto no es una negación de lo manifiesto, al presentarlo se recurre a negaciones, porque en lo real la actividad de ambas formas cósmicas está más bien vinculada con la segunda forma: lo no manifiesto que es lo que se está manifestando.

Rossi-Landi (1974) explica en lo manifiesto u objetivo se encuentra todo lo accesible a los sentidos: el universo físico históricamente real sin distinciones entre presente y pasado. Pero, excluye de él todo lo que nosotros llamamos "futuro" y la noción de causalidad. Ya que en esta lógica temporal de lo

manifiesto, de existir una causa en acto, su efecto si no es sentido o experimentado, no puede ser incluido en lo objetivo. Lo manifiesto es en resumidas cuentas hablando desde el SAE, la extensión con todos sus aspectos extensionales de existencia: intervalos, distancias, series y números; pero no se limita sólo a lo inmediato. Dependiendo de cómo se conecten los acontecimientos, de la complejidad y magnitud de sus operaciones, es como se expresan el tiempo y el movimiento en el hopi. Un suceso distante en el tiempo sólo puede ser conocido cuando ya ha pasado. Y cuanto más distante se halla del punto de vista de quien lo observa, tanto más en el pasado resulta para él. Si no ocurre en “este” sitio, no ocurre en “este” momento, sucede en “aquél” sitio, en “aquél” momento. La lengua hopi describe estas relaciones simplemente como “intervalos de magnitud”, pero no es una magnitud espacial como la del SAE. En el hopi, se implican además otras cosas. Cuando la extensión deja de ser cognoscible en sus detalles, se pierde en una distancia lejana inconcebible. Ese es el lugar reservado para los mitos, lejos de lo manifiesto y de la veracidad que esta otorga. El grado de realidad que le es adjudicado es distinto al de las cosas prácticas cotidianas. En aquella distancia, se confunde lo objetivo con lo subjetivo, lo manifiesto se hace subjetivo, se convierte en “futuro” porque sería necesario duplicarlo para alcanzar aquel abismo de distancia.

Pero también, dice Rossi-Landi (1974) lo no manifiesto o subjetivo además de incluir al futuro (y en casos excepcionales al pasado como futuro, lugar del mito), comprende a lo mental, considerado como vitalidad o como causa eficiente que brota de una cosa. Es todo lo que existe o se presenta en la mente, en el corazón como diría un hopi y no sólo en el de los hombres, sino también en el corazón o núcleo de los otros seres que nosotros hablantes del SAE clasificamos con vida o sin vida, en el corazón de la propia naturaleza como entidad global, un todo más allá de sus formas y apariencias exteriores. La tendencia de lo no manifiesto a manifestarse siempre es continua, presiona y emerge. Esa es la esencia y la forma típica de lo no manifiesto, de lo subjetivo. Tanto así, que se contrapone directamente con lo que se está manifestando, convirtiéndose lo no manifiesto o subjetivo en lo que está siendo manifestado.

Se trata entonces de una evolución gradual. Sin embargo, no debe entenderse como movimiento físico que parte desde lo subjetivo hacia un resultado que al ser alcanzado se convertirá en un resultado objetivo. La evolución de la que se habla, incluye también a aquella parte del presente que es el momento incipiente de algo, el inicio de la manifestación. El hopi cuenta con términos muy precisos para indicar esto. Si el presente es totalmente distinto del futuro por haberse ya manifestado, ese debe pertenecer en cambio, a la otra forma cósmica. De tal suerte, que el mundo de lo subjetivo no tiene espacio en el sentido objetivo. Da más bien la idea de una dimensión vertical,

un eje interno alrededor del cual el mundo objetivo se extiende en todas direcciones. Y no sólo hacia adelante y hacia atrás, para referirse al pasado y al futuro como en el SAE. De hecho, si se reflexiona más al respecto del sistema tripartito del SAE podrá notarse que la expectación o la espera de algo expresa anticipación previa al hecho objetivo y coincide con el hecho objetivo después de haberse expresado (status quo del hablante). Cuando ya es objetivado, el status quo del hablante cambia y es lo que hace que esa espera sea experimentada como el reporte de una situación pasada. La noción de futuro en el SAE entonces representa la anticipación de lo que será antes y después un evento o cosa. Como desde el hopi se hace patente, el tiempo del SAE es elusivo, expresado en una relación lineal presente-pasado-futuro lo que bien puede ser experimentado y explicado adecuadamente en un sistema bitemporal.

Precisamente, así explica Rossi-Landi (1974) en la forma como el hopi habla del tiempo se redistribuye el contenido de las expresiones de espacio y tiempo, bien en expresiones de extensión, operación y procesamiento alusivas al mundo objetivo; o bien, en expresiones subjetivas referidas al mundo (todavía) no manifiesto. Rossi-Landi (1974) dice, se advierten aquí algo así como los “ecos” de un mundo altamente tecnológico, decididamente posnewtoniano, operativo-prágmático y finalmente con matices heideggerianos. Lo dice pensando que en el Hopi, el movimiento se concibe como cinético más que como dinámico, y que del espacio no se puede excluir algo para individualizarlo en una mera dimensión temporal.

El interés de este autor, Rossi-Landi es el de enfatizar y hacer notar que la lengua hopi está perfectamente capacitada para describir de manera correcta y completa y desde un punto de vista pragmático y operativo, todos los fenómenos observables del universo. No le parece legítimo rechazar una descripción del universo distinta a la nuestra (SAE) con el argumento de que no contiene las nociones familiares de espacio y de tiempo. A pesar de que en la visión hopi del mundo desaparece el tiempo autónomo y el espacio deja de ser la extensión homogénea y temporal de nuestra supuesta intuición que es la de la mecánica clásica; la noción básica del tiempo y del espacio hopi es entendible en el SAE y es dada matemáticamente por la moderna física relativista. En el hopi esta concepción que a nosotros nos parece nueva, es la que lingüísticamente impera, aunque quizás no esté desarrollada de forma explícita en lenguaje matemático.

Así, Whorf rompe con un mito. Demuestra que las lenguas amerindias que suelen clasificarse como ‘primitivas’, a las que se les tacha de inferiores y quizás hasta de menos evolucionadas son igualmente o tanto más complejas de lo que suele suponerse. Con su estudio hace patente toda la importancia que tienen, así como el despliegue de elementos del que se valen para entender al mundo, incluso de una manera mucho más integral y compleja que

la de nosotros. Para quienes piensen que Whorf hace una lectura del hopi un tanto aventurada, Rossi-Landi (1974) les dice: hay sospecha de que Whorf haya visto el hopi a través de lentes subjetivos, de ingeniero, lingüista e investigador imaginativo. No obstante, él no invento el hopi, las estructuras del hopi son esas que él nos describe y que otras especialistas confirman.

Otros elementos que los hopis usan para hablar del tiempo, se encuentran en las formas de validación (aserciones), los aspectos y los modos. Las formas de validación son al Hopi lo que los tiempos verbales al SAE. No comparten las mismas propiedades –arriba explicadas- pero satisfacen funciones parecidas: reportar una situación (pasada o presente) o la espera de la misma (futuro) (ver *Figura 1*). Muchas veces, esta otra forma de reporte de las acciones a la que no estamos acostumbradas, incluye situaciones que en el SAE no se consideran relevantes, como detalles del procesamiento de la acción. Eso se refleja en su gramática de tipo más especializado, piensa Whorf.

OBJECTIVE FIELD	SPEAKER (SENDER)	HEARER (RECEIVER)	HANDLING OF TOPIC, RUNNING OF THIRD PERSON
SITUATION 1a. 			ENGLISH... "HE IS RUNNING" HOPI... "WARI" (RUNNING, STATEMENT OF FACT)
SITUATION 1b. OBJECTIVE FIELD BLANK DEVOID OF RUNNING			ENGLISH... "HE RAN" HOPI... "WARI" (RUNNING, STATEMENT OF FACT)
SITUATION 2 			ENGLISH... "HE IS RUNNING" HOPI... "WARI" (RUNNING, STATEMENT OF FACT)
SITUATION 3 OBJECTIVE FIELD BLANK			ENGLISH... "HE RAN" HOPI... "ERA WARI" (RUNNING, STATEMENT OF FACT FROM MEMORY)
SITUATION 4 OBJECTIVE FIELD BLANK			ENGLISH... "HE WILL RUN" HOPI... "WARIKNI" (RUNNING, STATEMENT OF EXPECTATION)
SITUATION 5 OBJECTIVE FIELD BLANK			ENGLISH... "HE RUNS" (E.G. ON THE TRACK TEAM) HOPI... "WARIKWWE" (RUNNING, STATEMENT OF LAW)

Figura 1. Comparación entre una lengua temporal (inglés) y una intemporal (hopi). Las diferencias temporales en el inglés equivalen a las diferentes formas de validación en el hopi (Whorf, 1940, p.5).

Fuente: Whorf, B.L. (1940). *Science and Linguistics. Technology Review*, 6(42), 229-248.

Si en el hopi se habla más de procesos y manifestaciones resulta necesario describirlos mediante: aspectos que denotan diferentes grados de

duración (ej. larga, corta, rápida, lenta), tendencias (ej. a incrementar, decrecer) procesos y modos verbales que son el puente de unión entre oraciones diferentes (regulan relaciones entre cláusulas verbales). Por ejemplo, cuando se presentan dos verbos, como en su modelo lingüístico no hay partículas para indicar si un evento ocurre antes o después que otro evento, ambos se reportan y son los modos los que organizan los sucesos cronológicamente. Aunque muchas otras palabras son capaces de expresar relaciones similares y bien pueden suplantar en función a los modos y los aspectos

En el hopi no hace falta la objetivación linear tripartita del “tiempo” (presente, pasado y futuro) del SAE para hablar del tiempo. Sus categorías verbales denotan una perfecta asignación ordenada y cronológica entre los sucesos. Años más tarde, Foley (1996) comprobó esta posibilidad con otros modelos lingüísticos. Estudiando otras comunidades en Nueva Guinea, cuyo sistema lingüístico emplea construcciones gramaticales diferentes a la usual del sistema indoeuropeo: sujeto + verbo + complemento, encontró que el pasado era ubicado abajo o a la izquierda, y hacia arriba o a la derecha lo que aún estaba por suceder o se esperaba que sucediese. La elección por una u otra dirección era cultural, y además la división temporal no siempre era tripartita. Eso da cuenta de las diferentes formas de conceptualizar el tiempo y lo ‘relativo’ que éste puede resultar.

Por lo general, dice Whorf, los idiomas se las arreglan bien con tan sólo dos tiempos verbales (que representan lo ocurrido y lo aún no ocurrido). Pero en el pensamiento es posible construir y contemplar un sistema verbal de tres tiempos al objetivar las unidades temporales a lo largo de una línea y elegir tres puntos temporales. Ello permite conservar uniformidad en sus medidas y aplicar un mismo estándar para su evaluación. Un punto en el tiempo en el pasado, presente o el futuro, o un lugar en el espacio no presentan diferencias importantes, salvo en el orden cronológico de aparición. El día de ayer, de hoy hace dos o diez años, o mañana o dentro de unos años es como cualquier otro día. A consecuencia de ello, es posible contabilizar los días mediante un calendario, predecir que cualquier día es similar al anterior pues son equiparables entre sí. Sin embargo, la diversidad de construcciones nos permite hablar de diversos aspectos de las cosas del mundo, no sólo del tiempo y el espacio, aunque lo referido siempre implica estas nociones espacio-temporales.

2.3.3 Duración, intensidad y tendencia en el SAE y el hopi

No basta con nombrar las cosas, hay que caracterizarlas, hacerlas únicas. La duración, intensidad y tendencia de las cosas y las acciones son recursos que nos auxilian en esa tarea. En el SAE esas características las referimos por medio de extensiones espaciales (tamaño, número, posición, forma, movimiento), de duración (larga, corta, rápida, lenta, mucho, bastante), de

intensidad (bastante, pesada, ligera, alta, baja) y de tendencia (incrementar, crecer, girar, aproximarse, venir, caer). Casi siempre se usan junto con una lista interminable de metáforas espaciales, pero es difícil reconocerlas como tales debido a que éstas son casi los únicos medios lingüísticos de los que nos valemos para expresarnos, dice Whorf (1956). Además de ellas, otros términos no metafóricos, partículas como los adverbios (temprano, tarde, pronto, intenso) resultan insuficientes para satisfacer nuestras necesidades cotidianas de expresión.

Para Whorf (1956) nuestro esquema de objetivación es el que nos permite elaborar metáforas espaciales de cualidades y potenciales no espaciales. Recuérdese que la construcción de los sustantivos parte de los cuerpos y sus contornos (tamaño, forma, cardinalidad) en el espacio percibido (real o imaginario) hacia referentes simbólicos lejanos de cualquier otra clase. Al extender los patrones de denotación y reconocimiento de los cuerpos a significados no espaciales, surgen los espacios imaginarios. En frases de uso corriente es notable. Ejemplos: "ahora caigo", "ya me cayó el veinte", "explícame con bolitas y palitos", "llegar al punto", "estamos alejados". Whorf cita en su libro (1956) un ejemplo particular, nótese el amplio uso de términos espaciales

Comprendo el 'hilo' de los argumentos del otro, pero si su nivel está por 'encima' de mí, puede que mi atención se 'retire' y 'pierda' contacto con el 'rumbo' que está dando a su argumentación, de forma que cuando llegué a su 'punto' principal nuestros 'puntos de vista' será ampliamente divergentes, y estarán incluso tan 'apartados' que las cosas que él dice me 'parecerán demasiado' arbitrarias e incluso sin sentido (p.168).

En el hopi, por el contrario, la ausencia de estas metáforas es apabullante. Otros patrones gramaticales sustituyen el lugar de las analogías con el espacio. Las complicadas formas de conjugación verbal y su amplio léxico bastan para expresar la duración (larga, corta, rápida, enorme, etc.), intensidad (mucho, pesada, poco, grande) y tendencia (mayor, menor, aumento, crecimiento) de las manifestaciones que en el SAE equivalen a las cosas y acciones. Bajo el concepto de "aspectos verbales" se encuentran los términos para expresar duración y tendencia de las manifestaciones. Las "voces" agrupan términos referentes a la intensidad, tendencia y duración de las causas, las fuerzas que producen las manifestaciones, mientras que los "tensores" denotan sólo la intensidad, tendencia, duración, secuencia, y cualidad. Una característica particular de los tensores es que en el hopi se emplean para referir cosas que para nosotros no son relevantes de incluir en el habla común: el esfuerzo, si el proceso es continuo o interrumpido, el índice de cambio, etc. De forma que en el hopi, los tensores vuelven a los sustantivos para nosotros 'aparentemente' altamente concretos en conceptos abstractos.

2.3.4 Pensamiento habitual en el SAE y el Hopi

Limitar la exposición de la hipótesis de Sapir-Whorf, a sólo diferencias a nivel lingüístico, a meras comparaciones entre los diferentes sistemas gramaticales, deja incompleta la profundidad de su hipótesis. El impacto que la misma ejerce es evidente en el comportamiento habitual de los hablantes. Whorf interpreta estas diferencias lingüísticas, no sólo son en forma, sino también en fondo.

Su análisis lo comienza haciendo distinción entre de dos categorías mentales del SAE y el hopi, el 'pensamiento habitual' y el 'mundo pensado' que supone rigen nuestro comportamiento. La diferencia entre el 'pensamiento habitual' y el 'mundo pensado' va más allá de los patrones del lenguaje. Incluye el valor de los patrones analógicos y sugestivos, así nombrados por Whorf, y de concesiones mutuas entre el lenguaje y la cultura/civilización como un todo, donde una gran cantidad de cosas no lingüísticas demuestran la influencia configurativa del lenguaje. Whorf dice: "El 'mundo pensado' es el microcosmos que cada hombre lleva consigo, con el cual mide y entiende lo que puede del 'macrocosmos' " (Whorf, 1956, p.169).

El microcosmos del SAE analiza la realidad en términos de lo que llama 'cosas' (cuerpos y casi cuerpos) más los modos de existencia extensional amorfa que llama 'substancia' o 'materia'. Concibe la existencia a través de la fórmula binomial, la cual expresa cualquier existencia como la suma de una forma espacial más un continuo espacial amorfo, la forma se relaciona como el contenido con los límites de su contenedor. La existencia no espacial es espacializada en la imaginación con las implicaciones similares de la forma y el continuo.

El microcosmos hopi parece analizar la realidad en términos de eventos (o la ocurrencia continua de eventos) que el SAE conceptualiza como dualidad: lo objetivo y lo subjetivo. Lo objetivo y sólo si de experiencia física se trata corresponde a los límites, colores, movimientos y otros reportes perceptuales de los eventos. Lo subjetivo, a eventos físicos e intangibles que son la expresión de factores de intensidad invisible de los que dependen la estabilidad y persistencia o la fugacidad y proclividad del evento. En la naturaleza de cada existencia capaz de manifestarse como un todo definido reside el poder de su propio modo de duración; es decir, de su crecimiento, declive, estabilidad, periodicidad o creatividad. Por ejemplo, para el hopi la existencia no es un hacerse más tarde (*become later and later*). Es en palabras de Whorf: crecer, propagarse y dejar de existir (*diffusing and vanishing*), atravesando procesos de metamorfosis (*procession of metamorphosis*), conservando una determinada forma (*enduring shape*) hasta que fuerzas violentas (*violent forces*) lo alteran. Son fases continuas y no segmentadas.

Todo está preparado para la forma en que se manifiesta ahora y está preparación se realiza mediante fases anteriores al momento de la

manifestación. Lo que cada cosa será más tarde o en lo que se convertirá, en parte ya ha sido y en parte se encuentra en proceso de ser preparada en tal sentido. El énfasis y la importancia yacen en el proceso de preparación o en el estar preparado, aspecto del mundo que para los hopis correspondería a la 'cualidad de la realidad', 'la materia', o 'las cosa'. Nótese entonces que la visión de los hopis pareciera integrar en su visión lo que nosotros tendemos a segmentar.

2.3.5 Características comportamentales habituales de la cultura Hopi

Nuestro comportamiento, como el de los hopis, parece estar coordinado de muchas maneras con el microcosmos, el cual está lingüísticamente condicionado. Una característica del comportamiento hopi es el énfasis en la preparación. Por supuesto, son factores cruciales: el anunciar y estar listo de antemano para los eventos, elaborar precauciones para asegurar la prevalencia de las condiciones deseadas y enfatizar la buena voluntad como preparación para los resultados correctos.

Este comportamiento incluye entonces varios pasos: 1) el anuncio o publicidad preparatoria, a cargo del pregonero o funcionario de la comunidad hopi; 2) una preparación exterior especial implica actividad, ensayos, alistamientos, formalidades de entrada, la preparación de comida especial, actividad muscular sostenida como lo es el correr, el bailar, competir lo cual se relaciona directamente con la intensidad del desarrollo de los eventos; mimetismo y otra magia, preparaciones basadas en la teoría esotérica que incluye instrumentos ocultos –varas sacerdotales-, grandes ceremonias y danzas periódicas para la cosecha⁴² y la lluvia; y 3) preparación interior que puede ser abierta o cerrada. En ambas modalidades el fin es promover los buenos resultados. En mayor medida se emplea la oración y la meditación. Buenos deseos y buena voluntad en un grado menor (para los hopi, el pensamiento deja huella en todo, no es sorprendente entonces que el deseo y el pensamiento sean los primeros preparativos a realizar). La participación cerrada o encubierta es en la que uno no tiene una participación o injerencia directa, pero con la cual se contribuye al suceso. Su fin es vencer el poder del pensamiento malo, conseguir la fuerza necesaria con muchos ayudantes para contrarrestar los deseos negativos y adversos (en el SAE su paralelo se

⁴² De hecho, uno de los verbos que significa preparar, recuerda el utilizado para la cosecha (lo preparado), o lo que está en preparación. Si el deseo y el pensamiento son los estados más primitivos de la preparación, los más importantes y cruciales, resulta natural que los deseos y pensamientos propios influyan tanto en nuestras propias acciones como en las de los demás. Whorf (1956) cree que la conciencia se da cuenta por sí misma del trabajo, de la sensación de esfuerzo y energía que se realizan al desear y el pensar. En una experiencia mucho más básica que la del lenguaje es patente que si se gasta energía, se producen efectos. Para nosotros, hablantes del SAE, esta energía se aloja en nuestros cuerpos. Pero es así, porque es lo que más se ajusta a nuestra propia base lingüística y concuerda con una teoría según la cual, los conceptos informales como 'materia' son cosas por sí mismas, maleables sólo por cosas similares: materia. Por tanto, esta se aísla de los poderes de la vida y el pensamiento.

encuentra, en el apoyo de asistencia de espectadores a un evento deportivo, por ejemplo). La colaboración mental con pensamientos y buena voluntad de la gente que no está directamente implicada en el asunto en cuestión, compensa de alguna forma las malas intenciones colectivas. Ello contribuye a favorecer la armonía, y la cooperación. De hecho es de notar que la preparación interior enfatiza tres aspectos: la persistencia, la constancia y la repetición. Whorf piensa que no es casualidad, que el trasfondo lingüístico los favorece. Recuérdese como la persistencia y la insistente repetición constante de los acontecimientos, dado que son cíclicos, era la que hacía que modificaran o actualizaran su estado de manifestación de algo más interno a algo más externo. Como lingüísticamente así se configuran, Whorf aduce que es el lenguaje el que hace la diferencia.

El mundo pensado por los hopis no contiene espacio imaginario. La consecuencia es que el pensamiento no lidia con el espacio sino es el espacio real, al espacio real no se le aísla de los efectos del pensamiento. Los hopi enfatizan la importancia del deseo y el pensamiento, por ende el factor de intensidad del pensamiento. El pensamiento para ser efectivo debe ser vivido en la consciencia, sostenido, cargado con intensas buenas intenciones. En el SAE esto pasaría a traducirse como concentrarse, sujetarse al corazón, poner tu mente en ello, teniendo una sincera esperanza. El poder del pensamiento es la fuerza detrás de las ceremonias, las baras sacerdotales, la pipa ritual. De hecho, el uso de algún instrumento es considerado como una ayuda para 'concentrarse', el fin no es el de la posesión del instrumento por sí mismo o de recreación, es el medio para un fin teleológico más ambicioso.

En la comunidad SAE, piensa Whorf (1956), el sentido de los innumerables y acumulativos pequeños momentos es aminorizado por la visión objetivada y espacial del tiempo. Las repeticiones parecen invariantes y su fuerza es aminorizada, a pesar de estar a lo largo de una fila imaginaria de unidades en el espacio. Los efectos acumulados parecen incidir en un solo aspecto, el espacial, la duración. Para los Hopi el tiempo no es movimiento sino una continuación de todo lo que ya ha sido hecho, las repeticiones incesantes no son desperdiciadas, sino acumuladas. Se acumula un cambio invisible a lo largo de los eventos posteriores. En el SAE, la forma más cercana a esta idea es la de la aceleración. Pero no sólo ahí terminan las implicaciones, van más allá.

2.3.6 Algunas Impresiones de los hábitos lingüísticos de la cultura occidental

Whorf encuentra que el impacto del lenguaje no se limita en el quehacer cotidiano. Esboza dentro de la epistemología, alguna de sus implicaciones. Se reseñaran sólo unas cuantas características que derivan del binomio lingüístico

(fórmula binomial: forma + ítem amorfo o substancia), como son la producción de metáforas, creación del espacio imaginario y del tiempo objetivado.

Dentro de la epistemología, Whorf creyó que las posturas filosóficas más tradicionales podían considerarse también como expresiones máximas del binomio lingüístico. De acuerdo a Whorf, la dicotomía de la forma más la substancia quedaba claramente reflejada en el materialismo, el paralelismo psicofísico, la física newtoniana y las posturas dualistas del universo. El espacio newtoniano, el tiempo y la materia no las pensaba Whorf como meras intuiciones, sino como refinaciones del 'sentido común práctico' que contrastaban claramente con posturas monistas, holísticas y relativistas de la realidad que resultaban entendibles y atractivas sólo para algunos filósofos y algunos científicos, al hombre promedio y su 'sentido común' no les hacía sentido.

Por otra parte, aducía Whorf la visión objetivada del tiempo facilita la manutención de registros del tiempo y la ubicación de hechos históricos en la línea del tiempo. Pese a que el registro uniforme del tiempo no se inició desde los albores mismo de la humanidad, y la uniformidad de medidas tardó en establecerse, el registro que se hace del tiempo se basa en las unidades de tiempo y no en el hecho mismo que se mide. Es decir, el registro de la duración de un evento u eventos es independiente de su naturaleza. A diferencia de los hopis donde el evento y su duración están en estrecha relación. En la idiosincracia de los Hopis, Whorf encontró que era poco común demarcar el inicio y el final de los hechos pues éstos eran vistos como continuidades y no como entidades. Para ellos las cosas o los hechos no empiezan y terminan, continúan en el tiempo bajo una manifestación diferente. Por eso no hace falta registrar la duración de un evento, pues este sigue estando presente, hace falta buscar las condiciones para que este continúe presentándose. En otras palabras, los eventos o hechos no se conciben como entidades finitas sino como entidades infinitas, más bien como continuidades, como un estar siendo.

En el SAE, dice Whorf, la igualdad formal de las unidades del espacio con las cuales medimos y concebimos el tiempo nos llevan a considerar 'el ítem sin forma' o la 'substancia' del tiempo como homogénea y en proporción al número de unidades que lo componen. De ahí que nuestro prorrateo del valor del tiempo lo conduzca a uno a edificar estructuras comerciales basadas en el valor prorrateado del tiempo. Cita como ejemplos la paga de salario con base al tiempo de horas-trabajo, la renta con base a los días de ocupación de la vivienda ocupada, el crédito, los intereses, los cargos de depreciación, etc. El simple uso tan difundido de calendarios, relojes y el ansia misma por medir con precisión el tiempo denotan que se estima de manera muy particular. A la ciencia misma, observa Whorf, el tiempo le es necesario para estimar patrones y valores con los cuales tiza los hechos que ocurren y están bajo estudio. La cultura refuerza nuevamente la valoración de esos patrones y fortalece que la

ciencia continúe la realización de estos estudios con esos mismos parámetros. Sin embargo, cree Whorf la ciencia empieza a encontrar que hay algo en el cosmos que no está acorde con los conceptos que hemos formado e intenta enmarcarlos en un nuevo lenguaje que se ajuste a un universo más inclusivo (Whorf, 1940) (en su tiempo la teoría de la relatividad de Einstein empezaba a popularizarse). Como otro ejemplo, cita el énfasis en el ahorrar tiempo que está en relación directa con la objetivación del tiempo pues conduce a evaluar altamente la velocidad, la cual juega un rol primordial en nuestro comportamiento. Si las cosas no son eficientes y ocurren de forma rápida, no se estiman con buenas.

De acuerdo a Whorf esto se refleja en la desestimación de la monotonía y la regularidad. Whorf propone una metáfora visual para el tiempo, una cinta métrica escalada ilimitada y regular que nos hace prever regularidad en los hechos a través del tiempo. Los espaciamientos regulares se corresponderían con hechos regulares. Esta imagen del tiempo nos persuade de comportarnos como si la regularidad fuera más cierta de lo que es, y ser más proclives a sufrir monotonía. Los comportamientos rutinarios se ven así favorecidos en la medida en la que adoptamos lo que empata con nuestra visión del mundo. A su vez, ellos nos proveen de un falso sentido de seguridad que evita la anticipación de peligros. Bajo ese supuesto, buscamos un aprovisionamiento de energía física (y también cognitiva) para desempeñarnos bien dentro de las rutinas del día a día e inclusive buscar perfeccionarlas, considerando que un comportamiento conocido será más exitoso que cualquier otro, se entiendo perfecto cuál es la lógica de este comportamiento.

Así, nuestro mundo es moldeado a través de los modelos que están insertos en el lenguaje, es decir, está lingüísticamente condicionado. Este condicionamiento influye en la formación de ideales culturales y de modelos culturales, involucra también a nuestras reacciones personales inconscientes y los encamina a una determinada acción. Las acciones devienen en comportamientos concretos y complejos, o menos complejos pero igual de funcionales. La gesticulación, por ejemplo. Se gesticula cuando se busca esclarecer referencias mediante la metáfora. Pero si el lenguaje en cuestión refiere lo intangible sin implicar analogías espaciales; la gesticulación no ayuda a clarificar más la referencia. En los hopi, la gesticulación es poca y no equivale a la que nosotros hacemos. Pareciera ser entonces que la cinestesia o la percepción del movimiento muscular, a pesar de ser previo al lenguaje, se hace más consciente con el uso lingüístico del espacio imaginario y de las imágenes metafóricas del movimiento.

En la cultura europea la cinestesia se hace patente en el arte y el deporte. La escultura europea es eminentemente cinestésica, le confiere un gran significado a los movimientos corporales. De igual forma, lo hace la pintura. Por su parte, la danza más que transmitir algún simbolismo o acto ceremonial

alguno fascina con su movimiento. La música es fuertemente influida por nuestras formas dancísticas. Los deportes también se encuentran embebidos en esta 'poesía en movimiento'. Las carreras y los juegos hopi parecen enfatizar las virtudes de la resistencia y la intensidad sostenidas. La danza hopi es altamente simbólica y es ejecutada con gran intensidad, seriedad y honestidad, pero no tiene mucho movimiento.

La sinestesia sería lingüísticamente más consciente con un sistema metafórico que refiera las experiencias no espaciales con términos espaciales. Probablemente en primera instancia la metáfora surgió de la sinestesia y no al revés, la sinestesia de la metáfora. La metáfora no necesariamente se ancla en patrones lingüísticos, como el hopi lo demuestra. La experiencia no espacial, la sensación, es muy bien organizada: el oído, el olfato y el gusto no están poco organizados. La experiencia no espacial es un terreno mayoritariamente del pensamiento, sentimiento y sonido. La conciencia espacial es el terreno de la luz, el color, la vista y el tacto, contiene formas y dimensiones.

Nuestro sistema metafórico imputa a lo no espacial cualidades espaciales, al nombrar las experiencias no espaciales después de las espaciales, y viceversa. Atribuye al sonido, el olfato, el gusto, las emociones y los pensamientos cualidades como colores, luminosidades, formas, ángulos, texturas, y experiencias espaciales motrices. Y en alguna medida, la transferencia inversa también ocurre. Así, hay 'tonos' de color, un 'gris monótono', una 'corbata escandalosa', un 'gusto' en el vestir. El arte europeo se distingue por la manera en la que busca deliberadamente jugar con la sinestesia. La música trata de sugerir escenas, color, movimiento, diseño geométrico; la pintura y la escultura son a menudo guiadas conscientemente por analogías del ritmo de la música. Los colores son conjugados con el sentimiento para una analogía concordante o discordante. El teatro y la ópera europeos buscan una síntesis de muchas artes. Puede ser que de esta manera, nuestro lenguaje metafórico que en cierto sentido es una confusión del pensamiento esté produciendo a través del arte, un resultado de alcances valiosos, un profundo sentido estético que nos lleva a una aprensión más directa de la unidad subyacente tras los fenómenos reportados por nuestros canales sensoriales.

2.3.7 Implicaciones históricas

La gran pregunta es, ¿cómo es que históricamente confluyeron las redes del lenguaje, la cultura y el comportamiento?. ¿Qué fue primero los patrones del lenguaje o las normas culturales? Whorf y Sapir muy probablemente responderían que ambas crecieron juntas y se influyeron mutuamente. Al asociarse, la naturaleza del lenguaje fue el factor que limitó la libre plasticidad y solidificó de forma autocrática los canales de desarrollo de las pautas culturales y comportamentales.

Debido a que, el lenguaje es un sistema y no sólo un ensamblaje de normas, el lenguaje permanece inmutable. Los sistemas se transforman de forma muy paulatina en comparación con otras innovaciones culturales que se transforman rápidamente, el lenguaje parece no cambiar sustantivamente. El lenguaje representa a la mente colectiva, como tal se ve afectado por invenciones e innovaciones, pero sólo de forma gradual y lenta. En realidad, es a los inventores e innovadores a los que regula inmediatamente (Sapir, 1921, 1929, 1949).

El complejo: cultura-lenguaje sigue la misma norma de evolución. El SAE y su sociedad de hablantes existen desde tiempos antiquísimos. De ahí que la forma en que se hacen las referencias metafóricas no espaciales en lo espacial se hallen fijadas en todas y cada una de las lenguas antiguas como el latín. Pero, como este complejo no fue el mismo que se dio en otras zonas geográficas, no es esperable que surja en lugares que no comparten esta misma estructura lingüística. No es característico de los Hopis, por ejemplo.

El hecho de que en el latín y en casi todos los lenguajes, la dirección de desarrollo en la semántica ocurra de lo espacial a lo no espacial, favorece la creencia de que la experiencia objetiva es previa a la subjetiva. Algunas filosofías (Whorf no especifica cuáles) abogan por lo contrario, y ciertamente la dirección de desarrollo es a veces a la inversa. En el hopi, por ejemplo, la palabra corazón fue una formación tardía de la raíz que significa 'pensar' o 'recordar'. En el complejo lingüístico-cultural SAE, antes de existir la ciencia de la telefonía inalámbrica apareció la radio. En la Edad Media los patrones lingüísticos derivados del latín comenzaron a entrelazarse con los desarrollos tecnológicos de los avances en el área mecánica, industrial, del comercio, de la escolástica y del pensamiento científico. La evolución lingüística y cultural ocurrida en aquel entonces consolidó el lenguaje tal cual lo conocemos hoy en día.

En cambio en la historia hopi se encuentra un tipo de lenguaje y un conjunto de influencias culturales y ambientales diferentes. En un país de lluvias escasas surgió una sociedad agrícola y pacífica que busco aislarse de sus enemigos nómadas y sobrevivir pese a las desventajas halladas en sus características físicas. Sobrevivir en condiciones de agricultura árida fue posible sólo con la mayor perseverancia (por ello el énfasis en la persistencia y la repetición), la mayor participación y colaboración de sus miembros (por ello el énfasis en el trabajo en equipo y la firme creencia de la determinación de los factores mentales en el comportamiento), estimar al maíz y la lluvia como los criterios primarios de valor, realizar extensivas preparaciones y tomar precauciones para asegurar los cultivos en un clima precario y de pobre suelo. Además de una fuerte dependencia en la naturaleza, la oración y la actitud religiosa hacia las fuerzas de la naturaleza se vieron favorecidas. En especial, la oración y la religión se orientaron hacia la siempre necesaria bendición.

Todas estas cosas interactuaron con los patrones lingüísticos de los hopis para modelarlos y ser moldeados a su vez por ellos, y de a poco configurar la visión del mundo hopi.

Tras esos análisis conjugando el modelo lingüístico con su contexto sociocultural, Whorf concluye que los conceptos del tiempo y la materia no les son dados a todos los hombres sustancialmente de la misma manera por la experiencia, dependen de la naturaleza del uso del lenguaje o de los lenguajes desde el cual o los cuales fueron desarrollados. No dependen tanto de un único sistema dentro de la gramática (tiempos verbales o los sustantivos) como de las maneras para analizar y reportar la experiencia que quedaron fijadas en el lenguaje como “modas del habla”.

Estas “modas del habla” trascienden mediante las clasificaciones de la gramática típica, de forma tal que la moda incluye al léxico, la morfología, la sintaxis y otros medios diversos y sistemáticos de coordinación en un cierto encuadre de consistencia. Nuestro concepto de ‘tiempo’, difiere marcadamente de lo que es la ‘duración’ en los Hopi. Ellos conciben la duración como un espacio de dimensiones estrictamente limitadas y a menudo como movimiento en el espacio, que es empleado como una herramienta intelectual. En el Hopi, la duración parece ser inconcebible en términos del espacio y del movimiento, la duración es el modo en el cual la vida difiere de la forma y la conciencia total de los elementos espaciales de la conciencia. Ciertas ideas provenientes de nuestro concepto de tiempo, como la simultaneidad serían imposibles o muy difíciles de expresar y estarían desprovistos de significado bajo la concepción Hopi. Serían reemplazados por conceptos operacionales.

En el SAE la ‘materia’ es el subtipo físico de la ‘substancia’ o ‘cosa’; concebida como el ítem por extensión y sin forma que se unen con la forma, antes de que pueda tener existencia real. En el hopi parece que no hay nada que se corresponda con eso. No hay ítems extensionales y sin forma. La existencia puede o no tener forma, lo que tiene, con o sin forma, es intensidad y duración, no es extensión, ni es base de lo mismo. Probablemente la aprehensión del espacio sea dada sustancialmente de la misma forma por la experiencia sin considerar al lenguaje.

Los experimentos de los psicólogos gestaltistas con la percepción visual parecieron establecer esto como un hecho. Que el concepto del espacio varíe un tanto con el lenguaje, puede ser debido a que el lenguaje sea una herramienta cognitiva muy cercana al empleo concomitante de otras herramientas intelectuales: tiempo y materia, que están lingüísticamente condicionados. Aunque orgánicamente tenemos las mismas posibilidades de percibir lo que llamamos espacio y tiempo, para nosotros, el espacio tiene la propiedad de actuar como sustituto de relaciones o cosas no espaciales como el tiempo; la intensidad y la tendencia en el hopi. El espacio es un ítem sin

forma extensional que rellena la forma extensional de un algo. El espacio percibido por los Hopi no substituye a nada, de comparársele con el SAE diríase que es puro, no está mezclado con nociones extrañas.

Entonces, podría deducirse que hay conexiones pero no correlaciones o correspondencias diagnósticas entre las normas culturales y los patrones lingüísticos. Hay una relación entre el lenguaje y el resto de la cultura de la sociedad que lo emplea. Hay casos en que las modas del habla están cercanamente relacionadas con la cultura general. La propuesta de Whorf, que retoma lo aprendido con Sapir, es la de suponer una conexión e integración entre las diferentes clases de análisis lingüísticos, las diferentes reacciones comportamentales y las formas que toman varios desarrollos culturales. Las conexiones encontradas no están dentro de las rúbricas típicas de la lingüística, la etnografía, la descripción sociológica. Se encuentran al inspeccionar la cultura y al lenguaje como un todo. Siempre y cuando hayan estado juntas a lo largo de la historia por una cantidad de tiempo considerable, en la cual las concatenaciones encontradas dentro de estas líneas sean esperadas y, de ser así, sean eventualmente descubiertas al estudiarlas.

Con lo aquí planteado por Whorf es patente que sus declaraciones ambiciosas confirman alguna conexión entre lo lingüístico, lo social y lo cultural con mucha más fuerza que la que Sapir proponía originalmente. Sin embargo, queda claro también que se deslindaba claramente de lo propuesto por Sapir. La pregunta que queda en el aire es saber cómo fue que se conjuntó el pensamiento de estos dos autores en la hipótesis Sapir-Whorf.

CAPÍTULO IV. HIPÓTESIS SAPIR-WHORF

Prefiero vivir con una buena pregunta que con una mala respuesta

Aryeh Frimer

1. Articulación de la hipótesis

Precisar el tiempo y las condiciones en las que esta hipótesis fue articulada como tal resulta difícil. Como se vio, Sapir y Whorf compartieron una misma línea de investigación pero con marcadas diferencias. Pese a que los dos desarrollaron su trabajo en una línea de tiempo muy cercana, no tuvieron la oportunidad de desarrollar de manera formal alguna investigación conjunta. La prematura muerte de Sapir y la posterior muerte de Whorf acaecida tan sólo poco después no permitió que estos autores lograran desarrollar sus ideas al máximo. Los encargados de ensamblar su pensamiento fueron sus alumnos y seguidores, quienes por continuidad asociaron su trabajo en un solo núcleo.

Ciertas condiciones históricas permitieron que el pensamiento de la dupla Sapir-Whorf resultara exitoso en el continente americano. En primera instancia, se constituyó como un primer intento por contravenir la actitud de menosprecio hacia las lenguas orales que era fuertemente alentado por la visión evolucionista predominante en la antropología del siglo XIX (Kay & Kempton, 1983; Lucy, 1997). Se esperaba que la restitución del valor de las lenguas orales contribuyera a fortalecer el respeto por las minorías étnicas, por su cultura, tradiciones y costumbres, por su lengua y sus dialectos, pero sobre todo por sus hablantes, quienes eran considerados menos inteligentes que la media o con menor capacidad cognitiva. Peor aún, eran tratados como menores de edad, incapaces de tomar decisiones o hacerlas valer. Por supuesto, no eran considerados sujetos de derecho.

Durante años, se alimentó la creencia de que quienes no hablaban lenguas indoeuropeas poseían una menor inteligencia o capacidad cognitiva. En buena medida, el colonialismo influyó en la difusión de estos mitos, pero también lo hizo la difusión de estudios lingüísticos cuyos resultados fueron sesgados, no fueron interpretados de forma adecuada o carecieron de rigurosidad metodológica. La hipótesis Sapir-Whorf no quedó exenta de estas particularidades, y aún cuando fracasó en su intento de restaurar el valor justo de las lenguas, abrió el camino para cimentar la llegada del etnocentrismo. La razón: evidenció que el lenguaje permitía acceder a la estructura del pensamiento. En otras palabras, que la lengua contenía una estructura distintiva propia que reflejaba y condicionaba los modos del pensamiento del pueblo que las usaba (Maceiras, 2002).

Eric Lennenberg y Roger Brown fueron los primeros en articular el pensamiento de estos dos famosos lingüistas y destacar dos hechos fundamentales: 1) “el mundo se experimenta y se concibe diferentemente (sic.) en diferentes comunidades lingüísticas”, y 2) “la lengua causa una estructura cognitiva particular” (Brown y Lennenberg 1954, p. 455, 457 citado en Reynoso, 2013, p.77). Ulteriormente Brown mientras desarrollaba las notas del obituario de Lennenberg bautizó esas versiones como la versión débil y la versión fuerte, respectivamente. El trabajo de Brown y Lennenberg puede considerarse como el primero a partir del cual se derivaron los núcleos, el determinismo lingüístico y el relativismo lingüístico (Anderson, 1985), y el primero también en inaugurar el inicio formal de investigación de la *hipótesis de Sapir-Whorf*.

Algunos otros autores, especialmente los simpatizantes de Whorf dirán que es a John B. Carroll a quien se le debe la articulación de esta hipótesis. Aunque el término Sapir-Whorf aparece por vez primera en un trabajo de Harry Hoijer (1904-1976) publicado en 1954 en un artículo dedicado al tema, muy probablemente haya sido John Carroll el responsable de haber popularizado el término en una edición póstuma de la obra de Whorf (Corazzon, 2010). Por ello se piensa más en Carroll que en Hoijer. Ya desde entonces se vislumbraban las dos versiones en que suele citarse esta hipótesis.

Hoijer, quien también fue alumno de Sapir, dejó en un trabajo realizado en 1953 al cual intituló “La hipótesis Sapir-Whorf”, las razones y motivos para unir las ideas centrales de estos dos personajes. Hoijer asegura haber tomado las ideas originales de estos autores del trabajo de Whorf compilado en *Collected Papers on Metalinguistics* (Washington, D.C., 1952). En su trabajo Hoijer dice retomar de Sapir y Boas sus ideas y usarlas a manera de hilo conductor para cristalizar este término. Para Hoijer fue Sapir quien dejó claro que el lenguaje no era sólo una forma o vehículo de expresión de nuestras ideas, era en sí mismo una forma de expresión limitada.

El lenguaje no es simplemente un inventario más o menos sistemático de los diferentes apartados de experiencia que son importantes para el individuo, como tan frecuente e ingenuamente se asume sino que también es autónomo, es una organización creativamente simbólica que no sólo refiere experiencias adquiridas en mayor medida sin su ayuda, sino que en realidad éste nos define la experiencia a razón de su integridad formal y a una proyección inconsciente de sus expectativas implícitas en el campo de la experiencia. En este sentido, el lenguaje es mucho muy parecido a un sistema matemático que también registra la experiencia en el sentido más estricto del mundo, y sólo muy primitivamente al inicio, pero conforme pasa el tiempo llega a convertirse en un sistema conceptual autónomo que prevé toda experiencia posible conforme a ciertas limitaciones formales aceptadas.... [Los significados] no son del todo descubiertos en la experiencia sino impuestos por ella,

ello debido al yugo tiránico que la forma lingüística impone sobre nuestra orientación en el mundo (Sapir, 1931, p.58 en Hoijer, 1954, p.94).⁴³

Desde Hoijer, fue Whorf quien retomaría estas ideas y al conjugarlas con su experiencia al estudiar la lengua Hopi y otras lenguas amerindias, diría que:

Que el sistema lingüístico (en otras palabras, la gramática) de cada lengua no es sólo un instrumento de reproducción para expresar ideas sino en sí mismo es el modelador de ideas, el programa y la guía para la actividad mental del individuo, por su análisis de impresiones, por la síntesis de las reservas mentales disponibles (...) Diseccionamos la naturaleza a lo largo de las líneas establecidas por nuestras lenguas nativas. Las categorías y tipos que aislamos del mundo fenoménico no los encontramos ahí porque vean a cada observador a la cara; por el contrario, el mundo se presenta en un flujo calidoscópico de impresiones que tiene que ser organizadas por nuestras mentes –y esto significa en gran medida por los sistemas lingüísticos en nuestras mentes- (Sapir, 1931, p.58 en Hoijer, 1954, p.94)⁴⁴

Si bien, Whorf adopta una postura más definitiva y un poco más extrema, lo hace con sus debidas reservas. En un principio, el pensamiento de esta dupla estuvo fuertemente influenciado por el de Boas, quien considero el lenguaje como una guía de la realidad social. Se hace patente en lo escrito en su libro: *Manual para las lenguas indoamericanas (Handbook of American Indian Languages)*:

Sin embargo, parece que un estudio teórico de las lenguas indias no es menos importante que un conocimiento práctico de ellas; que la sola investigación lingüística es parte fundamental de una investigación exhaustiva de la psicología de las personas del mundo (p.63) [...] El lenguaje parece ser uno de los campos más instructivos de consulta en una investigación de la formación de las ideas étnicas fundamentales. La gran ventaja que ofrece la lingüística a este respecto es el hecho que por lo general, las categorías que se forman permanecen siempre inconscientes, y por esta razón, el proceso que lleva a su formación puede ser seguido sin los factores de error o de confusión de explicaciones secundarias, que

⁴³ Language is not merely a more or less systematic inventory of the various items of experience which seems relevant to the individual, as is so often naively assumed but is also a self-contained, creative symbolic organization, which not only refers to experience largely acquired without its help but actually defines experience for us by reason of its formal completeness and because of our unconscious projection of its implicit expectations into the field of experience. In this respect language is very much like a mathematical system which, also, records experience in the truest sense of the world, only in its crudest beginnings, but as time goes on, becomes elaborated into a self-contained conceptual system which previsions all possible experience in accordance with certain accepted formal limitations... [Meanings are] not so much discovered in experience as imposed upon it, because of the tyrannical hold that linguistic form has upon our orientation in the world (Sapir, 1931, p.58 en Hoijer, 1954, p.94)

⁴⁴ that the linguistic system (in other words, the grammar) of each language is not merely a reproducing instrument for voicing ideas but rather is itself the shaper of ideas, the program and guide for the individual's mental activity, for his analysis of impressions, for his synthesis of his mental stock in trade (...) We dissect nature along lines laid down by our native languages. The categories and types that we isolate from the world of phenomena we do not find there because they stare every observer in the face; on the contrary, the world is presented in a kaleidoscopic flux of impressions which has to be organized by our minds –and this means largely by the linguistic systems in our minds (Whorf 1952, p. 5, en Hoijer, 1954, p.94).

también son comunes en la etnología, tanto que por lo general obscurecen por completo la historia real de desarrollo de las ideas (p.70-71).⁴⁵

Muy probablemente de ahí Carroll retomará estas ideas para concretar el término y difundirlo ampliamente. De acuerdo a Reynoso (2012, p.83):

[El término de la hipótesis Sapir-Whorf] fue invención de John B. Carroll, quien lo introdujo en su edición de las obras de Benjamin Lee Whorf [...] Carroll estaba convencido de que la "relatividad lingüística" de Whorf se derivaba de las teorías de Edward Sapir, a cuyas clases en Yale Whorf había asistido. Con la hipótesis de Sapir-Whorf, Carroll institucionalizó la errónea concepción de Whorf de los argumentos de Sapir sobre el papel del lenguaje en el pensamiento y la cultura

Efectivamente, leyendo el prólogo de la obra de Whorf escrito por Carroll se descifran estas notas biográficas de la vida y obra de Whorf (cfr. Whorf, 1956a). Acaso debido a ello, puesto que ha sido difícil distinguir con claridad cuáles han sido las ideas de uno y otro autor, es más usual encontrar en la literatura académica actual una tendencia particular de los autores por una u otra versión. La más popularizada ahora ha sido la versión débil, ahora conocida como *hipótesis de la relatividad lingüística* (HRL). La versión fuerte ha sido desechada casi por completo.

2. Determinismo y relativismo lingüístico

El determinismo lingüístico establece que las diferencias cognitivas y estructurales de las personas están determinadas por el idioma que hablan. Es decir, la lengua -sus categorías- determina el pensamiento, la cosmovisión de los hablantes y la interpretación que de la realidad hacen. En ese sentido, empatar la visión de mundo de un hablante y otro es casi imposible, una traducción impensable porque ningún lenguaje puede comprender por entero a otro.

El relativismo lingüístico establece que las diferencias entre las lenguas causan diferencias en el pensamiento de sus hablantes. Es decir, el lenguaje influencia el pensamiento, pero no de forma categórica. A diferencia de la anterior, los alcances de esta versión son mucho muy moderados, la lengua sólo sugiere y no determina.

⁴⁵ It seems, however, that a theoretical study of Indian languages is not less important than a practical knowledge of them; that the purely linguistic inquiry is part and parce of a thorough investigation of the psychology of the peoples of the world (p.63) [...] language seems to be one of the most instructive fields of inquiry in an investigation of the formation of the fundamental ethnic ideas. The great advantage that linguistic offer in this respect is the fact that, on the whole, the categories which are formed always remained unconscious, and for this reason the processes which lead to their formation can be followed without the misleading and disturbing factors of secondary explanation, which are so common in the ethnology, so much so that they generally obscure the real history of the development of ideas entirely (p.70-71)

Ambas interpretaciones descansan en la suposición que: 1) las diferencias estructurales entre los sistemas lingüísticos son paralelas a las diferencias cognitivas no lingüísticas, 2) la estructura del lenguaje propio influye fuertemente o determina por completo la visión de mundo que uno adquiere conforme aprende el lenguaje (Kay & Kempton, 1983).

Pese al énfasis estructural (1) o semántico (2) que hagan de esta hipótesis resulta destacable que de acuerdo a Lucy (1997) tres características sean siempre comunes: a) las propiedades de un determinado lenguaje tienen consecuencias en los patrones de pensamiento acerca de la realidad, b) el lenguaje conlleva una interpretación de la realidad, c) el lenguaje influye el pensamiento acerca de esa realidad. Si se considera que el patrón de pensamiento está cercanamente relacionado con la percepción inmediata y la atención, con los sistemas personales y socio-culturales de clasificación, con la inferencia y la memoria, con un juicio estético y con la creatividad, se entiende que muchas de las aproximaciones para comprobar o refutar esta hipótesis hayan sido experimentales. Cuando prueban en estos experimentos, el concepto “realidad” entienden por tal el uso más laxo de la palabra. Refiere la experiencia diaria, pero incluye también contextos especializados y los de la tradición ideacional. Dichos experimentos suelen admitir que el lenguaje implica una cierta interpretación de la realidad, y que dicha interpretación sea explícita y que surja de aspectos sustantivos de experiencia y de su arreglo formal en el código verbal.

En este sentido, es posible equiparar en ciertos contextos la interpretación de la realidad con el conocimiento que de ella se hace. La adquisición de conocimiento, a decir de Tohidian (2009) implica procesos cognitivos complejos, de percepción, de aprendizaje, de comunicación, de asociación y de razonamiento. Sin embargo, no se admite que la relatividad lingüística sea equiparable con la diversidad lingüística, ni tampoco que en ninguna forma el lenguaje ejerza cualquier influencia en el pensamiento, más que pensarse en grandes diferencias deben limitarse a condiciones bien específicas. En suma, la relatividad lingüística no equivale a la relatividad cultural (Lucy, 1997).

Mezclar estos elementos es más común de lo que se cree. Muchas de las revisiones que se han hecho de esta hipótesis confunden los términos de la misma. Usual es que todos estos elementos se encuentren técnicamente representados pero indebidamente empleados. Por ejemplo, a menudo se considera como representativo de un sistema lingüístico elementos poco significativos como son aspectos gramaticales menores relacionados a los prefijos y los sufijos. Se pueden confundir también los elementos verbales usados para evaluar el pensamiento o los estímulos verbales para representar la realidad. De esa forma, la correcta evaluación de la hipótesis requiere una

evaluación apropiada de los estímulos y los criterios. Aún mas, primero de esclarecer los constructos teóricos que ella abarca.

2.1 Constructos teóricos

Tras realizar una versión exhaustiva de diferentes trabajos, se encuentran una de dos tendencias. Afirmar con absoluta certeza que Whorf y Sapir fueron incomprendidos (cfr. Fernández, M.X, 2003, Fernández, M.X, 2004) por no leerseles desde una visión más contextual que textual. Es decir, afirmar que por no leerseles desde el horizonte de visión y las condiciones en las que hicieron tales afirmaciones, su pensamiento original se vio desvirtuado. O bien, la de afirmar, sin confirmación, que sus ideas contenían más determinismo o relativismo del que verdaderamente se encuentra. Puesto que ya fue expuesto en detalle el pensamiento de cada uno de estos autores, baste ahora con delimitar el consenso general.

Si bien, con toda certeza, puede afirmarse que ni Sapir ni Whorf escribieron de su puño y letra los términos relatividad o determinismo lingüístico, dirían Hill & Manheim (1992) de la misma forma que el Sacro Imperio Romano no era ni sacro, ni imperio, ni romano, del mismo modo la hipótesis Sapir-Whorf de la que hablan todos los manuales y libros no tiene que ver con los ideales de Sapir o de Whorf y no es tampoco nada que se parezca a una hipótesis con su diseño de investigación como ahora lo conocemos con variables y demostraciones rigurosas (Reynoso, 2012). Por consenso, lo que se ha establecido como la hipótesis de Sapir-Whorf es lo reproducido ininidad de veces en varios textos y cuyo autoría se le atribuye a Sapir.

El siguiente pasaje dista un poco del anteriormente reproducido en el presente trabajo (p.81) que fue extraído del texto original, pero se cita aquí para su comparación y por su importancia, pues suele citarse una y otra vez en cada uno de los textos y artículos dedicados a este tema. Necesario es que el lector advierta que pese a ser extraído de la obra que en habla hispana y muy probablemente también anglosajona ha realizado un análisis más que exhaustivo de este tema, se encuentra con variaciones y cortes importantes en comparación al original. Se inserta aquí para comparación del lector.

Los seres humanos no viven sólo en el mundo objetivo, ni sólo en el mundo de la actividad social como ordinariamente se lo entiende, sino que están en gran medida a merced del lenguaje que ha devenido el medio de expresión de su sociedad [...]. El “mundo real” está en gran medida inconscientemente construido sobre los hábitos del idioma del grupo. Nunca dos idiomas son suficientemente similares para considerarse que representan la misma realidad social. Los mundos en los que viven diferentes sociedades son mundos distintos, y no meramente el mismo

mundo con diferentes rótulos añadidos (Sapir, 1985, p.162 citado en Reynoso, 2012, p.87)

Si a este pasaje se añade el siguiente:

Sería posible seguir indefinidamente con tales ejemplos de análisis de la experiencia inconmensurables en diferentes lenguajes. El resultado de todo eso sería tornar real para nosotros una clase de relatividad que generalmente está oculta a nosotros debido a nuestra ingenua aceptación de hábitos fijos del habla como guías para una comprensión objetiva de la naturaleza de la experiencia. Esta es la relatividad de los conceptos, o como se la puede llamar, la relatividad de la forma de pensamiento (Sapir 1985, p.159 citado en Reynoso, 2012, p.87)

Y se suma al tan reproducido por Whorf:

Los seres humanos no viven solos en el mundo objetivo, ni tampoco están solos en el mundo de la actividad social. Dependen mucho de la lengua particular que se ha convertido en medio de expresión de su sociedad. Es una ilusión pensar que uno se ajusta a la realidad sin la utilización del lenguaje y que el lenguaje no es más que un medio incidental de solucionar problemas específicos de comunicación o reflexión. La realidad es que el "mundo real" está amplia e inconscientemente formado según los hábitos lingüísticos de un grupo determinado [...]. Vemos, escuchamos y obtenemos experiencia como lo hacemos, principalmente porque los hábitos lingüísticos de nuestra comunidad nos predisponen a ciertas clases de interpretación (Sapir, citado en Whorf 1971, p.155 citado en Reynoso, 2012, p.85)

Se hace evidente que muchas de las interpretaciones son más el reflejo de la exégesis de los textos, que del contenido mismo de la obra de estos autores. Cierto es que ninguno de esos autores suscribió de forma explícita determinismo o relativismo lingüístico alguno, pero si dejaron entre ver en sus ideas que al lenguaje le otorgaban un valor esencial. Esta tendencia se hace más patente en la obra de Whorf que en la de Sapir. Whorf si consideró que el lenguaje era un factor limitante y determinante del pensamiento que llegaba a mostrarse incluso como inflexible y autocrático.

Pero es un error afirmar que pensadores como Humboldt fueran incluso más whorfianos que Whorf (Kadarisman, 2009). Además de la incoherencia cronológica en la que se incurre, como se señaló en el apartado anterior, la visión de Humboldt no fue ingenua pese a que Humboldt sí le otorgó al lenguaje un valor esencial, también se tomo sus reservas para lanzar afirmaciones tan ambiciosas. El trabajo de campo que realizó con los hablantes

de Kavi de la Isla Java y de primera mano, lo llevó a considerar con mayor pertinencia los límites y alcances del lenguaje.

Hay quienes suponen que la relatividad lingüística es equiparable a la versión humboldtiana del lenguaje (Corazzon, 2010; Kadarian, 2009; Gumperz & Levinson, 1991; McElvenny, 2009; Reynoso, 2012), y que de hecho pueda llegar a ser la versión fuerte de la siguiente premisa de Humboldt: “las lenguas difieren una de otra, pensamiento y lenguaje son inseparables; por tanto cada comunidad lingüística encarna una visión de mundo diferente” (Slobin, 1996, p.70 citado en Kadarisman, 2009, p.2). Convierten por tanto a la relatividad lingüística en determinismo y de ser en esencia un asunto semántico se transforma en un asunto estructural.

2.2 Determinismo lingüístico, contraargumentos

Los firmes creyentes del determinismo lingüístico no dudan que el meollo del asunto radique en que la intraducibilidad de un lenguaje a otro sea problemático, por decir lo menos, y en realidad imposible. Extienden incluso este supuesto a la imposibilidad de traducir pensamiento no verbalizado en lenguaje (Chandler, 1994). En suma, dado que los significados son expresados en un lenguaje pero inconmensurables en otro, cualquier arreglo o modificación en el código verbal altera el significado, aún inclusive de forma sutil. Si el contenido está ligado a la forma, y el uso de cualquier medio contribuye a su modificación, no habría forma de decir lo mismo en dos o más formas. Forma y contenido se vuelven inseparables, las palabras no serían más que meras “etiquetas” para el pensamiento. De acuerdo a Chandler (1994), de ser así las teorías que suponen que el lenguaje enviste al pensamiento serían ciertas, en contraposición a aquéllas que creen que el lenguaje es el molde en el cual el pensamiento toma forma. Por tanto, no existiría “el pensamiento no-verbal”, no habría “traducción” alguna del pensamiento al lenguaje. El pensamiento estaría completamente determinado por el lenguaje, y no sucede así.

2.2.1 El universo de los universales

Si el lenguaje determinara el pensamiento sería imposible pensar en universales del lenguaje o en su defecto en la demostración de patrones universales en dominios como categorización del color. Por universal, se entiende parámetros universales identificables a través de las lenguas y las culturas (estructuras gramaticales o lexicales, no a los universales abstractos de la Gramática de Port Royal). En ese sentido, se vuelve necesario trasladar la atención a las teorías sobre el uso del lenguaje (Gumperz & Levinson, 1991) y la gramática, sobre construcciones lingüísticas específicas que son relacionadas al lenguaje mismo. En concreto, implica derivar conceptos como

espacio, tiempo, número, persona y género de marcadores gramaticales específicos a través de las lenguas

Investigaciones sobre el continuo cromático proporcionaron hasta antes de los 60's un campo fértil de estudio para llevar a cabo investigaciones sobre los efectos de la denominación o rotulación del color y el reconocimiento perceptivo. Dado que en ciertas comunidades lingüísticas y ciertas culturas no se hallaba una regularidad estructural en la codificación de los colores, se creyó posible que su codificación dependiera de su registro perceptual.

Fueron célebres los estudios de Brown y Lennenberg (1954), y los de Berlin y Kay. De acuerdo a Bolton (1978), los primeros estudios –inclusive aún algunos más actuales- emplearon la siguiente metodología para estudiar el continuo cromático. Empezaron por determinar la “codificabilidad” de cada uno de los colores escogidos. Definían la ‘codificabilidad’ como la constancia con que se aplica un nombre a un estímulo. Midiendo la coincidencia registrada entre los sujetos, establecieron un orden de clasificación de las diversas codificabilidades relativas a tal o cual serie cromática. La siguiente tarea consistió en correlacionar la codificabilidad con la eficiencia de reconocimiento, lo cual se consiguió tomando a otro grupo de sujetos y mostrándoles, primero, algunos de los estímulos originales, para pedirles, después, que los reconociesen en una tabla con muchísimo más colores diferentes. El experimento comportaba diversas condiciones: el número de colores inicialmente exhibidos era 1 o 4; el intervalo de tiempo entre la visión de los estímulos originales y su presentación en la tabla oscilaba entre 7 segundos y 3 minutos. Se descubrieron correlaciones significativas y positivas entre el grado de codificabilidad y el reconocimiento correcto en todas las condiciones experimentales ensayadas, excepto en la más fácil, a saber, 1 color después de 7 segundos. Como la tarea de reconocimiento se hacía cada vez más difícil, el grado de relación directa entre la codificabilidad y el reconocimiento iba también en aumento (Bolton, 1978). Si bien, estos resultados no justificaban por sí mismos la conclusión de que la codificabilidad era un factor causal en el reconocimiento perceptivo, se tomó así. Puesto que los colores podían diferir en su grado de discriminabilidad, lo hacían también en su codificabilidad. La conclusión a la que llegaban era que a codificabilidad era un factor causal de percepción.

Pruebas experimentales demuestran que la clasificación del color resulta ser universal aunque los términos para categorizarla varíen con cierto orden. En muchas culturas, los colores se organizan en una jerarquía coherente alrededor de colores focales universales (negro, blanco, rojo, verde, amarillo y azul). Si en una determinada población existe un nombre para el color rojo, también lo hay para el negro y el blanco (mas no viceversa). Si hay un nombre para verde también lo hay para rojo (mas no viceversa) y así sucesivamente (Loreto,

Mukherjee, Tria, 2012). Sucede así porque un espectro para el color claramente se hace visible mediante las longitudes de onda, el ojo humano reacciona a este espectro y clasifica los colores de acuerdo a qué tan sobresaliente sea un rasgo sobre otro, dichos espectros se categorizan y suelen, por lo general, ajustarse a la jerarquía antes propuesta. Ocurren, sin embargo, ciertas fluctuaciones a través de las diferentes lenguas, en el orden en que se fijan en la lengua. Ese orden es el que se ve reflejado en las tareas experimentales que emplean como variables lingüísticas la “codificación” y la “precisión en la comunicación”, y como variables no lingüísticas la “capacidad de recordar” (Kay & Kempton, 1983). En suma, aunque la categorización de los colores es universal, no lo es su codificación lingüística. Las diferencias culturales que se observan no son atribuibles a su arreglo formal en el código verbal.

En el mismo tenor, el supuesto de que las categorías lingüísticas deberían derivarse de conceptos universales que son innatos en las especies tampoco se cumple. Hasta ahora no ha sido posible encontrar universales lingüísticos. De acuerdo a Levinson (2009), no hay acuerdo en los universales del lenguaje. Se sabe que los lenguajes naturales pueden o no contener canales vocálicos auditivos –puesto que puede ser también visuales, ej. lenguaje de señas-, si son auditivos pueden tener de 11 a 141 sonidos o fonemas distintivos, no tienen morfología (inflexión o derivación), pueden no usar estructuras constitutivas (diagramas de árbol familiares) para codificar relaciones gramaticales fundamentales, y por tanto, pueden o no tener limitaciones sintácticas en la palabra o el orden de la frase.

Sin embargo, en la década de los 60’s se pensó que los universales lingüísticos se verían fortalecidos, el surgimiento de las ciencias cognitivas estaba en pleno esplendor y el carácter común de la cognición humana se había tornado más que relevante. Desarrollos dentro de la antropología lingüística: el descubrimiento de universales semánticos para denominar a los colores, a la estructura de la nomenclatura etnobotánica y a los términos de parentesco hacían pensar que sería viable la determinación del lenguaje sobre el pensamiento (Corazzon, 2010; Gumperz & Levinson, 1991).

2.2.2 Tiempo y espacio

Categorías del pensamiento que también se creyeron dependientes del lenguaje fueron el tiempo y el espacio; puesto que en todos los lenguajes se encuentran palabras para referirlos, es lógico pensar que al cambiar de lengua se cambie el concepto. Evidencia experimental ha comprobado, sin embargo, que las personas no sólo hablan del tiempo usando lenguaje espacial, piensan también usando representaciones mentales espaciales. Aunque esta condición

sea universal y se empleen metáforas espaciales para hacer mapeos particulares del espacio y del tiempo, éstas presentan condiciones particulares en cada uno de los lenguajes.

Estudios comportamentales sugieren que los hablantes de diversas lenguas, que emplean metáforas espacio-temporales, de hecho piensan en el tiempo de forma diferente. Aducen, incluso, que la gesticulación empleada difiere (Casasanto, 2008). Si bien podría pensarse que quizás la correlación de estos estudios haya sido debida a las metáforas lingüísticas requeridas para procesar el espacio o el tiempo en lenguaje, valdría la pena someter a prueba qué pasaría si no fueran requeridas pruebas lingüísticas. Los resultados de experimentos demostraron que la estructura de las representaciones no lingüísticas no son universales: la forma en la que mentalmente representamos el tiempo covaría con la forma en la que hablamos en nuestras lenguas madre.

Casasanto (2008) y otros han realizado estudios sobre estimaciones temporales encontrando que los mapeos metafóricos del espacio al tiempo están basados en experiencias físicas y son establecidos prelingüísticamente. Se cita un estudio realizado por Casasanto (2008) como ejemplo, la metodología que emplea es muy similar a la de otros estudios. Él se avocó al estudio de diferencias temporales entre los hablantes de la lengua inglesa y griega, en relación con su desempeño en la estimación de duración de tareas no lingüísticas de bajo nivel. Lo hizo considerando que el tiempo puede concebirse de manera tridimensional y no sólo linear, que en inglés la expresión *long time* es más frecuente que *much time*, y en griego, la dimensión de cantidad prevalece por sobre la de distancia, y por supuesto, que no abarca todo el espectro de expresión inter o entre lenguajes. Encontró que se presentaba un patrón de interferencia entre las lenguas con respecto a las dimensiones (*cross-dimensional interference*). La información espacial interfirió con los juicios temporales de los participantes de forma particular. Aunque la duración de los estímulos era la misma en cada ocasión, los participantes juzgaron que las líneas que viajaban distancias más cortas duraban menos que aquellas que por recorrer una mayor distancia se juzgaban con una mayor duración. Este hallazgo parece replicarse, las estructuras de las representaciones no lingüísticas no son universales: la forma en la que mentalmente representamos el tiempo covaría con la forma en la que hablamos en nuestros idiomas maternos. Si las leyes de la física son las mismas en todas las comunidades lingüísticas, los mapeos prelingüísticos de los niños entre el tiempo y la distancia, y el tiempo y la cantidad deben ser las mismas universalmente. No obstante, se observa que cuando los niños adquieren lenguaje estos mapeos son ajustados: cada vez que se emplea una metáfora lingüística, se activa el mapeo conceptual correspondiente.

Estas diferencias resaltan como conjunto en comunidades lingüísticas, de la misma forma que el tiempo covaría también lo hacen los sistemas espaciales.

Levinson (Gumperz & Levinson, 1991) ejemplifica ello contraponiendo el uso de concepciones espaciales en el idioma inglés, en concreto, el uso de preposiciones: *in (dentro)*, *on (encima)*, *at (en)*, *in front of (enfrente de)*, *behind (detrás)*, *to the side of (al lado)*, etc, con aquellas empleadas en el Maya Tzetzal. Encuentra que el maya tzetzal obliga al hablante a elegir descripciones locativas de un largo set, aprox. 300, de raíces verbales para describir la forma, el ángulo, la disposición del objeto, etc. Ejemplo: en inglés se diría: “el tazón está sobre la mesa” (*The bowl is on the table*), pero en maya tzetzal debe especificarse si está boca arriba o boca abajo, si por la forma del recipiente puede decirse si es de boca ancha o no, etc. A diferencia del inglés, carece de distinción para la derecha o para la izquierda. Ya sea que sorprenda que la ausencia de la diferencia entre la diestra y la siniestra sea significativa en el tzetzal o que sea importante en el inglés, estos hechos apuntan a que el lenguaje marca una diferencia no determinante, pero sí relativa.

No obstante, el hecho de que el lenguaje influya el pensamiento no significa que se piense en lenguaje, tampoco que el lenguaje interactúe con las representaciones mentales no lingüísticas vía canales privilegiados o por mecanismos especiales (Casasanto, 2008). En ese caso, lo haría el aprendizaje asociativo. En el mejor de los casos y con sus debidas limitaciones se tiene que: 1) las lenguas varían en su composición semántica tanto como lo hacen en su forma (estructura), 2) las diferencias semánticas están ligadas a la generación de diferencias cognitivas, 3) los correlatos cognitivos de las diferencias semánticas pueden ser encontradas empíricamente de forma generalizada (Levinson, 2009). Se rechaza en absoluto la hipótesis de los universales lingüísticos a favor de una relatividad lingüística, si acaso.

2.2.3 El pensamiento es traducible, no depende del léxico o de la gramática

Otros elementos destinados a evidenciar la imposibilidad del determinismo del lenguaje, implican que el significado no este del todo encapsulado en el léxico ni en la gramática. Éstos únicamente le proveen al hablante restricciones esquemáticas para significar algo en una expresión particular (Gumperz & Levinson, 1991). La suposición que la palabra es la cosa se ha visto del todo superada. El significado es polisémico y multiordinal, es decir, lo que un término, palabra o frase denota depende del contexto y conlleva una extensionalidad. No importa lo que se crea que se expresa, lo que sea que se diga que es, no es. Siendo multiordinal, describe lo que surge de lo que atribuimos (Johnston, 1996). Así, las palabras no pueden crear estructuras en lo real.

El tema de si una mayor diversidad en el vocabulario permite una mayor diversidad cognitiva ha sido muy discutido. Se ha popularizado de sobremanera

el mito sobre las 80 formas que tienen los Inuit para nombrar la nieve (Pinker, 1995; Napoli, 2003). Los Inuit habitantes de las regiones árticas de América, Groenlandia y Siberia no cuentan en el Inuktitut –lenguaje Inuit- con tantas palabras para nombrar la nieve y sus estados. Si en un idioma o lengua se requiere hacer notar las diferencias clases de sustantivos, se encuentran formas para hacerlo. Si entre los Eskimos y los Hottentos no se encuentra en su vocabulario palabras para referir la causalidad no implica que no tengan medios gramaticales para referirla como en las lenguas Indoeuropeas. A menudo, ocurre que idiomas como el inglés o el español deban valerse de la perífrasis o la derivación para hacerlo (McElvenny, 2009). Los hablantes bilingües logran distinciones conceptuales en aspectos verbales o de extensión de los sustantivos mediante la perífrasis o la implicación, pero no siempre de forma exitosa. Los niños nativos hablantes exhiben estos mismos mecanismos cuando niños, pero sus formas se refinan al crecer (Gumperz & Levinson, 1991)

De la misma forma, resulta erróneo creer que el carecer de un término para referir un concepto impida su conceptualización. Al traducir, por ejemplo, un término en dos lenguas diferentes se carece de una correspondencia exacta de términos. Los italianos carecen de una palabra para nombrar la “privacidad”, y sin embargo, si exhiben conductas que implican privacidad, cierran la puerta al ir al baño, no tienen relaciones sexuales en público y no preguntan cosas personales a las personas con quienes no tienen cierta intimidad. De la misma forma, los italianos conservan una palabra *scaramanzia* que en inglés u otros idiomas no admiten una traducción directa. Esta palabra se emplea para denominar la acción supersticiosa de que lo peor está por suceder y hay que evitarlo. (Napoli, 2003). En alemán, por ejemplo, *schadenfreude* significa la acción placentera de alegrarse por el sufrimiento de otros. En ambos casos, en cualquier idioma que se pretenda traducir el término se encuentran formas de hacerlo aunque se carezcan de términos que engloben el concepto tal cual. Por tanto, el entendimiento del concepto es independiente del vocabulario que lo denota.

Por supuesto que en términos de escritura literaria, la imprecisión en términos ejerce mayores consecuencias, el sentido estético de un poema puede quedar destruido por completo. En ejemplos más pragmáticos o menos expresivos, si se quiere donde los significados dependen menos de la forma, las traducciones son menos problemáticas (Chandler, 1994) y las transliteraciones son posibles. Preguntarse, sin embargo, la razón por la cual en una lengua se acuña un concepto particular en una palabra, y en otra no, abre importantes líneas de investigación que rayan en el terreno de la antropología. La sola existencia de la palabra legitima el concepto en una comunidad lingüística, pero la licencia del concepto es independiente de la capacidad de distinguir para el mismo. Hay quienes argumentan que una

diferencia sintáctica, deriva en una diferencia de razonamiento. Sin embargo, al realizar análisis estructurales a los enunciados, se concluye que varía sólo la disponibilidad del rango de estructuras para los conceptos, no el concepto en sí.

Otra prueba de que el lenguaje no es equiparable a una capacidad cognitiva o en concreto al pensamiento, se deriva de la capacidad de poder hablar sin pensar, y viceversa. Los animales no humanos son capaces de comunicarse entre sí o de realizar actividades relativamente complejas, imitar el habla humana incluso, pero no de ejercer una metareflexión sobre uso alguno de su limitada capacidad lingüística. Diferencias genéticas y estructurales se ven implicadas, tanto del mayor desarrollo en los humanos del gen FoxP2 como de un desarrollo estructural del aparato fonador (Napoli, 2003). Estas sutiles diferencias bastan para exhibir un rango de expresión adecuado a las necesidades humanas. La comunicación animal, en cambio, tiene complejidades diferentes a aquéllas del lenguaje humano, adecuadas a los diferentes tipos de animales.

Cierto es que el lenguaje facilita la introducción y transmisión de pensamientos, un particular fraseo de un concepto puede inducir en el oyente una nueva perspectiva. Por ello, los psicólogos cognitivos han resultado particularmente reacios a adoptar cualquier forma de determinismo o relativismo lingüístico. Dan Slobin ha reformulado el determinismo lingüístico en términos del pensar al hablar (*thinking for speaking*) para argumentar que las categorías en las que se codifica una determinada lengua fuerzan al hablante a adoptar una clase particular de pensamiento en línea (*on-line thinking*) (Gumperz & Levinson, 1991). De ser así, se hace manifiesto que existan diferentes modos de pensar, algunos de los cuales no van acompañados de lenguaje. Y si lo hacen, no necesariamente es como lo conocemos, el lenguaje matemático funciona a manera de dispositivo cognitivos que facilita realizar operaciones, pero no es necesario para realizar todos los análisis. Los más sencillos pueden prescindir de él.

A veces, al verbalizar los pensamientos se facilita el proceso de razonamiento; pese a ello el expresarse en un lenguaje no equivale al acto de pensar. Haciendo una burda analogía, diríase que el lenguaje es como un perchero donde colocamos nuestros pensamientos. La estructura del perchero provee de estructura a la ropa, sin embargo, la clarificación de la esencia no es la esencia misma. Los infantes como lo demostraron los estudios de Vigotsky si requerían verbalizar sus acciones como forma de autocontrol, pero conforme crecían y maduraban su comportamiento de esta conducta se extinguía.

En suma, los conceptos se pueden recrear no importando si tenemos o no las palabras para los conceptos. Aquellos para los que no se tengan palabras simplemente serán inefables, pero no intraducibles. El pensamiento está libre

de producción oral y de la lentitud que suponen sus articuladores. Si al pensamiento se le piensa como un flujo de palabras silentes, la velocidad de éstas puede exceder la del habla. Pensamiento es pensamiento y lenguaje es lenguaje, los dos son entes diferenciados que pueden compartir o coincidir en sus propiedades, es decir, ser isomórficos o isofuncionales.

Con respecto a que las diferencias existentes entre las diversas lenguas sean debidas a la lengua madre y a los diferentes tratamientos lingüísticos que se hacen de manera inconsciente y que devienen de los desarrollos metafóricos del lenguaje y que no implican necesariamente diferencias correlativas en la percepción, se han hecho algunas elaboraciones. Desde Rossi-Landi (1974), se advierte que no se trata de cuestiones como la de tener que renunciar a traducir la *Erlebnis* (desde Husserl y Dilthey) con un solo vocablo o de no poder traducirlas con un vocablo en la lengua destino. Tampoco se trata de discutir cuáles son las mejores maneras de traducir a una lengua occidental ciertos términos que son fundamentales en los sistemas de pensamiento oriental. Se trata de traducir diferencias y dificultades inherentes a la estructura misma de la lengua tal como funciona para aquéllos que la hablan en el nivel cotidiano, es decir, en el nivel en el que por ejemplo decimos que en italiano tenemos dos géneros de artículo, en alemán tres y en ruso ninguno. O, que la escanciación temporal del verbo esclavo es sustancialmente diferente de la del verbo europeo occidental. O que las relaciones entre las palabras en el enunciado chino son indicadas no por modificaciones de las palabras mismas sino por su posición dentro del enunciado (y de la presencia de las denominadas “palabras vacías”, cuya función sería solamente sintáctica y metalingüística). La doctrina de la intraducibilidad que los idealistas hacían descender de las diferenciaciones de la expresión del espíritu en su inescrutable libertad, adopta aquí el carácter, cuando menos técnico a su manera, de una descripción de procedimientos codificantes no reducibles el uno al otro. Lo que entendemos por estilo o por idiolecto no está ligado a la tesis del determinismo lingüístico, si acaso al de la relatividad lingüística. En todo caso, esta referiría a la máquina social de la lengua en cuanto intersubjetiva o suprapersonal.

Con referencia al uso de la lengua materna, se sabe que ésta no deja de ejercer su influjo en ninguna manera. La incidencia de esta sobre el pensamiento puede manifestarse también en el caso de adaptar otra lengua en un momento cualquiera. Esta es una sensación común para quien, dotado de *Sprachgefühl*, tiene la sensación de no pensar ya exactamente del mismo modo cuando maneja una lengua en lugar de otra. La idea de un influjo directo e inmediato de la lengua, en cuanto aprendida y hablada en un momento cualquiera constituye una expresión más fuerte y comprometida de la relatividad lingüística que raya en el determinismo, pero es endeble como para admitirlo. Podría pensarse que hasta cierto punto, uno se forma su propia

visión del mundo aprendiendo hablar determinada lengua, y que por lo tanto adapta las estructuras de ésta a la nueva lengua, que admitir que la visión del mundo y del modo de pensar cambien *ipso facto* cuando uno pasa de una lengua a otra. Como visión de mundo, según Carvalho (2006) debe entenderse un sistema de creencias concernientes a la naturaleza de la realidad y del actuar como sujeto en dicha realidad.

2.2.4 La experiencia de la propia lengua materna

Todos hablamos, tenemos en común las técnicas ideativas, expresivas y comunicativas de la lengua o lenguas madre en la que fuimos criados o las que por su intermedio hemos adquirido, y estamos subdivididos en grupos denominados lingüísticos. Para cada uno de estos grupos existe una lengua materna en la cual se aprende a hablar. La suma dialéctica de lengua y habla es lo que conforma el lenguaje. La experiencia que de él tenemos y del uso que hacemos presenta en común con la lengua materna un doble aspecto. Ambos se emplean en situaciones repetibles de forma recurrente, la repetibilidad de la misma asegura un medio de control intersubjetivo. Después de haberla aprendido, continuamos empleándola, inclusive en los períodos en los que hablamos o aprendemos otra. Recurrimos a ella para controlar lo que se nos dice o, en su defecto, para controlar cualquier cosa que deseemos comunicar.

La lengua materna, dice Rossi-Landi (1974) es de naturaleza irrepitible. El patrimonio de la lengua materna no es ni sustituible ni reiterable: se sustrae a la repetibilidad que caracteriza a otras nociones de la experiencia. No se pueden poseer dos lenguas maternas, no se aprende a hablar dos veces. En el caso del bilingüismo, se tiene que se adquiere una lengua primero y la otra después. O bien, si una persona ha hecho suyas las dos lenguas a la vez en el mismo período de tiempo, ambas se mezclan continuamente y se superponen manteniendo estructuras lingüísticas diferenciables. Aún en ese caso, se aprende a hablar a través de estas dos o más lenguas que funcionan como lengua materna. La presencia de estas situaciones particulares no impide que sea más común y universal el caso de una sola lengua materna, y que ésta a final de cuenta se irrepitible.

La no repetibilidad de la lengua materna condiciona las repeticiones cumplidas por nosotros en ella y con ella. Esto, dice Rossi-Landi (1974), se convalida cada vez que volvemos a experimentar las situaciones que componen la lengua y cada vez que apelamos a alguno de sus aspectos para ejercer un control cualquiera sobre el proceso comunicativo. Las repeticiones ocurren en el ámbito de la no-repetibilidad.

Los aspectos de la lengua y del habla son una compleja realidad social altamente estructurada. Cuando niños se aprenden sus elementos fundamentales y constitutivos, se modifica con mayor o menor rapidez en el tiempo y en el espacio, uno se adapta hasta cierto punto a sus cambios. Es

esta realidad social vivida con su correspondiente trozo de historia, la que constituye una experiencia no repetible. Con una fórmula: los aspectos repetibles de la lengua, a los que recurrimos continuamente para cada uno de nosotros son aspectos propios de la lengua materna, aspectos de un momento determinado de su desarrollo. La dialéctica de la repetibilidad en, y de no repetibilidad de la propia lengua materna tiene importancia fundamental para la tesis de la relatividad lingüística, de la cual es una primera anticipación (Rossi-Landi, 1974). Las diferencias ulteriores dadas en la experiencia no repetible de la lengua materna entre grupo de individuos aislados se dejan de lado en función de la comunidad de experiencias intersubjetivamente repetibles. La lengua es una realidad social supraindividual: a pesar de sus diferencias como hablantes, todos los individuos pueden referirse a ella y “son hablados por ella”, es esa realidad a la que uno se refiere y no a la de las diferencias individuales.

Como acertadamente observó Lennenberg (citado en Bolton, 1978), los hechos lingüísticos y los hechos no lingüísticos deben ser observados separadamente y descritos antes de que se busque su correlación. De lo contrario, el principio de la relatividad lingüística deviene circular o tautológico, por cuanto las diferencias de “cosmovisión” se convierten en diferencias lingüísticas. Los patrones de pensamiento pueden servir como hipótesis de diferencias cognitivas entre miembros de diferentes comunidades lingüísticas, pero se requieren otros datos lingüísticos para confirmarla. Datos que sin importar que también hayan sido traducidos o adaptados, requieren de algún diseño experimental que base su éxito en la comparación del desempeño a través no de traducciones que confunde las diferencias entre los ítems con diferencias entre condiciones. A menos que las predicciones lingüísticas sean tratadas en términos de interacciones estadísticas, los investigadores se arriesgan a interpretar relaciones espurias entre los patrones del lenguaje y patrones en el desempeño de tareas experimentales (Casasanto, 2008). En consecuencia, cierto tipo de pruebas que parecerían apoyar esta hipótesis, en su versión débil, de hecho no lo hacen.

Un caso similar al de equiparar el molde de pensamiento a través de la lengua materna o de una primer patrón bien definido podría observarse cuando los filósofos analíticos consideraron al lenguaje como fuerza(s) que moldeaban los pensamientos de los hablantes y de su percepción del mundo. Aunque fueron muy críticos con respecto a esta postura, vieron en el lenguaje un filtro pernicioso que podía distorsionar la correcta lógica del pensamiento y esconder la verdadera naturaleza del mundo. Supusieron que luchar en contra de esta dificultad podría eliminar este sesgo (McElvenny, 2009).

Considerando todas las pruebas anteriores con respecto a la hipótesis Sapir-Whorf en su versión fuerte son inviables con respecto a los universales y categorizaciones lingüísticos (para color, tiempo, espacio, gramática) y de los

patrones lingüísticos, parece admisible aceptar bajo ciertas condiciones la versión débil de esta hipótesis: el relativismo lingüístico. Sin caer en las prácticas de los neowhorfianos que suscriben la misma, a decir de Reynoso (2012): a) repudiar la versión fuerte admitiendo que es insostenible, b) desagraviar la versión más débil sobre la base de que es más consistente de cara a los hechos que otras alternativas como el nativismo extremo o la pragmática radical, c) reprimir cualquier conato de refutación empírica aseverando que la hipótesis Sapir-Whorf no es una hipótesis, 4) opcionalmente, velar la realización de una investigación que a la larga constituye una reivindicación encubierta de la versión fuerte.

En ese sentido, el trabajo de los siguientes autores (algunos de los cuales fueron incluídos) debe ser leído con suma atención. Entre los nombres a considerar se incluyen los de los whorfianos, mejor dicho, neowhorfianos: Danny Keith Hawkmoon Alford, Dorothy Lee, Madeleine Mathiot, Harry Hoijer, Lera Boroditsky, Berlin Brent, Stephen Levinson, María Fernández-Casas, Dedre Gentner y Susan Goldin-Meadow. La gran mayoría de los trabajos de estos investigadores se muestran favorables al pensamiento de Whorf, algunos a ultranza y lo juzgan del todo incomprendido, pero los más justos lo consideran malinterpretado. Si bien si hay muchos aspectos que merecen ser revisados y revisitados, debe analizarse su propuesta no con presentismo, pero sí de cara a los hechos que ya han podido ser puestos a prueba y que en su tiempo aún no eran considerados.

Por ello, se hace necesario considerar los aspectos que Lucy (1997) propone a nivel:

- 1) *Semiótico*, analizar cómo el habla de cualquier lengua natural puede influenciar el pensamiento. Considerar si un código con un componente simbólico (versus uno confinado a elementos icónico indexicales) transforma el pensamiento. De ser así, podría hablarse de una relatividad semiótica del pensamiento con respecto a otras especies que carecen de este código,
- 2) *Estructural*, analizar cómo el habla de uno o más lenguas naturales (hopi vs. inglés) puede influenciar el pensamiento. Considerar si configuraciones morfosintácticas bastante diferentes en el significado afectan el pensamiento acerca de la realidad. Tradicionalmente ese es el enfoque que se ha utilizado. De resultar cierto, podría hablarse de una relatividad estructural en el pensamiento con respecto a los hablantes que usan lenguas diferentes.
- 3) *Funcional*, analizar cómo el uso de un lenguaje en una forma particular puede influenciar el pensamiento. Considerar si las prácticas discursivas afectan el pensamiento, ya sea modelando las influencias estructurales o influenciando directamente la interpretación del contexto interaccional.

De ser así, podríamos hablar de una relatividad funcional del pensamiento con respecto a los hablantes usando lenguas diferentes (relatividad discursiva).

Claro está que debe considerarse que cualquier afirmación acerca de la relatividad lingüística de tipo estructural depende de aceptar una isofuncionalidad amplia a través de los hablantes en los mecanismos psicosociales que ligan al lenguaje con el pensamiento y que es a través de los lenguajes en su uso cotidiano -el habla- como se realizan los actos de referencia descriptiva.

CONCLUSIONES

Considerando lo antes expuesto, se hace evidente el que la hipótesis Sapir-Whorf (HSW) no sea equiparable en ninguna forma con el determinismo lingüístico. Los componentes teóricos que se identifican en él no se corresponden con los planteados en la hipótesis Sapir-Whorf, ni siquiera son afines por completo con el pensamiento de sus autores. Desentrañar cuáles son los constructos teóricos y las afirmaciones que hizo cada uno de ellos se dificulta en tanto que: 1) no suelen consultarse los textos originales por ellos publicados y las lecturas poco escrupulosas de los mismos abundan, 2) los simpatizantes de las ideas de Sapir o de Whorf, suelen admitir visiones bastante laxas y ambiciosas que no se corresponden con su pensamiento, 3) sus críticos los descalifican o ridiculizan sin atisbos críticos, exacerbando sus imprecisiones y descalificando sus aciertos, y 4) las pruebas experimentales realizadas para confirmar o desechar sus planteamientos, a menudo son sobreestimadas o infravaloradas. La interpretación que hacen de los datos rebasa el alcance de los mismos. Esta clase de obstáculos ha impedido una lectura más justa del pensamiento de estos autores, de forma tal que para el campo de la psicología esta temática resulta poco conocida.

Pensando en acercarse de una mejor forma a comprender la relación entre el lenguaje y el pensamiento, el presente trabajo tuvo como objetivo analizar el desarrollo de los constructos teóricos que sustentan la hipótesis Sapir-Whorf. Para ello, se consultaron los textos originales escritos por ellos y se contrastaron con los que mejor resumían sus ideas, se consultaron también diferentes textos para recopilar el pensamiento de sus principales influencias (ej. el pensamiento de Boas, el de Humboldt) y aquéllos que ayudaran a contextualizar el clima intelectual de la época.

Debido a que es tan común encontrar que se presta poca o nula atención a la coherencia argumental que guardan las pruebas con el sustento teórico que las respalda, y se enfatizan y sobrevaloran los diseños experimentales, el presente trabajo otorgó un menor énfasis a la descripción y análisis de pruebas experimentales que han puesto a prueba la HSW. La mayoría de estos estudios olvida, casi por regla general, considerar si estas pruebas resultan eficaces para probar un determinado aspecto de la cognición desde lo lingüístico, más en concreto desde el habla, en el marco de interpretación que lo pensaron Sapir o Whorf. Cuanta más atención le proporcionan al diseño experimental, tanta menos le ceden al análisis de sus constructos teóricos. Aún las críticas más feroces y las revisiones más favorables otorgan poca atención a este rubro.

En cambio, los resultados, los datos de las pruebas experimentales siempre son enfatizados. Aún en los diseños que son netamente antropológicos, los que son más laxos (para la codificación verbal de determinados objetos,

ubicaciones espaciales o temporales) o los que son sumamente complejos (para el caso de la codificación en la escala cromática) ha importado más el desempeño en la prueba misma que la coherencia que ésta guarde con el supuesto teórico en que se sustenta. Por lo general, se enfatiza tanto el método y el resultado que se olvida comprobar la forma en que estos datos y estimaciones encajan con el modelo teórico.

No importando el nivel de complejidad que se encuentre en el estudio, esta misma tendencia se repite. Siempre termina importando más lo complejo del diseño, el puntaje que obtengan los individuos al codificar y categorizar elementos espaciales o temporales (pienso en las pruebas que discriminan el tipo y el número de vocablos usados para nombrar objetos, distancias o ubicaciones entre diferentes individuos de diferentes grupos lingüísticos) que la coherencia que estas guarden con lo que se pretende investigar. Independientemente de la complejidad de los diseños, los huecos teóricos siempre se presentan, es sumamente extraño que se busque comprender cómo los datos pueden probar o no algún supuesto teórico que se presume es coherente con lo asentado por Sapir o por Whorf.

El problema principal es que al no poder discernirse de dónde surgen estas ideas o hacia donde apuntan, se dificulta comprender cuál es la importancia de las mismas. El análisis de la correspondencia entre el lenguaje, el pensamiento y la realidad ha sido descuidado del todo, y ese fue el objetivo principal que sus autores persiguieron desentretener cuando desarrollaron algunas ideas en torno a esta triple asociación de elementos.

En consecuencia, algunos críticos mordaces han llegado a difundir velozmente y con gran fiabilidad, conjeturas poco acertadas y no del todo fundamentadas (cfr. Pinker, 1995). Salvo notables excepciones (cfr. Reynoso, 2012), las más de las críticas se han elaborado alrededor de fragmentos de su pensamiento, ocupado citas que son interpretadas fuera de contexto, o bien, tomado la parte por el todo y atacado elementos muy particulares de esta hipótesis que poca relación pueden tener con el sistema teórico de fondo. Cuando sus bases teóricas no son examinadas, el alcance de explicación que se logra queda en extremo limitado. Al no poder discernirse con claridad sus elementos teóricos, no puede demostrarse la fortaleza o la debilidad de esta hipótesis. Fácilmente pueden elaborarse interpretaciones que tendrán muy pocas oportunidades de someterse a contrastación tanto en el plano teórico como en el experimental.

La presente investigación buscó por ello revelar los núcleos teóricos de la HSW, en especial, los que dieron origen a su formación. El conocimiento de sus antecedentes desde los más lejanos hasta los más inmediatos permitió una mejor comprensión de la misma. La interpretación de los resultados de las diferentes investigaciones llega a ser mucho más integral cuando se incorporan

estas otras nociones que a menudo son ignoradas. Particularmente en el campo de la psicología, las interpretaciones que se hacen de estos resultados llegan a ser mucho más integral.

Ello no ha implicado, sin embargo, que la presente investigación halla buscado mostrarse a favor de la existencia de la hipótesis en cualesquiera de sus dos versiones, la débil –relativismo lingüístico- o la fuerte –determinismo lingüístico-, tampoco buscó rechazar por completo su viabilidad. Tampoco intentó demostrar, como tantos otros trabajos lo han hecho, las razones por las cuales ciertos aspectos que pretende probar a nivel experimental son del todo insostenibles o bien, resultan admisibles en buen grado, pero son indiscernibles de otros aspectos culturales sumamente influyentes. La aproximación, en suma, no es desde lo pragmático o experimental, no se intenta probar un aspecto particular de la HSW, ya sea la concepción espacial, temporal, o de categorización de la realidad; aquí la atención se centra en el estudio de la teoría en que se asienta el pensamiento de sus autores. Cosa no menor, pues se ha visto que muchos de las críticas actuales o de la replicación experimental actual no dista mucho de la realizada a principios del siglo XX, momento en el que esta hipótesis floreció en los Estados Unidos. Si bien es cierto que el salto en el conocimiento no está determinado por la mera acumulación de datos, tampoco ha ocurrido algún avance por entero sustancial que implique una mayor profundidad teórica o experimental.

Cuando la HSW se dio a conocer entre los asistentes al *Simposio Internacional de Antropología* en Nueva York, en el que Hoijer la dio a conocer de manera formal (1953), Hoijer mismo (Hoijer, 1954) advirtió que la estructura lingüística no era sinónimo de diversidad lingüístico-cultural y por ende: “exagerar las diferencias lingüísticas de esta naturaleza y sus consecuentes barreras de comprensión intercultural no era señal de su comprobación” (características por las cuales esta hipótesis ganó fama muy rápidamente). Ya desde entonces se advertía un sesgo importante, se presuponía que las diferencias culturales debían ser en alto grado correlacionadas o predichas por variables lingüísticas. Constructo que esta hipótesis nunca estableció como plausible.

La existencia de similitudes entre diferentes culturas de diferentes latitudes cuenta en sí misma como evidencia de comunicación intercultural exitosa, prueba que es posible difundir el conocimiento (no importando las razones que hayan propiciado su difusión, a saber, dominación, sometimiento, etc., y/o las vías por las que se haya logrado, ya sea vía oral, escrita o por imitación en el comportamiento). Amén que algunas características que puedan observarse, bien puedan explicarse por factores biológicos, psicológicos y sociales comunes a todos los seres humanos; o bien, puedan llegar a esperarse. Se sabe que las diferencias entre grupos son menores en número a comparación de aquellas que puedan encontrarse al interior de un mismo grupo.

Aun si algunas de las diferencias lingüísticas o culturales encontradas puedan llegar a correlacionarse, el adjudicar al lenguaje un papel primordial sería un error garrafal, se incurriría en una visión sumamente ingenua de los hechos y de la comprensión de los mismos. En primer lugar, porque la sola contigüidad de estas variables establecería una relación que no necesariamente sería confirmada por relaciones reales, y los nexos que pudieran llegar a compartir no implicarían causalidad alguna. Con una cantidad suficiente de datos, se podría llegar a establecer relaciones con casi cualquier cosa. Así, el hecho mismo de que la comunicación y la transmisión de información se dificulte dependiendo del grado de diferencias de la(s) cultura(s) implicadas, pero no al grado de ser imposible, no podría atribuirse a diferencias lingüísticas. Diría Hoijer (1954), cada lengua es capaz de reportar, analizar y categorizar la experiencia desde medios lexicales y gramaticales determinados. Sobretodo, al establecer esta relación se ignoraría el hecho de que Humboldt, Boas y Sapir descartaron *a priori* la relación entre el lenguaje y la cultura, no la dieron por sentada, mucho menos la pensaron como determinante.

Para Humboldt, el lenguaje fue el medio a través del cual el hombre se adueñaba de su humanidad, era un medio simbólico hiper-refinado que permitía recrear en el oyente una respuesta particular, era un proceso sumamente complejo que lograba elicitar y reflejar con suma exactitud procesos cognitivos bien específicos, era una forma de interrelacionar la propia subjetividad con los procesos culturales bien definidos. Boas, en cambio, suponía que entre la cultura y lenguaje no se hallaba correspondencia funcional o conceptual alguna, y por el contrario el pensamiento era pieza fundamental y constituyente de toda expresión lingüística. Sapir, por su parte, creía que el lenguaje aún siendo un producto histórico, era por entero diferente del “temperamento nacional”, y pese a que llegaran a coincidir los límites culturales y raciales con los geográficos, no infería causalidad alguna entre estos tres elementos, más bien concebía a la lengua con un elemento aglutinante capaz de contener diferentes elementos, pero no formarlos. En suma, llegaba a ser arte colectivo del pensamiento.

No obstante, innumerables veces el relacionar la lengua y la cultura y atribuir la relación a estos autores ha servido como piedra de toque para confirmar o desdeñar las diferencias culturales debidas a las diferencias lingüísticas. Los mismos antropólogos y los psicólogos cognitivistas han usado esta misma evidencia para favorecer o rechazar cualquier asociación que pudiera presentarse entre el lenguaje, el pensamiento y la cultura. Ambos han empleado las diferencias lingüísticas para relacionar aspectos culturales (y de cognición, incluso) y maximizar su interrelación, o bien, para minimizar las diferencias culturales que entre ellos se puedan encontrar.

Además de lo cultural, muchos especialistas han incluido otra clase de preceptos para validar o invalidar esta hipótesis. Por enumerar algunos: 1) el

vocabulario, la presencia o ausencia de palabras para denominar rasgos o conductas muy específicas que no encuentran correspondencia en cualquier otro idioma es tomado como evidencia favorable o desfavorable de relación entre el lenguaje y el pensamiento, entre el habla y la cognición; 2) la *diversidad lexical*, el que se encuentren muchas formas para denominar una misma cosa (piénsese en el mito de los Inuit y sus formas tan variadas para hablar de la nieve) ha sido considerado como índice de una mayor capacidad cognitiva e indirectamente de un mayor capacidad perceptual, de mayor sensibilidad para detectar cierto estímulo físico; 3) *la categorización gramatical* ha sido considerada como influyente en la percepción de atributos de la sustancia, del objeto que debe denominarse.

Así, si no existe una correspondencia unívoca entre un vocablo en un idioma y otro, se cree que cualquier intento de traducción es inútil y poco certero. Si no se halla evidencia de un vocabulario vasto en un hablante, se cree que es poco inteligente. Si se encuentran diferencias en la carga semántica de las palabras entre un idioma y otro, y se encuentra que éstas se corresponden con diferencias lingüísticas (como las halladas en el uso de diferentes artículos – femenino y masculino- para la misma palabra en un idioma y en otro), se cree que las cargas semánticas son del todo determinadas lingüísticamente. Si una palabra que refiere un objeto posee un artículo femenino en un idioma y masculino en otro, se piensa que los hablantes le atribuirán al mismo objeto ciertas características en un idioma, y otras diferentes en otro (ej. ‘el sol’ en español, ‘*die Sonne*’ (art. fem. en alemán).

Hay incluso quienes aventuran afirmaciones más arriesgadas, creen firmemente que lo lingüístico se corresponderá cabalmente con lo perceptual, que al no encontrar formas para denominar elementos del mundo real, el hablante será incapaz de hacer un registro sensorial de éste. El lector, ya podrá advertir cuán disparatado puede sonar la afirmación anterior. En una menor dimensión, afirmar que toda configuración lingüística es capaz de promover un cambio en lo perceptual, es bastante más razonable y admisible. En definitiva, las diferencias estructurales en materia lingüística no impactan en ninguna forma al objeto real, aun cuando si logren impactar en nivel cognitivo.

En otras palabras, en el habla de las personas será más común encontrar referentes y formas asociadas a los elementos que normalmente sean relevantes en su medio (cultural o geográfico) que formas que no se hayan anclado dentro del sistema lingüístico por cualesquiera que sean las razones. Resulta razonable pensar por qué se ha preferido una forma o estructura sobre otra, y por qué ha quedado registrada de forma lingüística, por qué ha perdurado a lo largo del tiempo y por qué pese a las diferentes modas de habla no ha sido modificado. Sin embargo, la sola existencia de esta característica no bastará para establecer causalidad o relación alguna entre lo cultural y lo lingüístico. Es decir, el hablar del color de la nieve, de la nieve misma, de la

forma de los objetos reflejará sólo una forma que indica que es natural e importante hacerlo así para los hablantes de una determinada cultura o comunidad lingüística, bien sea por fines de supervivencia o por usos y costumbres. Referir direcciones desde puntos cardinales y no desde ubicaciones asociadas al contexto será más común hacerlo en lugares donde así se haya aprendido hacerlo o así se haya requerido. En igual forma, el tener un vocablo para referir un color o un número no mermará la capacidad sensorial o cognitiva de los hablantes para percibir el color o para contar (ej. la capacidad cognitiva de los Pirahã no deberá ser puesta en duda bajo el argumento de que carecen de términos para los números iguales o mayores a 2 o 3).

El que muy probablemente la suma cotidiana de estas diferencias resulten en patrones de pensamiento e incluso de conducta no deberá ser prueba suficiente para pensar al lenguaje como una extensión del pensamiento, aún menos que necesita de él para subsistir, incluso si se sirve de él, de sus funciones simbólicas para una mejor representación de las cosas o del mundo. El pensamiento no implica en si mismo lenguaje alguno. El poder pensar no en palabras, sin sonidos y sí a través de imágenes (protoimágenes inclusive para el caso de los animales con funciones cognitivas complejas) aporta evidencias para concebir independencia funcional entre el lenguaje y el pensamiento. Idea que Sapir mismo ya había considerado en la formulación de sus ideas.

El determinismo lingüístico deberá entonces descartarse por completo, aun si puede demostrarse que en cierto nivel el lenguaje pueda dirigir la atención hacia ciertos aspectos y hacerlos relevantes. De este hecho, no puede derivarse el que el pensamiento requiera del lenguaje para subsistir, para crearse o siquiera recrearse. Aún cuando cierto tipo de pensamiento esencialmente implique cierto lenguaje natural (Cole, 1999), el relativismo lingüístico no puede verse así confirmado. Sin embargo, si es importante considerar el papel del habla en la concepción generalizada que se tenga de determinados aspectos.

Aspectos como la concepción del tiempo y del espacio, al ser enmarcados en códigos verbales, pueden ser susceptibles de alterarse en la mente del hablante (Gumperz & Levinson, 1991). Como anteriormente se describió, los hablantes de las lenguas europeas modernas tienden a favorecer el uso de coordenadas corporales para describir arreglos de objetos (ej. el hombre está a la izquierda del árbol), hablantes de otras lenguas como el Guugu Yiimithirr (de Australia) y el Tzetzal (Maya) tienden a favorecer sistemas anclados en direcciones cardinales o características topográficas (Gumperz & Levinson, 1991; Lucy, 1997).

Evidencia importante si se consideran las condiciones en las que se realizan este tipo de estudios, mismos que suelen considerar “los patrones de

pensamiento que surgen de forma constante en discursos interactivos centrados en un área particular”, y los contrastan con el uso de un determinado dominio de realidad (ej. el espacio, el tiempo) para cuestionarse cómo lenguas diferentes lo codifican o construyen. Así, se ha visto que al propiciar cambios en la construcción lingüística (arreglo formal en un código verbal determinado), se implican cambios en la forma de pensar o de concebir aquello de lo que se habla, y por ende, se extiende esta categoría a describir cambios en el pensamiento. De hecho, más que pensamiento que es una categoría mucho muy amplia bajo la cual se subsumen muchos otros conceptos, se debería hablar de representación. Más en concreto, en el pensamiento que se realiza al hablar (*thinking for speaking*) (cfr. Gumperz & Levinson, 1991).

En buena medida, la propuesta de Sapir y Whorf apuntó en esta dirección, indirectamente estuvieron a favor de que el lenguaje moldeara, delimitara, más bien elicitara en el hablante de una determinada comunidad lingüística (entendiendo como tal a un individuo que comparte hábitos lingüísticos comunes con otros individuos que son perfectamente distintos de otro grupo lingüístico) una cierta representación que es mucho más común e identificable que otras tantas que cualquier otro individuo de otra comunidad lingüística pueda concebir. Pese a que especialmente Whorf se mostrara entusiasta con esta posibilidad, a grado tal de sugerir que la “cosmovisión” de los hablantes estaría por completo trastornada por el lenguaje que usaran para hablar, en ninguna forma, la intención de Sapir o Whorf que se descubre en sus textos es la de mostrarse a favor del determinismo lingüístico. Quizás si la de insinuar una cierta inclinación por el relativismo lingüístico.

Pensar cuáles son los medios, las formas o las vías por las que el lenguaje toma forma, permite evidenciar algunas falacias muy socorridas. Pinker (1995) y otros aseguran que las estructuras cognitivas que nos son inherentes *mentales* (sistemas innatos de representación proposicional) requieren sino de un lenguaje particular, si de un lenguaje natural para subsistir (Cole, 1999). La visión acerca de que el lenguaje es el medio de todo pensamiento humano, que es el resultado de la verbalización interna, bien el sistema central de la cognición que se forma por entradas y salidas de información, o bien un medio puramente destinado a la comunicación implica en alguna forma que el lenguaje transforma o puede transformar en algún grado a la cognición (Carruthers, 2002), en el peor de los casos, que la determina. Sin embargo, el que el lenguaje pueda propiciar que se preste mayor atención a ciertos aspectos por sobre otros y que se razone de una determinada manera no hace necesario que se implique al lenguaje en el pensamiento para su ocurrencia.

El que el lenguaje sea necesario para la adquisición de ciertas creencias o conceptos, que sirva de herramienta cognitiva y que por tanto, mejore el rango y la complejidad de nuestros procesos, en algún grado, o que la adquisición de un lenguaje esculpa nuestros procesos cognitivos no puede demostrarse del

todo. No hay condición alguna en la que pueda aislarse por entero la cognición del lenguaje. Ni siquiera en los casos en los que se estudian a sujetos que sufren afasias, agramaticalidad o cualquier otro trastorno del habla, pues en algún punto, anterior al accidente o condición que los llevo a quedar sin habla, debieron haberse valido del lenguaje para conformarse, constituirse y asumirse como sujetos lingüísticos. Aún menos en los casos en los que se estudian a hablantes por entero monolingües, bilingües o multilingües, pues el idioma, su aprendizaje y su manejo implican el manejo de diferentes competencias lingüísticas que por naturaleza misma requieren de la interacción forzosa entre el habla y el razonamiento y, por supuesto, de la intervención de la lengua madre en la segunda, tercera o cuarta lengua que estén aprendiendo. Muy probablemente incluso, la competencia lingüística vaya transformándose conforme aumenta el nivel de dificultad. Quizás a medida que se especializa o diversifica surjan no sólo nuevas formas sino estructuras que lejos de aislar el uso del habla y el razonamiento lo comprometan más. Cuando menos estrechan la distancia para ayudarse a extender sus rangos y funciones.

Piénsese que justamente porque ambos dominios de estudio (lenguaje y pensamiento) se requieren como variables de análisis, forzosamente ambos son forzados a interactuar en alguna forma. Se sabe incluso que dependiendo del sistema lingüístico, el cerebro presenta diferencias estructurales importantes. El cerebro se lateraliza marcadamente más en el hemisferio izquierdo, que es asociado al análisis de los procesos, cuando de sistemas fonéticos se trata, y del hemisferio derecho cuando de analizar las frases y el significado de manera conjunta se requiere, por ejemplo como en el idioma chino que exige el uso de ideogramas y de analizar no palabras ni frases, sino ideas y formas. Incluso el que en el cerebro puedan convivir dos o más formas procedimentales de análisis lingüístico se confirma cuando se realizan hazañas como la escribir y traducir simultáneamente en dos idiomas diferentes y de forma diametralmente diferente (ej. inglés vs chino, poesía vs prosa)⁴⁶. El que existan personas ambidiestras y multilingües da muestra ya de la plasticidad cerebral, y de la diversidad e independencia procedimental en diversos rangos lingüísticos de la que se es capaz.

La especialización de las funciones lingüísticas permite apreciar que las funciones lingüísticas son sumamente complejas, pues de igual forma que el lenguaje puede comunicar con la mayor eficiencia posible alguna situación, de igual forma puede transformar, sugerir y esconder la realidad a través de metáforas y otros recursos retóricos. Ahora, entender como puede conjugarse lo lingüístico en lo conceptual, es en sí mismo un reto. Quizás hasta podría tomarse como confirmación indirecta de las teorías modulares del lenguaje.

⁴⁶ Se sabe del caso de una mujer traductora ambidiestra que es capaz de traducir simultáneamente en inglés con una mano, y en chino con otra, escribir poesía con una y en prosa con la otra. Lo que implica el uso de formas estructurales lingüísticas generales (diferentes idiomas) y específicas (diferentes usos de la lengua metafórico visual y concreto) (cfr. <http://www.bbc.co.uk/news/world-asia-20697278>)

Dichas teorías proponen que la mente contiene un número innato de canales de módulos conceptuales que están diseñados para procesar información conceptual de campos o dominios particulares de forma innata a través de ciertos algoritmos que no son compartidos, ni siquiera son accesibles a otros sistemas. Esos otros sistemas son los de módulos conceptuales asociados a sistemas físicos, a la teoría de la mente –psicología ingenua-, sistemas biológicos, sistemas numéricos, sistemas geométricos de ubicación espacio-temporal, y de procesamiento y seguimiento de contratos sociales (Carruthers, 2002). El hombre para subsistir, proponen algunos teóricos debieron pasar tras largos períodos de evolución para afianzar estas capacidades.

El lenguaje, postulan algunos, fue el fruto de desarrollo de un módulo que estuvo conformado por componentes aislables, aislados e innatos. Saber con exactitud qué tan acertada es esta tesis, está hoy día en discusión. Sin embargo, de encontrar suficiente evidencia que la avale no excluiría influencia contextual alguna en la formación del lenguaje, del pensamiento, o del lenguaje en el pensamiento. Cual sea que fuere la forma verdadera en la que el lenguaje se desarrolló y surgió en los primeros humanos en África, o en la que empezó a diversificarse en las diferentes lenguas y sistemas lingüísticos, ha sido del todo imposible saber. Los estudios realizados en infantes no han podido ayudar a descifrar este misterio, los estudios realizados en diversas familias lingüísticas tampoco ha ayudado a encontrar la mejor vía de resolución. En suma, una sola aproximación experimental o filológica no son capaces de aportar datos que permiten una comprensión más integral. En particular, la primera que es la que ha sido fomentada en los países anglosajones.

Quizás, aquí la pregunta a formular sería, por qué habría que pensar que estos elementos deben desarrollarse de forma independiente solamente, si se ha visto a través de los tiempos, que es en su forma conjunta como presentan mayor riqueza conceptual y funcional. Declaración que no conlleva implicación o insinuación alguna al respecto que el lenguaje requiera el pensamiento para su desarrollo, ni tampoco la afirmación de que no lo haga. En tanto que ambos implican simbolismo, su interacción se hace posible. La discusión a la que se llega es muy similar a la que se tiene cuando se intenta descubrir que influye más en el desarrollo del individuo, si el ambiente o la naturaleza. Si la psicología continua intentando descubrir sólo mediante la consideración de una sola vía, la solución a esta pregunta estará condenada al fracaso. ¿Por qué habría de empeñarse en aislar de forma teórica o funcional lo que se ha visto se conjuga en muchas formas en la práctica diaria?, ¿por qué la psicología no retoma los saberes de la filosofía y reorienta sus líneas de investigación considerando en igual manera las formas en que se establecieron las relación entre uno y otro elemento?, ¿por qué sólo perpetúa líneas de investigaciones que presentan limitaciones importantes y que desde el siglo XX no han

reportado ningún avance del todo significativo? Pensar en cómo formular mejor las aristas de estudio supondría un mayor avance.

Hasta ahora solamente puede afirmarse con certeza que lenguaje y pensamiento son entidades funcionales y estructurales bien diferenciadas, que poseen vías únicas y exclusivas, y cuyas funciones pueden conjugarse posibilitando una mayor extensión de las capacidades cognitivas, pero no se necesitan en ninguna forma la una o la otra para subsistir. Salvo en el caso del lenguaje que se ha visto que tiene un período crítico de adquisición en el humano y que de alguna forma incide en la capacidad de desarrollo de funciones de raciocinio más complejas. En el pensamiento, por su parte, no se ha identificado un período similar, su desarrollo transcurre de forma natural aún en el caso de ausencia lingüística absoluta (el caso de los niños sordos), pero no de capacidad simbólica.

Pese a estas evidencias, en ninguna forma, la sola medida de alguna de ellas (presencia cognitiva o lingüística) es indicadora de mejor capacidad cognitiva. Evaluar estas funciones requiere de juegos completos de pruebas e indicadores cuya complejidad varía. Si la psicología pretende valerse sólo de estas medidas puntuales para asegurar o afirmar un mayor o menor desarrollo de capacidades cognitivas complejas incurre en un grande error. Sobretudo porque cuando somete a estudio las capacidades cognitivas juzgándolas desde lo lingüístico lo hace creyendo que los sujetos pueden no poseer alguna capacidad lingüística alguna, como si tal condición fuera tan fácil de encontrar, o encontrar en un estado cuyo desarrollo no esté en continuo cambio.

Es decir, si el primer supuesto fuera posible, deberían poderse realizar manipulaciones experimentales con personas como Kaspar Hauser o Victor de Aveyron y poderse comunicar vía no lingüística, condición del todo imposible, para realizar el estudio. En ese sentido, confirmar con comunidades de sordo mudos dificultades importantes en su capacidad cognitiva y funcional, caso improbable. Por el contrario, se sabe de una comunidad de sordo mudos en Massachussets estudiada por Oliver Sacks en su libro *Veo una voz: viaje al mundo de los sordos* que demuestra de forma contundente que sus capacidades cognitivas permanecen intactas. Con respecto al segundo caso es también improbable encontrar que los hablantes monolingües, bilingües o multilingües no registren cambios lingüísticos continuos o sólo son los de esa naturaleza los que incluyen en su repertorio cognitivo, condición bastante improbable. Fenómenos como la interferencia lingüística o la del *code switching* se presentan siempre que se está adquiriendo una segunda, tercera o cuarta lengua y no cesan de presentarse aún cuando la lengua esta por entero consolidada.

El lenguaje es un epifenómeno sumamente manipulable y flexible. Como sistema es sumamente estable y sólido. El considerar estudiar el desarrollo del

lenguaje sólo a nivel de su génesis y desarrollo en el individuo no podrá nunca arrojar resultados contundentes. Las propias características de desarrollo que se presentan en el individuo oscurecen la influencia que pueda tener la incidencia del lenguaje en el pensamiento. Conjuntar lo que se conoce desde otras disciplinas y desde otro nivel, no sólo individual, ofrece una mejor estimación del proceso que se desencadena en estas dos entidades. No pretender aislar o negar el desarrollo previo que la psicología tuvo en su consolidación como ciencia, ayudaría enormemente a comprender mejor las diferentes aproximaciones que se han hecho del lenguaje, y las razones que las han sustentado (y no de manera ingenua). Abriría o propiciaría, en el mejor de los casos, re-pensar las condiciones y los elementos de estudio de estas entidades. Se evitaría perpetuar sólo las formas conocidas y se perdería el miedo a insertarse en nuevas formas de investigación que prometen ser bastante fructíferas. Sobre todo, ayudaría a enmarcar de forma más justa los avances hasta ahora logrados, evitando favorecer sólo las perspectivas empiricistas. Mismas que en alguna medida han frenado el avance y desarrollo de nuevas metodologías o aproximaciones teóricas, mejor dicho, de la consideración de nuevos elementos bajo estudio. A la psicología, se le ha olvidado recuperar este conocimiento ancestral. De recordar que el avance en el conocimiento tampoco ocurre perfeccionando la técnica o en su defecto acumulando datos, se evitaría continuar líneas de investigación que han contribuido poco en el avance de estas ideas.

Aunque ocurra que los individuos se hallen en una posición para comprender la estructura interna de un sistema sin conocer su constitución u origen (Kitcher, 2001), en este caso el de las ideas de la implicación lingüística en lo cognitivo, no ocurre que el avance en estas ideas se de simplemente con el transcurrir del tiempo y sin proponer una mejor explicación teórica con un mayor rango de explicación. Conclusión a la que no parecen llegar muchos psicólogos cognitivistas que esperan que perfeccionando las técnicas se logre *ipso facto* un mayor avance en el conocimiento. Si no se logran asentar estos conocimientos en teorías que permitan explicar y predecir las condiciones en las que ocurre un determinado fenómeno, incluso retrodecir el mismo, poco puede esperarse de ese conjunto de datos. No porque haya persistido una forma particular de analizar un determinado fenómeno significa que éste sea la mejor manera, o porque de alguna forma esta aproximación goce de gran popularidad entre la comunidad científica significa que sea la mejor, ni siquiera si no se entiende del todo como es que en alguna medida la explicación actual logre explicar ciertas condiciones significa que sea acertada en sus predicciones.

Con esto en mente valdría la pena reconsiderar la forma en que la psicología, en particular, se ha aproximado a esta temática y la forma en que ha desestimado la incursión de otros saberes. Esto no implica que deban

desestimarse por completo las líneas de investigación actuales, tampoco que deban preferirse otro tipo de enfoques para estudiar estas temáticas, en lo absoluto. Significa que debe incorporarse en el campo de conocimiento lo que hasta ahora ya se conoce. Si se sabe que lenguaje y pensamiento corren de forma paralela porque usualmente uno y otro se requieren para desempeñar ciertas funciones, debería pensarse en reenfocar el objetivo de investigación a la forma en que estos elementos interactúan y no la forma en la que no deberían hacerlo. Ello implicaría abandonar suposiciones que se relacionan de forma ingenua al empiricismo y rayan indirectamente en el construccionismo social de la realidad.

Pese a que la HSW no llegué al rango de teoría porque por supuesto los autores debieron necesitar más tiempo para madurar sus ideas, si permite abrir una línea de investigación digna de la más profunda atención. En ninguna forma lo planteado por Sapir o por Whorf puede considerarse del todo superado. En realidad, si se contempla lo que ellos dijeron en una línea de tiempo mayor, es fácil notar que la relación entre la lengua, la cultura y el pensamiento que se les atribuye a ellos, muchos otros filósofos la trabajaron desde mucho antes, no es ni propia de Sapir, ni de Whorf, ni de Boas, ni de sus más cercanas influencias. Sin embargo, es una de las que más se le ha criticado desde que el pensamiento de estos autores se asoció en esta hipótesis. Aun cuando en Whorf si se identifiquen rastros que sugieran fuertemente esta asociación lineal, ni Sapir ni Boas la suscribieron por completo. Sapir siempre fue mucho muy reservado con sus declaraciones, Whorf en cambio no temía aventurar ideas mucho más arriesgadas y ambiciosas, pero no sin fundamento. Su formación tan diversa y exquisita (como teosofista, químico, lingüista) lo llevo a explorar diferentes aristas posibles de una situación y combinar diferentes aproximaciones y metodologías para la mejor comprensión del fenómeno bajo estudio.

Sapir, por su parte, tampoco se quedó atrás. Su afición al arte, a las humanidades, a la psiquiatría, lo llevó a pensar de forma diferente al resto de sus coetáneos. Su pensamiento plasmado en su afamado libro: *Language: an introduction to the study of speech* recoge en buena medida muchas de las ideas fundamentales de su pensamiento, a la vez que permite deslindar su nombre de supuestos ingenuos. Por supuestos ingenuos, me refiero por supuesto a la triple relación entre lenguaje, pensamiento y cultura.

Valdría la pena visitar estos lugares para admirarse de la claridad de pensamiento y de visión que tenía este autor. Sapir al desligar la cultura de la lengua, dotó al lenguaje de fuerza, y al resaltar su diversidad logró unificar en la diversidad. Jamás creyó que el pensamiento dependiera de la estructura del lenguaje, tan claro lo tenía que nunca lo concibió así. Mucho menos creyó que en la cultura absorbiera por completo o determinara categóricamente al lenguaje o la lengua, o que en él se describiera y descubriera por completo el

pensar de un pueblo o comunidad. Incluso, aquél que decida no revisar su trabajo de forma detallada, podría bastarle asomarse al índice de su afamado libro para comprobar esta sentencia. En el índice, reseña por cada capítulo, y de manera muy sucinta, sus ideas principales. Sapir hizo posible que a través del análisis de sus elementos fuera posible emplear el lenguaje, su construcción, como modelador de significados, realzar las relaciones que existían entre sus elementos. Sobre todo, comprender que intentar correlacionar al lenguaje con la cultura es un sinsentido *a priori*.

La mancuerna que hizo con Whorf, más bien, que sus discípulos establecieron entre sus ideas, permitió resaltar que la diversidad lingüística lejos de restarle el valor al sistema lingüístico lo enriquece, pues es en el descubrir las formas diferentes que este tiene de expresarse como se logra entrever que en ninguna forma las capacidades cognitivas de los hablantes o de la misma lengua se adhieren a la estructura que ésta presenta. Estos atributos al ser independientes y hallar una forma muy concreta de manifestarse permiten pensar formas novedosas de exploración de la propia lengua, la cognición y la cultura. Sobre todo, presentar argumentos para desechar las desestimaciones que se han hecho a las lenguas amerindias que presentan sistemas lingüísticos estructurales diferentes a los de las lenguas indoeuropeas, que aún hoy en día, siguen coronándose como las de mayor perfección.

No obstante, llega a ser sumamente discutido y polémico el hecho de que la cultura llegue por entero a descubrirse, plasmarse o estudiarse sólo a través de correlatos lingüísticos. Sin embargo, lo asentado por Whorf con respecto a la estrecha relación que se puede adivinar entre patrones comportamentales, de pensamiento y de habla, representa un avance en sí mismo. Aunque esta noción pueda parecer sin importancia, hoy en día ha revivido en muchas formas.

Considérese tan sólo la afirmación tan usual entre los creyentes de la así llamada *psicología new age*, que el simple cambio en las frases usadas para etiquetar un determinado evento atraerá mayores o menores posibilidades de enfrentarlo, o cambiara por entero la forma de afrontarlos. Es decir, que el nombrarlos de forma diferente implicará un cambio en la manifestación misma del fenómeno y del patrón comportamental que el sujeto exhiba ante él. Podrá sonar risible al lector, pero se sorprendería al encontrar muchas formas en las que esta premisa ha sido tomada por cierta. Incluso en el círculo académico, determinadas técnicas terapéuticas incorporan el cambio de fraseo del suceso traumático para su mejor asimilación bajo el supuesto que en sí mismo el cambio en las palabras incluso de frases enteras impactará en el contenido emocional que se asocia al mismo, aún mas, se reflejará y será necesario para modificar la forma de comportamiento del individuo, para modificar la

interacción entre el sujeto y el mundo, ya no digamos de la interacción entre éste y la presentación del evento o fenómeno, sino el fenómeno mismo.

Advertir estas nuevas formas de engaño se hace importante. Es aquí donde el papel de la historia de la psicología ayuda a tener una comprensión mucho más amplia de las razones por las cuales sigue subsistiendo esta creencia. No alimentar estas orientaciones ayuda en sí mismo a evitar su perpetuación, pero sobre todo si hace con argumentos, previene el incurrir en comportamientos poco saludables o poco razonables.

Reconsiderar estudiar la forma de interacción entre el lenguaje y pensamiento permite no limitar sus características y funciones a sus elementos más sustanciales y más básicos: los de la comunicación y la formulación de ideas. Permite pensarlo como sistema simbólico, como herramienta de cognición, y como elemento primero de acceso al estudio de otras culturas. El lenguaje, lejos de ser sólo una herramienta de comunicación, en sí mismo contiene la flexibilidad y capacidad de dirigir las percepciones de los hablantes y proveerlos con modos habituales de analizar la experiencia en categorías significativas. Mismas que son reveladas al contrastarse con sistemas lingüísticos ampliamente diferentes en las que se advierten barreras formidables y significativas, pero no insuperables, de comunicación transcultural.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aarsleff, H. (1988). Introduction. En Humboldt, W. *On language: the diversity of human language- structure and its influence on the mental development of mankind*, (pp.7-59). New York, NY: University of Cambridge.
- Alcaraz, E., (1997). *Diccionario de lingüística moderna*. España: Ariel
- Alegre, J.R (2002). *Giro lingüístico y corrientes actuales de la filosofía. Influencias wittgensteinianas*. Argentina: Universidad Nacional del Nordeste, Instituto de Filosofía, Facultad de Humanidades.
- Alonso-Cortés, A. (2006). De los neogramáticos al tradicionalismo: evolución del pensamiento lingüístico de Ramón Méndez Pidal (1904-1940). *Zeitschrift für romanische Philologie*, CXXII(4), 688-705
- Alonso-Cortés, A. (2006). Language origins: A review of recent research. *Revista de Libros*, 11(120), 1-16
- Anderson, S.R (1985). Phonology in the Twentieth Century. En *Edward Sapir*, (pp.217-250). Chicago, IL: University of Chicago Press
- Anderson, S.R. (2001). Commentary on “Why cultural anthropology needs the psychiatrist. Why Linguistics needs the cognitive scientist”. *Psychiatry*, 64(1), 11-13
- Atkison, Q.D. (2011). Phonemic diversity supports a serial founder effect model of language expansion from Africa. *Science*, 332, 346-348
- Bigot, M (2010). La perspectiva lingüístico-antropológica de Edward Sapir. En *Apuntes de lingüística antropológica*, (pp.85-102). Recuperado el 6 de Enero de 2010 del sitio Web de Centro Interdisciplinario de Ciencias Etnolingüísticas y Antropológicas <http://rephip.unr.edu.ar/bitstream/handle/2133/13674..SAPIR.pdf?sequence=5>
- Bolton, N. (1978). *Introducción a las Psicología del Pensamiento*. Barcelona: Editorial Herder
- Carvalho, J.J. (2006). Overview of the structure of a scientific overview. *Zygon*, 41(1), 113-124.
- Carruthers, P. (2002). The cognitive functions of language. *Behavioral and brain sciences*, 25, 657-626
- Casasanto, D. (2008). Who’s afraid of the Big Bad Whorf? *Language Learning*, 58(1), 63-79

- Chandler, D. (1994). The Sapir-Whorf hypothesis. En Aberystwyth University. Recuperado el 08 de Agosto de 2012, de <http://www.aber.ac.uk/media/Documents/short/whorf.html>
- Ciaspuscio, G.E & Kornfeld, L.M (2011). La lingüística del siglo XIX. En *Núcleo teórico: Recorrido histórico*. Recuperado el 27 de Octubre de 2011, de <http://aportes.educ.ar/lengua/nucleo-teorico/recorrido-historico/-la-lingueistica-anterior-al-siglo-xx/la-lingueistica-del-siglo-xix.php>
- Cole, D. (1999). I don't think so: Pinker on the mentalese monopoly. *Philosophical Psychology*, 12(3), 283-295
- Corazzon, R. (2010). *Linguistic relativism (Sapir-Whorf Hypothesis) vs. Universal Grammar*. Recuperado de: <http://www.ontology.co/linguistic-relativity.htm>
- Coseriu, E (1977). *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje. Estudios de historia de la lingüística*. Madrid: Gredos
- Dennithorne, P.J. (1996). Between mush and a hard place: The search for meaning. *ETC: A review of General Semantics*, 53(3), 285-291
- Dunn, M., Greenhill, S.J., Levinson, S., Gray, R. (2011). Evolved structure of language shows lineage-specific trends in word-order universals. [Letter]. *Nature*, 473, 79-82. [doi:10.1038/nature09923](https://doi.org/10.1038/nature09923)
- Fernández, M.X. (2003). El relativismo lingüístico en la obra de Edward Sapir. Una revisión de tópicos infundados. *Teorema XXII*, 3, 115-129
- Fernández, M.X (2004). *Edward Sapir en la lingüística actual. Líneas de continuidad en la historia de la lingüística*. Serie: Verba, Anuario galego de filoloxía, Anexo 54. Santiago de Compostela, España: Universidade de Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico.
- Foley, W. (1996). *Anthropological Linguistics. An Introduction*. Malden, MA: Blackwell
- Gardner, H. (1987). *La nueva ciencia de la mente: historia de la revolución cognitiva*. México: Paidós
- Gumperz, J., & Levinson, S. (1991). Rethinking linguistic relativity. *Current Anthropology*, 32(5), 613-623
- Hill, J & Manheim, B. (1992). Language and world view. *Annual Review of Anthropology*, 21: 381-406
- Hoijer, H. (1954). *Language in culture. Conference on the interrelations of language and other aspects of culture*. Chicago, IL: University of Chicago Press

- Humboldt, W. (1988). *On language: the diversity of human language- structure and its influence on the mental development of mankind*. New York, NY: University of Cambridge. Publicado originalmente como la introducción a la obra del autor: Über die Kavi-Sprache auf der Insel Java, y editada separadamente (1836) bajo el título: Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachabues und ihren Einfluss auf diegeistige Entwicklung des Menschengeschlechts.
- Kadarisman, A.E. (2009). Linguistic relativity revisited and renewed. Karya Dosen, Fakultas Sastra UM, 2009. Recuperado de: <http://sastra.um.ac.id/wp-content/uploads/2009/11/014-Renewed.dc1.pdf>
- Kay, P & Kempton, W. (1983). What is the Sapir-Whorf Hypothesis? *American Anthropologist*, 86(1), 65-79.
- Kitcher, P. (2001). El realismo y el progreso científico. En P. Kitcher (Eds.). *El avance de la Ciencia. Ciencia sin leyenda, objetividad sin ilusiones*. (pp. 180-248). México: IIFs-UNAM
- Laborda, X. (2010, Julio). *Crátilo: Diálogo con el mito platónico de la lingüística*. *TONOS digital*, XIX, 1-23. Recuperado de: <http://www.um.es/tonosdigital/znum19/secciones/estudios-14-crtilo.htm>
- Lázaro, F. (1977). *Diccionario de términos filológicos*. (3ra ed.) Madrid: Editorial Gredos.
- Levinson, S.C (2009). Language and mind: Let's get the issues straight!. En: S.D. Blum (Ed.), *Making sense of language: Readings in culture and communication* (pp. 25-46). Oxford: Oxford University Press
- Lyons, J (1981). *Language and linguistics. An Introduction*. London: Cambridge University Press
- Lucy, J.A. (1997). Linguistic relativity. *Annual Review of Anthropology*, 26, 291-312
- Maceiras, M. (2002). *Metamorfosis del lenguaje*. Madrid: Síntesis
- McElvenny, J (2009, Octubre). *Edward Sapir, linguistic relativity and international language*. Ponencia presentada en Third International Free Linguistics Conference, Sydney, Australia.
- Napoli, D.J. (2003). *Language matters: a guide to everyday questions about language*. New York, NY: Oxford University Pres
- Pinker, S. (1995). *The Language Instinct: The new science of language and mind*. London: Penguin

- Regúnaga, A. (2009) Categorización lingüística, género gramatical y visión del mundo. Anuario, no. 8. Argentina: Universidad Nacional de la Pampa, Facultad de Ciencias Humanas
- Reynoso, C. (2012). Lenguaje y pensamiento: Tácticas y estrategias del relativismo lingüístico. Recuperado de: <http://carlosreynoso.com.ar/lenguaje-y-pensamiento/>
- Rossi-Landi, F. (1974). *Ideologías de la relatividad lingüística*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Sapir, E. (1921). *Language: An introduction to the study of speech*. New York, NY: Harcourt Brace
- Sapir, E. (1929). The status of linguistics as a science. *Language*, 5(4), 207-214
- Sapir, E. (1949). *Culture, Language and Personality*. Berkeley, CA: University of California Press
- Sapir, E. (1951) *Selected writings in language, culture and personality*. Berkeley, CA: University of California Press
- Sapir, E. (1954). *El Lenguaje. Introducción al estudio del habla*. (2ª ed). México: FCE
- Swiggers, P. (2010). History and historiography of Linguistics: Status, standards and standing. *Revista eutomia*, 3(2), 1-18
- Swoyer, C. (2010). Relativism. En E.N Zalta (Eds.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Recuperado de: <http://plato.stanford.edu/archives/win2010/entries/relativism/>
- The why files. (s.f). *The music of sound. A musical joke?*. Recuperado el 3 de febrero de 2011, de <http://whyfiles.org/114music/2.html>
- Tohidian, I. (2009). Examining linguistic relativity hypothesis as one of the main views on the relationship between language and thought. *Journal of Psycholinguistic Research*, 38, 65-74
- Vittorio, L., Mukherjee, A., Tria, F. (2012). On the origin of the hierarchy of color names. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 109(18), 6819-6824.
- Vigostskii, L. (2007). *Pensamiento y habla*. Buenos Aires: Colihue
- Whorf, B.L. (1940). Science and Linguistics. *Technology Review*, 6(42), 229-248.
- Whorf, B.L (1941). The relation of habitual thought and behavior to language. En E. Sapir (Ed.), *Language, culture and personality* (pp. 197-215), Menasha, WI: Sapir Memorial Publication Fund

Whorf, B. L. (1956a). *Language, thought and reality. Selected writings of Benjamin Lee Whorf*. Cambridge, MA: MIT Press

Whorf, B. L. (1956b). The relation of habitual thought and behavior to language. En J.B. Carroll (Ed.), *Culture, language and personality. Essays in memory of Edward Sapir* (pp. 75-93). Berkley, CA: Cambridge University Press.

Whorf, B. L. (1970). *Lenguaje, pensamiento y realidad: selección de escritos*. Barcelona: Barral